

RALPH WALDO EMERSON

Ensayos

Edición de Javier Alcoriza

Traducción de Javier Alcoriza



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Ralph Waldo Emerson

Ensayos

Edición de Javier Alcoriza

Traducción de Javier Alcoriza

CÁTEDRA

Índice

Introducción

Palabras espermáticas en los muros del mundo

Esta edición

Bibliografía

Ensayos

Primera serie

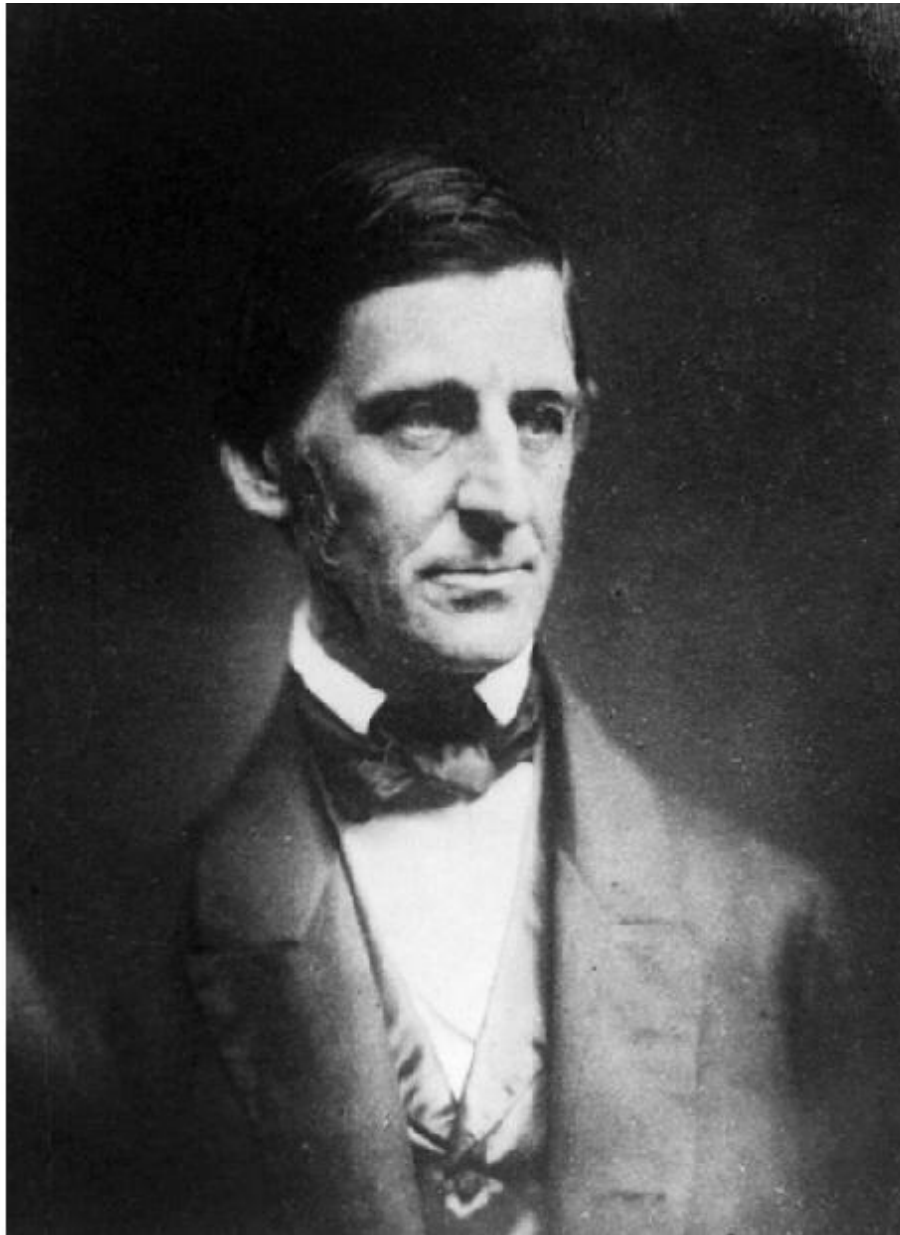
- Ensayo I. Historia
- Ensayo II. Confianza en sí mismo
- Ensayo III. Compensación
- Ensayo IV. Leyes espirituales
- Ensayo V. Amor
- Ensayo VI. Amistad
- Ensayo VII. Prudencia
- Ensayo VIII. Heroísmo
- Ensayo IX. La superalma
- Ensayo X. Círculos
- Ensayo XI. Intelecto
- Ensayo XII. Arte

Segunda serie

- Ensayo I. El poeta
- Ensayo II. Experiencia
- Ensayo III. Carácter
- Ensayo IV. Modales
- Ensayo V. Dones
- Ensayo VI. Naturaleza
- Ensayo VII. Política
- Ensayo VIII. Nominalistas y realistas

Créditos

INTRODUCCIÓN



Retrato de Ralph Waldo Emerson, Curtis Cameron. Library of Congress, Prints Photograph Division [LC-USZ62-10611].

PALABRAS ESPERMÁTICAS EN LOS MUROS DEL MUNDO

Give me initiative, spermatic,
prophesying man-making words.

EMERSON

El interés de diversos autores por Ralph Waldo Emerson (1803-1882) demuestra que su obra puede ser aún objeto de descubrimiento. Este descubrimiento ha de tener que ver, desde luego, con el conocimiento directo de sus libros, con el hecho de leerlos y, en consecuencia, con el hecho mismo de la lectura. Descubrir a Emerson sería descubrir lo que significa leerle o lo que significa la lectura de un autor que depositó en ella una expectativa similar a la de la escritura. Tal vez esto pueda explicar el misterio que oculta la injusticia de que Emerson haya sido excluido de la historia de la filosofía¹.

El momento antiguo de apertura de la filosofía a la ciudad se habría visto respondido por el cierre moderno de la filosofía en la universidad, el lugar en que las artes de leer y escribir habían de adquirir, en especial, cierto grado de excelencia. La universidad, o el mundo académico, en general, se han convertido en la residencia privilegiada del saber. Entre la apertura antigua y el cierre moderno habría ocurrido un cambio fundamental en el régimen político promovido por las revoluciones modernas, pero la filosofía habría tratado de mantener el sentido de la investigación. La vocación del filósofo es permanente o, por así decirlo, más allá de los cambios sufridos, de los vaivenes de la historia, la vocación de la filosofía es que su palabra «represente el silencio y la permanencia, es decir, la convicción»².

Si, tal como se ha afirmado, lo que tiene en común un filósofo con otro filósofo sería más importante que lo que tiene en común con sus contemporáneos no filósofos, este parentesco habría sido puesto a prueba con fuerza en la época moderna, que ha hecho de la igualdad la premisa de sus conquistas. Solo en América el principio de la igualdad se habría convertido en un principio político con perdurable proyección constitucional. El principio político de la igualdad habría sido medido allí en el terreno de los

hechos, y no solo en el de los ideales. En la historia de la revolución, o de los países cuya configuración política depende de un acontecimiento revolucionario, el capítulo de los principios o ideales no puede considerarse superado, sino que, por así decirlo, ha de ser continuamente reescrito. A este aspecto obedece la tradición de la escritura constitucional en América, cuyo descubrimiento tampoco puede darse por concluido³.

Así, leer a Emerson resulta, en primer lugar, una forma de descubrir a un escritor americano. El largo proceso que culminaba en la publicación de sus libros da fe de lo que implicaba para él la elaboración de su pensamiento. En sentido figurado, puede decirse que esa elaboración no tendría fin, es decir, que, más allá de sus libros, el autor daba por supuesta la capacidad creativa de sus lectores. En gran medida, reflexionar, para Emerson, era reflexionar sobre lo que suponía leer y escribir en un país como América: un país que, políticamente, había hecho de las artes de leer y escribir instrumentos de su fundación o descubrimiento y crecimiento. La exclusión de Emerson del ámbito universitario podía interpretarse así como una condición para la apertura de Emerson, primero como conferenciante, después como escritor, al público en general. La exclusión de Emerson de la historia de la filosofía, en tanto que esta era un producto del mundo académico, antes que de la propia filosofía, podría ser contrarrestada por el sentido de autoexclusión de Emerson respecto al ámbito académico americano. Emerson podía creer que la justicia se la haría la lectura antes que la «suicida» universidad⁴.

Confiar en la lectura como un modo de perfeccionamiento había sido, además, el fundamento del progreso en América. Leer los grandes libros era una vía de emancipación, antes que de sumisión intelectual. No había contradicción, en principio, entre conocer y admirar a los grandes hombres y trabajar en beneficio de la república. Esta sintonía, como advertía Emerson, se debía a una circunstancia singular, a un efecto de los acontecimientos que no podía omitirse sin violentar la naturaleza. La democracia americana era una oportunidad antes que una necesidad histórica: quedaba en manos de los hombres, como lectores y ciudadanos, llevar adelante el experimento de la mejor manera posible. Como producto de la historia, además, toda la cultura estaba a disposición de los ciudadanos para mejorar su educación. En términos emersonianos, el presente importa mucho más que la historia de la cultura, o la enseñanza histórica se concentra en la hora presente. En

consecuencia, somos responsables del uso que hagamos de los bienes culturales. Emerson diría que esperaba ofrecer a sus lectores algo mejor que el *capricho* escrito en el dintel de su puerta⁵.

Así, la civilización en América no habría llegado a su punto final, sino que más bien estaba en su punto de partida. Emerson veía en la democracia la forma política con que renovar nuestras esperanzas. El relato emersoniano tendría menos que ver con una filosofía de la historia que con el «romance con el universo» o con cierta reescritura de los géneros literarios en boga. La oportunidad de su tiempo no era para Emerson la mejor oportunidad de todos los tiempos. Como decía, precisamente en referencia a la política, toda forma de gobierno era una «teocracia impura». Emerson, el postulador de la confianza en sí mismo, era consciente de que habría pasado la época de una fe común. Anotaba: «El poeta necesita perentoriamente una base que no puede suministrar». El residuo visible de la religión era menos relevante que el inextinguible sentido del culto al que podía apelar en sus conciudadanos. Con todo, la ley de las compensaciones no dejaba de estar operativa al reconocer que el nuevo receptáculo de la vida espiritual ya no era la comunidad, sino el individuo: las conferencias de Emerson acababan impresas, como sabía su autor, para seguir diseminando allí, en la lectura individual, las palabras espermáticas de sus enseñanzas como provocaciones. Emerson ya había reconvertido su energía espiritual, desde el púlpito, sobre la tarima del conferenciante. El primer paso era ir de la feligresía al público en general⁶.



Casa de Emerson, Concord (Mass.), 2010. Fotografía de Rebeca Romero Escrivá.



Estudio de Emerson, Benjamin F. Mills, Boston, circa 1888. Library of Congress, Prints & Photograph Division [LC-USZ62-62248].

El abandono del credo debía ser, por tanto, en Emerson, un acontecimiento primordial. A su escala, el autor reproducía el tránsito de la

teocracia de Nueva Inglaterra a la democracia en América: un tránsito en que había que aspirar a la compensación por lo perdido, aun teniendo en cuenta que «la sociedad nunca avanza». Leer y escribir para un americano había de significar algo diferente a lo que había significado para un puritano. Nadie habría sido más consciente que Emerson de esa diferencia, ni se habría hecho responsable con sus escritos en igual medida de sus consecuencias. Emerson condujo a los términos de la escritura americana, guiada por los documentos fundacionales de la Declaración de Independencia y la Constitución, todo cuanto podía conservarse del sentido de mejora promovido por sus ancestros y algunos de sus contemporáneos. Así, se da en Emerson cierta convivencia entre formas de expresión que podía inducir a vincularlo, como haría George Santayana, más con el pasado que con el presente o futuro del pensamiento. El empeño del autor hispanoamericano se habría centrado en negarle al fin a Emerson la condición de filósofo reservada para sí mismo, pues el pasado de América, que identificaba con la «tradición gentil», deformaba todo propósito de aspirar a una manera de pensar y vivir que tratara de corresponderse con la naturaleza. Sin embargo, a diferencia de la «declaración de independencia» intelectual del autoexiliado Santayana, la de Emerson había supuesto perseverar en su tarea sobre el suelo americano. Su actitud, con esa perspectiva, era susceptible de ser emulada: Emerson podía ser leído como educador, tal como habría ocurrido de manera eminente en el caso de Thoreau y los trascendentalistas. Santayana habría sido mucho menos socrático que aristotélico, a su manera secreta⁷.

Seguir los pasos de la tradición gentil, en lo que respecta a mantener vivo el arte de leer, podía llevar, por el contrario, a anticiparse a los resultados de la civilización en América. El valor anticipatorio o profético de la escritura emersoniana tendría que ver con su sentido crítico, un elemento muy disminuido respecto a lo «neblinoso» que se ha asociado con su pensamiento. En muchos pasajes aparece Emerson como el más distante de sus contemporáneos, el menos complaciente de los hombres; no en vano dejó definida la confianza en sí mismo como aversión a la conformidad. Denunciar el prejuicio mayoritario era una manera de elegir el lugar desde el cual dirigirse al público y señalar un lugar al que el público debía dirigirse. El énfasis no era incompatible con la disposición a dejarse guiar por *indirections*. La crítica debía abrirse camino de manera amistosa, según el

modo constitucional de obrar, mediante una cuidadosa «mezcla de rasgos radicales y conservadores». Compartir los principios o valores americanos suponía un desafío o enriquecimiento, antes que un empobrecimiento de la comunicación. Había que saber cómo eran los hombres para decirles lo que, en esencia, podían hacer con su humanidad. Por supuesto, el estilo profético era solo un rescoldo en la oratoria. La figura del profeta no era por completo la adecuada para un escritor como Emerson, que había abandonado el púlpito, o lo sería tanto como para Thoreau en su *soledad* de Walden. Había otras figuras a su disposición, y Emerson utilizaría todas las posibles con el fin de lograr la mayor eficacia: «Todas las cosas existen para el escritor como colores en una paleta»⁸.

El nombre de «filósofo» aparece pocas veces en los escritos de Emerson, muy poco en sus *Ensayos* y, referido a sí mismo, como «el filósofo más frío» o, irónicamente, como el «filósofo circular». Quién habla, en definitiva, o lo que hace antes de hablar y escribir, como leer o conversar o mirar un cuadro, es tan importante como lo que se dice, como una cita que acredita la originalidad. La doctrina de Emerson, así, tendría menos peso que el punto de vista del doctrinario, que adoptaría diversa apariencia según su posición: «Es inútil predicarme desde fuera». Disminuir la figura de Emerson como filósofo habría sido un proceder paralelo al de agigantar su figura como fundador de la «religión americana», según ha pretendido Harold Bloom. El crítico de la ansiedad, cuyo efecto alcanzaría al autor de *El último puritano*, habría subrayado lo enérgico de la expresión emersoniana a expensas de las formas de modularla que Emerson, no obstante, habría escogido con deliberación. Bloom, al apadrinar el canon como contienda por lograr «más vida», ha advertido que el recinto de la literatura supera con creces el de las interpretaciones académicas, por lo que la última palabra del canon podía ser, sin dificultad, la de Emerson como crítico shakespeariano, en un ejercicio de audacia que hacía de un medio de liberación, la literatura como «cultura escrita», un fin en sí mismo. El tono elegíaco de Bloom diverge en última instancia de la lección inscrita en el gesto espiritual de «desencantarse y reencantarse» que Santayana podía haber encontrado en Emerson⁹.

El tono de Emerson resultaría, como le censuraba Santayana, excesivamente optimista, aunque esa objeción pasaba por alto la advertencia de las páginas compensatorias de sus *Ensayos*. En realidad, la discrepancia

del «pesimista desinteresado» con Emerson radicaría en el aprecio que el filósofo de Concord haría de la *acción*, como en su conferencia sobre el escolar, frente a la «contemplación de la verdad del universo» de Santayana. (John Dewey diría que Emerson había preferido ser un «hacedor» antes que un «reflector»). En otras palabras, lo que la filosofía debía a América no podía ser superior, a juicio del autor de *La vida de la razón*, a lo que América, o cualquier tradición cultural, debían a la filosofía, que supondría una mirada comprensiva sobre el curso de las cosas. La apuesta por «un espíritu ya por entero libre y desilusionado» estaba en el centro del «soliloquio» auspiciado por Santayana, ajeno al plan de una religión «que se expresa como una filosofía», según afirma, como logro final de la imaginación emersoniana. Ahora bien, por lo que vemos, la cuestión del nombre otorgado a quien habla o escribe resulta primordial al leer a Emerson. «El poeta» es el primer ensayo de la segunda serie, entre «Arte» y «Experiencia», el único título con una figura de autor entre los temas de los demás ensayos¹⁰.

La elaboración de la figura del poeta nos deja ver lo injusto que sería, en virtud de esa denominación, restarle valor filosófico a la obra de Emerson, en lugar de considerarlo el precursor del «poeta filosófico» sobre el que ha escrito Santayana. Emerson apelaba al poeta como origen del argumento que fabricaba metros, antes que como metrificador. Los versos, de hecho, constituían la paradigmática puerta de acceso a sus *Ensayos*, pero Emerson, como poeta, seguirá siendo menos representativo que Emerson como *escolar*, que ha sido el nombre elegido por él mismo, como es sabido, para considerar la posición social del hombre de letras. El hombre de letras no puede vivir aislado, por mucho que la soledad sea una condición necesaria de la existencia: «No sé cómo podemos vivir salvo solos». (Thoreau dirá: «Tengo el instinto social, pero no hay sociedad»). El escolar, como había afirmado Emerson en su conferencia, se reencuentra con los demás para consolidar el propósito de vivir en una «nación de hombres». Por su valor representativo, como delegado de la inteligencia, no puede creerse su propietario. (Thoreau dirá: «Asóciate con reverencia y cuanto puedas con tus pensamientos nobles»). La separación de los escolares como clase sería un síntoma de descomposición intelectual y social. Es preciso velar por que se mantengan en circulación los bienes de naturaleza pública y admitir, como diría

Emerson, que el mundo mismo obedece a un movimiento rotatorio que le lleva a trascenderse. El escolar puede ser un observador privilegiado de ese movimiento, pero, al informar de él, ha de reintegrarse en la sociedad y reconocer que, como «hombre que piensa», su trabajo tiene una calidad ejemplar¹¹.

Resulta llamativo el modo en que Emerson ha usado los términos políticos habituales con el fin de fijar la posición del escolar ante su público. Tomarse en serio la política habría sido un requisito para ejercer el liderazgo intelectual o hablar sobre los derechos del genio. El lenguaje político había de estar al servicio de la cultura, así como la cultura servía para perfeccionar nuestra idea de humanidad; que se hubiera afirmado notoriamente que todos los hombres habían sido creados iguales garantizaba la coherencia de esa cadena de servicios de la que el escolar era portavoz. En los *Ensayos* esa secuencia implicaba, por cierto, que no había contradicción entre encerrarse en casa bajo el dictado del *capricho* y observar la prioridad de las «leyes espirituales». Cultivar lo privado, como había dicho Emerson, era una forma de revelar lo público o universal. En palabras del escolar, la sociedad como un *world of readers* debía aspirar a juzgar y educarse a sí misma. La forma republicana del gobierno prevendría que ese mundo de lectores degenerase en una provincia de escolares. Como decía Thoreau, no había necesidad alguna de ser provincianos si tenemos a nuestro alcance los libros, «los más antiguos y mejores», que registran los más nobles pensamientos del hombre». De nuevo, leer y escribir eran artes que redundaban en provecho del público y de lo público. Ejercidas sin esa dimensión, la cultura pasaba a ser un dominio de distinción y la educación derivaba en un privilegio para impartir, más que compartir, sus frutos. Aun así, un «hedonista fatigado» como Oscar Wilde, que había hecho suya la voluntad de refugiarse en el «capricho», acabaría asignando al artista la responsabilidad de educar al público. (Emerson decía que «la mejor hazaña del genio era hacer un público de los mediocres y torpes»). El parentesco entre el crítico de Wilde y el escolar de Emerson sería más profundo de lo que parece a simple vista¹².

Con la perspectiva del compromiso constitucional suscrito por el escolar, su derecho a la libertad de expresión —en calidad de víctima natural de la expresión— debía entenderse como la obligación de decir la verdad, la única «divinidad» digna de ser adorada. Pocos años después de publicar la segunda

serie de sus *Ensayos*, Emerson situaría a Montaigne en el centro de su galería de hombres representativos. El centro de gravedad de la escritura emersoniana en ese libro era el escepticismo, lo que podía interpretarse como una manera de rebajar las expectativas que aun la libre expresión podía brindar en una sociedad democrática. El más largo de los ensayos de Montaigne tendría así una proyección en el segundo de los ensayos de la segunda serie de Emerson, «Experiencia», que contiene algunas de las páginas más difíciles de leer, que tuvieron que ser, por cierto, las más difíciles de escribir. «Experiencia» contenía la decepción de Emerson por que la vida fuera más allá de lo que pensáramos de ella; como decía categóricamente: la vida no es dialéctica. Contener la decepción —o aceptar, en consecuencia, la superficialidad del dolor— en la expresión era la forma característicamente literaria de superarla y de recomendarnos una especie de atención permanente a los «señores de la vida» como lecciones de la naturaleza. «Experiencia», como más adelante «Montaigne o el escéptico» o «Hado» e «Ilusiones», en *La conducta de la vida*, serían puntos de fuga para comprender, según Emerson, los límites del pensamiento, o para rectificar, por cierto, las pretensiones más entusiastas asociadas a su obra¹³.

Podríamos decir que este era el precio que el escolar tenía que pagar en los *Ensayos*, la forma literaria más libre, por hacer uso del *free speech* como derecho constitucional. La base de la filosofía de Emerson sería así una forma de resistencia a las aspiraciones del idealismo, ya que, en la práctica, el autor certificaba la derrota del escepticismo por la condición del hombre como «creyente nato». Reforzar esa creencia por medio de ilustraciones obtenidas de la historia natural no debía hacernos olvidar lo desproporcionado de nuestras expectativas. A su vez, apreciar lo más difícil de entender no había de llevarnos a abdicar de nuestras tareas. Las lecciones más duraderas de la vida para Emerson no eran de orden intelectual. Ese sería un valor de la trascendencia inherente a su actitud ante la filosofía. Emerson podía coincidir en que las páginas más difíciles de escribir no son las únicas que merecen nuestra atención, ni siquiera una atención especial, salvo para alertar de algunos excesos sobre la lectura. Democratizar la atención sobre sus textos sería una manera más adecuada de ejercer nuestras facultades. En este sentido, no hay que temer ser demasiado literales al leer a Emerson, que tanto valor ha otorgado al espíritu. La letra de sus escritos nos devuelve todo el

pensamiento del autor en cada ocasión, porque cada ocasión para hablar exige toda nuestra atención. La exigencia es compartida o se corresponde con el estilo del autor, ya que Emerson no quiere reservar nada para su pensamiento a la hora de expresarse. Decirlo todo en cada ocasión de la escritura habría sido imposible, pero Emerson parece garantizar que cada oración, por así decirlo, agota su ocasión. Esa manera de contener y distribuir las ideas ha sido atribuida a la falta de sistema en su pensamiento y la sobrestimación de lo imaginativo como fuerza motriz de su escritura. Con todo, Emerson no deja de ser, aun careciendo de sistema, usando una vieja distinción ilustrada, un escritor sistemático precisamente en virtud de un estilo que aprovecharía los temas como oportunidades para la expresión de un espíritu en libertad. No debemos temer ser demasiado literales con Emerson, el cual habría tomado las debidas precauciones para no quedar atrapado en las palabras. La tempestiva distinción entre medios y fines parece el hilo conductor de cuanto tenía que decir¹⁴.

El sentido de lo escrito, en consecuencia, sería alertar sobre algo más importante que la propia escritura. Emerson, con esa forma de expresarse, se trasciende continuamente. El riesgo del artista sería quedar atrapado en su obra, como el del pensador era quedar atrapado en el lenguaje. La posibilidad de volver a la fuente de todo trabajo podía ser la consigna del verdadero trabajador. Con esa perspectiva podría creerse que todas las oraciones de Emerson contienen de suyo algo decepcionante. La trascendencia, en efecto, era capaz de llevar al desengaño, como había advertido John Ruskin a propósito de la debelación poética de la vanidad del mundo. Que la trascendencia hiciera aún más profundo el «misterio de la vida» era un dictamen que Emerson habría suscrito. Reconocer que la naturaleza tiene más respuestas que las brindadas por el «disolvente» intelecto estaba en sintonía con la precedencia reconocida por Ruskin a los maestros de la práctica sobre los maestros de la sabiduría y la religión. Afirmar que del arte no se debía hablar —prolongar hasta ese extremo la reticencia con la que se había forjado una escritura con vocación de perpetuidad— podía leerse como un corolario de la distinción emersoniana sobre un «trabajo superior para el arte que las artes»¹⁵.

Rescatar el valor de las oportunidades para expresarse con libertad sería una manera de recobrar la integridad del pensamiento. Lúdicamente, Wilde se

había referido al «estilo» como el último refugio de la fe en un siglo de incredulidad o escepticismo generalizado. Importa destacar que aquello que Wilde introducía en la ciudadela del arte Emerson se había anticipado a extenderlo a todos los rincones de la república y compartirlo como el *deber* que el escolar tenía, como delegado de la inteligencia, de confiar en sí mismo. Todo hombre, diría Emerson en otro momento, es elocuente al menos una vez en su vida. No habría diferencia entre ser elocuente y exponer íntegramente nuestra manera de pensar. Lo que Wilde quería hacer con el arte, o lo que quería que el arte hiciera, ya lo habría hecho Emerson por la sociedad; aquello que debía confiarse a la cultura, cierta concordancia de las voluntades que implicaba la consigna de «civilizar la civilización», había sido promovido con una forma de expresarse respaldada por valores constitucionales. La falta de constitución en un país sería algo más que una frase y algo menos que el hado de la humanidad. Emerson habría evitado que el pensamiento contribuyera a la escisión entre la ciencia y el arte o el arte y la política, el último y el penúltimo, respectivamente, de sus dos series de ensayos. No tenía sentido defender la integridad de la expresión sin asumir la lucha por la integridad del mundo en que nos encontramos y debemos expresarnos¹⁶.

Con todo, se trataba de dos frentes abiertos, como bien sabía el filósofo de Concord, de manera que la lectura sobre el mundo («Historia») debía ser seguida o ampliada circularmente por la lectura sobre el propio hombre («Confianza en sí mismo»). Asumir, a la hora de escribir, los ideales americanos como una plataforma de entendimiento común y cooperación suponía para Emerson elevar el nivel de exigencia sobre sí mismo y sus conciudadanos. Ser el «filósofo de la democracia» no dejaba de significar ser o representar, hasta cierto punto, el filósofo contra la democracia, o ser el primero en criticar el desajuste entre sus aspiraciones y la realidad. Había algo por encima de las condiciones que hacían posible que Emerson se comunicara con sus lectores y abriera a su manera las puertas de la «lectura creativa». Una forma de expresarlo sería declarar que la naturaleza no admitía ser democratizada. A la vista de esa declaración, sería legítimo preguntarse si la resistencia de la naturaleza no había de ponernos en guardia frente a quienes han apuntado los riesgos de la *americanización* para la filosofía. ¿No habría convertido Emerson las oportunidades de expresarse libremente en

desafíos que la democracia, sobre el trasfondo de la naturaleza, no podía ignorar? ¿No podía ser así toda América, sin dejar de ser un hecho que en adelante habría que esforzarse por comprender, una excusa para la filosofía o (como decía Cavell) para que la filosofía hablara en primer lugar? ¿No habría sido la denuncia de las ilusiones, o la revelación de que no podemos escapar de la trama de ilusiones en que nos encontramos, el debido y deliberado contrapunto emersoniano a la afirmación de los ideales que sostienen nuestra independencia como individuos? ¿No habría descubierto Emerson en la «América de nuestra América» un nuevo hogar para la filosofía que no había podido eludir hasta entonces las formas feudales de expresión? ¿No sería filosofar en América, con plena conciencia de lo que una «política de alfabetización» ha de significar para la democracia, un modo de salvaguardar la cultura —el medio más eficaz y económico para un hombre en busca de educación— de la descomposición o *anarquía* de la historia? ¿Y no podría ser entonces la lectura de los *Ensayos*, en un contexto de irrenunciables conquistas modernas, un modo de aprender a «escribir la ley de la tierra» y filosofar más allá de la tiranía de los tiempos?¹⁷.





Tumba y epitafio de R. W. Emerson en el cementerio de Sleepy Hollow, Concord, 2010.
Fotografías de Rebeca Romero Escrivá.

[1](#) Véase Ralph Waldo Emerson, *Naturaleza y otros escritos de juventud*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pág. 98: «Hay una lectura creativa como hay una escritura creativa. Cuando el alma se forja en el trabajo y la invención, la página de cualquier libro es tan grande como el mundo». El misterio de la exclusión ha sido desentrañado de manera memorable por Stanley Cavell en *Emerson's Transcendental Etudes*, ed. de D. J. Hodge, Stanford, Stanford University Press, 2003, pág. 2: «Mi insistencia en la filosoficidad de Emerson quiere explicar su escritura de la manera más inmediata por la incansable recurrencia a descripciones o a figuras de sí misma». Cavell sugiere que en América «la relación entre filosofía y literatura sería distinta a la afrontada en las tradiciones dadas, principales, de la filosofía en Inglaterra y Alemania».

[2](#) Sócrates encarnaría el controvertido momento de apertura de la filosofía a la ciudad antigua. Véase Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, trad. de A. Fano, Madrid, Edad, 1986, pág. 336: «La impopularidad de Sócrates y la cólera violenta de sus conciudadanos se explican si se piensa en los hábitos religiosos de aquella sociedad ateniense dominada por tantos y tan poderosos sacerdotes». La referencia al cierre es un eco de Allan Bloom, *El cierre de la mente moderna*, trad. de A. Martín, Barcelona, Seix Barral, 1989, pág. 35: «Lo que se anuncia como una gran apertura es en realidad un gran cierre». Según Bloom, el exilio de los eruditos europeos antes del acceso de Hitler al poder habría sido un factor decisivo para salvaguardar la tradición filosófica en América, lo que lleva a preguntarse si, en caso contrario, la democracia no habría devorado con sus «gustos populares» todo asomo de pensamiento como elemento de distinción. ¿Depende esencialmente la filosofía

de la conservación de una genuina manera de leer e interpretar los «viejos libros»? La explicación dada por Bloom en la primera parte de su obra sobre la naturaleza de la Fundación y el significado de las verdades evidentes recogidas en la Declaración de Independencia y reafirmadas en la Constitución podía hacer pensar que la democracia en América significaría para el autor algo más que el título de la obra de Tocqueville. Las menciones de Thoreau en *El cierre de la mente moderna* no son representativas del ejemplo de profesar la filosofía que su autor dejó *por escrito* en *Walden*, por no decir nada de la omisión de su maestro y amigo Emerson. ¿Y no habría sido este un precedente con suficiente fuerza, y más coherente desde el punto de vista de la afinidad entre filosofía y democracia —o de la necesidad de la amistad para la civilización— que la discusión sobre la asimilación y vulgarización en América de formas tardías del nihilismo alemán? Emerson y Thoreau son notables ausencias por tratarse de un diagnóstico del déficit de filosofía con la perspectiva exclusiva del mundo académico americano. ¿No habría una divergencia entre el fracaso de la Ilustración en Europa y su traducción constitucional en América más significativa que el desprestigio universitario de la filosofía en contraste con el auge de las ciencias sociales? ¿No habría conocido la tradición de la lectura de los «viejos libros», desde Platón hasta Heidegger, un episodio inédito con el discurso de Emerson sobre el escolar americano? Véase, por otro lado, la reseña de George Anastaplo, «The Allan Bloom book and misconceptions about liberal education today». Recuperado de <http://anastaplo.wordpress.com/2011/12/14/the-allan-bloom-book-and-misconceptions-about-liberal-education-today/>. La cita final de este párrafo proviene de Stanley Cavell, *The Senses of Walden. An Expanded Edition*, San Francisco, North Point Press, 1981, pág. 34.

³ Véase Leo Strauss, *Persecution and the Art of Writing*, Chicago, The University of Chicago Press, 1988, págs. 7-8: «[La sociología del conocimiento] no consideró la posibilidad de que todos los filósofos formen una clase por sí mismos, o de que lo que une a todos los filósofos genuinos sea más importante que lo que une a un filósofo con un grupo particular de no-filósofos». (Véase el último párrafo de «Intelecto», el penúltimo de la primera serie de *Ensayos* de Emerson). Sobre la relación constitucional entre los hechos y las ideas puede verse el comienzo del Segundo Discurso Inaugural de Barack Obama: «Hoy continuamos un viaje interminable para tender un puente entre el significado de esas palabras y las realidades de nuestro tiempo. Porque la historia nos dice que, aunque estas verdades pueden ser evidentes por sí mismas, nunca se han ejecutado a sí mismas; que aunque la libertad es un don de Dios, debe ser asegurada por su pueblo aquí en la tierra. Los patriotas de 1776 no lucharon para reemplazar la tiranía de un rey con los privilegios de unos pocos o la regla de una masa. Nos entregaron una república, un gobierno del pueblo y por el pueblo y para el pueblo, y confiaron a cada generación mantener a salvo nuestro credo fundador». Recuperado de <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2013/01/21/inaugural-address-president-barack-obama>. (Las traducciones no acreditadas son mías).

⁴ Sobre Emerson como escritor americano, véase Stanley Cavell, *Emerson's Transcendental Etudes*, pág. 122: «La idea interminablemente repetida de que Emerson

solo estaba interesado en descubrir lo individual debería ceder el lugar o el paso a la idea de que su búsqueda era su manera de fundar una nación, escribiendo su constitución, constituyendo a sus ciudadanos»; sobre la elaboración sin fin del pensamiento, Cavell afirma que «propone en sus ensayos un género de escritura que muestra un texto en prosa finito para contemplar una respuesta infinita» (pág. 4). La *autoexclusión* de Emerson comenzó con su «Discurso a la Facultad de Teología». En *Society and Solitude*, Emerson afirma: «El pueblo, y no la universidad, es el hogar del escritor». Véase el pasaje sobre el suicidio de la universidad en Merton M. Sealts, Jr., *Emerson on the Scholar*, Columbia, University of Wisconsin Press, 1992, pág. 252.

5 El alcance político de la grandeza o la sugerencia de que el genio apunta a nuestra condición de «creyentes natos» (véase «Carácter», en la segunda serie de *Ensayos*) sería el punto de partida del siguiente libro de Emerson, *Hombres representativos* (trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Madrid, Cátedra, 2010). La afirmación característica sobre la cultura está en «El escolar americano», en *Naturaleza y otros escritos de juventud*, págs. 107-108: «Despertad [a los hombres] y pondrán a un lado los falsos bienes y saltarán hacia la verdad, dejando los gobiernos a los empleados y las oficinas. Esta revolución tendrá lugar mediante la domesticación gradual de la idea de cultura. El propósito más claro del mundo en esplendor, en extensión, es la edificación de un hombre». Véase también Stephen Wicher, *Freedom and Fate: An Inner Life of Ralph Waldo Emerson*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1953, pág. 84: «El medio para la compleción es lo que Emerson llamó cultura».

6 Sobre la democracia como una oportunidad antes que una necesidad histórica, véase, en este volumen, el ensayo «Política». Sobre la reescritura emersoniana, véase Stanley Cavell, *Emerson's Transcendental Etudes*, pág. 129: «El esquematismo de Emerson, por llamarlo así, requiere una forma o género que sintetiza o trascendentaliza los géneros de la narración de conversión, la narración de esclavos y la narración de viaje y descubrimiento». Sobre la apelación al individuo, como huella de la tradición antinomiana en Emerson, que muestra su faceta como redescubridor de «la llama del amor sagrado de los puritanos», véase Stephen Wicher, *Freedom and Fate*, pág. 22. El propio Wicher observa, sin embargo, que al apuntar a la naturaleza frente a las Escrituras como fuente de nuestro deber Emerson identifica «lo que los ancestros puritanos separaban» (pág. 40). Sobre el problema de la vocación de Emerson por su trasfondo puritano, véase «Emerson's problem of vocation», de Henry Nash Smith, en *Emerson. A Collection of Critical Essays*, ed. de M. Konvitz y S. Wicher, Englewoods Cliffs (NJ), Prentice-Hall, Inc., 1962, pág. 71. Sobre la enseñanza como provocación, recuérdese, junto a la cita que encabeza esta introducción, el «Discurso a la Facultad de Teología»: «Mientras las puertas del templo estén abiertas, noche y día, ante cualquiera, y no cesen los oráculos de esa verdad, habrá una dura condición; a saber: es una intuición. No puede tenerse de segunda mano. A decir verdad, no es instrucción, sino provocación, lo que puedo recibir de otra alma» (*Naturaleza y otros escritos de juventud*, pág. 118).

7 La conservación del sentido de mejora en la escritura haría de Emerson, sin embargo, un *santificador* antes que un secularizador, según la célebre frase de Henry James. Véase *La imaginación literaria*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Barcelona, Alba, 2001. La peculiar «ansiedad de la influencia» de Emerson sobre Santayana es visible en el ensayo que le dedica en *Interpretaciones de poesía y religión*, trad. de C. Carcía y S. Nuccetelli, Madrid, Cátedra, 1993, pág. 188: «Un filósofo independiente no habría visto en esas armonías un objeto de adoración o una base suficiente para el optimismo... Emerson tampoco fue primariamente un filósofo, sino un místico puritano dotado de fantasía poética y capacidad para la observación y el epigrama». Al decir que Santayana no fue justo con Emerson conviene recordar que habría sido más emersoniano de lo que llegaría a admitir, aun por haber depositado en el «misticismo parcial» la atenuada esperanza de su «religión última». La expectativa de que el futuro fuera capaz de alumbrar un poeta exento de las limitaciones observadas en los grandes «poetas filosóficos» del pasado no es tampoco ajena a la postulación emersoniana de las tareas pendientes del escolar americano. En diversos momentos de su obra, Santayana se eclipsa tras las figuras *literarias* de Demócrito, Lucrecio o Spinoza. Haberse querido colocar delante de Emerson arrojaría más sombras que luces sobre el «buen pastor de sus pensamientos». El autor de *Society and Solitude* hablaría aún del *acute and upright Socrates*. Sobre su influencia en los trascendentalistas, véase Carlos Baker, *Emerson entre los excéntricos. Un retrato de grupo*, trad. de I. Ferrer y C. Milla, Barcelona, Ariel, 2008.

8 Albert J. Von Frank concluye su repaso a la primera serie de *Ensayos* aseverando que «la postura de Emerson en este libro es, por definición, profética» (véase *The Cambridge Companion to Ralph Waldo Emerson*, ed. de J. Porte y S. Morris, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pág. 120). Véase Stanley Cavell, *Emerson's Transcendental Etudes*, pág. 30: «Los ensayos son los frutos por los que su capricho profético ha de ser conocido». Sobre el valor anticipatorio o profético y la sospecha del elemento temporal, Emerson anota que «los años enseñan mucho que los días nunca conocen». La referencia a las «vías indirectas», asociada a «la *ascensión*, o el paso del alma a formas superiores» está en «El poeta». En su diario, Emerson había considerado bendito el día «en que el joven descubre que Dentro y Encima son sinónimos». Véase también la anotación del 14 de abril de 1839: «Tal como el músico se vale del concierto, el filósofo se vale del drama, la épica, la novela, y se convierte en un poeta; porque estas formas complejas le permiten emitir su conocimiento de la vida por *vías indirectas* tan bien como de la manera didáctica, y puede, por tanto, expresar las cantidades y valores fluctuantes que no podría nunca dar la tesis o disertación» (*Emerson in His Journals*, ed. de J. Porte, Cambridge [Mass.], The Belknap Press of Harvard University Press, 1982, págs. 131 y 217). La mezcla de «rasgos radicales y conservadores» era el modo en que Henry Adams (a quien, como admite en su autobiografía, «no le faltó el deseo de ser trascendental») describía el carácter literario de James Madison, padre de la Constitución americana. Sobre la escritura profética en Thoreau, véase Stanley Cavell, *The Senses of Walden*, págs. 10, 19, 20-21, 25 y 116. Junto a la cita final, véase también la siguiente: «La gente me malentiende... Soy y siempre he sido un pintor de palabras» (*Emerson in His Journals*, págs. 318 y 356).

[9](#) Recuérdese el comienzo de «Confianza en sí mismo»: «Leí el otro día unos versos escritos por un pintor eminente que eran originales y no convencionales». En junio de 1845, Emerson anota en su diario: «Toda conversación, como toda la literatura, me parece el placer de la retórica o, puedo decir, de la metonimia» (*Emerson in His Journals*, pág. 340). Bloom señala que Emerson es el eslabón entre la literatura y la religión americana en *La religión en los Estados Unidos*, trad. de M. T. Macías, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1993, pág. 53. La ascendencia de Emerson sobre Bloom está presente en la mayoría de sus libros. Recuérdese la introducción a *El canon occidental* o el diseño conceptual de *Genios*. Santayana escribió en *Platonismo y vida espiritual*, trad. de D. Moreno, Madrid, Trotta, 2006, pág. 45: «El espíritu no es un cuentista que tenga un mundo fingido con el que sustituir las humildes circunstancias de esta vida, es sólo la capacidad — que permite desencantarse y reencantarse— de ver este mundo en su simple verdad». Es notable, no obstante, la diferencia respecto al precedente emersoniano en *Hombres representativos* (pág. 67): «Una vez vimos aves fénix; se fueron, pero el mundo no se ha desencantado por ello. Las vasijas en las que leímos emblemas sagrados se convierten en cerámica vulgar, pero el sentido de las imágenes es sagrado y aún podemos leerlos transferidos a los muros del mundo». Como buen psicólogo literario, Emerson había anotado en su diario: «Los hombres van por el mundo rumiando una gran fábula dramáticamente pintada y ensayada ante sí mismos» (*Emerson in His Journals*, pág. 341).

[10](#) La omisión del mal en Emerson se ha vuelto un tópico tan reiterado como criticado. Véase «The House of Pain», de Newton Arvin, en *Emerson. A Collection of Critical Essays*. Von Frank señala que «cuando miramos los *Ensayos* como un libro de sátira —casi una jeremiada— somos conscientes a la fuerza del profundo sentido de un mal que lo recorre todo» (*The Cambridge Companion to Ralph Waldo Emerson*, pág. 114). La distancia de Santayana con Emerson está implícita en estas palabras de «Religión última»: «El hecho de que el intelecto pueda hallar una felicidad perfecta en la contemplación de la verdad del universo no quiere decir que ese universo sea bueno para todas las demás facultades... Un sistema optimista es el más opresivo, entre todos los sistemas» (*Diálogos en el limbo*, trad. de R. Lida, Buenos Aires, Losada, 1960, pág. 77).

[11](#) Según Cavell, tal como el poema no está hecho de metros, sino de un argumento que los produce, la prosa filosófica no está hecha de argumentos, sino de un argumento que produce filosofía (véase, *in fine*, «Finding as Founding: Taking Steps in Emerson's Experience», en *Emerson's Transcendental Etudes*). En su diario, Emerson anotó: «Expresión es todo lo que necesitamos... sabemos lo suficiente» (*Emerson in His Journals*, pág. 371). El reformador, el conservador, el trascendentalista, el joven americano, el poeta o el hombre representativo componen la galería de personas con las que Emerson ha dado voz a diversas facetas del hombre de letras en América. La precedencia del escolar ha sido objeto de estudio por parte de Merton M. Sealts, Jr., *Emerson on the Scholar*. Nos hacemos eco en el texto de varios pasajes de «El escolar americano».

[12](#) Sobre la resonancia política de los términos empleados por Emerson en «El escolar

americano», véase Javier Alcoriza, *Educación la mirada. Lecciones sobre la historia del pensamiento*, Valencia, Psylicom, 2012, §§ 52 y 53. Convertir a Emerson en precursor del pragmatismo y considerar que la supeditación de la política a la educación suponía desactivar la crítica a «la expansión imperial de la nación americana» han sido las premisas de Cornel West en *La evasión americana de la filosofía. Una genealogía del pragmatismo*, trad. de D. y A. Blanch, Madrid, Editorial Complutense, 2008. La obra de West es una prueba de la dificultad de hacer de Emerson una pauta antes que un objeto de interpretación («a diferencia de los gigantes europeos de la filosofía») desde el punto de vista del interés filosófico. A ese interés ha respondido además la lectura cavelliana del pasaje aludido («Escribiría en el dintel de la puerta *Capricho*») como forma de reescribir o «trascendentalizar» el lenguaje bíblico. Sobre Thoreau, véase *Walden*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Madrid, Cátedra, 2005, págs. 154-155. Sobre Oscar Wilde, véase «La decadencia de la mentira (Observaciones)», en *Obras completas*, trad. de J. Gómez de la Serna, México D.F., Aguilar, 1991, pág. 968, y *El alma del hombre bajo el socialismo y notas periodísticas*, trad. de R. Baeza y J. Gómez de la Serna, revisada por J. M. Estévez, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, págs. 36, 39 y 49. Sobre la afinidad entre Emerson y Wilde, véase la réplica de Ernest a Gilbert en la primera parte de «El crítico como artista» (*Obras completas*, pág. 928): «Gilbert, trata usted al mundo como si fuese una bola de cristal. Le sostiene usted en su mano y le vuelca para satisfacer y divertir su fantasía despótica. No hace usted más que reescribir la historia». Reescribir la historia había sido el punto de partida de los *Ensayos*. (En «Ética literaria» Emerson advertía: «Decid más bien que toda la literatura está por escribir»). Es notable, por cierto, la semejanza de esa imagen wildeana con el muy comentado sueño de Emerson en que devoraba el mundo reducido a una manzana.

[13](#) La libertad de expresión que reivindica la filosofía moderna obligaría a decir la verdad. Rebajar las expectativas induce a Emerson a pedir reiteradamente «paciencia» a sus oyentes y lectores. La dificultad de «Experiencia» era literaria antes que biográfica, aun cuando el trasfondo de su composición, que prolonga el *work of mourning* de Emerson, había sido la muerte de su hijo Waldo en 1842. (Para la vida de Emerson, en general, remitimos a la introducción a *Hombres representativos*). Véase David W. Hill, «Emerson's Eumenides: Textual Evidence and the Interpretation of Experience», en *Centenary Essays*, ed. de J. Myerson, Carbondale y Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1982, pág. 121: «La historia del ensayo muestra cómo la modificación, selección y disposición de los materiales del diario estableció un escenario para la autoconstrucción». Cavell convierte su lectura de «Experiencia», que encierra la «epistemología de humores» de Emerson, en pauta de interpretación de lo que implica escribir filosóficamente. La filosofía, concluye, «no puede nombrar su sucesor». Véase «Finding as Founding» en *Emerson's Transcendental Etudes*, pág. 113. Sobre la consonancia de los «ensayos escépticos» y la conveniencia de atenuar lo evolutivo del pensamiento de Emerson, véanse, respectivamente, Stephen Wicher, *Freedom and fate*, pág. 165, y Richard Poirier, *The Renewal of Literature. Emersonian Reflections*, Nueva York, Random House, 1987, pág. 31. Para «Hado» e «Ilusiones», puede verse Ralph Waldo Emerson, *La conducta de la*

vida, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Valencia, Pre-Textos, 2004.

[14](#) Sobre lo desproporcionado de las expectativas, Emerson anotaba en su diario: «Es extraño que este mundo deba ser un mundo de aproximaciones. Toda vasija tiene un falso fondo... En todas las cosas la promesa sobrepasa la realización» (*Emerson in His Journals*, pág. 258). Sobre el paso, a raíz de la experiencia, del orden intelectual al «poder práctico», véase el final de «Experiencia». Respecto a no temer ser demasiado literales con Emerson, véase esta anotación: «El mundo es enigmático, todo lo dicho y todo lo sabido y lo hecho, y no debe tomarse literal, sino genialmente» (*Emerson in His Journals*, pág. 351). La carencia de sistema es un habitual reproche a Emerson, como en el ensayo de Norman Foerster, «Emerson on the organic principle in art», en *Emerson. A Collection of Critical Essays*, pág. 109; véase incluso Stephen Wicher, *Freedom and Fate*, pág. 58. Sobre la distinción entre medios y fines, recuérdense, por ejemplo, el quinto párrafo de «Prudencia», el decimotercero de «Naturaleza» o el sexto del último ensayo, «Nominalistas y realistas».

[15](#) Sobre la conversión del desengaño en estímulo para la fe, véase «The Mystery of Life and its Arts», en *The Genius of John Ruskin. Selections of His Writings*, ed. de J. D. Rosenberg, Charlottesville y Londres, University of Virginia Press, 1998, págs. 328-329; sobre los *wise practical men*, véanse las págs. 337 y ss. La «teoría de los libros» de Ruskin se encuentra, por supuesto, en «Sésamo. De los tesoros de los reyes»; véase *Sésamo y lirios*, trad. de J. Alcoriza, Madrid, Cátedra, de próxima aparición, §§ 9 y 15. (Emerson fue lector de Ruskin, como advierte Robert Richardson en *Emerson. The Mind on Fire*, Berkeley y Los Ángeles, California University Press, 1995, pág. 447). La cita de Emerson proviene del último ensayo de la primera serie, «Arte».

[16](#) Rescatar el valor de las oportunidades puede entenderse también como la «inestable resistencia a la ocasión» de escribir los *Ensayos*. Véase Julie Ellison, «Tears for Emerson: *Essays, Second Series*», en *The Cambridge Companion to Ralph Waldo Emerson*, pág. 158. Sobre la integridad, Dewey escribió: «No conozco un escritor, al margen de lo segura que sea su posición en los tratados sobre la historia de la filosofía, cuyo movimiento de pensamiento sea más compacto y unificado» (*Emerson. A Collection of Critical Essays*, pág. 25). En «La decadencia de la mentira», de Wilde, Vivian declara que «es el estilo y únicamente el estilo el que nos hace creer en algo» (*Obras completas*, pág. 989). Véase «Civilization» y «Eloquence», en *Society and Solitude (Works of Ralph Waldo Emerson)*, Edimburgo, The Edina Edition, 1906, págs. 364 y 373). Una variedad de la «sutura» emersoniana se encuentra al final de «El método de la naturaleza», en *Naturaleza y otros escritos de juventud*, pág. 175: «[Nuestra tarea es] anular el adúltero divorcio que la superstición de muchas épocas ha efectuado entre el intelecto y la santidad».

[17](#) «En la democrática América, ella [la naturaleza] no será democratizada». La cita está en «Carácter»; en «Política» leemos que la naturaleza «no es democrática, ni una monarquía limitada: es despótica y no podrá ser engañada o abolida en un ápice de su autoridad por el más insolente de sus hijos». Véase también la anotación de Thoreau en su diario del 16 de

junio de 1854: «No huelo compromiso alguno en la fragancia del nenúfar blanco» (*The Writings of Henry David Thoreau. Journal*, ed. de B. Torrey, Boston, Houghton Mifflin and Co., 1906, vol. VI, pág. 352). Con todo, en el discurso de inauguración del cementerio de Sleepy Hollow, Emerson habló de la «irresistible democracia de los procesos naturales, de la química que recompone para la nueva vida toda partícula en descomposición». Según Richardson, «le agradaba la idea de que el nuevo cementerio fuera un arboreto... “de modo que a todo niño pueda enseñársele cómo crecen los doce robles de Massachusetts y los veinte sauces; el abedul, que hemos dejado morir en los condados orientales, y las vastas higueras de California y Oregón”» (*Emerson. The Mind on Fire*, pág. 539). (El visitante de la tumba de Emerson, por cierto, advertirá lo apropiado que resulta ahora, por los destellos superiores de la roca blanca que la señala, recordar las palabras de Santayana sobre «los rayos ultravioletas de su espectro»). La glosa de Emerson como «filósofo de la democracia» es de John Dewey: «Pensando en Emerson como el único ciudadano del Nuevo Mundo cuyo nombre puede ser pronunciado junto al de Platón, podemos creer sin presunción que, aunque Emerson carezca de sistema, sin embargo, es el profeta y heraldado de cualquier sistema que la democracia pueda construir y sostener, y que, cuando la democracia se haya articulado a sí misma, no tendrá dificultad alguna en encontrarlo propuesto ya en Emerson» (véase *Emerson. A Collection of Critical Essays*, pág. 29).

ESTA EDICIÓN

Este volumen presenta las dos series de ensayos de Emerson, *Essays: First Series* y *Essays: Second Series*, publicadas originalmente por separado. La primera apareció en 1841 como *Essays*, aunque Emerson había pensado en titularlo *Forest Essays*. Siempre cuidadoso como «self-editor», el autor invirtió varios meses en la corrección de pruebas para esa primera edición. Seis años después aún seguía enmendando su libro. Hacia 1845 ya se había agotado la tirada de 1.500 ejemplares y había aparecido buen número de ediciones pirateadas inglesas. Emerson, que calculaba la oportunidad de este tipo de decisiones, cedió al apremio del editor, James Munroe and Company, y en 1847 emprendió la revisión exhaustiva del volumen de 1841, al que dio entonces el título de *Essays: First Series* para distinguirlo de la segunda serie, aparecida tres años antes. Aparte de alguna errata, no hubo más cambios en esa edición de 1847, reimpressa casi cada dos años hasta 1878. Hubo tres ediciones posteriores supervisadas —más que revisadas— por Emerson, por lo que el texto ha quedado fijado desde la edición de 1847.

En octubre de 1844, James Munroe and Company publicó *Essays: Second Series*. Como había hecho con la primera serie, Emerson dio a la imprenta la segunda «por su cuenta y riesgo» y los editores recibieron como comisión un porcentaje de los beneficios. En una carta del 14 de octubre de 1845, Emerson escribió: «No tengo las cifras en mi cabeza, pero creo que he recibido o voy a recibir entre 5 y 600 dólares por cada edición de mis *Ensayos*». Hubo una nueva edición, sin mayores cambios, en 1850, y otra «nueva y revisada» en 1876, aunque no contaron con la revisión hecha por Emerson en 1844.

Para la traducción hemos seguido el texto de la edición de Joel Porte en *Essays and Lectures*, Nueva York, The Library of America, 1983. Sin embargo, no incluimos, tal como hace Porte, el «sermón» de Emerson en Amory Hall titulado ‘New England Reformers’, añadido a petición de su editor para completar el volumen. Mantenemos así el criterio del texto fijado

por Alfred R. Ferguson y Jean Ferguson Carr para *The Essays of Ralph Waldo Emerson* (introducción de Alfred Kazin, Cambridge [Mass.], The Belknap Press of Harvard University Press, 1987). Nuestras notas, numeradas, se han reducido todo lo posible para no interferir en la lectura del texto. Hasta la fecha, las traducciones de los *Ensayos* de Emerson han sido inexactas e incompletas.

Quiero agradecer a Rebeca Romero Escrivá su ayuda para ilustrar esta edición con diversas fotografías (entre otras, las de nuestra visita a Concord en el verano de 2010) y elegir la espléndida obra de Ansel Adams que figura en la cubierta.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE RALPH WALDO EMERSON

Works of Ralph Waldo Emerson, ed. de J. Elliot Cabot, Nueva York, Riverside Edition, 1883.

Works of Ralph Waldo Emerson, Londres, Routledge, 1894.

The Complete Works of Ralph Waldo Emerson (Centenary Edition, ed. de Edward Waldo Emerson, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1903-1904), en RWE.org.

The Digital Journals of Ralph Waldo Emerson (ed. de Edward Waldo Emerson, Boston, Houghton Mifflin, 1904-1914), The Ralph Waldo Emerson Institute.

Works of Ralph Waldo Emerson, Edimburgo, The Edina Edition, 1906.

The Letters of Ralph Waldo Emerson, ed. de R. L. Rusk y E. M. Tilton, Nueva York, Columbia University Press, 1939-1994.

The Early Lectures of Ralph Waldo Emerson, ed. de S. Wicher, Robert E. Spiller y Wallace E. Williams, Cambridge (Mass.), Belknap Press/Harvard University Press, 1959-1972.

The Journals and Miscellaneous Notebooks of Ralph Waldo Emerson, ed. de W. Gillman *et al.*, Cambridge (Mass.), Belknap Press/Harvard University Press, 1960-1982.

The Correspondence of Emerson and Carlyle, ed. de Joseph Slater, Nueva York, Columbia University Press, 1964.

The Collected Works of Ralph Waldo Emerson, vol. 2: *Essays: First Series*, ed. de Joseph Slater, Alfred R. Ferguson y Jean Ferguson Carr, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1980.

Emerson in His Journals, ed. de Joel Porte, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1982.

Essays and Lectures, ed. de Joel Porte, Nueva York, The Library of America, 1983.

The Collected Works of Ralph Waldo Emerson, vol. 3: *Essays: Second Series*,

ed. Joseph Slater, Alfred R. Ferguson y Jean Ferguson Carr, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1984.
Complete Sermons of Ralph Waldo Emerson, ed de Albert J. von Frank *et al.*, Columbia, Missouri University Press, 1989-1992.
Essays: The First and Second Series, ed. de Douglass Crase, Nueva York, The Library of America, 1990.
Collected Poems and Translations, ed. de Harold Bloom y Paul Kane, Nueva York, College Edition, The Library of America, 1994.
Emerson's Antislavery Writings, ed. de Len Gougeon y Joel Myerson, New Haven, Yale University Press, 1995.
Essays & Poems, ed. de Joel Porte, Harold Bloom y Paul Kane, Nueva York, College Edition, The Library of America, 1996.
Selected Journals 1820-1842, ed. de Lawrence Rosenwald, Nueva York, The Library of America, 2010.
Selected Journals 1841-1877, ed. de Lawrence Rosenwald, Nueva York, The Library of America, 2010.

TRADUCCIONES AL ESPAÑOL

Ensayos escogidos, trad. de L. E. Echevarría, Madrid, Aguilar, 1947.
Confía en ti mismo, trad. de R. Hervás, San Cugat del Vallés, Ediciones 29, 1987.
Confía en ti mismo, trad. de M. J. Vázquez, San Cugat del Vallés, Ediciones 29, 1996.
El poeta, ed. de J. Rodríguez Padrón, Universidad de León, 1998.
Escritos de estética y poética, ed. de R. Miguel Alfonso, Málaga, Analecta Malacitana, 2000.
Ensayos, ed. de R. Miguel Alfonso, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.
Pensamientos para el futuro, ed. de M. Bach, Barcelona, Península, 2002.
Confianza en uno mismo, trad. de P. Tena, Madrid, Gañir, 2009.
Autoconfianza: la pieza clave, trad. de B. N. Tucci, Madrid, Librería Argentina, 2010.

LITERATURA DE REFERENCIA

- ALCORIZA, Javier, *El tigre de Hircania. Ensayos de lectura creativa*, Madrid, Plaza y Valdés, 2012.
- *Látigos de escorpiones. Un ensayo sobre el arte de la interpretación* (en prensa).
- ALLEN, Gay Wilson, *Waldo Emerson: A Biography*, Nueva York, Viking Press, 1981.
- BAKER, Carlos, *Emerson Among the Eccentrics*, Nueva York, Viking Press, 1996.
- BUELL, Lawrence, *Literary Transcendentalism. Style and Vision in the American Renaissance*, Ithaca, Cornell University Press, 1973.
- *Emerson*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 2004.
- CADAVA, Eduardo, *Emerson and the Climates of History*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- CAVELL, Stanley, *Emerson's Transcendental Etudes*, ed. de D. J. Hodge, Stanford, Stanford University Press, 2003.
- Emerson. A Collection of Critical Essays*, ed. de M. Konvitz y S. Wicher, Englewoods Cliffs (NJ), Prentice-Hall, Inc., 1962.
- Emerson Centenary Essays*, ed. de J. Myerson, Carbondale y Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1982.
- Emerson, Prophecy, Metamorphosis and Influence*, ed. de D. Levin, Nueva York y Londres, Columbia University Press, 1975.
- GELDARD, Richard G., *God in Concord: Ralph Waldo Emerson's Awakening to the Infinite*, Burdett (NY), Larson, 1998.
- HODDER, Alan D., *Emerson's Rethoric of Revelation*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1989.
- LASTRA, Antonio, *Emerson como educador*, Madrid, Verbum, 2007.
- LOWELL YOUNG, Charles, *Emerson's Montaigne*, Nueva York, Macmillan, 1941.
- MATTHIESSEN, Francis O., *American Renaissance: Art and Expression in the Age of Emerson and Whitman*, Nueva York, Oxford University Press, 1941.
- MICHAEL, John, *Emerson and Skepticism: The Cipher of the World*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1988.
- MYERSON, Joel, *The New England Trascendentalists and the Dial*, Rutherford, Fairleigh Dickinson University Press, 1980.

- PORTE, Joel, *Representative Man: Ralph Waldo Emerson in His Time*, Nueva York, Columbia University Press, 1988.
- REYNOLDS, David S., *Beneath the American Renaissance: The Subversive Imagination in the Age of Emerson and Melville*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1989.
- REYNOLDS, Larry J., *European Revolutions and the American Literary Renaissance*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1988.
- RICHARDSON, Robert D., Jr., *Emerson. The Mind on Fire*, Berkeley y Los Ángeles, California University Press, 1995.
- SEALTS, Merton M., Jr., *Emerson on the Scholar*, Columbia, University of Wisconsin Press, 1992.
- The Cambridge Companion to Ralph Waldo Emerson*, ed. de Joel Porte y Sandra Morris, Cambridge (Mass.), Cambridge University Press, 1999.
- The Essential Transcendentalists*, ed. de Richard G. Geldard, Nueva York, Jeremy P. Tarcher/Penguin, 2005.
- VAN LEER, David, *Emerson's Epistemology: The Argument of the Essays*, Nueva York, Cambridge University Press, 1986.
- WICHER, Stephen, *Freedom and Fate: An Inner Life of Ralph Waldo Emerson*, Filadelfia, Pennsylvania University Press, 1953.

ENSAYOS

PRIMERA SERIE

HISTORIA

No hay grande ni pequeño
para el alma que todo lo hace,
y donde llega están todas las cosas,
y llega a todas partes.

Soy el dueño de la esfera,
de las siete estrellas y el año solar,
de la mano de César y el cerebro de Platón,
del corazón de Cristo y la fibra de Shakespeare.

ENSAYO I

HISTORIA

Hay una mente común a todos los individuos. Todo hombre es una entrada a lo mismo y a todo de lo mismo. El que ha sido admitido una vez al derecho de la razón se convierte en un hombre libre de toda la propiedad. Puede pensar lo que Platón ha pensado; puede sentir lo que un santo ha sentido. Puede comprender lo que le haya ocurrido a cualquier hombre. Quien tiene acceso a esta mente universal es un partido para todo lo que se ha hecho o puede hacerse, porque este es el único agente soberano.

La historia es el registro de los trabajos de esta mente. Su genio está ilustrado por la serie entera de los días. El hombre es explicable por nada menos que toda su historia. Sin prisa, sin pausa, el espíritu humano arranca desde el comienzo para encarnar toda facultad, todo pensamiento, toda emoción que le pertenece en los acontecimientos apropiados. Pero el pensamiento es siempre anterior al hecho; todos los hechos de la historia preexisten en la mente como leyes. Cada ley resulta a su vez predominante por las circunstancias, y los límites de la naturaleza otorgan poder a una sola cada vez. Un hombre es la enciclopedia entera de los hechos. La creación de un millar de bosques está en una bellota, y Egipto, Grecia, Roma, Galia, Bretaña, América estaban ya plegadas en el primer hombre. Época tras época, campo, reino, imperio, república, democracia son solo la aplicación de su espíritu múltiple al mundo múltiple.

Esta mente humana ha escrito la historia, y debe leerla. La esfinge debe resolver su propio enigma. Si el todo de la historia está en un hombre, todo ha de ser explicado por la experiencia individual. Hay una relación entre las horas de nuestra vida y los siglos del tiempo. Así como el aire que respiro proviene de los grandes depósitos de la naturaleza, así como la luz sobre mi libro nace en una estrella a cientos de millones de millas de distancia, así

como el aplomo de mi cuerpo depende del equilibrio de fuerzas centrífugas y centrípetas, las horas deberían ser instruidas por las épocas, y las épocas explicadas por las horas. Cada hombre individual es una encarnación más de la mente universal. Todas sus propiedades consisten en él. Cada hecho nuevo en su experiencia privada arroja una luz sobre lo que grandes grupos de hombres han hecho, y las crisis de su vida se refieren a crisis nacionales. Toda revolución fue primero un pensamiento en la mente de un hombre, y cuando el mismo pensamiento se le ocurre a otro hombre, he ahí la llave de esa era. Toda reforma fue una vez una opinión privada, y cuando sea de nuevo una opinión privada resolverá el problema de la época. El hecho narrado debe corresponderse con algo en mí para ser creíble o inteligible. Al leer, debemos convertirnos en griegos, romanos, turcos, sacerdote y rey, mártir y verdugo, debemos ajustar estas imágenes a una realidad de nuestra experiencia secreta o no aprenderemos nada correctamente. Lo que le sucedió a Asdrúbal o César Borgia es una ilustración de los poderes y depravaciones de la mente en la misma medida que lo que nos ha ocurrido a nosotros. Toda nueva ley y movimiento político tiene sentido para vosotros. Erguíos ante cada una de sus tablillas y decid: «Bajo esta máscara se ocultó mi naturaleza proteica». Esto remedia el defecto de nuestra excesiva proximidad a nosotros mismos. Esto coloca nuestras acciones en perspectiva, y así como los cangrejos, cabras, escorpiones, la balanza y la jarra pierden su mezquindad colgados como signos del zodiaco, puedo ver mis propios vicios sin sofoco en las personas distantes de Salomón, Alcibíades y Catilina.

Es la naturaleza universal la que da valor a los hombres y cosas particulares. La vida humana como continente suyo es misteriosa e inviolable, y nosotros la rodeamos de castigos y leyes. Todas las leyes derivan de ahí su razón última; todas expresan más o menos distintamente alguna orden de esta esencia suprema, ilimitable. La propiedad también retiene al alma, cubre grandes hechos espirituales, e instintivamente nos aferramos primero a ella con espadas y leyes, y con amplias y complejas combinaciones. La oscura conciencia de este hecho es la luz de todo nuestro día, la exigencia de exigencias; de la petición de educación, de justicia, de caridad, el fundamento de la amistad y el amor, y del heroísmo y la grandeza que pertenecen a actos de confianza en sí mismo. Resulta notable que involuntariamente siempre leemos como seres superiores. En ningún lugar de los cuadros más majestuosos de la historia universal, de los poetas, de los

romances —en los palacios sacerdotales, imperiales, en los triunfos de la voluntad o del genio—, dejamos de oír ni nos sentimos como intrusos, como si fueran para hombres mejores; al contrario, lo cierto es que en sus mayores pinceladas nos sentimos como en casa. El muchacho que lee en un rincón siente que cuanto Shakespeare dice del rey es cierto de sí mismo. Simpatizamos con los grandes momentos de la historia, los grandes descubrimientos, las grandes resistencias, la gran prosperidad de los hombres; porque allí se promulgó la ley, se surcó el mar, se avistó tierra o se dio el golpe *para nosotros*, tal como nosotros en aquel lugar lo habríamos hecho o aplaudido.

Tenemos el mismo interés en la condición y el carácter. Honramos a los ricos porque tienen externamente la libertad, poder y gracia que nos parecen apropiados para el hombre, apropiados para nosotros. Así que lo que el ensayista estoico, oriental o moderno dice del sabio describe para cada lector su propia idea, describe su identidad inalcanzada, pero alcanzable. Toda literatura escribe el carácter del sabio. Los libros, los monumentos, los cuadros, la conversación son retratos en que descubre los lineamientos que está formando. El silencioso y el elocuente le alaban y le abordan, y se ve estimulado dondequiera se mueva como por alusiones personales. Un verdadero aspirante, por tanto, no necesita inquirir alusiones personales y laudatorias en el discurso. Oye una recomendación, pero no la de sí mismo, sino otra más dulce, la del carácter que busca, en toda palabra dicha respecto al carácter, sí, y más aún, en todo hecho y circunstancia, en el río caudaloso y el maíz susurrante. La alabanza se busca, el homenaje se brinda, el amor fluye de la naturaleza muda, de las montañas y las luces del firmamento.

Usemos estas sugerencias, como caídas del sueño y la noche, en el amplio día. El estudiante ha de leer la historia activa y no pasivamente; ha de considerar su propia vida el texto, y los libros el comentario. Obligada así, la musa de la historia pronunciará oráculos, salvo a los que no se respetan a sí mismos. No espero que lea la historia correctamente quien crea que lo que hicieron en una época remota hombres cuyos nombres han resonado tanto tenga un sentido más profundo que lo que está haciendo hoy.

El mundo existe para la educación de cada hombre. No hay época o estado de la sociedad o modo de acción en la historia respecto al que no haya algo correspondiente en su vida. Todo tiende de una manera maravillosa a abreviarse y cederle su propia virtud. Debería ver que puede vivir toda la

historia en su propia persona. Debe sentarse sólidamente en casa y no temer ser zarandeado por reyes o imperios, sino saber que es mayor que toda la geografía y el gobierno del mundo; debe transferir el punto de vista desde el que suele leerse la historia, de Roma y Atenas y Londres a sí mismo, y no negar su convicción de que es el tribunal, y si Inglaterra o Egipto tienen algo que decir, oirá el caso; de lo contrario, que guarden silencio. Debe lograr y mantener esa elevada visión en que los hechos ceden su sentido secreto y la poesía y los anales son semejantes. El instinto de la mente, el propósito de la naturaleza, se revela en el uso que hacemos de las narraciones señaladas de la historia. El tiempo disipa en brillante éter la sólida angulosidad de los hechos. No hay ancla, cable o cercas capaces de conservar un hecho como tal. Babilonia, Troya, Tiro, Palestina, incluso la primitiva Roma ya pasan a la ficción. El Jardín del Edén, el sol detenido en Gabaón, es la poesía en adelante para todas las naciones. ¿A quién le importa lo que ha sido el hecho, cuando lo hemos convertido en una constelación para colgar del cielo su signo inmortal? Londres y París y Nueva York han de seguir el mismo camino. «¿Qué es la historia —dijo Napoleón— sino una fábula concertada?» Nuestra vida está rodeada de Egipto, Grecia, Galia, Inglaterra, la guerra, la colonización, la Iglesia, la corte, el comercio, como otras tantas flores y silvestres ornamentos serios y alegres. Ya no les haré caso. Creo en la eternidad. Puedo encontrar a Grecia, Asia, Italia, España y las islas, el genio y principio creativo de cada una y de todas las épocas en mi propia mente.

Siempre estamos proponiendo los hechos enfáticos de la historia en nuestra experiencia privada, y verificándolos. Toda la historia se vuelve subjetiva; en otras palabras, no hay propiamente historia, solo biografía. Toda mente debe conocer la lección entera por sí misma, debe examinar todo el terreno. Lo que no vea, lo que no viva, no lo conocerá. Lo que una época anterior ha condensado en una fórmula o regla para su conveniente manipulación, perderá lo bueno de su propia verificación a causa del muro de esa regla. En algún lugar, en algún momento, exigirá y encontrará compensación por esa pérdida al hacer el trabajo. Ferguson ha descubierto muchas cosas en astronomía que hacía mucho eran conocidas. Mejor para él.

La historia debe ser esto o no es nada. Toda ley que aprueba el Estado indica un hecho en la naturaleza humana; eso es todo. Debemos ver en nosotros mismos la razón necesaria de cada hecho, ver cómo ha podido y debe ser. Así hay que estar ante toda obra pública o privada, ante una oración

de Burke, ante una victoria de Napoleón, ante el martirio de Santo Tomás Moro, de Sidney, de Marmaduke Robinson, ante el Reinado del Terror francés y ante la ejecución de las brujas de Salem, ante un Renacimiento fanático o el magnetismo animal en París o en Providence¹⁸. Asumimos que una influencia igual debería afectarnos de igual manera y que deberíamos lograr lo mismo, y aspiramos a dominar intelectualmente los pasos y alcanzar la misma altura o la misma degradación que ha obtenido nuestro semejante, nuestro prójimo.

Toda indagación en la antigüedad —toda curiosidad respecto a las pirámides, las ciudades excavadas, Stonehenge, los Círculos de Ohio, México, Menfis— es el deseo de eliminar este salvaje, feroz, absurdo allí o entonces e introducir en su lugar el aquí y el ahora. Belzoni cava y mide en las fosas y pirámides de Tebas hasta que puede ver el final de la diferencia entre la monstruosa obra y él mismo. Cuando se siente satisfecho, en general y en detalle, por lo hecho por una persona como él, tan armado y tan motivado, y respecto a fines por los que él mismo debía trabajar, el problema está resuelto; su pensamiento vive en toda la hilera de templos y esfinges y catacumbas, los atraviesa todos con satisfacción y estos viven de nuevo para la mente, o existen *ahora*.

Una catedral gótica afirma que fue hecha por nosotros, y no hecha por nosotros. Seguramente fue hecha por el hombre, pero no la encontramos en nuestro hombre. Sin embargo, nos aplicamos a la historia de su producción. Nos ponemos en el lugar y estado del constructor. Recordamos a los habitantes del bosque, los primeros templos, la adhesión al primer tipo y su decoración al aumentar la riqueza de la nación; el valor dado a la madera por la talla llevó a tallar toda la montaña de piedra de una catedral. Cuando hemos recorrido este proceso y le añadimos la Iglesia católica, su cruz, su música, sus procesiones, sus efemérides y culto, hemos sido el hombre, por así decirlo, que hizo la catedral; hemos visto cómo ha podido y debe ser. Tenemos la razón suficiente.

La diferencia entre los hombres se halla en su principio de asociación. Unos hombres clasifican los objetos por el color y el tamaño y otros accidentes de la apariencia; otros por su semejanza intrínseca o por la relación de causa y efecto. El progreso del intelecto se refiere a la visión más clara de las causas, que olvida las diferencias superficiales. Para el poeta,

para el filósofo, para el santo, todas las cosas son amables y sagradas, todos los acontecimientos provechosos, todos los días sagrados, todos los hombres divinos. Porque la mirada se ajusta a la vida y desprecia la circunstancia. Toda sustancia química, toda planta, todo animal en su crecimiento enseña la unidad de la causa, la variedad de la apariencia.

Sostenidos y rodeados como estamos por esta naturaleza que todo lo crea, blanda y fluida como una nube o el aire, ¿por qué deberíamos ser pedantes tan endurecidos y magnificar unas pocas formas? ¿Por qué deberíamos tener en cuenta el tiempo o la magnitud o la figura? El alma no las conoce, y el genio, obediente a su ley, sabe cómo jugar con ellas como un niño juega con los ancianos y en las iglesias. El genio estudia el pensamiento causal y, atrás, en el útero de las cosas, ve los rayos que parten desde un orbe, que divergen antes de caer según infinitos diámetros. El genio observa la mónada a través de todas sus máscaras mientras realiza la metempsicosis de la naturaleza. El genio detecta a través de la mosca, de la oruga, de la larva, del huevo, el individuo constante; a través de incontables individuos, las especies fijas; a través de muchas especies, el género; a través de todos los géneros, el tipo constante; a través de todos los reinos de la vida organizada, la unidad eterna. La naturaleza es una nube mutable, que es siempre y nunca la misma. Arroja el mismo pensamiento en grupos de formas como el poeta compone veinte fábulas con una moraleja. A través de lo brutal y áspero de la materia, un espíritu sutil inclina todas las cosas a su propia voluntad. El diamante se vierte ante ella en una forma blanda, pero precisa, y mientras lo miro cambia de nuevo su perfil y textura. Nada es tan huidizo como la forma; sin embargo, nunca se niega a sí misma. En el hombre aún trazamos los restos o indicios de cuanto consideramos estigmas de servidumbre en las razas inferiores; con todo, en él aumentan su nobleza y gracia; Ío, en Esquilo, transformada en una vaca, ofende la imaginación, pero ¡cómo cambia cuando conoce como Isis en Egipto a Osiris-Jove, como una mujer hermosa, en la que no queda de la metamorfosis más que los cuernos lunares como espléndido ornamento de sus cejas!

La identidad de la historia es igualmente intrínseca, la diversidad igualmente obvia. Hay en la superficie variedad infinita de cosas; en el centro hay la simplicidad de la causa. ¡En cuántos actos de un solo hombre reconocemos el mismo carácter! Observad nuestras fuentes de información respecto al genio griego. Tenemos la *historia civil* de ese pueblo tal como nos

la han proporcionado Heródoto, Tucídides, Jenofonte y Plutarco: una explicación muy suficiente del tipo de personas que fueron y de lo que hicieron. Tenemos la misma mente nacional expresada para nosotros de nuevo en su *literatura*, en poemas épicos y líricos, el drama y la filosofía. Luego la tenemos una vez más en su *arquitectura*, una belleza propia de la templanza misma, limitada a la línea recta y la escuadra, una geometría construida. Luego la tenemos de nuevo en la *escultura*, la «lengua sobre el equilibrio de la expresión», una multitud de formas con la máxima libertad de acción que nunca transgreden la serenidad ideal; como devotos que ejecutan una danza ante los dioses y que, a pesar del dolor convulsivo o combate mortal, nunca osan romper la figura y decoro de su danza. Así, del genio de un pueblo notable contamos con una cuádruple representación; y, para los sentidos, ¿qué hay más desigual que una oda de Píndaro, un centauro de mármol, el peristilo del Partenón y las últimas acciones de Foción?

Todos deben haber observado caras y formas que, sin rasgo semejante alguno, causan una impresión igual en el que las contempla. Un cuadro o unos versos concretos, si no despiertan la misma serie de imágenes, inducen el mismo sentimiento que un paseo por la montaña, aunque la semejanza en modo alguno sea obvia a los sentidos, sino que está oculta y fuera del alcance del entendimiento. La naturaleza es una interminable combinación y repetición de unas pocas leyes. Tararea un antiguo y bien conocido aire con innumerables variaciones.

A la naturaleza, llena de un sublime aire familiar en todas sus obras, le encanta sorprendernos con semejanzas en los lugares más inesperados. He visto la cabeza de un viejo cacique que una vez me recordó la imagen de una pelada cumbre montañosa, y los surcos de la frente sugerían los estratos de la roca. Hay hombres cuyos modales tienen el mismo esplendor esencial de la simple y tremenda escultura de los frisos del Partenón y los restos del primitivo arte griego; y hay composiciones del mismo tenor que pueden hallarse en los libros de cualquier época. ¿Qué es la Aurora Rospigliosi de Guido sino un pensamiento matinal, así como sus caballos son solo una nube matinal? Cualquiera verá lo profunda que es la cadena de afinidad si se molesta en observar la variedad de acciones a las que se inclina igualmente con ciertos estados de ánimo y aquellas por las que siente aversión.

Un pintor me dijo que nadie podría dibujar un árbol sin convertirse en cierta manera en un árbol, o dibujar a un niño estudiando solo el perfil de su

forma, sino que, contemplando durante un tiempo sus movimientos y juegos, el pintor entra en su naturaleza y puede dibujarle entonces en cualquier posición. Así, «Roos entraba en la naturaleza más íntima de la oveja». Conocí a un dibujante contratado para una medición pública que descubrió que no podía esbozar las rocas si antes no le explicaban su estructura geológica. En cierto estado de pensamiento se halla el origen común de obras muy diversas. Es el espíritu y no el hecho lo que es idéntico. El artista logra el poder de despertar otras almas a una actividad dada por una aprehensión muy profunda, y no primariamente por adquirir con dificultad muchas habilidades manuales.

Se ha dicho que «las almas comunes pagan con lo que hacen, las más nobles con lo que son». ¿Por qué? Porque una naturaleza profunda despierta en nosotros por sus acciones y palabras, por sus mismas miradas y modales, el mismo poder y belleza a la que se dirige una galería de esculturas o de pinturas.

La historia civil y natural, la historia del arte y de la literatura, debe explicarse por la historia individual o debe quedar en palabras. No hay nada salvo lo relativo a nosotros, nada que no nos interese, el reino, la universidad, el árbol, el caballo o la herradura; las raíces de todas las cosas están en el hombre. Santa Croce y la cúpula de San Pedro son débiles copias de un modelo divino. La catedral de Estrasburgo es una contrapartida material del alma de Edwin de Steinbach. El verdadero poema es la mente del poeta; el verdadero barco es el constructor de barcos. En el hombre, si pudiéramos tenerlo abierto, veríamos la razón del último florecimiento y zarcillo de su obra, tal como toda espina y matiz en la concha marina preexisten en los órganos ocultos del pez. Toda la heráldica y la caballería están en la cortesía. Un hombre de modales exquisitos pronunciará vuestro nombre con todo el ornamento que nunca podrán añadir los títulos nobiliarios.

La experiencia trivial de cada día verifica siempre cierta antigua predicción para nosotros y convierte en cosas las palabras y señales que habíamos oído y visto sin atención. Una dama con la que cabalgaba en el bosque me dijo que siempre le parecía que los bosques *esperaban*, como si los genios que los habitan suspendieran sus acciones hasta que el caminante ha seguido adelante: un pensamiento que la poesía ha celebrado en la danza de las hadas, que se interrumpe con la proximidad del paso humano. El hombre que ha visto salir la luna creciente de las nubes a medianoche ha

estado presente como un arcángel en la creación de la luz y del mundo. Recuerdo que un día de verano, en el campo, mi compañero me señaló una gran nube, que podía extenderse un cuarto de milla en paralelo al horizonte, precisamente con la forma de un querubín tal como aparece pintado en las iglesias, un bloque redondo en el centro, fácil de animar con ojos y boca, flanqueado por amplias alas simétricas. Lo que aparece una vez en la atmósfera puede aparecer a menudo, y era sin duda el arquetipo de aquel ornamento familiar. He visto en el cielo una cadena de relámpagos estivales que me mostró de pronto lo que los griegos extraían de la naturaleza cuando pintaban el rayo en la mano de Jove. He visto un ventisquero por los lados de un muro de piedra, lo que obviamente dio la idea de la corriente voluta arquitectónica en que descansa una torre.

Al rodearnos de las circunstancias originales inventamos de nuevo los órdenes y ornamentos de la arquitectura, mientras vemos la manera en que cada pueblo decoraba sus primitivas moradas. El templo dórico conserva el aspecto de la cabaña de madera en que ha vivido el dorio. La pagoda china es claramente una tienda tártara. Los templos indios y egipcios aún revelan los túmulos y casas subterráneas de sus antepasados. «La costumbre de construir casas y tumbas en la roca viva —dice Heeren en sus *Investigaciones sobre los etíopes*— determinó de manera muy natural el carácter principal de la arquitectura egipcia nubia respecto a la forma colosal que asumió. En estas cuevas, ya preparadas por la naturaleza, la mirada se acostumbró a enormes formas y masas, de modo que, cuando el arte vino en ayuda de la naturaleza, no pudo moverse en una escala inferior sin degradarse. ¿Qué habría sido de estatuas de tamaño usual o de pulcros pórticos y alas, frente a aquellas gigantescas salas ante las que solo los colosos podían sentarse como vigilantes o en cuyos pilares interiores solo ellos podían inclinarse?».

La iglesia gótica se originó claramente en una grosera adaptación de los árboles del bosque, con todas sus ramas formando una arcada festiva o solemne, pues las bandas en torno a los pilares hendidos aún indican los verdes mimbres que las ataban. Nadie puede pasar por el camino que atraviesa una pinada sin asombrarse por la apariencia arquitectónica del bosque, especialmente en invierno, cuando la desnudez de los demás árboles muestra el arco bajo de los sajones. Durante una tarde de invierno en los bosques veremos rápidamente el origen de la vidriera con que se adornan las catedrales góticas en los colores del cielo poniente a través de las desnudas y

cruzadas ramas de los árboles. Ningún amante de la naturaleza puede pasar junto a los viejos pilares de Oxford y de las catedrales inglesas sin sentir que el bosque abrumaba la mente del constructor, y que su cincel, su sierra y plano aún reproducían sus helechos, sus varas floridas, su acacia, olmo, roble, pino, abeto y picea.

La catedral gótica es un florecimiento en piedra sometido a la insaciable demanda de armonía en el hombre. La montaña de granito se convierte en una flor eterna, con la ligereza y delicado acabado, así como las proporciones y perspectiva aérea, de la belleza vegetal.

De manera similar, todos los hechos públicos han de ser individualizados, todos los hechos privados han de ser generalizados. Entonces la historia se vuelve de pronto fluida y verdadera y la biografía profunda y sublime. Así como el persa imitó en los esbeltos fustes y capiteles de su arquitectura el tallo y la flor del loto y la palmera, la corte persa no renunció en su época magnificente al nomadismo de sus tribus bárbaras, sino que viajó de Ecbatana, donde pasaba la primavera, a Susa en verano y a Babilonia en invierno.

En la historia primitiva de Asia y África el nomadismo y la agricultura son los dos hechos antagónicos. La geografía de Asia y de África necesitaba una vida nómada, pero los nómadas fueron el terror de aquellos a los que la tierra o las ventajas de un mercado habían inducido a construir ciudades. La agricultura, por tanto, era un mandato religioso, a causa de los peligros del estado nómada; y en estos recientes y civiles países de Inglaterra y América esas propensiones aún libran la vieja batalla en la nación y en el individuo. Los nómadas de África se vieron empujados a vagar por los ataques del tábano, que enloquece al ganado y obliga así a la tribu a emigrar en la estación lluviosa y a conducirlo a las altas regiones arenosas. Los nómadas de Asia siguen el pasto mes a mes. En América y Europa, el nomadismo lo es del comercio y la curiosidad; un progreso, por cierto, desde el tábano de Astaboras hasta la anglo e italomanía de la Bahía de Boston. Las ciudades sagradas, en que se imponían una periódica peregrinación religiosa o leyes y costumbres estrictas, tendentes a fortalecer el vínculo nacional, fueron la parada de los antiguos vagabundos; y los valores acumulativos de una larga residencia son las restricciones al itinerante del presente. El antagonismo de las dos tendencias no es menos activo en los individuos, tal como predominan el amor a la aventura o el amor al reposo. Un hombre de salud ruda y ánimo

inquieto tiene la facultad de la rápida domesticación, vive en su carreta y yerra por todas las latitudes tan naturalmente como un calmuco. Duerme tan cálidamente en el mar o en el bosque o en la nieve, come con tan buen apetito o se relaciona tan felizmente como junto a su chimenea; o tal vez su facilidad esté más arraigada, en el alcance aumentado de sus facultades de observación, que le proporcionan puntos de interés dondequiera su mirada da con nuevos objetos. Las naciones de pastores pasaron necesidad y hambre hasta la desesperación; y este nomadismo intelectual, en su exceso, arruina la mente por la disipación del poder sobre una miscelánea de objetos. El ingenio casero, por otro lado, es esa continencia o contento que encuentra todos los elementos de la vida en su propio suelo, y que tiene sus propios peligros de monotonía y deterioro si no es estimulado por infusiones extranjeras.

Todo lo que el individuo ve fuera de él se corresponde con los estados de su mente, y todo es a su vez inteligible para él mientras su pensamiento le dirige a la verdad a la que pertenece ese hecho o serie.

Puedo sumergirme en mí mismo en busca del mundo primitivo —el Antemundo, como dicen los alemanes—, así como tantearlo con dedos inquisitivos en las catacumbas, las bibliotecas y los rotos relieves y torsos de las villas en ruinas.

¿Cuál es el fundamento de ese interés que todos los hombres sienten por la historia, la literatura, el arte y la poesía griega, en todos sus periodos, desde la época heroica u homérica hasta la vida doméstica de los atenienses y espartanos, cuatro o cinco siglos después? ¿Cuál, salvo que todo hombre pasa personalmente a través de un periodo griego? El estado griego es la época de la naturaleza corporal, la perfección de los sentidos, de la naturaleza espiritual desplegada en estricta unidad con el cuerpo. En tal estado existían esas formas humanas que suministraban al escultor sus modelos de Hércules, Febo y Jove, no como las que abundan en las calles de las ciudades modernas, en que el rostro es una mancha confusa de rasgos, sino de las que componen uno de rasgos incorruptos, bien definidos y simétricos, cuyas cuencas harían imposible que los ojos se entrecerraran y lanzaran miradas furtivas a este lado y al otro, sino que hacen mover toda la cabeza. Los modales de aquel periodo son simples y feroces. Se muestra reverencia por las cualidades personales, el valor, la destreza, el autodomínio, la justicia, la fuerza, la rapidez, una voz fuerte, un pecho amplio. El lujo y la elegancia no son conocidos. La dispersa población y necesidad hace de cada hombre su

propio camarero, cocinero, carnicero y soldado, y el hábito de satisfacer sus propias necesidades educa el cuerpo para actuaciones sorprendentes. Tales son el Agamenón y el Diomedes de Homero, y sus compatriotas en la retirada de los diez mil. «Después de que el ejército hubiera cruzado el río Teleboas en Armenia, cayó una gran nevada que cubrió a la tropa miserablemente. Pero Jenofonte se levantó desnudo y, con un hacha, empezó a partir madera, con lo que otros se levantaron y lo imitaron». En todo el ejército existe una ilimitada libertad de expresión. Pelean por el botín, se enredan con los generales a cada nueva orden, y Jenofonte es tan lenguaraz como cualquiera, y más que la mayoría, así que da tanto como recibe. ¿Quién no ve que esta es una pandilla de jóvenes, con el código de honor y la laxa disciplina propios de los jóvenes?

El costoso encanto de la tragedia griega y, en efecto, de toda la literatura antigua, consiste en que las personas hablan con sencillez, hablan como personas que tienen gran dosis de buen sentido sin saberlo, antes de que el hábito reflexivo se haya vuelto el hábito predominante de la mente. Cuando admiramos lo antiguo no admiramos lo viejo, sino lo natural. Los griegos no son reflexivos, sino perfectos en sus sentidos y su salud, con la más hermosa organización física del mundo. Los adultos actuaban con la simplicidad y gracia de los niños. Fabricaron vasos, tragedias y estatuas como las harían los sentidos saludables, es decir, con buen gusto. Se han seguido fabricando tales cosas en todas las épocas, hasta ahora, donde existe un físico saludable, pero, como clase, por su organización superior, han superado a todos. Combinan la energía de la virilidad con la seductora inconsciencia de la infancia. La atracción de estos modales radica en que pertenecen al hombre y todo hombre los conoce en virtud de haber sido niño una vez; además, siempre hay individuos que retienen estas características. La persona de genio infantil y energía innata es aún un griego y nos hace revivir el amor por la Musa de Hélade. Admiro el amor a la naturaleza en *Filoctetes*. Al leer esos hermosos apóstrofes al sueño, a las estrellas, rocas, montañas y olas, siento el paso del tiempo como una bajamar. Siento la eternidad del hombre, la identidad de su pensamiento. Los griegos tuvieron, al parecer, los mismos semejantes que yo. Su corazón conoció el sol y la luna, el agua y el fuego de manera tan precisa como los conoce el mío. La alabada distinción entre griegos e ingleses, entre las escuelas clásica y romántica, parece superficial y pedante. Cuando un pensamiento de Platón se convierte en un pensamiento para mí, cuando una

verdad que encendió el alma de Píndaro enciende la mía, el tiempo ya no existe. Cuando siento que nosotros dos coincidimos en una percepción, que nuestras dos almas están teñidas del mismo matiz y, por así decirlo, llegan a ser una, ¿por qué debería medir grados de latitud, por qué debería contar años egipcios?

El estudiante interpreta la época de la caballería por su propia época de la caballería, y los días de circunnavegación y aventura marítima por experiencias propias paralelas en miniatura. Para la historia sagrada del mundo tiene la misma llave. Cuando la voz de un profeta despierta en él desde lo profundo de la antigüedad un mero eco de un sentimiento de la infancia, una oración de su juventud, alcanza la verdad a través de toda la confusión de la tradición y la caricatura de las instituciones.

A intervalos llegan hasta nosotros espíritus raros, extravagantes, que nos revelan hechos nuevos de la naturaleza. Veo que hombres de Dios han caminado de vez en cuando entre los hombres y hecho sentir su mandato en el corazón y alma del creyente más común. De ahí, evidentemente, el trípode, el sacerdote, la sacerdotisa inspirados por el hálito divino.

Jesús asombra y domina al pueblo sensual. El pueblo no puede unirlo a la historia o reconciliarlo consigo mismo. Cuando reverencia su institución y aspira a vivir de manera santa, su propia piedad explica cada hecho, cada palabra.

Cuán fácilmente se domestican en la mente estos viejos cultos de Moisés, de Zoroastro, de Menu, de Sócrates. No puedo descubrir antigüedad alguna en ellos. Son tan míos como suyos.

He visto a los primeros monjes y anacoretas sin cruzar mares o siglos. Más de una vez se me ha aparecido un individuo así, indiferente al trabajo y poderosamente contemplativo, un altivo beneficiario, mendigando en nombre de Dios, como si hiciera buenos para el siglo XIX a Simeón el Estilita, la tebaida y los primeros capuchinos.

El sacerdocio del este y el oeste, de los magos, brahmán, druida e inca, se expone en la vida privada del individuo. La influencia opresiva de un duro formalista sobre un muchacho al reprimir su ánimo y coraje, paralizando el entendimiento, y sin producir indignación, sino solo temor y obediencia, y aun gran simpatía con la tiranía, es un hecho familiar que queda explicado al muchacho, cuando se convierte en hombre, solo al ver que el opresor de su juventud es él mismo un niño tiranizado por aquellos nombres y palabras y

formas de cuya influencia fue meramente el órgano para los jóvenes. El hecho le explica cómo fue adorado Belus y cómo se construyeron las pirámides mejor que el descubrimiento por Champollion de los nombres de los trabajadores y el coste de cada baldosa. Descubre Asiria y los túmulos de Cholula en su umbral, y él mismo ha trazado los caminos.

De nuevo, en esa protesta que toda persona considerada eleva contra la superstición de su época, el joven repite paso a paso la parte de los viejos reformadores, y en la búsqueda de la verdad descubre como ellos nuevos peligros para la virtud. Aprende de nuevo cuánto vigor moral es necesario para remediar el aprieto de una superstición. Una gran licencia pisa los talones de la reforma. ¡Cuántas veces en la historia del mundo ha tenido que lamentar el Lutero del día la decadencia de la piedad en su propia casa! Un día le dijo a Martin Lutero su mujer: «Doctor, ¿cómo es que, sometidos al Papa, rezábamos a menudo y con fervor, mientras que ahora rezamos con la mayor frialdad y muy rara vez?».

El hombre que avanza descubre la profunda propiedad que tiene en la literatura, tanto en todas las fábulas como en toda la historia. Descubre que el poeta no fue un tipo curioso que describió situaciones extrañas e imposibles, sino el hombre universal que escribió con su pluma una confesión verdadera para uno y verdadera para todos. Descubre su propia biografía secreta en versos maravillosamente inteligibles para él, anotados antes de que naciera. Surge con sus aventuras privadas en cada fábula de Esopo, de Homero, de Hafiz, de Chaucer, de Scott, y las verifica con su propia cabeza y manos.

Las hermosas fábulas de los griegos, siendo creaciones apropiadas de la imaginación y no de la fantasía, son verdades universales. ¡Cuántos sentidos y qué pertinacia perpetua tiene la historia de Prometeo! Junto a su valor primario como el primer capítulo de la historia de Europa (la mitología apenas vela hechos auténticos, la invención de las artes mecánicas y la migración de las colonias), proporciona la historia de la religión con cierta proximidad a la fe de épocas posteriores. Prometeo es el Jesús de la mitología antigua. Es el amigo del hombre; está entre la «justicia» injusta del Padre Eterno y la raza de los mortales, y está dispuesto a sufrirlo todo por su causa. Pero donde se aparta del cristianismo calvinista y se muestra como el retador de Jove, representa un estado espiritual que enseguida aparece donde se enseña la doctrina del teísmo de forma cruda, objetiva, y que parece la defensa propia del hombre contra esta falsedad, es decir, el descontento con

el hecho creído de que Dios existe, y el sentimiento de que la obligación de la reverencia es onerosa. Robaría, si pudiera, el fuego del Creador, y viviría lejos de él, e independiente. *Prometeo encadenado* es el romance del escepticismo. No menos verdaderos para toda época son los detalles de aquel notable apólogo. Los poetas decían que Apolo guardaba los rebaños de Admeto. Cuando los dioses se mezclan con los hombres no son conocidos. No lo fue Jesús; no lo fueron Sócrates y Shakespeare. A Anteo lo ahogó el abrazo de Hércules, pero cada vez que tocaba a su madre tierra se renovaba su fuerza. El hombre es el gigante roto y, con toda su debilidad, su cuerpo y su espíritu se vigorizan por hábitos de conversación con la naturaleza. El poder de la música, el poder de la poesía para soltar y, por así decirlo, hacer batir las alas a la naturaleza sólida, interpreta el enigma de Orfeo. La percepción filosófica de la identidad a través de interminables mutaciones de la forma le hace conocer a Proteo. ¿Qué otra cosa soy yo, que ayer reí o lloré, cuando anoche dormí como un cadáver y esta mañana me he levantado y he corrido? ¿Y qué veo en cualquier lado salvo las transmigraciones de Proteo? Puedo simbolizar mi pensamiento usando el nombre de cualquier criatura, de cualquier hecho, porque toda criatura es el hombre agente o paciente. Tántalo no es más que un nombre para ti y para mí. Tántalo significa la imposibilidad de beber las aguas del pensamiento que siempre brillan y ondulan a la vista del alma. La transmigración de las almas no es fábula alguna. Quisiera que lo fuera, pero hombres y mujeres son solo medio humanos. Todo animal del corral, el campo y el bosque, de la tierra y las aguas que están bajo la tierra, ha logrado poner el pie y dejar la huella de sus rasgos y forma en uno u otro de estos habladores verticales que miran al cielo. ¡Ah, hermano!, detén el reflujó de tu alma, refluendo a las formas en cuyos hábitos por muchos años te has deslizado. Tan próxima y apropiada para nosotros resulta también aquella vieja fábula de la esfinge, sentada al borde del camino y con enigmas para todo viajero. Si el hombre no podía responder, se lo tragaba vivo. ¿Qué es nuestra vida sino un interminable vuelo de hechos o sucesos alados? Estos cambios llegan con espléndida variedad, todos con preguntas para el espíritu humano. Aquellos hombres que no pueden responder por una sabiduría superior a estos hechos o preguntas de la época, son sus servidores. Los hechos les estorban, los tiranizan, y convierten a los hombres de la rutina en hombres de *sentido*, en los que una obediencia literal a los hechos ha extinguido todo destello de esa luz por la que el hombre es verdaderamente

hombre. Pero si el hombre es sincero respecto a sus mejores instintos o sentimientos y se niega al dominio de los hechos, como el que viene de una raza superior, sigue sujeto al alma y ve el principio, entonces los hechos caen dispuestos y flexibles en su lugar; conocen a su señor, y el más mezquino de todos lo glorifica.

Ved en la Helena de Goethe el mismo deseo de que cada palabra sea una cosa. Estas figuras, diría, estos Quirones, Grifos, Forkyas, Helena y Leda son algo, y ejercen una influencia específica en la mente. En esa medida son entidades eternas, tan reales hoy como en la primera olimpiada. Al emplearlas, expresa libremente su humor y da cuerpo a su propia imaginación, y aunque ese poema sea tan vago y fantástico como un sueño, sin embargo, es mucho más atractivo que las obras dramáticas más regulares del mismo autor, ya que ejerce un maravilloso alivio para la mente tras la rutina de las imágenes acostumbradas, despierta la invención y fantasía del lector por la salvaje libertad del diseño y por la sucesión incesante de sorpresas vivaces.

La naturaleza universal, demasiado fuerte para la naturaleza mezquina del bardo, se posa en su cuello y escribe con su mano, de modo que, cuando parece desahogarse con un mero capricho y un romance salvaje, el resultado es una alegoría exacta. De ahí que Platón dijera que «los poetas dicen grandes y sabias cosas que no comprenden». Todas las ficciones de la Edad Media se explican como una expresión enmascarada o animada de aquello que con absoluta seriedad la mente de aquel periodo se esforzaba por lograr. La magia, con todo lo que se le adscribe, es un hondo presentimiento de los poderes de la ciencia. Los zapatos de la rapidez, la espada de la agudeza, el poder de someter los elementos, de usar las virtudes secretas de los minerales, de comprender los cantos de las aves, son los oscuros esfuerzos de la mente en una dirección correcta. La proeza preternatural del héroe, el don de la eterna juventud y cosas de ese tipo son igualmente el empeño del espíritu humano «de inclinar las apariencias de las cosas hacia los deseos de la mente».

En Perceforest y Amadís de Gaula, una guirnalda y una rosa florecen en la cabeza de quien es fiel y se marchitan sobre la frente del inconstante. En la historia del muchacho y la capa, incluso un lector maduro puede sorprenderse por un destello de placer virtuoso con el triunfo del gentil Genelas; y, en efecto, veo que todos los postulados de los anales élficos —que a las hadas

no les gusta ser nombradas, que sus dones son caprichosos y no hay que confiar en ellos, que quien busca un tesoro no debe hablar, y otros— son ciertos en Concord, aun cuando pudieran serlo en Cornualles o Bretaña.

¿Acaso no es así en el romance más reciente? Leo *La novia de Lammermoor*. Sir William Ashton es la máscara de una vulgar tentación, el castillo de Ravenswood un hermoso nombre para la pobreza orgullosa, y la misión extranjera solo un disfraz de Bunyan para el trabajo honrado. Podemos disparar al toro salvaje que amenaza a los buenos y bellos al combatir a los injustos y sensuales. Lucy Ashton es otro nombre para la fidelidad, que siempre es hermosa y siempre se expone a la calamidad en este mundo.

Pero junto a la historia civil y metafísica del hombre avanza otra historia a diario —la del mundo exterior— en la que no está implicado de manera menos estricta. Él es el compendio del tiempo; es también el correlato de la naturaleza. Su poder consiste en sus múltiples afinidades, en el hecho de que su vida está entreverada de toda la cadena del ser orgánico e inorgánico. En la antigua Roma las vías públicas que comenzaban en el foro iban al norte, sur, este, oeste, hasta el centro de cada provincia del imperio, haciendo accesible a los soldados de la capital todo mercado de Persia, España, Bretaña; así parten del corazón humano, de algún modo, caminos al corazón de cada objeto de la naturaleza, para reducirlo al dominio del hombre. Un hombre es un haz de relaciones, un nudo de raíces, cuya flor y fruto es el mundo. Sus facultades se refieren a naturalezas exteriores a él y predicen el mundo que va a habitar, como las aletas del pez presagian que el agua existe o las alas de un águila en el huevo presuponen el aire. No puede vivir sin un mundo. Poned a Napoleón en una prisión aislada, impedid que sus facultades actúen sobre los hombres, que escale los Alpes o haga apuestas, y se agitará en el vacío y parecerá estúpido. Llevadle a grandes países, densa población, intereses complejos y un poder antagónico, y veréis que el hombre Napoleón, es decir, trazado con ese perfil y contorno, no es el Napoleón virtual. Esta no es sino la sombra de Talbot,

su sustancia no está aquí,
porque lo que veis no es sino la menor parte
y mínima proporción de humanidad;

mas si estuviera aquí la armazón entera,
su pendiente sería tan espaciosa, elevada,
que vuestro tejado no la contendría.

Enrique VI

Colón necesita un planeta para dar forma a su viaje. Newton y Laplace necesitan miríadas de épocas y saturadas áreas celestiales. Puede decirse que hay un sistema solar gravitatorio profetizado en la naturaleza de la mente de Newton. En no menor grado, el cerebro de Davy o de Gay-Lussac, explorando desde la infancia las afinidades y repulsiones de las partículas, anticipan las leyes de la organización. ¿No predice la luz el ojo del embrión humano, o el oído de Händel el hechizo del sonido armónico? ¿No predicen los dedos de Watt, Fulton, Whittemore, Arkwright, la textura fusible, dura, temperable de los metales? ¿No predicen los encantadores atributos del niño virginal el refinamiento y decoración de la sociedad civil? Aquí también se nos recuerda la acción del hombre sobre el hombre. Una mente puede ponderar su pensamiento durante épocas y no ganar tanto conocimiento de sí misma como le enseñará la pasión del amor en un día. ¿Quién se conoce a sí mismo antes de haber sentido indignación por un ultraje, u oído una lengua elocuente, o compartido la pulsión de miles con una alarma o exultación nacional? Ningún hombre puede anticipar su experiencia o adivinar qué facultad o sentir despertará un nuevo objeto en mayor medida que dibujar hoy la cara de una persona a la que verá mañana por vez primera.

No iré más allá de la afirmación general para explorar la razón de esta correspondencia. Baste decir que la historia debe ser leída y escrita a la luz de estos dos hechos, a saber, que la mente es una y que la naturaleza es su correlato.

Así, el alma concentra y reproduce de todas las maneras sus tesoros para cada pupilo suyo. También él pasará por todo el ciclo de la experiencia. Reunirá en un foco los rayos de la naturaleza. La historia ya no será un libro pesado. Caminará encarnada en todo hombre justo y sabio. No me diréis con lenguas y títulos el catálogo de los volúmenes que habéis leído. Me haréis sentir qué periodos habéis vivido. Un hombre será el Templo de la Fama. Caminará, como los poetas han descrito a esa diosa, con una vestimenta toda pintada con maravillosos acontecimientos y experiencias; por su inteligencia

exaltada, su propia forma y rasgos serán esa prenda abigarrada. Descubriré el mundo primitivo en él; en su infancia, la edad de oro, las manzanas del conocimiento, la expedición de los argonautas, la vocación de Abraham, la construcción del Templo, el advenimiento de Cristo, la época oscura, el Renacimiento de las letras, la Reforma, el descubrimiento de nuevas tierras, la apertura de nuevas ciencias, y nuevas regiones en el hombre. Será el sacerdote de Pan y traerá con él a humildes moradas la bendición de las estrellas de la mañana y todos los beneficios registrados del cielo y la tierra.

¿Hay algo presuntuoso en esta exigencia? Entonces rechazo cuanto he escrito, porque ¿de qué sirve pretender saber lo que no sabemos? Es un defecto de nuestra retórica que no podamos afirmar firmemente un hecho sin parecer que desmentimos otro. Nuestro conocimiento actual me parece muy barato. Oíd las ratas en la pared, ved el lagarto en la valla, el hongo bajo el pie, el líquen en el tronco. ¿Qué conozco simpática, moralmente, de ninguno de estos mundos de la vida? Tan viejas como el hombre caucásico —tal vez más viejas—, estas criaturas han guardado su secreto junto a él, y no hay registro de palabra o signo alguno que haya pasado de una a otra. ¿Qué conexión muestran los libros entre los cincuenta o sesenta elementos químicos y las edades históricas? Y más, ¿qué registra la historia de los anales metafísicos del hombre? ¿Qué luz arroja a esos misterios que ocultamos bajo los nombres de muerte e inmortalidad? Sin embargo, la historia debería escribirse con una sabiduría que adivinara el alcance de nuestras afinidades y atendiera a los hechos como símbolos. Me avergüenza ver qué superficial crónica local es lo que llamamos historia. ¡Cuántas veces debemos decir Roma, y París y Constantinopla! ¿Qué sabe Roma de la rata y el lagarto? ¿Qué son las olimpiadas y consulados frente a estos sistemas vecinos del ser? Más aún, ¿qué comida o experiencia o socorro suponen para el esquimal cazador de focas, para el canaco en su canoa, para el pescador, el estibador, el porteador?

Debemos escribir nuestros anales más amplios y profundos —con una reforma ética, con un influjo de la conciencia siempre nueva, siempre sanadora—, si queremos expresar con mayor sinceridad nuestra naturaleza central y comprensiva, en lugar de esta vieja cronología del egoísmo y orgullo a la que hemos prestado tanta atención. Ese día ya existe para nosotros, brilla sobre nosotros sin que lo sepamos, pero la senda de la ciencia y de las letras no es el camino a la naturaleza. El idiota, el indio, el niño, el

hijo analfabeto del granjero están más cerca de la luz a la que debe leerse la naturaleza que el disector o el anticuario.

[18](#) Algernon Sidney (1622-1683) fue uno de los jueces regicidas ejecutados por Carlos II; Marmaduke Stevenson y William Robinson (cuyos nombres contrae Emerson), dos cuáqueros ejecutados por los puritanos en 1659.

CONFIANZA EN SÍ MISMO

Ne te quæsiveris extra.

El hombre es su propia estrella; y el alma que puede
hacer un hombre honesto y perfecto
domina toda luz, toda influencia, todo hado;
nada le ocurre pronto o demasiado tarde.
Nuestros actos son nuestros ángeles, para bien o para mal,
sombras fatales que nos acompañan en silencio.

Epílogo a *Honest Man's Fortune*, de Beaumont y Fletcher

Arroja la criatura a las rocas,
amamántale con la teta de la loba.
Que inverne con el halcón y el zorro,
poder y velocidad sean manos y pies.

ENSAYO II

CONFIANZA EN SÍ MISMO

Leí el otro día unos versos escritos por un pintor eminente que eran originales y no convencionales. El alma siempre oye una advertencia en tales versos, al margen de su tema. El sentimiento que instilan tiene mayor valor que cualquier pensamiento que puedan contener. Creer en vuestro propio pensamiento, creer que lo que es verdad para vosotros en vuestro fuero interno es cierto para todos los hombres, eso es el genio. Pronunciad vuestra convicción latente y resultará el sentido universal, porque lo más interno a su debido tiempo se convierte en lo más externo, y nuestro primer pensamiento nos es devuelto por las trompetas del Juicio Final. Familiar como es la voz de la mente para cada uno, el mérito superior que adscribimos a Moisés, Platón y Milton es que omitieron libros y tradiciones, y dijeron no lo que los hombres, sino lo que ellos pensaron. El hombre debería aprender a detectar y vigilar ese destello de luz que ilumina su mente desde dentro, más que el lustre del firmamento de bardos y sabios. Sin embargo, desprecia desatento su pensamiento solo porque es suyo. En toda obra de genio reconocemos nuestros propios pensamientos rechazados: vuelven a nosotros con cierta majestad alienada. Las grandes obras de arte no tienen una lección más influyente para nosotros que esta. Nos enseñan a acatar nuestra impresión espontánea con jovial inflexibilidad, sobre todo cuando el vocerío viene de la otra parte. De lo contrario, mañana un extraño dirá con buen sentido magistral lo que hemos pensado y sentido todo el tiempo, y nos veremos forzados a adoptar con vergüenza nuestra propia opinión de otro.

Hay un momento en la educación de todo hombre en que llega a la convicción de que la envidia es ignorancia, que la imitación es suicida, que debe tomarse a sí mismo para bien o para mal como su sino, que, aunque el ancho mundo esté lleno de cosas buenas, ni un grano de nutritivo maíz

llegará a él salvo por el esfuerzo dedicado a esa porción de tierra que le ha sido dado labrar. El poder que reside en él es nuevo en la naturaleza, y nadie salvo él sabe lo que puede hacer, ni lo sabe él hasta que lo ha intentado. No por nada un rostro, un carácter, un hecho le impresiona mucho, y otro no. Esta escultura en la memoria no carece de armonía preestablecida. El ojo estaba situado donde debía caer un rayo, para poder dar fe de ese rayo particular. Solo nos expresamos a medias y nos avergonzamos de esa idea divina que cada uno de nosotros representa. Se confiará en ella como algo proporcionado y con buenos resultados, de modo que se imparta fielmente, pero Dios no permitirá que su obra se haga manifiesta por cobardes. El hombre está aliviado y alegre cuando ha puesto su corazón en su obra y lo ha hecho lo mejor posible, pero lo que ha dicho o hecho de otro modo no le dará paz. Es una liberación que no libera. En el intento su genio le abandona; ninguna musa le ayuda, ni la invención ni la esperanza.

Confía en ti mismo: todo corazón vibra con esa cuerda de hierro. Aceptad el lugar que la divina Providencia ha encontrado para vosotros, la sociedad de vuestros contemporáneos, la conexión de los acontecimientos. Los grandes hombres siempre lo han hecho así y se han confiado como niños al genio de su época, revelando su percepción de que lo absolutamente digno de confianza residía en su corazón, trabajando con sus manos, predominando en todo su ser. Ahora somos hombres y debemos aceptar con la mente más elevada el mismo destino trascendental, no como menores e inválidos al resguardo de una esquina, ni como cobardes que huyen ante una revolución, sino como guías, redentores y benefactores, obedeciendo al esfuerzo todopoderoso e irrumpiendo en el caos y las tinieblas.

¡Qué hermosos oráculos nos proporciona la naturaleza con este texto, en el rostro y comportamiento de los niños, bebés y aun brutos! No tienen esa mente dividida y rebelde, esa manera de desconfiar de un sentimiento porque nuestra aritmética ha calculado la fuerza y medios opuestos a nuestro propósito. Al estar su mente entera, su mirada aún no ha sido conquistada y, cuando nos fijamos en sus rostros, quedamos desconcertados. La infancia no se conforma a nadie: todo se conforma a ella, así que un bebé suele disponer de cuatro o cinco adultos que parlotean y juegan con él. Así Dios ha armado no menos a la juventud y pubertad y virilidad con su propia picardía y encanto, y la ha hecho envidiable y graciosa, y sus exigencias no eludibles, si ha de estar preparada. No penséis que el joven carece de fuerza porque no

pueda hablaros a vosotros o a mí. ¡Escuchad! En la habitación contigua su voz es suficientemente clara y enfática. Parece que sabe cómo hablar a sus contemporáneos. Tímido u osado, entonces, sabrá cómo volvernos seniles muy innecesarios.

La indolencia de los muchachos que cuentan con la cena y, como un lord, desdeñan hacer o decir nada conciliador, es la actitud saludable de la naturaleza humana. Un muchacho es en el salón lo que la platea en el teatro; independiente, irresponsable, con la vista puesta en las personas y hechos que pasan, los juzga y sentencia según sus méritos, a la manera rápida, sumaria de los muchachos, como buenos, malos, interesantes, tontos, elocuentes, fastidiosos. No se molesta por las consecuencias, por los intereses: emite un veredicto independiente, genuino. Debéis cortejarle: él no os cortejará a vosotros. Pero el hombre está, por así decirlo, preso en la cárcel por su conciencia. Tan pronto como ha actuado o hablado con brillantez, es una persona comprometida, vigilada por la simpatía o el odio de cientos cuyos afectos debe tener ahora en cuenta. No hay Leteo para esto. ¡Ah, si pudiera volver de nuevo a su neutralidad! Quien puede evitar así toda promesa y, habiendo observado, observa de nuevo con su misma inocencia inafectada, imparcial, insobornable, impasible, debe ser siempre formidable. Expresaría opiniones sobre todos los asuntos corrientes, las cuales, visto que no son privadas, sino necesarias, se hundirían como dardos en el oído de los hombres y los aterrarían.

Estas son las voces que escuchamos en la soledad, pero se desvanecen y vuelven inaudibles cuando entramos en el mundo. La sociedad en todo lugar conspira contra la virilidad de cada uno de sus miembros. La sociedad es una compañía anónima en que los miembros acuerdan, para asegurar el pan de cada accionista, rendir la libertad y cultura del comensal. La virtud más solicitada es la conformidad. La confianza en sí mismo es su aversión. No ama realidades y creadores, sino nombres y costumbres.

Quien quiera ser un hombre debe ser un inconformista. Quien quiera reunir palmas inmortales no debe verse obstaculizado por el nombre de la bondad, sino que debe explorar si se trata de bondad. Nada es al final sagrado salvo la integridad de vuestra propia mente. Absolveos a vosotros mismos y tendréis el sufragio del mundo. Recuerdo una respuesta que cuando era joven me vi urgido a dar a un apreciado consejero que solía importunarme con las viejas y queridas doctrinas de la iglesia. Al preguntarme yo qué tenía que ver

con lo sagrado de las tradiciones si vivía por completo desde dentro, mi amigo sugería: «Pero estos impulsos pueden venir de abajo, no de arriba». Repliqué: «No me lo parecen, pero si soy hijo del Diablo, viviré por el Diablo». Ninguna ley puede ser sagrada para mí salvo la de mi naturaleza. Bueno y malo no son sino nombres fácilmente transferibles a eso o esto; lo único correcto es lo que se conforma a mi constitución, lo único equivocado lo que la contradice. Un hombre ha de mantenerse en presencia de toda oposición, como si todas las cosas fueran titulares y efímeras salvo él. Me avergüenza pensar lo fácilmente que capitulamos ante insignias y nombres, ante grandes sociedades e instituciones muertas. Todo individuo decente y bienhablado me afecta y agita más de lo debido. Debería mostrarme derecho y vital y decir la verdad cruda de todas las maneras. ¿Ocurrirá eso si la malicia y la vanidad llevan el abrigo de la filantropía? Si un airado fanático asume esta generosa causa de la abolición y me viene con las últimas noticias de Barbados, ¿por qué no debería decirle: «Ve a amar a tu hijo, a tu leñador, sé amable y modesto, ten esa gracia y no barnices tu dura, desabrida ambición con esta ternura increíble por hombres negros a mil millas. Tu amor lejos es rencor en casa»? Ese saludo sería áspero y falto de gracia, pero la verdad es más hermosa que la afectación del amor. Vuestra bondad debe tener un margen para ella, de otro modo no es nada. La doctrina del odio debe predicarse para contrarrestar la doctrina del amor cuando esta gime y lloriquea. Cuando mi genio me llama rehúyo a padre y madre y esposa y hermano. Escribiría en el dintel de la puerta *Capricho*¹⁹. Confío en que sea algo mejor que el capricho al final, pero no podemos pasar el día con explicaciones. No esperéis que os diga por qué busco o excluyo compañía. Por tanto, de nuevo, no me digáis, como hizo un buen hombre hoy, que mi obligación es mejorar la situación de todos los pobres. ¿Son *mis* pobres? Te digo a ti, necio filántropo, que doy a regañadientes el dólar, los diez centavos, el centavo que doy a los hombres que no me pertenecen y a los que no pertenezco. Hay una clase de personas a las que estoy unido por una total afinidad espiritual: por ellas iría a prisión, si fuera necesario; pero respecto a vuestra miscelánea caridad popular, la educación universitaria de necios, la construcción de templos para el vano fin que muchos ahora representan, las limosnas para borrachos y las mil sociedades de beneficencia, aunque confieso con vergüenza que a veces sucumbo y doy el dólar, se trata de un

dólar malo que pronto tendré la virilidad de retener.

Las virtudes son, en la estimación popular, antes la excepción que la regla. Hay el hombre y sus virtudes. Los hombres hacen lo que se llama una buena acción, como un acto de valentía o caridad, tal como pagarían una multa por expiar su ausencia diaria en el desfile. Hacen sus obras por apología o extenuación de su vivir en el mundo, tal como los inválidos y locos pagan una pensión alta. Sus virtudes son penitencias. No deseo expiar, sino vivir. Mi vida es para sí misma y no para un espectáculo. Prefiero que sea de un tenor inferior, y con ello genuina y ecuánime, a que deba ser reluciente e inestable. Deseo que sea sana y dulce y no necesite dieta y sangría. Pido prueba ante todo de que eres un hombre y rechazo la apelación del hombre a sus acciones. Sé que para mí mismo no importa si hago o me abstengo de esas acciones consideradas excelentes. No puedo consentir pagar por un privilegio si tengo un derecho intrínseco. Pocos y mezquinos como pueden ser mis dones, existo en realidad, y no necesito para mi seguridad o la de mis semejantes testimonio secundario alguno.

Lo que debo hacer es cuanto me concierne, no lo que la gente crea. Esta regla, igualmente ardua en la vida real y en la intelectual, puede servir para distinguir por completo entre la grandeza y la mezquindad. Es la más difícil, ya que siempre encontraréis a los que creen que conocen cuál es vuestro deber mejor de lo que vosotros lo conocéis. Es fácil vivir en el mundo conforme a la opinión ajena; es fácil vivir en soledad conforme a la vuestra propia; pero el gran hombre es el que en medio de la multitud mantiene con perfecta dulzura la independencia de la soledad.

La objeción a conformaros a los usos que os resulten muertos es que vuestra fuerza se dispersa. Vuestro tiempo se pierde y se borra la impresión de vuestro carácter. Si mantenéis una iglesia muerta, contribuís a una sociedad bíblica muerta, votáis con un gran partido a favor o en contra del gobierno, desplegáis vuestra mesa como ruines amas de casa, bajo estas pantallas me resulta difícil detectar al hombre preciso que sois y, desde luego, os veis privados de otra tanta fuerza en vuestra propia vida. Haced vuestro trabajo y os conoceré. Haced vuestro trabajo y os reforzaréis. El hombre debe considerar que este juego de la conformidad es la gallina ciega. Si conozco vuestra secta, anticipo vuestro argumento. Oigo a un predicador anunciar para su texto y tópico la conveniencia de una de las instituciones de su iglesia. ¿Acaso no sé de antemano que posiblemente no puede decir una

palabra nueva y espontánea? ¿Acaso no sé que no lo logrará con toda esta ostentación al examinar los fundamentos de la institución? ¿Acaso no sé que solo se compromete a mirar un aspecto, el aspecto permitido, no como un hombre, sino como un ministro parroquial? Es un abogado contratado y estos aires de estrado son la afectación más vacua. Ahora bien, la mayoría de los hombres se ha tapado los ojos con uno u otro pañuelo y se ha atado a una de estas comunidades de opinión. Esta conformidad no los hace falsos en algunos asuntos, autores de unas pocas mentiras, sino falsos en todos los asuntos. Toda verdad suya no es verdad alguna. Su dos no es el dos real, su cuatro no es el cuatro real, de modo que cada palabra que dicen nos apena y no sabemos por dónde empezar a corregirlos. Entretanto, la naturaleza no es lenta en equiparnos con el uniforme carcelario del partido al que nos adherimos. Llegamos a llevar un corte de cara y figura y adquirimos por grados la más gentil expresión asnal. Hay una experiencia mortificante en particular que no deja de aparecer también en la historia general; me refiero al «necio gesto de la alabanza», la sonrisa forzada que ponemos en compañía donde no estamos a gusto en respuesta a una conversación que no nos interesa. Los músculos, movidos no espontáneamente, sino por una baja intención usurpadora, tensan el contorno del rostro con la sensación más desagradable.

Por inconformismo el mundo os azota con su disgusto. Por tanto, un hombre debe saber cómo estimar una cara agria. El espectador la mira de reojo en la vía pública o en el salón del amigo. Si esta aversión tuvo su origen en un desprecio y resistencia como el suyo, bien podría irse a casa cariacontecido; pero las caras agrias de la multitud, como las dulces, no tienen una causa profunda, sino que aparecen y desaparecen como el viento sopla y el periódico dirige. Sin embargo, el descontento de la multitud es más formidable que el del senado y la universidad. Es bastante fácil para un hombre firme que conoce el mundo soportar la furia de las clases cultivadas. Su furia es decorosa y prudente, porque son tímidas al ser ellas mismas vulnerables. Pero cuando se añade a su furia femenina la indignación del pueblo, cuando se despierta al ignorante y al pobre, cuando la zafia fuerza bruta que yace en el fondo de la sociedad gruñe y siega, es necesario el hábito de la magnanimidad y religión para tratarla a lo divino como una nadería sin interés.

El otro terror que nos espanta ante la confianza en sí mismo es nuestra

coherencia; una reverencia por un acto o palabra pasada, porque la mirada de los demás no tiene otros datos para calcular nuestra órbita que nuestros actos pasados, y somos reacios a decepcionarlos.

Pero ¿por qué deberíais conservar la cabeza sobre los hombros? ¿Por qué arrastrar este cadáver de vuestra memoria, para no contradecir algo que hayáis dicho en este o aquel lugar público? Suponed que os contradecís, ¿y qué? Parece una regla de la sabiduría no confiar nunca solo en vuestra memoria, ni siquiera en actos de pura memoria, sino traer el pasado a juicio ante el presente de mil ojos y vivir siempre en un nuevo día. En vuestra metafísica habéis negado la personalidad a la deidad; sin embargo, cuando lleguen las mociones devotas del alma, cededles el corazón y la vida, aunque vistan a Dios de forma y color. Dejad vuestra teoría, como José su capa en manos de la ramera, y huid.

La necia coherencia es el duende de las mentes pequeñas, adorado por pequeños estadistas y filósofos y santos. Con la coherencia un alma grande no tiene sencillamente nada que ver. Puede preocuparse tanto por su sombra en la pared. Decid lo que pensáis ahora en palabras duras, y decid mañana lo que mañana penséis con palabras duras de nuevo, aunque contradigan las de hoy. «¡Ah, a buen seguro os malentenderán!» ¿Y tan malo es ser malentendido? Pitágoras fue malentendido, y Sócrates, y Jesús, y Lutero, y Copérnico, y Galileo, y Newton, y todo espíritu puro y sabio que se haya encarnado. Ser grande es ser malentendido.

Supongo que ningún hombre puede violar su naturaleza. Todas sus ocurrencias voluntarias quedan pulidas por la ley de su ser, como las desigualdades de los Andes y el Himalaya son insignificantes en la curva de la esfera. Ni importa cómo lo calibráis y probáis. Un carácter es como un acróstico o estrofa alejandrina; leída adelante, atrás o de través, dice lo mismo. En esta vida boscosa, grata, contrita, que Dios me concede, dejadme registrar día a día mi pensamiento honesto sin perspectiva o retrospectiva y, sin duda, resultará simétrico, aunque no lo pretenda ni lo vea. Mi libro debe oler a pinos y resonar con el zumbido de los insectos. La golondrina sobre mi ventana debería entrelazar ese hilo o paja que lleva en su pico también en mi red. Pasamos por lo que somos. El carácter enseña por encima de nuestras voluntades. Los hombres se imaginan que comunican su virtud o vicio solo con acciones abiertas y no ven que su virtud o vicio emiten un hálito a cada momento.

Habrá un acuerdo entre cualesquiera acciones con tal de que cada una sea honrada y natural a su hora. Las acciones de una voluntad serán armoniosas, por diferentes que sean. Estas variedades se pierden de vista a poca distancia, a poca altura del pensamiento. Una tendencia las une todas. El viaje del mejor barco es un zigzag de cien viradas. Ved la línea a suficiente distancia y se enderezar  por la tendencia media. Una acción genuina vuestra se explicar  a sí misma y explicar  vuestras otras acciones genuinas. Vuestra conformidad no explica nada. Actuad solos y lo que ya habéis hecho solos os justificar  ahora. La grandeza apela al futuro. Si hoy puedo ser lo bastante firme para hacer lo correcto y desdeñar miradas, debo haber hecho antes lo correcto tanto como para defenderme ahora. Comoquiera que sea, haced lo correcto ahora. Desde ad siempre las apariencias y siempre podréis. La fuerza del carácter es acumulativa. Todos los días pasados de virtud forjan su salud en este.  En qué consiste la majestad de los h eros del senado y el campo de batalla que colma la imaginación? En la conciencia de una serie de grandes días y victorias anteriores. Arrojan una luz única en el actor que avanza. Parece acompañado por una escolta visible de  ngeles. Eso es lo que pone el trueno en la voz de Chatam y la dignidad en el porte de Washington y a América en la mirada de Adams. El honor es venerable para nosotros porque no es una efeméride. Es siempre virtud antigua. Lo adoramos hoy porque no es de hoy. Lo amamos y lo homenajeamos porque no es una trampa para nuestro amor y homenaje, sino que depende de s , deriva de s  y, por tanto, tiene un viejo pedigrí inmaculado, aun si se muestra en una persona joven.

Espero que estos días hayamos oído lo último sobre conformidad y coherencia. Que en adelante sean ridículas palabras de gaceta. En lugar del gong para la cena, oigamos un silbido del pífano espartano. No nos inclinemos ni disculpemos más. Un gran hombre viene a comer a mi casa. No quiero agradarle; quiero que quiera agradarme. Representar  aquí a la humanidad y, aunque quiera que sea amable, quiero que sea sincera. Afrontemos y reprimamos la rasa mediocridad y escuálido contento de la época y arrojemos a la cara de la costumbre y el negocio y el cargo el hecho que es el resultado de toda la historia, que hay un gran pensador y actor responsable dondequiera que un hombre trabaja; que un verdadero hombre no pertenece a otro tiempo o lugar, sino que es el centro de las cosas. Donde est , hay naturaleza. Os mide a vosotros y a todos los hombres y todos los acontecimientos. Por lo común, todos en sociedad nos recuerdan a otra cosa o

a otra persona. El carácter, la realidad, no te recuerda a nada más; ocupa el lugar de toda la creación. El hombre debe ser tanto que vuelva indiferentes todas las circunstancias. Todo verdadero hombre es una causa, un país y una época; requiere plenamente espacios y números y tiempo infinito para cumplir su designio, y la posteridad parece seguir sus pasos como una caterva de clientes. El hombre César nace y tiempo después tenemos un Imperio romano. Nace Cristo y millones de mentes crecen y se aferran a su genio hasta confundirlo con la virtud y lo posible en el hombre. Una institución es la sombra alargada de un hombre; el monaquismo, del eremita Antonio; la Reforma, de Lutero; el cuaquerismo, de Fox; el metodismo, de Wesley; la abolición, de Clarkson. A Escipión Milton lo llamó «la cumbre de Roma», y toda la historia se resuelve muy fácilmente en la biografía de unas pocas personas firmes y sinceras.

Que el hombre conozca su valor y mantenga las cosas a sus pies. Que no husmee o robe o se escabulla con el aire de un menesteroso, un bastardo o un intruso en el mundo que existe para él. El hombre de la calle, al no descubrir en sí mismo valor alguno que corresponda a la fuerza que ha erigido una torre o esculpido un dios de mármol, se encoge cuando mira estas cosas. Para él un palacio, una estatua o un libro caro tienen un aire extraño e imponente, como un coche elegante, y parecen decir: «¿Quién es usted, señor?». Sin embargo, todos son suyos, pretendientes de su atención, peticionarios de sus facultades, para que salgan y tomen posesión. El cuadro espera mi veredicto: no ha de mandarme, yo he de fijar sus derechos a la alabanza. La hablilla del borracho que fue recogido en la calle, conducido a casa del duque, lavado y vestido y llevado a la cama del duque, y que, al despertar, fue tratado con la misma obsequiosa ceremonia, asegurándole que había enloquecido, debe su popularidad al hecho de que simboliza bien el estado del hombre, que en el mundo es una especie de borracho que a veces despierta, ejerce su razón y descubre ser un verdadero príncipe.

Nuestra lectura es mendicante y sicofanta. En la historia, nuestra imaginación nos traiciona. Reino y señorío, poder y estado forman un vocabulario más vistoso que los particulares John y Edward en una casita y un día laborable; pero las cosas de la vida son las mismas para ambos: la suma total de ambos es la misma. ¿Por qué toda esta deferencia a Alfred y Scanderberg y Gustavus? Suponed que fueran virtuosos, ¿han gastado la virtud? Una apuesta tan grande depende de vuestro acto privado hoy como la

que siguió sus pasos públicos y renombrados. Cuando los particulares actúen con ideas originales, se transferirá el lustre de las acciones de los reyes a las de los caballeros.

El mundo ha sido instruido por sus reyes, que han magnetizado la mirada de las naciones. Este símbolo colosal le ha enseñado la mutua reverencia debida de un hombre a otro. La alegre lealtad con que los hombres han sufrido en todo lugar que el rey, el noble o el gran propietario caminen entre ellos según una ley propia, configurado su propia escala de hombres y cosas e invertido la de ellos, pagado los beneficios no con dinero, sino con honor, y representado la ley con su persona, era el jeroglífico por el que oscuramente significaban la conciencia de su propio derecho y atractivo, el derecho de todo hombre.

El magnetismo que toda acción ejerce se explica cuando inquirimos la razón de la confianza en sí mismo. ¿Quién es el fideicomisario? ¿Cuál es la identidad original sobre la que puede fundarse una confianza universal? ¿Cuál es la naturaleza y poder de esa estrella desconcertante para la ciencia, sin paralaje, sin elementos calculables, que lanza un rayo de belleza aun a las acciones triviales e impuras si aparece la menor marca de independencia? La indagación nos lleva a esa fuente, a la vez la esencia del genio, de la virtud, de la vida, que llamamos espontaneidad o instinto. Denotamos esta sabiduría primaria como intuición, mientras que todas las lecciones posteriores son enseñanzas. En esa fuerza profunda, el último hecho en que se detiene el análisis, todas las cosas encuentran su origen común, porque el sentido del ser que en las horas tranquilas surge, sin saber cómo, en el alma, no es diverso de las cosas, del espacio, de la luz, del tiempo, del hombre, sino uno con ellos, y procede obviamente de la misma fuente de la que también procede su vida y ser. Primero compartimos la vida por la que las cosas existen y después las vemos como apariencias en la naturaleza y olvidamos que hemos compartido su causa. Aquí está el manantial de la acción y el pensamiento. Aquí están los pulmones de esa inspiración que da la sabiduría al hombre y que no puede negarse sin impiedad y ateísmo. Yacemos en un regazo de inmensa inteligencia que nos hace receptores de su verdad y órganos de su actividad. Cuando discernimos la justicia, cuando discernimos la verdad, no hacemos nada por nosotros mismos, sino que permitimos que pasen sus rayos. Si preguntamos de dónde provienen, si queremos fisgar en el alma que los causa, toda la filosofía resulta errónea. Cuanto podemos afirmar

es su presencia o su ausencia. Todo hombre discrimina entre los actos voluntarios de su mente y sus percepciones involuntarias y sabe que sus percepciones involuntarias se deben a una fe perfecta. Puede equivocarse al expresarlas, pero sabe que estas cosas son así, como el día y la noche, sin discusión. Mis acciones y adquisiciones voluntarias no son sino vagabundeo; la ensoñación más ociosa, la más débil emoción nativa dominan mi curiosidad y respeto. Las personas irreflexivas contradicen tan fácilmente la afirmación de percepciones como de opiniones, o mucho más fácilmente, porque no distinguen entre percepción y noción. Se imaginan que elijo ver esto o aquello. Pero la percepción no es caprichosa, sino fatal. Si veo un rasgo, mis hijos lo verán después y, con el tiempo, toda la humanidad, aunque puede ocurrir que no lo vea nadie más que yo, porque mi percepción es un hecho tanto como lo es el sol.

Las relaciones del alma con el espíritu divino son tan puras que resulta profano buscar ayudas interpuestas. Debe ser que cuando Dios habla debe comunicar no una cosa, sino todas las cosas; debe llenar el mundo con su voz; debe esparcir luz, naturaleza, tiempo, almas desde el centro del pensamiento presente; y lo nuevo fecha y lo nuevo crea el todo. Si una mente es sencilla y recibe la sabiduría divina, las cosas viejas desaparecen: caen medios, profesores, textos, templos; vive ahora y absorbe el pasado y el futuro en la hora presente. Todas las cosas resultan sagradas en relación con ella, tanto una como otra. Todas las cosas se disuelven hasta el centro por su causa y, en el milagro universal, los milagros mezquinos y particulares. Si, por tanto, un hombre afirma conocer y hablar de Dios y os hace retroceder a la fraseología de una vieja nación desmoronada en otro país, en otro mundo, no le creáis. ¿Es la bellota mejor que el roble que es su plenitud y compleción? ¿Es el padre mejor que el hijo en el que ha arrojado su ser maduro? ¿De dónde viene, pues, esta adoración del pasado? Los siglos son conspiradores contra la cordura y autoridad del alma. El tiempo y el espacio no son sino colores fisiológicos que compone el ojo, pero el alma es la luz; donde está, es de día; donde ha estado, es de noche; y la historia es una impertinencia y una ofensa, si es algo más que un alegre apólogo o parábola de mi ser y devenir.

El hombre es tímido y apologético, ya no es recto; no se atreve a decir «pienso», «existo», sino que cita a algún santo o sabio. Se avergüenza ante la brizna de hierba o la rosa floreciente. Estas rosas bajo mi ventana no se

refieren a rosas anteriores o mejores, representan lo que son; existen con Dios hoy. No hay un tiempo para ellas. Hay solo la rosa; es perfecta en cada momento de su existencia. Antes de que un brote estalle, su vida entera actúa; en la flor abierta ya no hay más, en la deshojada raíz no hay menos. Su naturaleza está satisfecha, y satisface a la naturaleza, en todos los momentos por igual. Pero el hombre pospone o recuerda; no vive en el presente, sino que con mirada revertida lamenta el pasado o, desatento a las riquezas que le rodean, se encarama para adivinar el futuro. No podrá ser feliz y fuerte hasta que también él viva con la naturaleza en el presente, por encima del tiempo.

Esto debería estar bastante claro. Sin embargo, ved cuán fuertes intelectos no se atreven a oír a Dios a menos que hable con la fraseología de no sé qué David o Jeremías o Pablo. No siempre pondremos un precio tan alto a unos pocos textos, a unas pocas vidas. Somos como niños que repiten de memoria las oraciones de ancianas y tutores y, al envejecer, de los hombres de talentos y carácter que acaso vean, recordando dolorosamente las palabras exactas que dijeron; después, cuando alcanzan el punto de vista de los que pronunciaron aquellas frases, las comprenden y están dispuestos a dejar ir las palabras, porque en cualquier momento pueden usar palabras tan buenas cuando se presente la ocasión. Si vivimos verdaderamente, veremos verdaderamente. Es tan fácil para el hombre fuerte ser fuerte como para el débil ser débil. Cuando tengamos una percepción nueva, descargaremos alegremente la memoria de sus tesoros acumulados como desperdicios. Cuando un hombre vive con Dios, su voz es tan dulce como el murmullo del arroyo y el susurro del maíz.

Queda por decir ahora, al fin, la verdad superior sobre este asunto; probablemente no pueda decirse, porque cuanto decimos es el lejano recuerdo de la intuición. Ese pensamiento, por cuanto ahora puedo aproximarme a decirlo, es este. Cuando lo bueno esté cerca de vosotros, cuando contengáis vida, no será de una manera conocida o acostumbrada; no discerniréis las huellas de ningún otro; no veréis la cara del hombre; no oiréis nombre alguno; la manera, el pensamiento, lo bueno será por completo extraño y nuevo. Excluirá el ejemplo y la experiencia. Tomáis el camino del hombre, no al hombre. Todas las personas que han existido son sus ministros olvidados. El temor y la esperanza están debajo por igual. Hay algo inferior aun en la esperanza. En la hora de la visión no hay nada que pueda llamarse gratitud ni propiamente gozo. El alma elevada sobre la pasión contempla la identidad y la causa eterna, percibe la existencia en sí misma de la verdad y lo

correcto y se calma al saber que todas las cosas van bien. Vastos espacios de la naturaleza, el océano Atlántico, los Mares del Sur, largos intervalos de tiempo, años, siglos, carecen de importancia. Esto que pienso y siento refuerza todo estado anterior de la vida y las circunstancias, como subyace a mi presente y a lo que se llama vida y a lo que se llama muerte.

Solo vale la vida, no el haber vivido. El poder cesa en el instante del reposo; radica en el momento de transición desde el pasado a un nuevo estado, en cruzar el abismo, en lanzarse a un fin. El mundo odia este solo hecho, que el alma *deviene*; pues ello siempre degrada el pasado, convierte las riquezas en pobreza, toda reputación en vergüenza, confunde al santo con el pícaro, aparta igualmente a Jesús y a Judas. ¿Por qué, pues, parlotear sobre confianza en sí mismo? En la medida en que el alma está presente, habrá poder no confidente, sino agente. Hablar de confianza es una pobre manera externa de hablar. Hablad más bien de lo que confía, porque funciona y existe. Quien tenga más obediencia que yo me domina, aunque no mueva un dedo. Debo girar en torno a él por la gravitación de los espíritus. Consideramos retórico hablar de virtud eminente. Aún no vemos que la virtud es una cumbre y que un hombre o una compañía de hombres, plásticos y permeables a los principios, por la ley de la naturaleza deben superar y regir todas las ciudades, naciones, reyes, ricos, poetas, que no lo son.

Este es el último hecho que rápidamente alcanzamos en este como en todo tópico, la resolución de todo en el bendito UNO. La existencia por sí misma es el atributo de la causa suprema y constituye la medida de lo bueno por el grado en que entra en todas las formas inferiores. Todas las cosas verdaderas lo son por tanta virtud como contienen. El comercio, la agricultura, la venación, la caza de ballenas, la elocuencia, la gravedad personal son algo, y merecen mi respeto como ejemplos de su presencia e impura acción. Veo que la misma ley opera en la naturaleza para la conservación y el crecimiento. El poder es en la naturaleza la medida esencial del derecho. Nada sufre la naturaleza al permanecer en sus reinos sin ayuda. La génesis y maduración de un planeta, su equilibrio y órbita, el árbol combado que se recobra del fuerte viento, los recursos vitales de todo animal y vegetal, son demostraciones de la autosuficiencia y, por tanto, del alma que confía en sí misma.

Así todo se concentra: no deambulemos; sentémonos en casa con la causa. Aturdamos y asombremos a la chusma entrometida de hombres y libros e instituciones por una sencilla declaración del hecho divino. Pedid a los

invasores que se descalcen, porque Dios está aquí dentro. Que nuestra sencillez los juzgue y nuestra docilidad a nuestra propia ley demuestre la pobreza de la naturaleza y la fortuna junto a nuestras riquezas nativas.

Ahora somos una masa. El hombre no admira al hombre, ni se advierte a su genio que se quede en casa, que se comunique con el océano interno, sino que se va al extranjero a pedir un vaso de agua de las urnas de otros hombres. Debemos ir solos. Me gusta la iglesia silenciosa antes de que comience el servicio, mejor que cualquier sermón. ¡Qué distantes, qué frías, qué castas parecen las personas, rodeada cada una con un recinto o santuario! Sentémonos siempre así. ¿Debemos asumir los errores de nuestro amigo o esposa o padre o hijo por sentarse en nuestro hogar o porque se diga que tenemos la misma sangre? Todos los hombres tienen mi sangre y yo tengo la de todos los hombres. No por ello adoptaré su petulancia o locura, ni siquiera hasta el punto de avergonzarme de ella; pero vuestro aislamiento no debe ser mecánico, sino espiritual, es decir, debe ser elevación. A veces el mundo parece conspirar para importunaros con enfáticas fruslerías. El amigo, el cliente, el hijo, la enfermedad, el temor, la necesidad, la caridad, todos llaman a la vez a la puerta y dicen: «Venid con nosotros». No os alteréis, no entréis en su confusión. El poder que tienen los hombres para fastidiarme se lo otorgo por una débil curiosidad. Ningún hombre puede aproximarse a mí salvo a través de un acto mío. «Tenemos lo que amamos, pero por el deseo nos privamos del amor».

Si no podemos de una vez elevarnos a la santidad de la obediencia y la fe, al menos resistamos nuestras tentaciones; entremos en estado de guerra y despertemos a Thor y Woden, el coraje y la constancia, en nuestro pecho sajón. Esto ha de hacerse en nuestros tiempos suaves diciendo la verdad. Examinad esta mentirosa hospitalidad y mentiroso afecto. No viváis más para la expectativa de estas personas engañadas y engañosas con quienes conversamos. Decidles: oh, padre, madre, esposa, hermano, amigo, hasta ahora he vivido con vosotros según las apariencias. En adelante pertenezco a la verdad. Sabed que en adelante no obedeceré otra ley que la ley eterna. No tendré pactos, sino proximidad. Me esforzaré en alimentar a mis padres, mantener a mi familia, ser el casto esposo de una mujer, pero debo colmar estas relaciones de una manera nueva y sin precedentes. Apelo de vuestras costumbres. Debo ser yo mismo. No puedo quebrarme más por ti o por vosotros. Si podéis quererme por lo que soy, seré el más feliz. Si no, intentaré

merecer que debáis hacerlo. No ocultaré mis gustos o aversiones. Confiaré tanto en que lo profundo es sagrado que haré firmemente ante el sol y la luna lo que interiormente me regocija y el corazón designa. Si sois nobles, os querré; si no lo sois, no os heriré a vosotros ni a mí mismo con atenciones hipócritas. Si sois sinceros, pero no mostráis conmigo la misma verdad, quedaos con vuestros compañeros; yo buscaré a los míos. No hago esto egoísta, sino humilde y sinceramente. Vivir en la verdad os interesa por igual a vosotros, a mí y a todos los hombres, por mucho que hayamos habitado en mentiras. ¿Suenan esto desabrido hoy? Pronto amaréis lo que dicta vuestra naturaleza tanto como la mía y, si seguimos la verdad, estaremos seguros al fin. Así podríais molestar a estos amigos. Sí, pero no puedo vender mi libertad y poder para salvar su sensibilidad. Además, todas las personas tienen sus momentos de razón cuando miran en la región de la verdad absoluta; entonces me justificarán y harán lo propio.

El populacho cree que vuestro rechazo de los modelos populares es un rechazo de todo modelo y mero antinomianismo; y el osado sensualista usará el nombre de la filosofía para sobredorar sus crímenes, pero la ley de la conciencia permanece. Hay dos confesionarios, en uno u otro debemos ser escuchados. Podéis cumplir vuestra ronda de deberes aclarándoos de manera *directa* o de manera *refleja*. Considerad si habéis satisfecho vuestras relaciones con padre, madre, primo, vecino, ciudad, gato y perro; si alguno puede reprenderos. Pero también puedo dejar este modelo reflejo y absolverme a mí mismo. Tengo mis propias firmes exigencias y círculo perfecto. Niegan el nombre de deber a muchos cargos que llaman deberes, pero si puedo pagar sus deudas, ello me permite prescindir del código popular. Si alguien imagina que esta ley es laxa, que observe sus mandamientos un día.

En verdad se demanda algo divino a quien desecha los motivos comunes de la humanidad y se arriesga a confiar en sí mismo como capataz. ¡Elevado sea su corazón, fiel su voluntad, clara su vista, para que en serio pueda ser doctrina, sociedad, ley para sí mismo, para que un sencillo propósito sea para él tan fuerte como la necesidad de hierro para los demás!

Si un hombre considera los aspectos presentes de lo que se llama por distinción *sociedad*, verá la necesidad de esta ética. El tendón y corazón del hombre parece arrancado y nos hemos vuelto quejosos timoratos, desalentados. Nos asusta la verdad, nos asusta la fortuna, nos asusta la muerte

y nos asustamos unos de otros. Nuestra época no produce personas grandes y perfectas. Necesitamos hombres y mujeres que renueven la vida y nuestro estado social, pero vemos que la mayoría de las naturalezas es insolvente, que no puede satisfacer su propia necesidad, tiene una ambición no proporcionada a su fuerza práctica y se inclina y ruega día y noche continuamente. Nuestro quehacer doméstico es mendicante, no hemos elegido nuestras artes, ocupaciones, matrimonios, religión, sino que la sociedad ha elegido por nosotros. Somos soldados de salón. Rehuimos la áspera batalla del hado, donde nace la fuerza.

Si nuestros jóvenes se descarrían en sus primeros empeños, pierden todo ánimo. Si el joven mercader fracasa, los hombres dicen que está *arruinado*. Si el genio más excelente estudia en una de nuestras universidades y no se instala en un despacho al cabo de un año en la ciudad o suburbios de Boston o Nueva York, les parece a sus amigos y a él mismo que hace bien en estar descorazonado y en quejarse el resto de su vida. El tipo robusto de New Hampshire o Vermont, que a su vez prueba todas las profesiones, que *la enyuga, la cultiva, la vende*, dirige una escuela, predica, edita un periódico, va al Congreso, compra un término municipal, y cosas así, durante años, y siempre, como el gato, cae de pie, vale por cien de estos muñecos urbanos. Corre parejo con sus días y no se avergüenza de no «estudiar una carrera», porque no pospone su vida, sino que ya vive. No tiene una oportunidad, sino cien oportunidades. Que el estoico abra los recursos del hombre y les diga a los hombres que no son sauces combados, sino que pueden y deben destacar; que con el ejercicio de la confianza en sí mismos aparecerán nuevos poderes; que un hombre es el mundo hecho carne, nacido para esparcir la curación a las naciones, que debiera avergonzarse de nuestra compasión y que, en el momento en que actúa por sí mismo y lanza por la ventana las leyes, los libros, idolatrías y costumbres, ya no lo compadecemos más, sino que nos vuelve agradecidos y reverentes, y ese profesor restaurará la vida del hombre hasta el esplendor y hará su nombre querido a toda la historia.

Es fácil ver que una mayor confianza en sí mismo debe producir una revolución en todos los cargos y relaciones de los hombres, en su religión, en su educación, en sus búsquedas, sus modos de vida, su asociación, en su propiedad, en sus ideas especulativas.

1. ¡Qué rezos se permiten los hombres! Lo que llaman un oficio sagrado no es tan bravo y varonil. El rezo mira afuera y pide que una adición

extranjera venga por una virtud extranjera, y se pierde en los interminables laberintos de lo natural y lo sobrenatural, lo mediador y lo milagroso. El rezo que anhela una mercancía particular —cualquier cosa menos que todo lo bueno— es vicioso. El rezo es la contemplación de los hechos de la vida desde el punto de vista superior. Es el soliloquio de un alma contemplativa y jubilosa. Es el espíritu de Dios que juzga sus obras buenas. Pero el rezo como un medio para lograr un fin privado es mezquindad y robo. Supone el dualismo y no la unidad en la naturaleza y la conciencia. Tan pronto como el hombre sea uno con Dios no rogará. Verá entonces el rezo en toda acción. El rezo del granjero arrodillado en su campo para desherbarlo, el rezo del remero arrodillado con el golpe de su remo, son verdaderos rezos oídos en toda la naturaleza, aunque por fines bajos. La catarata, en *Bonduca* de Fletcher, cuando le aconsejan conocer la intención del dios Audate, replica:

Su sentido oculto reside en nuestro esfuerzo;
nuestros valores son nuestros mejores dioses.

Otro tipo de falsos rezos son nuestros lamentos. El descontento es la falta de confianza en sí mismo: es la enfermedad de la voluntad. Lamentad calamidades si podéis con ello ayudar al damnificado; de lo contrario, atended a vuestro trabajo y el mal comienza ya a repararse. Nuestra simpatía es así de mezquina. Venimos junto a los que lloran absurdamente y nos sentamos y pedimos compañía, en lugar de impartirles la verdad y la salud con descargas eléctricas, poniéndoles de nuevo en comunicación con su razón. El secreto de la fortuna es la alegría en nuestras manos. Siempre es bienvenido para dioses y hombres el que se ayuda a sí mismo. Ante él se abren todas las puertas; todas las bocas le saludan, todos los honores le coronan, todas las miradas le siguen con deseo. Nuestro amor llega hasta él y le abraza, porque no lo necesita. De manera solícita y apologética le acariciamos y celebramos porque se mantuvo en su camino y desprecia nuestra desaprobación. Los dioses le aman porque los hombres le odiaron. Dijo Zoroastro: «Para el mortal perseverante los benditos inmortales son veloces».

Así como los rezos de los hombres son una enfermedad de la voluntad, sus credos son una enfermedad del intelecto. Dicen con aquellos necios israelitas: «Háblanos tú, y te escucharemos; pero que no nos hable Dios, no

muramos»²⁰. Por doquier tengo trabas para encontrar a Dios en mi hermano, porque ha cerrado las puertas de su templo y solo recita las fábulas del Dios de su hermano, o del Dios del hermano de su hermano. Toda mente nueva es una nueva clasificación. Si resulta una mente de actividad y poder insólito, un Locke, un Lavoisier, un Hutton, un Bentham, un Fourier, impone su clasificación a otros hombres y, ¡mirad!, un nuevo sistema. En proporción a la profundidad del pensamiento y al número de objetos que toca y pone al alcance del pupilo, está su complacencia. Esto resulta aparente, sobre todo, en credos e iglesias, que también son clasificaciones de una mente poderosa que actúa sobre el pensamiento elemental del deber y la relación del hombre con lo supremo. Tal es el calvinismo, el cuaquerismo y el swedenborgismo. El pupilo obtiene el mismo placer al subordinar todo a la nueva terminología que la muchacha que, por la botánica recién aprendida, ve una nueva tierra y nuevas estaciones. Ocurrirá que, durante un tiempo, el pupilo descubrirá que su poder intelectual ha crecido por el estudio de la mente de su maestro, pero todas las mentes desequilibradas idolatran la clasificación, la convierten en el fin, y no en un medio rápidamente agotado, de modo que los muros del sistema se mezclan a su vista en el remoto horizonte con los muros del universo; las luminarias del cielo les parecen colgadas del arco levantado por su maestro. No pueden imaginar cómo vosotros, extraños, tenéis derecho a ver, cómo podéis ver: «Debe ser que de algún modo nos habéis robado la luz». Aún no perciben que la luz, asistemática, indomable, irrumpirá en toda cabaña, incluida la suya. Dejadles gorjear un rato y llamarla suya. Si son honrados y obran bien, al instante su limpia perrera nueva será demasiado estrecha y baja, se agrietará, ladeará, pudrirá y desvanecerá, y la luz inmortal, joven y alegre, con un millón de órbitas y colores, brillará sobre el universo como la primera mañana.

2. Por falta de cultura propia retiene su fascinación para todos los americanos educados la superstición de viajar, cuyos ídolos son Italia, Inglaterra, Egipto. Los que hicieron a Inglaterra, Italia o Grecia venerables en la imaginación lo hicieron hincándose donde estuvieron, como el eje de la tierra. En horas viriles sentimos que el deber es nuestro lugar. El alma no es un viajero; el sabio se queda en casa y, cuando sus necesidades y deberes le convocan desde su casa en cualquier ocasión, o a tierras extrañas, aún está en casa, y hará a los hombres conscientes por la expresión de su rostro de que es

el misionero de la sabiduría y virtud, y visita ciudades y hombres como un soberano y no como un entrometido o un criado.

No tengo ninguna burda objeción a la circunnavegación del globo por mor del arte, del estudio y la benevolencia, de modo que el hombre primero es domesticado o no va al extranjero con la esperanza de encontrar algo mayor que lo que conoce. El que viaja para entretenerse o para lograr algo que no lleva, se aleja de sí mismo y envejece aun joven entre cosas viejas. En Tebas, en Palmira, su voluntad y mente resulta vieja y dilapidada como ellas. Lleva ruinas a las ruinas.

Viajar es el paraíso del necio. Nuestros primeros viajes nos descubren la indiferencia de los lugares. En casa sueño que en Nápoles, o en Roma, puedo embriagarme de belleza y perder mi tristeza. Hago la maleta, abrazo a mis amigos, me embarco y, al fin, me despierto en Nápoles, y allí está junto a mí el hecho severo, el triste ser, implacable, idéntico, del que había huido. Busco el Vaticano y los palacios. Finjo embriagarme con vistas y sugerencias, pero no me embriago. Mi gigante va conmigo dondequiera que vaya.

3. La furia de viajar es un síntoma de una precariedad más profunda que afecta a toda la acción intelectual. El intelecto es vagabundo y nuestro sistema de educación promueve la inquietud. Nuestra mente viaja cuando nuestros cuerpos están obligados a quedarse en casa. Imitamos, ¿y qué es la imitación sino el viajar de la mente? Nuestras casas están construidas con gusto extranjero; nuestros estantes, repletos de adornos extranjeros; nuestras opiniones, nuestros gustos, nuestras facultades se inclinan y siguen lo pasado y lejano. El alma ha creado las artes dondequiera que hayan florecido. El artista buscaba su modelo en su propia mente. Se trataba de una aplicación de su propio pensamiento a la obra por hacer y a las condiciones que observar. ¿Por qué necesitamos copiar el modelo dórico o el gótico? La belleza, la conveniencia, la grandeza de pensamiento y la expresión singular están tan cerca de nosotros como de cualquiera, y si el artista americano estudia con esperanza y amor la obra precisa que ha de hacer, considerando el clima, el suelo, la duración del día, las necesidades del pueblo, el hábito y forma de gobierno, creará una casa que todos encontrarán idónea y el gusto y sentimiento quedará también satisfecho.

Insistid en vosotros mismos, nunca imitéis. Podéis presentar vuestro propio don a cada momento con la fuerza acumulativa del cultivo de toda una vida; del talento adoptado de otro solo tendréis una posesión extemporánea,

incompleta. Lo que cada uno puede hacer mejor nadie salvo su Hacedor puede enseñárselo. Ningún hombre sabe aún lo que es, ni puede saberlo, hasta que esa persona lo ha exhibido. ¿Dónde está el maestro que pudo enseñar a Shakespeare? ¿Dónde está el maestro que pudo haber instruido a Franklin o Washington o Bacon o Newton? Todo hombre grande es único. El escipionismo de Escipión es precisamente esa parte que no pudo tomar prestada. El estudio de Shakespeare nunca hará a Shakespeare. Haced lo que se os asigne y no podréis esperar demasiado o atreveros demasiado. En este momento hay para vosotros una valiente y gran pronunciación como la del colosal cincel de Fidias o el palustre de los egipcios o la pluma de Moisés o Dante, pero diferente de todas estas. Posiblemente el alma plenamente rica, elocuente, de mil lenguas hendidas no se digne a repetirse, pero si podéis oír lo que dicen estos patriarcas, seguramente podréis replicarles con el mismo tono de voz, porque el oído y la lengua son dos órganos de una naturaleza. Permaneced en las sencillas y nobles regiones de vuestra vida, obedeced a vuestro corazón y reproduciréis el mundo primigenio de nuevo.

4. Así como nuestra religión, nuestra educación, nuestro arte miran al extranjero, también lo hace el espíritu de nuestra sociedad. Todos los hombres se empluman para la mejora de la sociedad y ningún hombre mejora.

La sociedad nunca avanza. Retrocede tan rápido por un lado como gana por otro. Sufre continuos cambios; es bárbara, es civilizada, es cristianizada, es rica, es científica, pero este cambio no es mejoramiento. Por cada cosa dada se quita algo. La sociedad adquiere nuevas artes y pierde viejos instintos. ¡Qué contraste entre el americano pulcro, leído, letrado, reflexivo, con un reloj, un lápiz y una letra de cambio en el bolsillo, y el desnudo neozelandés, cuya propiedad es un garrote, una lanza, una estera y la indivisa vigésima parte de un cobertizo en que dormir! Comparad la salud de los dos hombres y veréis que el hombre blanco ha perdido su fuerza aborigen. Si el viajero nos dice la verdad, golpead al salvaje con un hacha y en uno o dos días la carne se unirá y curará como si hubierais golpeado blanda resina, y el mismo golpe enviará al blanco a la tumba.

El hombre civilizado ha construido un coche, pero ha perdido el uso de sus pies. Se apoya en muletas, pero carece de ese apoyo muscular. Tiene un hermoso reloj de Ginebra, pero no la habilidad de decirnos la hora por el sol. Tiene un almanaque náutico de Greenwich y, seguro de estar informado

cuando lo necesita, el hombre de la calle no conoce una estrella en el cielo. No observa el solsticio; conoce tan poco el equinoccio, y no hay ni una esfera en su mente de todo el brillante calendario solar del año. Sus anotaciones perjudican su memoria, sus bibliotecas sobrecargan su ingenio; la compañía de seguros aumenta el número de accidentes, y nos preguntamos si la maquinaria no le estorba, si no hemos perdido cierta energía por refinamiento, cierto vigor de virtud salvaje por un cristianismo atrincherado en establecimientos y formas. Pues todo estoico era un estoico, pero ¿dónde está el cristiano en la cristiandad?

No hay más desvío en la media moral que en la media de altura o peso. No hay mayores hombres ahora que antes. Se observa una igualdad singular entre los grandes hombres de la época primitiva y tardía; toda la ciencia, arte, religión y filosofía del siglo XIX no puede servir para educar hombres mayores que los héroes de Plutarco hace tres o cuatro o veinte siglos. La raza no es progresiva en el tiempo. Foción, Sócrates, Anaxágoras, Diógenes son grandes hombres, pero no dejan clase alguna. Quien pertenece realmente a su clase no será llamado por su nombre, sino que será su propio hombre y, a su vez, el fundador de su secta. Las artes e invenciones de cada periodo son solo su traje y no vigorizan a los hombres. El perjuicio de la maquinaria mejorada puede compensar su beneficio. Hudson y Behring lograron tanto en sus pesqueros que asombraron a Parry y Franklin, cuyo equipamiento agotaba los recursos de la ciencia y arte. Galileo, con unos prismáticos, descubrió una serie más espléndida de fenómenos celestes que nadie desde entonces. Colón descubrió el Nuevo Mundo en un bote descubierto. Es curioso ver el periódico desuso y extinción de medios y maquinaria introducidos con ruidosa alabanza pocos años o siglos antes. El gran genio vuelve al hombre esencial. Contamos las mejoras del arte de la guerra entre los triunfos científicos y, sin embargo, Napoleón conquistó Europa por el vivaque, que consistía en recurrir al puro valor y librarse de toda ayuda. El emperador creyó imposible lograr un ejército perfecto, dice Las Casas, «sin abolir nuestras armas, almacenes, comisiones y transportes, hasta que, a imitación de la usanza romana, el soldado recibiera su parte de grano y él mismo lo moliera y cociera su pan».

La sociedad es una ola. La ola se mueve adelante, pero no el agua de que está compuesta. La misma partícula no se eleva desde el valle hasta la cresta. Su unidad es fenoménica. Las personas que componen hoy una nación

mueren al año siguiente y su experiencia con ellas.

Así, la confianza en la propiedad, incluida la confianza en los gobiernos que la protegen, es la falta de confianza en sí mismo. Hace tanto que los hombres han apartado la mirada de sí mismos y la han puesto en las cosas, que han llegado a estimar las instituciones religiosas, doctas y civiles como defensas de la propiedad y desprecian los ataques que reciben porque los consideran ataques a la propiedad. Miden su estima mutua por lo que cada uno tiene y no por lo que cada uno es. El hombre culto se avergüenza de su propiedad al respetar de nuevo su naturaleza. Odia en especial lo que tiene si ve que es accidental, si le ha llegado por herencia, donación o crimen; entonces siente que no lo tiene, no le pertenece, no tiene raíces en él y solo yace ahí porque ninguna revolución o ladrón se lo ha llevado. Lo que un hombre es siempre lo adquiere por necesidad, y lo que un hombre adquiere es propiedad viva, que no está al albur de gobernantes, masas o revoluciones o incendios o tormentas o bancarrotas, sino que perpetuamente se renueva dondequiera que el hombre respira. Dijo el califa Ali: «Tu suerte o porción de vida te busca; no te canses buscándola». Nuestra dependencia de estos bienes ajenos nos lleva a un respeto servil por los números. Los partidos políticos se reúnen en numerosas convenciones; cuanto mayor el concurso, y con el rugido de cada nuevo anuncio, ¡la delegación de Essex!, ¡los demócratas de New Hampshire!, ¡los Whigs de Maine!, el joven patriota se siente más fuerte que antes por mil nuevas miradas y brazos. De manera similar los reformadores convocan convenciones y votan y deciden en multitudes. Oh, amigos, no es así como Dios se digna a entrar y habitar en vosotros, sino precisamente con el método inverso. Solo cuando el hombre se deshace de todo apoyo ajeno y permanece solo veo que es fuerte y dominante. Cada nuevo recluta de su bandera lo debilita. ¿No es mejor un hombre que una ciudad? No pidáis nada a los hombres y, por una mutación interminable, la única columna firme pronto deberá parecer el sostén de cuanto os rodea. Quien sabe que el poder es innato, que es débil porque ha buscado el bien fuera de él y en otra parte y, al advertirlo, se lanza sin dudar a su propio pensamiento, al instante se corrige, permanece en posición erecta, manda sobre sus miembros, obra milagros, tal como un hombre erguido sobre sus pies es más fuerte que un hombre erguido sobre su cabeza.

Usad así cuanto se llama fortuna. La mayoría de los hombres juega con ella y gana todo y pierde todo cuando gira su rueda. Abandonad como

ilegítimas estas ganancias y tratad con la causa y el efecto, los cancilleres de Dios. Trabajad y adquirid en la voluntad y habréis encadenado la rueda del azar y os sentaréis en adelante sin temor a sus rotaciones. Una victoria política, una subida de rentas, la recuperación tras la enfermedad o el regreso del amigo ausente o algún otro suceso favorable eleva los ánimos, y creéis que se avecinan días buenos. No lo creáis. Nada puede traeros paz salvo vosotros mismos. Nada puede traeros paz salvo el triunfo de los principios.

[19](#) Emerson alude entre líneas a varios pasajes bíblicos: Mateo 10, 37, Deuteronomio 6, 9 y Éxodo 12, 23.

[20](#) Éxodo 20, 19.

COMPENSACIÓN

Las alas del tiempo son blancas y negras,
teñidas con la mañana y la noche.
La alta montaña y el hondo océano
están en tembloroso equilibrio.
En la luna cambiante, en la marea
brilla la porfía de querer y tener.
Calibrados más y menos en el espacio
juegan la estrella eléctrica y el lápiz.
La solitaria tierra entre los globos,
apresurados por las salas eternas,
un comodín volando al vacío,
asteroide suplementario,
o destello compensatorio,
cruza la neutral tiniebla.

El hombre es el olmo, la riqueza la vid;
restaños y fuertes se enlazan los zarcillos:
aunque te engañen los frágiles bucles
nadie puede apartar la vid de su cepa.
No temas, pues, niño inválido,
no hay dios que ose dañar a un gusano.
Las coronas de laurel se aferran a desiertos
y el poder a quien lo ejerce;
¿no tienes tu parte? Con pies alados,
¡mira!, te llevan a su encuentro;
y cuanto la naturaleza hizo tuyo,
flotando en el aire o preso en la piedra,
hendirá las colinas y surcará el mar
y, como tu sombra, te seguirá.

ENSAYO III

COMPENSACIÓN

Desde que era un niño he querido escribir un discurso sobre la compensación, porque me parecía, cuando era muy joven, que en este tema la vida iba por delante de la teología y la gente sabía más de lo que enseñaban los predicadores. Además, los documentos de los que ha de extraerse la doctrina encantaban mi fantasía por su interminable variedad, y siempre están ante mí, aun en sueños, porque son las herramientas en nuestras manos, el pan en nuestra cesta, las transacciones de la calle, la granja y la vivienda, saludos, relaciones, deudas y créditos, la influencia del carácter, la naturaleza y dotación de todos los hombres. Me parecía, también, que allí podría mostrarse a los hombres un rayo de divinidad, la acción presente del alma de este mundo, limpia de todo vestigio de tradición, y así el hombre quedaría bañado por una inundación de amor eterno, conversando con aquello que sabe que siempre ha sido y siempre debe ser, porque realmente es ahora. Parecía, asimismo, que si esta doctrina podía expresarse en términos que tuvieran alguna semejanza con aquellas brillantes intuiciones en que esta verdad se nos revela a veces, sería una estrella en muchas horas oscuras y torcidos pasadizos en nuestro viaje que no nos permitiría perder nuestro camino.

Hace poco confirmó en mí estos deseos un sermón oído en una iglesia. El predicador, un hombre apreciado por su ortodoxia, exponía de la manera acostumbrada la doctrina del Juicio Final. Asumía que el juicio no se ejecuta en este mundo, que los malvados tienen éxito, que los buenos son desgraciados, y entonces urgió a la razón y a la Escritura a realizar una compensación para ambos grupos en la vida futura. La congregación no pareció ofenderse por esta doctrina. Por lo que pude observar, cuando acabó la reunión, se deshizo sin comentar el sermón.

Sin embargo, ¿cuál era la importancia de esta enseñanza? ¿Qué quería decir el predicador al decir que los buenos son desgraciados en la vida presente? ¿Era que las casas y tierras, cargos, vino, caballos, vestido, lujo son poseídos por hombres sin principios, mientras que los santos son pobres y despreciados, y que estos últimos van a recibir una compensación en el más allá, con las mismas gratificaciones otro día, las acciones bancarias, el venado y el champán? Esta debe ser la compensación pretendida. ¿Qué otra, si no? ¿Que van a tener permiso para rezar y alabar, para amar y servir a los hombres? Eso pueden hacerlo ahora. La legítima inferencia extraída por el discípulo era: «Pasaremos *tan* buen rato como el que pasan ahora los pecadores»; o, llevado a su extremo: «Pecad ahora; nosotros pecaremos pronto; pecaríamos ahora si pudiéramos; como no tenemos éxito, mañana llegará nuestra venganza».

La falacia reside en la inmensa concesión de que los malos tienen éxito, de que ahora no se hace justicia. La ceguera del predicador consistía en deferir a la ruin estima del mercado lo que constituye un éxito viril, en lugar de presentar y hacer admitir al mundo la verdad, anunciar la presencia del alma, la omnipotencia de la voluntad, y establecer así los modelos de lo bueno y malo, del éxito y la falsedad.

Descubro un tono ruin similar en las obras religiosas populares de hoy, y las mismas doctrinas asumidas por los literatos cuando tratan ocasionalmente ese tipo de tópicos. Creo que nuestra teología popular ha ganado en decoro, y no en principio, sobre la superstición a la que ha desplazado, pero los hombres son mejores que esta teología. Su vida diaria la desmiente. Toda alma ingenua y ambiciosa deja atrás la doctrina en su propia experiencia, y todos los hombres sienten la falsedad que no pueden demostrar. Los hombres son más sabios de lo que saben. Lo oído en escuelas y púlpitos sin más ocurrencias tardías, dicho en la conversación sería probablemente cuestionado en silencio. Si un hombre dogmatiza entre compañeros varios sobre la Providencia y las leyes divinas, le responde un silencio que transmite bastante bien a un observador la insatisfacción del oyente, aunque sea incapaz de dar su propia opinión.

En este capítulo y el siguiente trataré de registrar algunos hechos que indican la senda de la ley de la compensación; seré más feliz de lo que espero si en verdad puedo trazar el menor arco de este círculo.

La POLARIDAD, o acción y reacción, la encontramos en todas las partes de la naturaleza; en la oscuridad y la luz, en el calor y el frío, en el flujo y reflujo de las aguas, en lo masculino y lo femenino, en la inspiración y expiración de plantas y animales, en la ecuación de cantidad y calidad en los fluidos del cuerpo animal, en la sístole y diástole del corazón, en la ondulación de los fluidos y del sonido, en la gravedad centrífuga y centrípeta, en la electricidad, el galvanismo y la afinidad química. Inducid magnetismo en un extremo de la aguja; el magnetismo opuesto tiene lugar en el otro. Si el sur atrae, el norte repele. Para vaciar aquí, debéis condensar allí. Un dualismo inevitable disecciona la naturaleza, de modo que cada cosa es una mitad y sugiere otra para completarla; como espíritu, materia; hombre, mujer; raro, regular; subjetivo, objetivo; dentro, fuera; arriba, abajo; movimiento, reposo; sí, no.

Mientras el mundo es así dual, lo es también cada una de sus partes. Todo el sistema de cosas se representa en cada partícula. Hay algo que se parece al flujo y reflujo del mar, al día y la noche, al hombre y la mujer, en una sencilla aguja del pino, en un grano de maíz, en cada individuo de cada grupo animal. La reacción, tan grande en los elementos, se repite dentro de estos pequeños límites. Por ejemplo, en el reino animal el fisiólogo ha observado que no hay criaturas favoritas, sino que cierta compensación equilibra cada don y cada defecto. El excedente dado a una parte se paga con la reducción de otra parte de la misma criatura. Si se alargan la cabeza y el cuello, se acortan el tronco y las extremidades.

La teoría de las fuerzas mecánicas es otro ejemplo. Lo que ganamos en potencia lo perdemos en tiempo, y a la inversa. Los errores periódicos o compensatorios de los planetas son otro caso. Las influencias del clima y el suelo en la teoría política son otro. El tiempo frío vigoriza. El suelo estéril no engendra fiebres, cocodrilos, tigres o escorpiones.

El mismo dualismo subyace a la naturaleza y condición del hombre. Todo exceso causa un defecto; todo defecto, un exceso. Todo lo dulce tiene su amargo, todo mal, su bien. Toda facultad que es receptora de placer tiene un castigo igual por su abuso. Ha de responder por su moderación con su vida. Por cada grano de ingenio hay un grano de necedad. Por cada cosa que perdáis, habéis ganado algo, y por cada cosa que ganéis, perdéis algo. Si aumentan las riquezas, aumentan para ser usadas. Si el recolector recoge demasiado, la naturaleza saca del hombre lo que pone en su cofre; hincha la propiedad, pero mata al propietario. La naturaleza odia los monopolios y las

excepciones. Las olas del mar no buscan con mayor rapidez el nivel desde su onda superior de lo que las condiciones variadas tienden a igualarse. Siempre hay una circunstancia niveladora que derriba al imperioso, al fuerte, al rico, al afortunado, sustancialmente en el mismo terreno que todos los demás. Si un hombre es demasiado fuerte y fiero para la sociedad, y por temperamento y posición un mal ciudadano —un rufián moroso con una pizca de pirata—, la naturaleza le envía una tropa de hermosos hijos e hijas que acuden a las clases de la maestra de escuela, y el amor y temor por ellos suaviza su ceño fruncido hasta hacerle cortés. Así logra ablandar el granito y el feldespato, saca al verraco y mete al cordero y asegura su equilibrio.

El granjero imagina que el poder y el lugar son cosas hermosas, pero el presidente ha pagado cara su Casa Blanca. Suele costarle toda su paz y lo mejor de sus atributos viriles. Para preservar por poco tiempo una apariencia tan conspicua ante el mundo, está contento de comer polvo ante los verdaderos amos que se yerguen tras el trono. ¿Desean los hombres la grandeza más permanente y sustancial del genio? Nadie resulta inmune. El que es grande por fuerza de voluntad o de pensamiento y domina a miles tiene las cargas de esa eminencia. A cada influjo de luz viene un peligro nuevo. ¿Tiene luz? Debe ser testigo de la luz y sobrepasar siempre esa simpatía que le da tan aguda satisfacción por su fidelidad a nuevas revelaciones del alma incesante. Debe odiar a padre y madre, esposa e hijo. ¿Tiene todo cuanto el mundo ama y admira y codicia? Debe dejar atrás la admiración y afligirles por fidelidad a su verdad y convertirse en una comidilla y un silbido.

Esta ley escribe las leyes de ciudades y naciones. De nada sirve construir o tramar o asociarse contra ella. Las cosas se niegan a que se las maltrate mucho. *Res nolunt diu male administrari*. Aunque no aparezcan frenos ante un nuevo mal, los frenos existen, y aparecerán. Si el gobierno es cruel, la vida del gobernador no está a salvo. Si los impuestos son demasiado altos, el presupuesto no producirá nada. Si hacéis sanguinario el código criminal, los jurados no condenarán. Si la ley es demasiado suave, vendrá la venganza privada. Si el gobierno es una democracia terrorífica, una sobrecarga de energía en el ciudadano resiste la presión y la vida brilla con una llama más feroz. La verdadera vida y satisfacciones del hombre parecen eludir la condición de los máximos rigores o felicidades y establecerse con gran indiferencia bajo toda variedad de circunstancias. La influencia del carácter

bajo todos los gobiernos sigue siendo la misma, en Turquía como en Nueva Inglaterra. Bajo los primitivos déspotas de Egipto, la historia confiesa honestamente que el hombre debía haber sido tan libre como pudiera hacerlo la cultura.

Estas apariencias indican el hecho de que el universo se representa en cada una de sus partículas. Las cosas en la naturaleza contienen todos los poderes de la naturaleza. Todo está hecho de una sustancia oculta; así el naturalista ve un tipo bajo toda metamorfosis y considera el caballo un hombre corredor, el pez un nadador, el pájaro un volador, el árbol un hombre arraigado. Cada nueva forma repite no solo el carácter principal del tipo, sino, por partes, todos los detalles, todos los objetivos, adelantos, obstáculos, energías, y todo el sistema de todos los demás. Toda ocupación, negocio, arte, transacción es un compendio del mundo y un correlato de todos los demás. Cada uno es un emblema entero de la vida humana, de su bien y mal, sus pruebas, sus enemigos, su curso y su fin, y cada uno debe en cierto modo acomodar al hombre completo y recitar su destino.

El mundo se engloba en una gota de rocío. El microscopio no puede descubrir el animáculo que es menos perfecto por ser pequeño. Ojos, oídos, gusto, olfato, movimiento, resistencia, apetito y órganos de reproducción se agarran a la eternidad, todos descubren espacio para coexistir en la pequeña criatura. Así ponemos nuestra vida en cada acto. La verdadera doctrina de la omnipresencia es que Dios reaparece con todas sus partes en cada musgo y tela de araña. El valor del universo logra arrojarse en cada punto. Si el bien está allí, también el mal; si la afinidad, también la repulsión; si la fuerza, también la limitación.

Así está vivo el universo. Todas las cosas son morales. El alma que dentro de nosotros es un sentimiento, fuera de nosotros es una ley. Sentimos su inspiración; fuera, en la historia, podemos ver su fuerza fatal. «Estaba en el mundo y por Él fue hecho el mundo»²¹. La justicia no se pospone. Una perfecta equidad ajusta su equilibrio en todas las partes de la vida. Οἱ κύβοι Διός ἀεὶ ἐμπύπτουσι: ‘Los dados de Dios siempre están cargados’. El mundo parece una tabla de multiplicar o una ecuación matemática que, por mucho que la giréis, se equilibra. Tomad la cifra que queráis, se os devuelve su valor exacto, ni más ni menos. Todo secreto es revelado, todo crimen castigado, toda virtud recompensada, todo mal reparado, en silencio y con certeza. Lo

que llamamos castigo es la necesidad universal por la que el todo aparece donde aparece una parte. Si veis humo, debe haber fuego. Si veis una mano o un miembro, sabéis que el tronco al que pertenecen está ahí detrás.

Todo acto se recompensa o, en otras palabras, se reintegra de manera doble; en primer lugar, en la cosa o en la naturaleza real; en segundo lugar, en la circunstancia o en la naturaleza aparente. Los hombres llaman a la circunstancia el castigo. El castigo causal está en la cosa y es visto por el alma. El castigo en la circunstancia es visto por el entendimiento; es inseparable de la cosa, pero a menudo se extiende durante largo tiempo y no se vuelve distinto hasta muchos años después. Los azotes específicos pueden seguir tarde a la ofensa, pero la siguen porque la acompañan. Crimen y castigo nacen de un tallo. El castigo es un fruto que madura inadvertido en la flor del placer que lo ocultaba. No pueden separarse causa y efecto, medios y fines, semilla y fruto; el efecto ya florece en la causa y el fin preexiste en los medios, la semilla en el fruto.

Mientras que el mundo es todo y se niega a ser separado, nosotros pretendemos actuar parcialmente, partirlo, poseerlo; por ejemplo, para satisfacer los sentidos, cortamos el placer de los sentidos de las necesidades del carácter. El ingenio del hombre se ha dedicado siempre a solucionar un problema: cómo separar lo dulce sensual, lo fuerte sensual, lo brillante sensual, etc., de lo dulce moral, lo profundo moral, lo hermoso moral; es decir, de nuevo, lograr cortar limpiamente esta superficie externa tan fina como para dejarla sin fondo; conseguir *un final sin otro final*. El alma dice: come; el cuerpo se deleitaría. El alma dice: el hombre y la mujer serán uno en cuerpo y alma; el cuerpo se uniría solo. El alma dice: dominad todas las cosas con los fines de la virtud; el cuerpo tendría poder sobre las cosas con sus propios fines.

El alma se esfuerza al instante para vivir y trabajar en todas las cosas. Sería el único hecho. Todo se le dará por añadidura: poder, placer, conocimiento, belleza. El hombre particular quiere ser alguien, presumir, trocar y regatear por un bien privado y, en concreto, cabalgar para poder cabalgar, vestir para ir vestido, comer para poder comer y gobernar para que le vean. Los hombres quieren ser grandes; tendrían cargos, riqueza, poder y fama. Creen que ser grande es poseer un aspecto de la naturaleza, el dulce, sin el otro, el amargo.

Este dividir y separar está firmemente contrarrestado. Debe admitirse que

hasta este día ningún promotor ha tenido el menor éxito. Las aguas separadas se reúnen tras la mano. Quitamos el placer de las cosas placenteras, el provecho de las provechosas, el poder de las fuertes, tan pronto como queremos separarlas del todo. No podemos partir la mitad de las cosas y obtener el bien sensual, por sí mismo, como no podemos obtener un interior que no tenga exterior o una luz sin sombra. «Aunque echéis la naturaleza con la horca, regresará».

La vida se inviste de condiciones inevitables que el necio pretende esquivar, que, según alardea una y otra vez, no conoce ni le tocan, pero el alarde está en sus labios, las condiciones están en su alma. Si escapa a ellas por un lado, le atacan en otra parte más vital. Si ha escapado a ellas en la forma y la apariencia, es porque se ha resistido a su vida y ha huido de sí mismo y el castigo es la muerte. Tan señalado es el fracaso de todos los intentos por lograr esta separación del bien respecto al impuesto, que no se ha intentado el experimento —ya que sería una locura—, salvo por la circunstancia de que cuando la enfermedad ha comenzado en la voluntad, con la rebelión y la separación, el intelecto se infecta a la vez, de modo que el hombre cesa de ver a Dios en cada objeto, pero es capaz de ver el atractivo sensual de un objeto y no ver el daño sensual; ve la cabeza de la sirena, pero no la cola de dragón, y piensa que puede cercenar lo que querría tener de lo que no querría tener. «¡Qué secreto eres tú, que habitas en los altísimos cielos en silencio, oh tú, el único gran Dios, esparciendo con una incansable Providencia ciertas cegueras represoras sobre quienes tienen deseos desbocados!»²².

El alma humana es sincera ante estos hechos en la pintura de la fábula, la historia, la ley, los proverbios, la conversación. Descubre una lengua en la literatura desprevénida. Así, los griegos llamaban mente suprema a Júpiter, pero, habiéndole adscrito tradicionalmente muchas acciones ruines, involuntariamente hicieron enmiendas a la razón atando las manos de un dios tan malo. Se le vuelve tan indefenso como a un rey de Inglaterra. Prometeo conoce un secreto por el que Jove debe negociar. No puede lograr sus propios rayos; Minerva guarda su llave.

Soy la única divinidad que sabe
cómo se abre la sala donde encerrado el rayo
está²³.

Una simple confesión del trabajo interno del todo y de su fin moral. La mitología india acaba en la misma ética, y sería imposible para cualquier fábula inventar y disponer de una moneda de cambio que no fuera moral. Aurora olvidó pedir la juventud para su amante y, aunque Titono es inmortal, envejece. Aquiles no es invulnerable; las aguas sagradas no le mojaron el talón del que le sostuvo Tetis. Sigfrido, en los Nibelungos, no es inmortal, porque le cayó una hoja en la espalda mientras se bañaba en la sangre del dragón y ese punto cubierto es mortal. Así debe ser. Hay una grieta en cuanto Dios ha hecho. Parecería que siempre hay esta furtiva circunstancia desprevenida, aun en la salvaje poesía en que la fantasía humana trataba de gozar de unas osadas vacaciones y sacudirse las viejas leyes, este revés, este retroceso del arma, que certifica que la ley es fatal, que en la naturaleza nada puede darse, todas las cosas se venden.

Esta es aquella antigua doctrina de Némesis que vigila el universo y no deja ofensa impune. Las Furias, decían, son servidoras de la justicia, y si el sol en el cielo transgrediera su camino le castigarían. Los poetas contaban que los muros de piedra, las espadas de hierro y las tiras de cuero tenían una simpatía oculta con los crímenes de sus propietarios; que el cinturón que Áyax dio a Héctor arrastró al héroe troyano sobre el campo con las ruedas del carro de Aquiles, y la espada que Héctor dio a Áyax fue aquella sobre cuya punta Áyax cayó. Recordaban que cuando los tacios erigieron una estatua a Teógenes, un vencedor de los juegos, uno de sus rivales fue de noche y trató de derribarla a golpes, hasta que al fin la movió de su pedestal y murió aplastado por su caída.

Esta voz de la fábula contiene algo divino. Ha llegado del pensamiento por encima de la voluntad del escritor. Esa es la mejor parte de todo escritor, que no hay nada privado en él; lo que no conoce, lo que ha brotado de su constitución y no de su demasiado activa invención, lo que en el estudio de un solo artista no descubriríais fácilmente, pero en el estudio de muchos podríais abstraer como el espíritu de todos. Lo que conocería no es Fidias, sino la obra del hombre en el primitivo mundo helénico. El nombre y circunstancia de Fidias, por conveniente que sea para la historia, es embarazoso cuando llegamos a la crítica superior. Hemos de ver lo que el hombre tendía a hacer en un periodo dado y quedó obstaculizado o, si queréis, modificado por las voliciones interferentes de Fidias, de Dante, de

Shakespeare, el órgano con el que el hombre ha trabajado en el momento.

Aún más sorprendente es la expresión de este hecho en los proverbios de todas las naciones, que son siempre la literatura de la razón, o las afirmaciones de la verdad absoluta, sin calificación. Los proverbios, como los libros sagrados de cada nación, son el santuario de las intuiciones. Lo que el mundo murmurador, encadenado a las apariencias, no le permite decir al realista con sus propias palabras, tolerará que lo diga con proverbios sin contradicción. Esta ley de leyes que el púlpito, el senado y la universidad niegan es predicada a todas horas en los mercados y tiendas por bandadas de proverbios, cuya enseñanza es tan verdadera y tan omnipresente como la de pájaros y moscas.

Todas las cosas son dobles, una contra otra. Golpe por golpe, ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre, medida por medida, amor por amor. Dad y se os dará. El que riega será regado. ¿Qué tenéis?, dijo Dios; pagad y lleváoslo. Quien nada arriesga nada tiene. Se os pagará por lo que hayáis hecho, ni más ni menos. Quien no trabaje no comerá. El mal con mal se paga. Las maldiciones siempre recaen sobre quien las impreca. Si encadenas del cuello al esclavo, el otro extremo se ata al tuyo. El mal consejo confunde al consejero. El diablo es un asno.

Así está escrito porque así es en la vida. La ley de la naturaleza domina y caracteriza nuestras acciones por encima de nuestra voluntad. Nos fijamos en un fin mísero aparte del bien común, pero nuestro acto se coloca por irresistible magnetismo en línea con los polos del mundo.

El hombre no puede hablar salvo por lo que juzga. Con su voluntad, o contra ella, dibuja su retrato ante la mirada de sus compañeros con cada palabra. Toda opinión reacciona sobre quien la pronuncia. Es una bola atada que se lanza a un blanco, pero sujeta por el otro cabo a la bolsa del jugador. O más bien un arpón arrojado a la ballena, que desenrolla con su vuelo la aduja de cuerda en la barca; si no es un buen arpón o no se lo arroja bien, puede cortar en dos al timonero o hundir la barca.

No podéis hacer el mal sin sufrirlo. Decía Burke: «No ha habido hombre sin una punta de orgullo que no fuera ofensiva para él». El exclusivo en la vida elegante no ve que se excluye del goce en el intento de apropiárselo. El exclusivista en religión no ve que se cierra las puertas del cielo a sí mismo al intentar cerrárselas a otros. Tratad a los hombres como peones y bolos y sufriréis tanto como ellos. Si descartáis su corazón, perderéis el vuestro. Los

sentidos harían cosas de las personas, de las mujeres, de los niños, de los pobres. El proverbio vulgar, «lo cogeré de su bolsa o de su piel», es sana filosofía.

Todas las infracciones del amor y la equidad en nuestras relaciones sociales son rápidamente castigadas. El temor las castiga. Mientras mantengo relaciones sencillas con mi semejante, no me desagrade encontrarlo. Nos encontramos como el agua al agua o dos corrientes de aire mezcladas, con la perfecta difusión e interpenetración de la naturaleza, pero tan pronto como nos apartamos de la sencillez o pretendemos demediar o lograr algo bueno para mí que no es bueno para él, mi vecino siente el mal; me evita tanto como yo lo he evitado, su mirada ya no busca la mía, hay guerra entre nosotros, hay odio en él y temor en mí.

Todos los viejos abusos de la sociedad, universales y particulares, todas las acumulaciones injustas de propiedad y poder son vengadas de la misma manera. El temor es un instructor de gran sagacidad y el heraldo de las revoluciones. Enseña una cosa, que hay podredumbre donde aparece. Es una corneja y, aunque no veáis sobre qué revolotea, hay muerte en algún lugar. Nuestra propiedad es tímida, nuestras leyes son tímidas, nuestras clases cultivadas son tímidas. El temor ha presagiado y segado y farfullado sobre el gobierno y la propiedad. Ese pájaro obscuro no está allí por nada. Indica grandes males que deben revisarse.

De igual naturaleza es la expectación del cambio que sigue instantáneamente a la suspensión de nuestra actividad voluntaria. El terror del mediodía despejado, la esmeralda de Polícrates, la aprensión ante la prosperidad, el instinto que lleva a toda alma generosa a imponerse tareas de un ascetismo noble y virtud vicaria, son los temblores del equilibrio a través del corazón y mente del hombre.

Los hombres experimentados del mundo saben muy bien que es mejor pagar su parte sobre la marcha y que un hombre a menudo paga cara una pequeña frugalidad. Quien pide prestado incurre en su propia deuda. ¿Ha ganado algo el hombre que ha recibido cien favores y no ha hecho ninguno? ¿Ha ganado al tomar prestado por indolencia o astucia las mercancías o caballos o dinero de su vecino? En el hecho surge el reconocimiento instantáneo del beneficio de una parte y la deuda de la otra, es decir, de la superioridad e inferioridad. La transacción permanece en su memoria y en la de su vecino, y toda nueva transacción altera, según su naturaleza, la relación

que tienen. Pronto puede llegar a ver que habría sido mejor romperse los huesos que montar en el coche de su vecino, y que «el mayor precio que puede pagar por una cosa es pedirla».

El sabio extenderá esta lección a todas las partes de la vida y sabrá que lo prudente es enfrentarse a todo demandante y pagar toda demanda justa con vuestro tiempo, talento o corazón. Pagad siempre, porque, primeros o últimos, debéis pagar toda vuestra deuda. Las personas y los acontecimientos pueden estar un tiempo entre vosotros y la justicia, pero solo es un aplazamiento. Debéis pagar al fin vuestra propia deuda. Si sois sabios, temeréis una prosperidad que solo os carga con más. El beneficio es el fin de la naturaleza, pero, por cada beneficio recibido, se exige un impuesto. Es grande quien confiere los máximos beneficios. Es ruin —y esa es la única cosa ruin del universo— recibir favores y no hacer ninguno. En el orden de la naturaleza no podemos brindar beneficios a aquellos de quienes los recibimos, o solo rara vez, pero el beneficio que recibimos debe brindarse de nuevo a alguien línea por línea, hecho por hecho, centavo por centavo. Cuidaos de tener mucho bien en vuestra mano. Se corrompe rápido y cría gusanos. Pagadlo rápido de alguna manera.

El trabajo observa las mismas leyes inexorables. El más barato, dice el prudente, es el trabajo más caro. Lo que compramos en una escoba, una estera, un carro, un cuchillo, es cierta aplicación del buen sentido a una necesidad común. Es mejor pagar en vuestro terreno a un jardinero habilidoso o comprar el buen sentido aplicado a la jardinería; en el marinero, el buen sentido aplicado a la navegación; en la casa, el buen sentido aplicado a cocinar, coser, servir; en el agente, el buen sentido aplicado a cuentas y negocios. Así multiplicáis vuestra presencia u os extendéis por toda vuestra propiedad. Sin embargo, a causa de la constitución dual de las cosas, ni en el trabajo ni en la vida pueden hacerse trampas. El ladrón se roba a sí mismo. El estafador se estafa a sí mismo. El verdadero precio del trabajo es el conocimiento y la virtud, de los que la riqueza y el crédito son signos. Estos signos, como el papel moneda, pueden falsificarse o robarse, pero lo que representan, es decir, el conocimiento y la virtud, no pueden ser falsificados o robados. A estos fines del trabajo no pueden responder sino los esfuerzos de la mente, obedeciendo a motivos puros. El tramposo, el contumaz, el jugador no pueden arrancar el conocimiento de la naturaleza material y moral que su sincero cuidado y molestias producen al laborioso. La ley de la naturaleza es:

hazlo y tendrás el poder, pero los que no lo hacen no tienen el poder.

El trabajo humano, en todas sus formas, desde aguzar una estaca a construir una ciudad o un canto épico, es una ilustración inmensa de la compensación perfecta del universo. El absoluto equilibrio de dar y tomar, la doctrina de que todo tiene su precio —y si no se paga ese precio no se obtiene eso, sino otra cosa, y es imposible lograr nada sin su precio— no es menos sublime en las columnas de un andamio que en los presupuestos de los estados, en las leyes de la luz y la oscuridad, en toda acción y reacción de la naturaleza. No puedo dudar de que las leyes elevadas cuya implicación ve todo hombre en esos procesos en que está versado, como la firme ética que destella en su cincel, que son medidas con su plomada y regla de pie, que resultan tan manifiestas en la suma del tendero como en la historia de un estado, le recomiendan su oficio y, aunque se las nombre rara vez, exaltan su negocio en su imaginación.

La liga entre la virtud y la naturaleza compromete a todas las cosas para asumir un frente hostil ante el vicio. Las bellas leyes y sustancias del mundo persiguen y azotan al traidor, el cual descubre que las cosas están dispuestas para la verdad y beneficio, pero no hay guarida en el ancho mundo que oculte a un rufián. Cometed un crimen y la tierra se volverá de cristal. Cometed un crimen y parecerá que ha caído una capa de nieve sobre el suelo como la que revela en los bosques el paso de toda perdiz y zorro y ardilla y topo. No podéis recobrar la palabra dicha, no podéis borrar la huella, no podéis subir la escalera para no dejar ninguna entrada o pista. Siempre transpira alguna circunstancia irrevocable. Las leyes y sustancias de la naturaleza —agua, nieve, viento, gravedad— resultan castigos para el ladrón.

Por otro lado, la ley rige con igual seguridad para toda acción correcta. Amad y seréis amados. Todo amor es matemáticamente justo, como las dos partes de una ecuación algebraica. El hombre bueno tiene el bien absoluto, que, como el fuego, comunica a todo en su propia naturaleza, de modo que no podéis dañarle; tal como los ejércitos reales enviados contra Napoleón, al aproximarse, rendían sus colores y se convertían de enemigos en amigos, así, desastres de todo tipo, como la enfermedad, la ofensa, la pobreza, demuestran ser benefactores:

Los vientos soplan y las aguas envuelven
la fuerza para el valiente, y el poder y la deidad,

aunque en sí mismos no sean nada²⁴.

A los buenos les ayudan aun la debilidad y los defectos. Así como no ha habido hombre que no tuviera una punta de orgullo que no fuera ofensiva para él, no ha habido hombre alguno que tuviera un defecto que en algún momento no le haya sido útil. El ciervo en la fábula admiraba sus cuernos y denostaba sus pies, pero cuando llegó el cazador sus pies le salvaron y, después, atrapado en la espesura, sus cuernos le destruyeron. Todo hombre mientras vive necesita agradecer sus faltas. Así como ningún hombre comprende por completo una verdad hasta que ha contendido con ella, nadie ha conocido del todo los impedimentos o talentos de los hombres hasta que ha sufrido por uno y visto el triunfo del otro sobre su propia necesidad de lo mismo. ¿Tiene un defecto de temperamento que le incapacita para vivir en sociedad? Esto le lleva a entretenerse solo y adquirir el hábito de ayudarse a sí mismo, así como la ostra herida mezcla su concha con la perla.

Nuestra fuerza crece de nuestra debilidad. La indignación que se arma con fuerzas secretas no despierta hasta que nos pinchan y hieren y atacan duramente. Un gran hombre siempre desea ser pequeño. Si se sienta sobre el cojín de las ventajas, se duerme. Cuando le empujan, atormentan, derrotan, tiene la oportunidad de aprender algo; recupera su sentido, su humanidad, ha ganado hechos, ha advertido su ignorancia, está curado de la locura de la vanidad, ha adquirido moderación y verdadera destreza. El sabio se pone del lado de sus agresores. Le interesa más a él que a ellos descubrir su punto débil. La herida cicatriza y se desprende de él como piel muerta, y en caso de que triunfen, ¡mirad!, se habrá hecho invulnerable. La culpa es más segura que la alabanza. Odio ser defendido en un periódico. En tanto lo dicho sea dicho contra mí, siento cierta garantía de éxito, pero en cuanto me dirigen palabras edulcoradas de alabanza me siento como alguien desprotegido ante sus enemigos. En general, todo mal al que no sucumbimos es un benefactor. Como el isleño de las Sándwich cree que adquiere la fuerza del enemigo al que mata, ganamos la fuerza de la tentación que resistimos.

Los mismos guardianes que nos protegen del desastre, los defectos y la enemistad, nos defienden, si queremos, del egoísmo y el fraude. Cerrojos y palancas no son nuestras mejores instituciones, ni la astucia en el comercio es una marca de sabiduría. Los hombres sufren toda su vida bajo la necia superstición de que pueden ser engañados. Pero es tan imposible que un

hombre sea engañado por nadie más que por sí mismo, como para una cosa ser y no ser al mismo tiempo. Hay una tercera parte silenciosa en todos nuestros acuerdos. La naturaleza y alma de las cosas se lleva la garantía de cumplimiento de todo contrato, de modo que el servicio honrado no puede tener pérdidas. Si servís a un amo desagradecido, servidle más. Poned a Dios en vuestra deuda. Todo golpe será devuelto. Cuanto más se retenga el pago, mejor para vosotros; un interés compuesto sobre otro es la tarifa y usanza de este tribunal.

La historia de la persecución es una historia de esfuerzos para engañar a la naturaleza, para hacer que el agua suba la colina, para torcer una cuerda de arena. No importa si los actores son muchos o uno, un tirano o una masa. Una masa es una sociedad de cuerpos que se privan voluntariamente de la razón y se oponen a su trabajo. La masa es el hombre que desciende voluntariamente a la naturaleza de la bestia. Su hora idónea de actividad es la noche. Sus acciones son tan absurdas como toda su constitución. Persigue un principio, azotaría a un derecho, emplumaría a la justicia, incendiando y ultrajando las casas y las personas que los tienen. Parece la travesura de unos críos que tratan de apagar la rubicunda aurora mojando las estrellas. El espíritu inviolado vuelve su rencor contra los malhechores. El mártir no puede ser deshonorado. Todo azote infligido es una lengua de fuego; toda prisión, una morada más ilustre; todo libro o casa quemada ilumina el mundo; toda palabra suprimida o expurgada reverbera en la tierra de parte a parte. Siempre llegan horas de cordura y consideración a las comunidades, a los individuos, cuando se ve la verdad y se justifica a los mártires.

Así todas las cosas predicán la indiferencia de las circunstancias. El hombre es todo. Cada cosa tiene dos caras, una buena y una mala. Toda ventaja tiene su impuesto. Aprendo a estar contento. Pero la doctrina de la compensación no es la doctrina de la indiferencia. El irreflexivo dice, al oír estas observaciones: «¿De qué sirve hacer el bien? Acontecen el bien y el mal; si gano un bien, debo pagar por él; si pierdo un bien, gano otro; todas las acciones son indiferentes».

Hay un hecho más profundo en el alma que la compensación, a saber, su propia naturaleza. El alma no es una compensación, sino una vida. El alma es. Bajo todo este variable mar de circunstancias, cuyas aguas suben y bajan con perfecto equilibrio, yace el abismo original del ser real. La esencia, o

Dios, no es una relación o una parte, sino el todo. El ser es la vasta afirmación, que excluye la negación, se equilibra a sí misma, y se traga relaciones, partes y tiempos. La naturaleza, la verdad, la virtud son el influjo desde allí. El vicio es la ausencia o partida de lo mismo. La nada, la falsedad pueden ser como la gran noche o sombra sobre la que, como un trasfondo, se pinta el universo vivo, pero no engendran hecho alguno, no pueden obrar, porque no son. No pueden obrar bien alguno, no pueden obrar mal alguno. Son un mal en cuanto es peor no ser que ser.

Nos sentimos defraudados por el castigo de actos malvados porque el criminal se adhiere a su vicio y contumacia y no parece llegar a una crisis o juicio en la naturaleza visible. No hay una imponente confutación de sus tonterías ante hombres y ángeles. ¿Acaso ha burlado la ley? En la medida en que lleva consigo la malignidad y la mentira, muere en la naturaleza. De alguna manera habrá una demostración del mal para el entendimiento también, pero, si no la viéramos, esta deducción mortal cuadra la cuenta eterna.

Tampoco puede decirse, por otro lado, que la ganancia de rectitud deba comprarse con pérdida alguna. No hay castigo para la virtud, no hay castigo para la sabiduría, son adiciones apropiadas del ser. En una acción virtuosa, propiamente soy; con un acto virtuoso añado algo al mundo: planto en desiertos conquistados al caos y la nada y veo retroceder la oscuridad a los límites del horizonte. No puede haber exceso para el amor ni para el conocimiento ni para la belleza, cuando se consideran esos atributos en el sentido más puro. El alma niega los límites y siempre afirma el optimismo y nunca el pesimismo.

Su vida es un progreso y no una estación. Su instinto es la confianza. Nuestro instinto usa «más» y «menos» aplicados al hombre, usa la *presencia del alma* y no su ausencia; el valiente es mayor que el cobarde; el sincero, el benevolente, el sabio es más hombre, y no menos, que el loco y bribón. No hay impuesto sobre el bien de la virtud, porque es el ingreso del propio Dios, o la existencia absoluta, sin comparación. El bien material tiene su impuesto, y si llegara sin desierto o sudor, no tendría raíces en mí y el viento lo arrancaría al instante, pero todo el bien de la naturaleza es del alma, y lo tendrá si lo paga en la moneda legal de la naturaleza, es decir, con el trabajo consentido por el corazón y la cabeza. No deseo encontrar un bien que no he ganado, por ejemplo, descubrir un cofre de oro enterrado, sabiendo que trae

consigo nuevas cargas. No deseo más bienes exteriores, ni posesiones ni honores ni poderes ni personas. La ganancia es aparente, el impuesto es seguro; pero no está gravado saber que la compensación existe y que no es deseable excavar un tesoro. Por ello me regocijo con una serena paz eterna. Contraigo los límites del posible perjuicio. Aprendo del sabio San Bernardo: «Nada puede perjudicarme salvo yo mismo; llevo conmigo mi propio mal y solo por mi culpa soy una verdadera víctima».

En la naturaleza del alma está la compensación por la desigualdad de condiciones. La tragedia radical de la naturaleza parece ser la distinción de Más y Menos. ¿Cómo puede Menos no sentir dolor, cómo no sentirá indignación o malevolencia hacia Más? Si miramos a los que tienen menos facultades nos sentimos tristes y no sabemos bien cómo remediarlo. Casi cerramos sus ojos, tememos que reprendan a Dios. ¿Qué deberían hacer? Parece una gran injusticia, pero si miráis estos hechos de cerca, estas grandes montañas desaparecen. El amor las reduce como el sol derrite el iceberg en el océano. Al ser una el alma y corazón de todos los hombres, desaparece esta amargura de *suyo* y *mío*. Lo *suyo* es *mío*. Yo soy mi hermano y mi hermano es yo. Si me siento abrumado y superado por grandes vecinos, sin embargo, puedo amar, aún puedo recibir, y el que ama hace suya la grandeza amada. Con ello hago el descubrimiento de que mi hermano es mi guardián, actúa para mí con los propósitos más amistosos, y la propiedad que tanto admiro y envidia es mía. La naturaleza del alma es apropiarse todas las cosas. Jesús y Shakespeare son fragmentos del alma y por amor los conquisto e incorporo a mi dominio consciente. ¿No es mía su virtud? Si no puedo hacer *mío* su ingenio, no es ingenio.

Tal es también la historia natural de la calamidad. Los cambios que interrumpen a cortos intervalos la prosperidad de los hombres son anuncios de una naturaleza cuya ley es el crecimiento. Toda alma abandona por esta necesidad intrínseca el sistema entero de las cosas, sus amigos y hogar y leyes y fe, como el crustáceo sale de su hermosa, pero pétreo concha, porque ya no admite su crecimiento y forma lentamente una casa nueva. En proporción al vigor del individuo, estas revoluciones son frecuentes, hasta que en una mente más feliz son incesantes y todas las relaciones mundanas le quedan holgadas y se convierten, por así decirlo, en una fluida membrana transparente a través de la cual se ve la forma viva, y no, como en la mayoría de los hombres, en una endurecida fábrica heterogénea de muchos datos, y

sin un carácter establecido, en que el hombre está preso. Entonces puede haber aumento y el hombre de hoy apenas reconoce al hombre de ayer. Esa debería ser la biografía exterior del hombre en el tiempo, un desprendimiento de circunstancias muertas día a día, como renueva su vestimenta día a día. Para nosotros, en nuestro estado caducado, descansando, no avanzando, resistiendo, no cooperando con la expansión divina, este crecimiento llega a golpes.

No podemos separarnos de nuestros amigos. No podemos dejar marchar a nuestros ángeles. No vemos que solo salen para que los arcángeles puedan entrar. Somos idólatras de lo viejo. No creemos en las riquezas del alma, en su propia eternidad y omnipresencia. No creemos que haya una fuerza en el hoy capaz de rivalizar o recrear el hermoso ayer. Nos quedamos en las ruinas de la vieja tienda donde una vez tuvimos pan y techo y órganos, y no creemos que el espíritu pueda alimentarnos, cubrirnos y animarnos de nuevo. No podemos descubrir de nuevo nada tan querido, tan dulce, tan grato. Nos sentamos y lloramos en vano. La voz del Todopoderoso dijo: «¡Por siempre arriba y adelante!». No podemos seguir entre las ruinas. No confiamos en lo nuevo, y caminamos con la mirada invertida, como esos monstruos que miran hacia atrás.

Sin embargo, las compensaciones de la calamidad se vuelven aparentes también para el entendimiento tras largos intervalos de tiempo. Una fiebre, una mutilación, una cruel decepción, la pérdida de riqueza, la pérdida de amigos parecen al momento una pérdida impagada, e impagable, pero los años seguros revelan la profunda fuerza correctiva que subyace a todos los hechos. La muerte de un amigo querido, de una esposa, hermano, amante, que no parecía sino privación, asume poco después el aspecto de un guía o genio; por lo general, produce revoluciones en nuestra manera de vivir, termina una época de la infancia o la juventud que esperaba ser cerrada, interrumpe una ocupación acostumbrada o un trabajo doméstico o un estilo de vida, y permite la formación de otros nuevos, más afines al crecimiento del carácter. Permite o fuerza la formación de nuevos conocidos y la recepción de nuevas influencias que demuestran tener la mayor importancia en años venideros; y el hombre o mujer que habría sido una soleada flor de jardín, sin espacio para las raíces y demasiada luz en su cabeza, por la caída de los muros y la negligencia del jardinero, se convierte en el ficus del bosque, que da sombra y fruto a la amplia vecindad de los hombres.

[21](#) Juan 1, 10.

[22](#) San Agustín, *Confesiones*, libro I. (*Nota de Emerson*).

[23](#) *Las Euménides* (827-829), de Esquilo.

[24](#) Son versos de «September 1802, near Dover», de William Wordsworth.

LEYES ESPIRITUALES

El vivo cielo de tus oraciones,
a la vez casa y arquitecto,
con las horas rechazadas del cantero
construye eternas torres;
obra a solas y dominante,
no teme los días minadores,
crece por decadencias,
y, por el famoso poder que ronda
en la reacción y el retroceso,
vuelve helada la llama y el hielo hirviente,
forjando, con las armas oscuras de la ofensa,
el plateado sitial de la inocencia.

ENSAYO IV

LEYES ESPIRITUALES

Cuando el acto de reflexión tiene lugar en la mente, cuando nos miramos a la luz del pensamiento, descubrimos que nuestra vida está rodeada de belleza. Detrás de nosotros, al marchar, todas las cosas asumen formas gratas, como las nubes a lo lejos. No solo las cosas familiares y rancias, sino aun las trágicas y terribles, son atractivas cuando ocupan su lugar en los cuadros de la memoria. La margen del río, la maleza en la orilla, la casa vieja, la persona necia —por abandonados que queden al paso— tienen una gracia en el pasado. Incluso el cadáver que ha yacido en la habitación ha añadido un ornamento solemne a la casa. El alma no conocerá deformidad o dolor. Si en las horas de clara razón dijéramos la verdad más severa, deberíamos decir que nunca hemos hecho un sacrificio. En estas horas la mente parece tan grande que no puede quitársenos nada que parezca mucho. Toda pérdida, todo dolor es particular; el universo permanece indemne al corazón. Ni vejaciones ni calamidades abaten nuestra confianza. Ningún hombre ha declarado nunca sus penas tan ligeramente como podría haberlo hecho. Considerad la exageración en el penca más paciente y castigado que haya sido conducido. Solo lo finito ha sido trabajado y sufrido; lo infinito queda extendido en sonriente reposo.

La vida intelectual se conservará limpia y saludable si el hombre vive la vida de la naturaleza y no importa a su mente dificultades que no son suyas. Ningún hombre necesita confundirse en sus especulaciones. Que haga y diga estrictamente lo que le pertenece y, aunque sea muy ignorante como lector, su naturaleza no le causará obstrucciones y dudas intelectuales. Nuestros jóvenes enferman con los problemas teológicos del pecado original, el origen del mal, la predestinación y cosas así. Estos problemas nunca presentaron una dificultad práctica para hombre alguno, nunca nublaron la marcha de nadie

que no se apartara de su camino para buscarlos; son las paperas, el sarampión y la tos ferina del alma, y los que no los han cogido no pueden describir su salud o prescribir la curación. Una mente sencilla no conocerá estos enemigos. Otra cosa es que deba ser capaz de explicar su fe y exponerle a otro la teoría de su propia unión y libertad. Esto requiere raros dones. Sin embargo, sin este conocimiento de sí mismo puede haber una fuerza e integridad silvestre en lo que existe. Nos bastan «unos instintos fuertes y unas sencillas reglas»²⁵.

Mi voluntad nunca dio a las imágenes de mi mente el rango que ahora tienen. El curso regular de los estudios, los años de educación académica y profesional no me han procurado mejores hechos que ciertos libros ociosos bajo el pupitre de la Escuela Latina. Lo que no llamamos educación es más precioso que lo que llamamos así. No nos hacemos una idea, a la hora de recibir un pensamiento, de su valor comparativo. La educación a menudo malgasta sus esfuerzos en el intento de frustrar e impedir este magnetismo natural que, sin duda, selecciona lo que le pertenece.

De manera similar, nuestra naturaleza moral queda viciada por cualquier interferencia de nuestra voluntad. Las personas representan la virtud como una lucha y se dan aires con sus logros, y por doquier molesta la cuestión, cuando se alaba una naturaleza noble, de si no es mejor el hombre que lucha con la tentación; pero no hay mérito en el asunto. O Dios está allí o no está allí. Nos encantan los caracteres en la medida en que son impulsivos y espontáneos. Cuanto menos piensa o sabe un hombre sobre sus virtudes, más nos gusta. Las victorias de Timoleón son las mejores victorias; ocurrían y fluían como los versos de Homero, decía Plutarco. Cuando vemos un alma cuyos actos son regios, graciosos, gratos como las rosas, debemos agradecer a Dios que tales cosas puedan ser y sean, y no girarnos con acritud al ángel y decir: «Fulano es un hombre mejor con su hosca resistencia a todos sus diablos nativos».

No menos conspicua es la preponderancia de la naturaleza sobre la voluntad en toda la vida práctica. Hay menos intención en la historia de la que le adscribimos. Atribuimos planes profundos, clarividentes a César y Napoleón, pero lo mejor de su poder estaba en la naturaleza, no en ellos. Los hombres de éxito extraordinario, en momentos de sinceridad, siempre han cantado: «No a nosotros, no a nosotros»²⁶. Según la fe de su época, han

erigido altares a la fortuna, o al destino o a San Julián. Su éxito reside en su paralelismo con el curso del pensamiento, que encontró en ellos un canal expedito, y las maravillas de las que han sido los conductores visibles parecían a la vista un acto suyo. ¿Generaron los alambres el galvanismo? Incluso es cierto que en ellos tenían menos motivo de reflexión que en otros, como la virtud de la pipa es estar pulida y hueca. Lo que externamente parecía voluntad e inmovilidad era consentimiento y aniquilación propia. ¿Podía Shakespeare dar una teoría de Shakespeare? ¿Ha podido nunca un hombre de prodigioso genio matemático transmitir a otros vislumbre alguna de sus métodos? Si pudiera comunicar ese secreto, perdería al instante su valor exagerado, mezclando con la luz del día y la energía vital el poder de estar y marchar.

Con estas observaciones se aprende a la fuerza la lección de que nuestra vida podría ser mucho más fácil y sencilla de lo que la hacemos, que el mundo podría ser un lugar más feliz de lo que es, de que no hay necesidad de luchas, convulsiones y desesperación, de retorcerse las manos y rechinar los dientes, que contrahacemos nuestros propios males. Interferimos con el optimismo de la naturaleza, porque cuando tomamos ventaja del pasado o de una mente más sabia en el presente, somos capaces de discernir que estamos ceñidos por leyes que se ejecutan a sí mismas.

La cara de la naturaleza exterior enseña la misma lección. La naturaleza no nos quiere agitados y jadeantes. No le gustan nuestra benevolencia o nuestro saber más que nuestros fraudes y guerras. Cuando salimos de unas elecciones, o del banco, o de la convención abolicionista, o de la reunión por la abstinencia, o del club trascendental, a los campos y bosques, nos dice: «¿A qué acalorarse tanto, señorito?».

Estamos llenos de acciones mecánicas. Necesitamos entrometernos y tener las cosas a nuestra manera, hasta que los sacrificios y virtudes de la sociedad son odiosos. El amor debería alegrarnos, pero nuestra benevolencia es infeliz. Nuestras escuelas dominicales e iglesias y sociedades caritativas son yugos para el cuello. Nos molestamos para no agradar a nadie. Hay caminos naturales para llegar a los mismos fines a los que aquellos apuntan, pero no llegan. ¿Por qué debería toda virtud obrar de una y la misma manera? ¿Por qué deberían todas dar dólares? No resulta nada conveniente para nosotros, la gente del campo, y no creemos que nada bueno salga de ello. No tenemos dólares, los tienen los mercaderes; que los den ellos. Los granjeros darán

maíz, los poetas cantarán, las mujeres coserán, los jornaleros echarán una mano, los niños traerán flores. ¿Por qué arrastrar este peso muerto de una escuela dominical sobre toda la cristiandad? Es natural y hermoso que la infancia deba interrogar y la madurez enseñar, pero ya es hora de responder a las preguntas cuando se plantean. No hagáis callar a los jóvenes contra su voluntad en la bancada ni obliguéis a los niños a hacer preguntas durante una hora contra su voluntad.

Si ampliamos la mirada, las cosas son todas iguales; las leyes y las letras y los credos y los modos de vida parecen travestir la verdad. Nuestra sociedad está cargada de una poderosa maquinaria que parece los interminables acueductos que los romanos construyeron sobre colinas y valles y que han sido sustituidos por el descubrimiento de la ley en virtud de la cual el agua se eleva al nivel de su fuente. Es una Muralla China que cualquier ágil tártaro puede saltar. Es un ejército permanente, no tan bueno como la paz. Es un imperio graduado, titulado, ricamente nombrado, superfluo cuando se comprueba que las reuniones ciudadanas responden igual de bien.

Extraigamos una lección de la naturaleza que siempre usa atajos. Cuando el fruto está maduro, cae. Cuando disponemos del fruto, la hoja cae. El circuito de las aguas es mera caída. El paso del hombre y todos los animales es caer adelante. Toda nuestra tarea manual y obras de fuerza, como apalancar, hender, cavar, remar y otras, se hacen en virtud de una continua caída, y el globo, la tierra, la luna, el cometa, el sol, la estrella caen por siempre jamás.

La simplicidad del universo es muy diferente de la simplicidad de una máquina. El que ve la naturaleza moral por doquier y conoce por completo cómo se adquiere el conocimiento y se forma el carácter es un pedante. La simplicidad de la naturaleza no consiste en que pueda leerse fácilmente, sino en que es inagotable. Ningún sabio puede hacer el último análisis. Juzgamos la sabiduría de un hombre por su esperanza, sabiendo que la percepción de lo inagotable de la naturaleza es un joven inmortal. Se siente la salvaje fertilidad de la naturaleza al comparar nuestros rígidos nombres y reputaciones con nuestra conciencia fluida. Entramos al mundo con sectas y escuelas, con erudición y piedad, y somos todo el tiempo áridos bebés. Se comprende muy bien cómo creció el pirronismo. Todo hombre ve que él es el punto medio respecto al cual cada cosa puede afirmarse y negarse con igual razón. El hombre es viejo, es joven, es sabio, es completamente ignorante; escucha y

siente lo que decís del serafín y del hojalatero. No hay un sabio permanente, excepto en la ficción de los estoicos. Nos alineamos con el héroe, en la lectura o pintura, contra el cobarde y el ladrón, pero nosotros hemos sido ese cobarde y ladrón, y lo seremos de nuevo, no en la ínfima circunstancia, sino en comparación con las grandezas posibles del alma.

Una breve consideración de lo que ocurre a nuestro alrededor cada día nos mostraría que una ley superior a la de nuestra voluntad regula los acontecimientos, que nuestros dolorosos trabajos son innecesarios e infructuosos, que solo en nuestra acción nos volvemos divinos. Creencia y amor: un amor creyente nos aliviará de una vasta carga de preocupación. Hermanos míos, Dios existe. Hay un alma en el centro de la naturaleza y sobre la voluntad de todo hombre, de modo que ninguno de nosotros puede dañar al universo. Tanto ha infundido su fuerte encantamiento en la naturaleza que prosperamos cuando aceptamos su consejo, y cuando luchamos para herir a sus criaturas se nos pegan las manos a los costados o golpean nuestro propio pecho. El curso entero de las cosas nos enseña la fe. Solo necesitamos obedecer. Hay una guía para cada uno de nosotros y, por poco que escuchemos, oiremos la palabra correcta. ¿Por qué necesitáis elegir tan dolorosamente vuestro lugar y ocupación y compañeros y modos de acción y entretenimiento? Por cierto, hay un posible derecho para vosotros que previene la necesidad de equilibrio y elección voluntaria. Para vosotros hay una realidad, un lugar idóneo y deberes gratos. Situaos en medio de la corriente de poder y sabiduría que anima a cuantos hace flotar y os veréis empujados sin esfuerzo a la verdad, a lo correcto y a una satisfacción perfecta. Entonces confundiréis a todos los detractores. Entonces seréis el mundo, la medida de lo correcto, de la verdad, de la belleza. Si no fuéramos aguafiestas con nuestras míseras interferencias, el trabajo, la sociedad, las letras, las artes, la ciencia, la religión de los hombres irían mucho mejor que ahora, y el cielo anunciado desde el comienzo del mundo, y anunciado aún desde el fondo del corazón, se organizaría, como ahora hacen la rosa y el aire y el sol.

Digo *no elijáis*, pero esa es una figura de discurso por la que distinguiría lo que suele llamarse *elección* entre los hombres, y que es un acto parcial, la elección de las manos, de los ojos, de los apetitos, y no un acto completo del hombre. Lo que llamo correcto o bueno es la elección de mi constitución y lo que llamo cielo, y a lo que aspiro en mi interior, es el estado o circunstancia

deseable a mi constitución, y la acción que en todos mis años tiendo a hacer es la obra de mis facultades. Debemos hacer a un hombre responsable ante la razón por la elección de su oficio o profesión diaria. Ya no es una excusa para sus actos que sean la costumbre de su negocio. ¿Qué trato ha de tener con un mal negocio? ¿No ha recibido una *llamada* en su carácter?

Cada hombre tiene su propia vocación. El talento es la llamada. Hay una dirección en que tiene todo el espacio abierto. Posee facultades que le invitan en silencio a realizar allí un esfuerzo interminable. Es como un barco en un río que se enfrenta a obstáculos por todos lados, salvo uno, y en ese ha desaparecido todo obstáculo y avanza con serenidad sobre un canal cada vez más hondo hasta un mar infinito. Este talento y esta llamada dependen de su organización o del modo en que el alma general se encarna en él. Se inclina a hacer algo que le resulta fácil y que es bueno una vez hecho, pero que nadie más puede hacer. No tiene rival. Cuanto más plenamente consulta sus propios poderes, más se diferenciará su trabajo del de cualquier otro. Su ambición está exactamente proporcionada a sus poderes. La altura de la punta está determinada por la anchura de la base. Todo hombre recibe esta llamada del poder para hacer algo único y ningún hombre recibe otra llamada. La pretensión de recibir otra llamada, una citación por nombre y elección personal y externas «señales que le hacen extraordinario y de las que carecen los hombres corrientes» es fanatismo y revela la torpeza para percibir que hay una sola mente en todos los individuos, sin acepción de personas.

Al hacer su trabajo hace sentir la necesidad que puede satisfacer y crea el gusto con el que es disfrutado. Al hacer su trabajo, se despliega. El vicio de nuestro discurso público es que carece de abandono. En algún lugar, no solo todo orador, sino cada hombre debería soltar del todo las riendas, debería descubrir o lograr una expresión franca y cordial de la fuerza y sentido que contiene. La experiencia común es que el hombre se acomoda tan bien como puede a los detalles acostumbrados del trabajo u oficio que le toca y lo atiende como el perro que olisquea. Entonces se vuelve una parte de la máquina que maneja; el hombre se ha perdido. Hasta que no consiga comunicarse con otros en su plena estatura y proporción, no habrá descubierto su vocación. Debe descubrir ahí una salida para su carácter, de modo que pueda justificar su trabajo a sus propios ojos. Si la tarea es mezquina que la haga liberal con su pensamiento y carácter. Que comunique cuanto sepa y piense, lo que, según su aprehensión, valga la pena hacer, o los

hombres nunca lo conocerán y honrarán debidamente. Es una necesidad asumir la mezquindad y formalidad de lo que hagáis en lugar de convertirlo en la obediente espiral de vuestro carácter y objetivos.

Nos gustan solo las acciones que han sido largamente alabadas por los hombres y no percibimos que cualquier cosa que haga un hombre puede hacerla divinamente. Creemos que la grandeza está vinculada u organizada en ciertos lugares o deberes, en ciertos cargos u ocasiones, y no vemos que Paganini puede extasiarnos con una cuerda de tripa, Eulenstein con una guimbarda, un manitas con tiras recortadas de papel, Landseer con cerdos, y el héroe con la penosa habitación y compañía donde se ocultaba. Lo que llamamos condición oscura o sociedad vulgar es esa condición y sociedad cuya poesía aún no se ha escrito, pero que de inmediato os parecerá tan envidiable y renombrada como cualquiera. En nuestros cálculos, extraigamos una lección de los reyes. La realeza hace su propio cálculo, así como lo hará una mente regia, de los papeles de la hospitalidad, la conexión de las familias, lo impresionante de la muerte y un millar de cosas más. Hacer habitualmente un nuevo cálculo: esa es la elevación.

Lo que un hombre hace es lo que tiene. ¿Qué tiene que ver con la esperanza o el temor? En él mismo está su capacidad. Que no considere sólido bien alguno salvo el que está en su naturaleza, que debe crecer en él mientras exista. Los bienes de la fortuna pueden ir y venir como hojas de verano; que los esparza a todos los vientos como señales momentáneas de su infinita productividad.

Él puede tener los suyos propios. El genio de un hombre, la cualidad que lo diferencia de cualquier otro, la susceptibilidad a influencias de cierto tipo, la selección de lo que le conviene, el rechazo de lo inconveniente determinan para él el carácter del universo. Un hombre es un método, un arreglo progresivo, un principio selectivo que reúne a su igual dondequiera que va. Solo se extrae a sí mismo de la multiplicidad que pasa y le rodea. Es como una de esas cadenas que se colocan en la orilla de los ríos para atrapar la madera flotante, o como el imán entre virutas de acero. Esos hechos, palabras, personas que habitan en su memoria sin que sea capaz de decir por qué, permanecen porque tienen una relación con él no menos real por no haber sido aún aprehendida. Son símbolos con valor para él, ya que pueden servir para interpretar partes de su conciencia para las que en vano buscaría palabras en las imágenes convencionales de los libros y de otras mentes.

Tendrá valor lo que atraiga mi atención, así como recibo al hombre que llama a mi puerta, mientras que pasan junto a ella otras mil personas, tan dignas, a las que no tengo en cuenta. Basta con que estos particulares me hablen. Ciertas anécdotas, ciertos rasgos de carácter, modales, rostro, ciertos incidentes tienen un énfasis en vuestra memoria sin proporción alguna con su significado aparente, si los medís según los patrones ordinarios. Se refieren a vuestro don. Que tengan su peso, no los rechazéis, y buscad ejemplos y hechos más corrientes en la literatura. Lo que vuestro corazón juzga grande es grande. El énfasis del alma es siempre correcto.

El hombre tiene un derecho supremo sobre todas las cosas que resultan agradables a su naturaleza y genio. En todo lugar puede tomar lo que pertenece a su estado espiritual y no puede tomar nada más, aunque todas las puertas estén abiertas; toda la fuerza de los hombres no puede impedirle que tome lo que le corresponde. En vano tratamos de guardar un secreto ante quien tiene derecho a conocerlo. Se contará a sí mismo. El humor al que un amigo puede llevarnos es su dominio sobre nosotros. Tiene derecho a los pensamientos de ese estado de la mente. Puede imponer todos los secretos sobre ese estado de la mente. Esta es una ley que los estadistas usan en la práctica. Todos los terrores de la república francesa, que tenían atemorizada a Austria, fueron incapaces de someter su diplomacia. Napoleón envió a Viena a M. de Narbonne, miembro de la vieja nobleza, con la moral, modales y nombre de esa clase, diciendo que era indispensable enviar a la vieja aristocracia de Europa hombres con sus mismas relaciones, ya que, de hecho, constituye una suerte de masonería. En menos de dos semanas, M. de Narbonne penetró en todos los secretos del gabinete imperial.

Nada parece tan fácil como hablar y ser comprendido. Sin embargo, un hombre puede llegar a descubrir que *esa* es la más fuerte de las defensas y de los vínculos, que ha sido comprendido; y quien ha recibido una opinión puede llegar a tenerla por la atadura más inconveniente.

Si un profesor tiene una opinión que desea ocultar, sus alumnos quedarán tan plenamente adoctrinados en ella como en cuantas publique. Si vertemos agua en una vasija retorcida en anillos y ángulos, en vano diré que la vierto solo aquí o allá; llegará a su nivel en toda ella. Los hombres sienten e interpretan las consecuencias de vuestra doctrina sin ser capaces de decir cómo la siguen. Mostradnos el arco de una curva y un buen matemático descubrirá la figura entera. Siempre estamos razonando sobre lo visto o lo no

visto. De ahí la perfecta inteligencia que subsiste entre los sabios de épocas remotas. Un hombre no puede enterrar sus significados tan hondos en un libro; el tiempo y los hombres del mismo parecer los descubrirán. ¿Acaso Platón tuvo una doctrina secreta? ¿Qué secreto puede ocultar a la mirada de Bacon, de Montaigne, de Kant? Aristóteles dijo de sus obras: «Están publicadas y no lo están».

Ningún hombre puede aprender lo que no está preparado para aprender, por cerca que tenga el objeto de los ojos. Un químico puede contar sus secretos más preciosos a un carpintero y nunca lo hará más sabio: los secretos que no desvelaría por nada a otro químico. Dios nos guarda de las ideas prematuras. Nuestros ojos se mantienen de modo que no podemos ver las cosas que nos miran a la cara hasta que llega la hora en que la mente ha madurado; entonces las contemplamos, y el momento en que las hemos visto no parece un sueño.

No en la naturaleza, sino en el hombre está toda la belleza y el valor que ve. El mundo está muy vacío, y en deuda con esta alma sobredorada, exaltada, por todo su orgullo. «La tierra llena su regazo con esplendores» *que no son suyos*²⁷. El valle de Tempe, Tivoli y Roma es tierra y agua, rocas y cielo. Hay tierra y agua tan buena en otros mil lugares y, sin embargo, ¡cuán indiferentes!

La gente no es mejor por el sol y la luna, el horizonte y los árboles, como no se observa que los vigilantes de las galerías romanas o los criados de los pintores tengan pensamiento elevado alguno, o que los bibliotecarios sean hombres más sabios que los demás. Hay gracias en el comportamiento de una persona educada y noble que se pierde la mirada del patán. Son como las estrellas cuya luz aún no nos ha alcanzado.

El hombre puede ver lo que hace. Nuestros sueños son la secuela de nuestro conocimiento en la vigilia. Las visiones de la noche guardan alguna proporción con las visiones del día. Los sueños horribles son exageraciones de los pecados del día. Vemos nuestros afectos nocivos encarnados en malas fisionomías. En los Alpes el viajero contempla a veces su propia sombra magnificada como un gigante, de modo que cada gesto de su mano es terrorífico. «Hijos míos», decía un anciano a sus chicos asustados por una figura en el oscuro umbral, «hijos míos, nunca veréis nada peor que vosotros mismos». Como en los sueños, en los apenas menos fluidos acontecimientos

del mundo todo hombre se ve a sí mismo en lo colosal, sin saber que es él mismo. Lo bueno, comparado con lo malo que ve, es como su propio bien respecto a su propio mal. Toda cualidad de su mente queda magnificada en un conocido, y toda emoción de su corazón en otro. Es como árboles al tresbolillo, que suman cinco al este, oeste, norte o sur, o un acróstico desde el inicio, el medio y el final. ¿Y por qué no? El hombre se aferra a una persona y evita a otra, según su semejanza o desemejanza consigo mismo, y se busca verdaderamente en sus socios y, además, en su negocio y hábitos y gestos y comidas y bebidas, y al final está fielmente representado por cada idea que os hagáis de sus circunstancias.

Puede leer lo que escribe. ¿Qué podemos ver o adquirir salvo lo que somos? Observáis a una persona diestra leyendo a Virgilio. Ahora bien, ese autor es mil libros para mil personas. Coged el libro con vuestras manos y leed vuestra mirada; nunca descubriréis lo que yo descubro. Si un lector ingenioso alcanzara el monopolio de la sabiduría o deleite que obtiene, estaría entonces tan seguro de que el libro ha sido britanizado como si hubiera quedado preso en la lengua de las Palaos. Con un buen libro ocurre lo que con la buena compañía. Poned a un zafio entre caballeros: no sirve de nada, no es su compañero. Toda sociedad se protege a sí misma. La compañía está a salvo y aquel no forma parte de ella, aunque su cuerpo esté en la habitación.

¿De qué sirve luchar con las leyes eternas de la mente, que ajustan la relación de todas las personas entre sí, por la medida matemática de sus posesiones y seres? Gertrude está enamorada de Guy, ¡qué elevados, qué aristocráticos, qué romanos su semblante y modales! Vivir con él sería la vida, en efecto, y ningún precio es excesivo, y el cielo y la tierra se mueven hacia ese fin. Bien, Gertrude tiene a Guy, pero ¿de qué sirven ahora su semblante y modales, tan elevados, aristocráticos, romanos, si su corazón y objetivos están en el senado, en el teatro y en la sala de billar, y ella no tiene objetivos ni conversación que puedan encantar a su gracioso señor?

El hombre tendrá su propia sociedad. No podemos amar nada salvo la naturaleza. Realmente nos sirven de muy poco los más maravillosos talentos, los esfuerzos más meritorios; pero con la cercanía o semejanza de la naturaleza, ¡qué hermosa es la facilidad de su victoria! Se nos aproximan personas famosas por su belleza, por sus logros, asombrosas por sus encantos y dones; dedican toda su habilidad a la hora y la compañía, con resultado muy imperfecto. A buen seguro, sería ingrato por nuestra parte no alabarlas

en voz alta. Luego, cuando todo ha acabado, una persona de mente afín, un hermano o hermana por naturaleza, llega hasta nosotros de manera tan blanda y fácil, tan cercana e íntima como si fuera la sangre en nuestras venas, de modo que nos parece que alguien se ha ido, en lugar de que otro haya llegado; nos alivia y renueva por completo: es una especie de soledad gozosa. Creemos tontamente en nuestros días pecaminosos que debemos cortejar a los amigos para cumplir con las costumbres de la sociedad, con su vestido, su alimento y sus cálculos, pero solo puede ser mi amiga esa alma que encuentro en la línea de mi propia marcha, el alma con la que no decaigo, sino que ha nacido en la misma latitud celestial, que repite en la suya toda mi experiencia. El escolar se olvida de sí mismo e imita las costumbres y vestidos del hombre de mundo para merecer la sonrisa de la belleza, y sigue a cierta joven frívola sin haber aprendido aún, por medio de la pasión religiosa, a conocer a la mujer noble con todo lo que es sereno, oracular y hermoso en su alma. Que sea grande y el amor lo seguirá. Nada se castiga más que el descuido de las afinidades por las que debería formarse solo la sociedad y la loca ligereza de elegir compañeros por la mirada ajena.

El hombre puede fijar su propio interés. Una máxima digna de plena aceptación es que un hombre puede tener la pensión que asume. Asumid la posición y actitud que os corresponde y todos los hombres asentirán. El mundo debe ser justo. Deja que cada hombre, con profunda indiferencia, fije su propio interés. Héroe o necio, no se mezcla en el asunto. Aceptará, por cierto, vuestra propia medida de obrar y ser, ya os escabulláis y neguéis vuestro nombre, ya creáis vuestra obra producida para la cóncava esfera de los cielos, unida a la revolución de las estrellas.

La misma realidad se extiende a toda enseñanza. El hombre puede enseñar obrando y no de otro modo. Si puede comunicarse a sí mismo, puede enseñar, pero no con palabras. Enseña el que da y aprende el que recibe. No habrá enseñanza hasta que el alumno se encuentre en el mismo estado o principio en que estáis. Tiene lugar una transfusión: él es vosotros y vosotros sois él; luego viene la enseñanza, y por ningún azar adverso o mala compañía puede perder el beneficio. Pero vuestras proposiciones salen de un oído mientras entran por el otro. Vemos anunciado que el señor Grand pronunciará una oración el Cuatro de Julio, y el señor Hand ante la Asociación de Mecánicos, y no acudimos allí porque sabemos que estos caballeros no comunicarán su propio carácter y experiencia al público. Si tuviéramos alguna razón para

esperar tal confidencia, deberíamos superar todo inconveniente y oposición. Se llevaría a los enfermos en literas; pero una oración pública es una escapada, una evasiva, una apología, una mordaza, y no una comunicación ni un discurso ni un hombre.

Una Némesis igual preside todas las obras intelectuales. Aún no hemos aprendido que lo pronunciado con palabras no ha sido afirmado. Debe afirmarse a sí mismo, o no habrá formas de lógica o juramento que puedan atestiguarlo. La sentencia debe contener su propia apología por ser expresada.

El efecto de cualquier escrito sobre la mente pública es matemáticamente mensurable por su profundidad de pensamiento. ¿Cuánta agua lleva? Si os despierta para pensar, si os levanta desde vuestros pies con la gran voz de la elocuencia, entonces el efecto sobre las mentes de los hombres ha de ser amplio, lento, permanente; si las páginas no os instruyen, morirán como moscas en una hora. La manera de hablar y escribir que no pasará de moda es hablar y escribir sinceramente. Puedo dudar de que el argumento que no alcanza a mi práctica alcance a la vuestra. Tomad la máxima de Sidney: «Mirad en vuestro corazón y escribid». El que se escribe a sí mismo escribe a un público eterno. Solo es idónea para hacerse pública la declaración a la que habéis llegado tratando de satisfacer vuestra curiosidad. El escritor que toma su tema de su oído y no de su corazón debería saber que ha perdido tanto como parece haber ganado, y cuando el libro vacío ha reunido toda su alabanza y la mitad de la gente dice «¡qué poesía, qué genio!», aún necesita combustible para alimentar el fuego. Solo aprovecha lo provechoso. Solo la vida puede impartir vida y, aunque estallemos, solo podemos ser valorados haciéndonos valiosos. No hay suerte en la reputación literaria. Los que emiten el veredicto final sobre todo libro no son los lectores parciales y ruidosos de la hora en que aparece, sino un tribunal de ángeles, un público insobornable, inexorable e impávido, que decide sobre el derecho a la fama de todo hombre. Solo caen los libros que merecen durar. Cantos sobredorados, vitela y tafilete, y copias de muestra para todas las bibliotecas no mantienen un libro en circulación más allá de su fecha intrínseca. Debe tener su hado con todos los autores nobles y regios de Walpole. Blackmore, Kotzebue o Pollock pueden durar una noche, pero Moisés y Homero permanecen para siempre. En ningún momento hay en el mundo más de una docena de personas que lean y entiendan a Platón: nunca los suficientes para pagar por una edición de sus obras. Sin embargo, estas llegan debidamente a

toda generación a causa de esas pocas personas, como si Dios las pusiera en sus manos. Dijo Bentley: «Ningún libro ha sido escrito salvo por sí mismo». La permanencia de todos los libros no ha sido fijada por ningún esfuerzo amistoso u hostil, sino por su propia gravedad específica o la importancia intrínseca de sus contenidos para la mente constante del hombre. «No os preocupéis demasiado por la luz sobre vuestra estatua», dijo Miguel Ángel a un joven escultor, «la luz de la plaza pública pondrá a prueba su valor».

De igual manera el efecto de toda acción es medido por la profundidad del sentimiento del que procede. El gran hombre no ha sabido que era grande. Ese hecho tardó uno o dos siglos en aparecer. Hizo lo que hizo porque debía; fue la cosa más natural del mundo y surgió de las circunstancias del momento. Ahora bien, todo cuanto hizo, hasta levantar un dedo o comprar pan, parece enorme, cohesionado, y se llama institución.

Estas son las demostraciones en unos pocos ejemplos del genio de la naturaleza: muestran la dirección de la corriente. Pero la corriente es sangre; cada gota está viva. La verdad no tiene victorias singulares; todas las cosas son órganos suyos, no solo el polvo y los huesos, sino los errores y las mentiras. Las leyes de la enfermedad, dicen los médicos, son tan hermosas como las leyes de la salud. Nuestra filosofía es afirmativa y acepta rápidamente el testimonio de los hechos negativos, tal como toda sombra apunta al sol. Por una necesidad divina, todo hecho en la naturaleza está obligado a ofrecer su testimonio.

El carácter humano siempre se publica a sí mismo. El acto y palabra más fugitivo, el mero aire de hacer una cosa, el propósito intimado expresa carácter. Si actuáis, mostráis carácter; si os sentáis tranquilamente, si dormís, lo mostráis. Como no habéis dicho nada cuando otros han hablado, y no habéis opinado sobre los tiempos, sobre la Iglesia, la esclavitud, el matrimonio, el socialismo, las sociedades secretas, la universidad, los partidos y personas, creéis que aún se espera vuestro veredicto con curiosidad como una sabiduría reservada. Por el contrario, vuestro silencio habla muy alto. No tenéis oráculo que pronunciar, y vuestros semejantes han sabido que no podéis ayudarlos, porque los oráculos hablan. ¿No está ahí clamando la sabiduría y dando voces la inteligencia?²⁸.

Se encuentran temibles límites en la naturaleza a los poderes del disimulo. La verdad tiraniza los miembros involuntarios del cuerpo. Se dice que el

rostro nunca miente. Nadie debe engañarse si estudia los cambios de expresión. Cuando un hombre dice la verdad con el espíritu de la verdad su mirada es tan clara como los cielos. Cuando un hombre tiene fines mezquinos y habla falsamente, la mirada es fangosa y a veces oblicua.

He oído decir a un experimentado abogado que nunca temió el efecto sobre un jurado de un letrado que no creyera en su corazón que su cliente merecía su veredicto. Si no lo cree, su incredulidad aparecerá ante el jurado, a pesar de todas sus protestas, y se convertirá en la de ellos. Esta es la ley por la que una obra de arte, cualquiera que sea su tipo, nos coloca en el mismo estado de mente en que estaba el artista cuando la hizo. Lo que no creemos no podemos decirlo adecuadamente, aunque repitamos a menudo las palabras. Esta era la convicción expresada por Swedenborg cuando describió a un grupo de personas en el mundo espiritual tratando en vano de articular una proposición en la que no creían; no pudieron, aunque torcieron y plegaron los labios hasta indignarse.

Un hombre pasa por lo que vale. Toda curiosidad respecto a lo que otras personas nos estiman es muy ociosa, y no lo es menos todo temor a permanecer desconocido. Si un hombre sabe que puede hacer cualquier cosa —que puede hacerla mejor que cualquier otro—, tiene una promesa del reconocimiento de ese hecho por parte de todas las personas. El mundo está lleno de días del juicio final, y un hombre resulta calibrado y sellado en toda asamblea en que entra, en toda acción que se propone. En toda pandilla de muchachos que gritan y corren por todo jardín y plaza, el recién llegado queda tan bien y adecuadamente sopesado al cabo de unos pocos días como si su fuerza, velocidad y temperamento hubiera sido sometida a un juicio formal. Un extranjero viene de una lejana escuela, con mejor traje, con dijes en sus bolsillos, con aires y pretensiones; el niño veterano se dice: «No importa; le conoceremos mañana». «¿Qué ha hecho?» es la divina pregunta que persigue a los hombres y traspasa toda falsa reputación. Un petimetre puede sentarse en cualquier silla del mundo y no distinguirse durante una hora de Homero o Washington, pero no debe haber duda alguna respecto a la habilidad respectiva de los seres humanos. La pretensión puede sentarse tranquila, pero no puede actuar. La pretensión nunca ha fingido un acto de auténtica grandeza. La pretensión nunca ha escrito una *Ilíada*, ni rechazado a Jerjes, ni cristianizado el mundo, ni abolido la esclavitud.

Tanta virtud como hay, tanta aparece; tanta bondad como hay, tanta

reverencia infunde. Todos los diablos respetan la virtud. La secta elevada, la generosa, la devota, siempre instruye y domina a la humanidad. Una palabra sincera nunca se ha perdido por completo. La magnanimidad nunca ha caído al suelo, sino que hay un corazón que la saluda y acepta inesperadamente. Un hombre pasa por lo que vale. Lo que es se graba en su cara, en su forma, en su fortuna, con letras de luz. El ocultamiento no le sirve de nada, de nada la jactancia. Hay una confesión en las miradas de nuestros ojos, en nuestras sonrisas, en los saludos, al dar la mano. Su pecado le embadurna, estropea toda su buena impresión. Los hombres no saben por qué no confían en él, pero no confían en él. Su vicio barniza su mirada, corta líneas de expresión vil en sus mejillas, pinza la nariz, pone la marca de la bestia tras la cabeza y escribe en la frente de un rey «¡oh, loco, loco!».

Si no habéis de ser conocidos por hacer algo, no lo hagáis. Un hombre puede hacer el tonto en las dunas de un desierto, pero cada grano de arena parecerá ver. Puede ser un comensal solitario, pero no puede guardar su necio secreto. Una complexión rota, un aspecto porcino, actos egoístas y la falta del debido conocimiento, todo lo descubre. ¿Pueden confundirse un cocinero, un Chiffinch, un Iachimo, con Zenón o Pablo?²⁹ Confucio exclamó: «¡Cómo puede ocultarse un hombre! ¡Cómo puede ocultarse un hombre!».

Por otro lado, el héroe no teme que un acto justo y valiente resulte desconocido e inapreciado si se le niega el reconocimiento. Alguien lo conoce —él mismo— y queda comprometido por él a la dulzura de la paz y la nobleza del propósito, que demostrarán ser al final una proclamación mejor que la relación del incidente. La virtud es la adhesión en la acción a la naturaleza de las cosas y prevalece por la naturaleza de las cosas. Consiste en la perpetua sustitución de parecer por ser; con sublime propiedad se describe a Dios diciendo: «YO SOY EL QUE SOY»³⁰.

La lección que transmiten estas observaciones es ser y no parecer. Consintamos. Saquemos nuestra inflada nada de la senda de los circuitos divinos. Desaprendamos nuestra sabiduría del mundo. Quedemos bajo el poder del Señor y aprendamos que solo la verdad nos hará ricos y grandes.

Si vais a visitar a un amigo, ¿por qué os disculpáis por no haberle visitado y gastáis su tiempo y desfiguráis vuestro acto? Visitadle ahora. Que sienta que el amor supremo ha venido a verle, en vosotros, su órgano inferior. ¿Por qué tenéis que atormentaros a vosotros y a vuestro amigo con secretos

reproches por no haberle ayudado u obsequiado con dones y saludos hasta ahora? Sed un don y una bendición. Brillad con auténtica luz y no con el reflejo prestado de los dones. Los hombres comunes son disculpas de los hombres; inclinan la cabeza, se excusan con prolijas razones y acumulan apariencias, porque no hay sustancia.

Estamos llenos de estas supersticiones de los sentidos, la adoración de la magnitud. Llamamos al poeta inactivo porque no es un presidente, un mercader o un portero. Adoramos una institución y no vemos que está fundada en un pensamiento que tenemos. La auténtica acción está en momentos silenciosos. Las épocas de nuestra vida no están en los hechos visibles de la elección de una vocación, el matrimonio, la adquisición de un cargo y cosas así, sino en un pensamiento silencioso junto al arcén mientras caminamos, en un pensamiento que revisa toda nuestra manera de vivir y dice: «Así lo has hecho, pero así habría sido mejor». Todos nuestros años siguientes, como criados, sirven y esperan esto y, según su habilidad, ejecutan su voluntad. Esta revisión o corrección es una fuerza constante, que, como una tendencia, nos alcanza toda la vida. El objetivo de un hombre, el propósito de estos momentos, es hacer que la luz del día brille a través de él, permitir que la ley atraviese todo su ser sin obstrucción, de modo que, cualquiera que sea el punto de su actividad en que caiga vuestra mirada, informará verdaderamente de su carácter, ya se trate de su dieta, su casa, sus formas religiosas, su sociedad, su alegría, su voto, su oposición. Ahora no es homogéneo, sino heterogéneo, y el rayo no lo atraviesa; no hay luces completas, sino que la mirada del que contempla está confundida, pues detecta muchas tendencias desiguales y aún no una vida.

¿Por qué debemos creernos obligados con nuestra falsa modestia a despreciar al hombre que somos y esa forma del ser que nos ha sido asignada? El hombre bueno está contento. Amo y honro a Epaminondas, pero no quiero ser Epaminondas. Considero más justo amar el mundo de esta hora que el mundo de su hora. No podéis, si soy sincero, provocar en mí el menor desasosiego al decir: «Él actuó y tú te quedas sentado». Veo que la acción es buena cuando es necesaria, y quedarse sentado también lo es. Epaminondas, de ser el hombre que creo, se habría quedado sentado alegre y tranquilo si su suerte hubiera sido la mía. El cielo es grande y contiene espacio para todos los modos del amor y la fortaleza. ¿Por qué deberíamos ser entrometidos y superserviciales? Para el sincero la acción y la inacción son iguales. Un

pedazo de árbol se usa para una veleta y otro para la durmiente de un puente; la virtud de la madera es aparente en ambas.

No deseo desgraciar al alma. El hecho de que estoy aquí me muestra que el alma tenía necesidad de un órgano aquí. ¿No asumiré el puesto? ¿Me zafaré y esconderé y agacharé con mis impropias disculpas y vana modestia, e imaginaré que soy aquí impertinente, menos pertinente que ser allí Epaminondas y Homero, y que el alma no conocía sus propias necesidades? Además, sin razonar al respecto, no tengo descontento alguno. El alma buena me nutre y abre nuevos depósitos de poder y gozo para mí cada día. No declinaré con ruindad la inmensidad del bien porque haya oído que a otros les llega de otra forma.

¿Por qué debería intimidarnos el nombre de la acción? No es más que un truco de los sentidos. Sabemos que el ancestro de toda acción es un pensamiento. La mente pobre no parece ser nada para sí misma, a menos que lleve una insignia externa, una dieta Gento o un gabán cuáquero o una reunión calvinista o una sociedad filantrópica o una gran donación o un alto cargo o, de algún modo, cierta contrastada acción salvaje que declare que es algo. La mente rica se acuesta al sol y sueña, y es naturaleza. Pensar es actuar.

Si debemos tener grandes acciones, hagamos que las nuestras lo sean. Toda acción es de una elasticidad infinita y la menor admite ser inflada con el aire celestial hasta que eclipsa el sol y la luna. Busquemos *una* paz por fidelidad. Dejadme atender mis deberes. ¿Por qué tengo que deambular por escenas y filosofía de historia griega e italiana antes de haberme justificado ante mis benefactores? ¿Cómo me atrevo a leer las campañas de Washington cuando no he respondido las cartas de mis corresponsales? ¿No es esa una objeción justa a gran parte de nuestras lecturas? Mirar a nuestros vecinos es una deserción pusilánime de nuestro trabajo. Es una mirada furtiva. Byron dice de Jack Bunting:

No sabía qué decir, así que juraba.

Puedo decirlo de nuestro uso absurdo de los libros. No sabía qué hacer, así que *leía*. No sé con qué llenar mi tiempo, y encuentro la vida de Brant. Es un extravagante cumplido para Brant o el general Schuyler o el general Washigton. Mi tiempo debería ser tan bueno como su tiempo, mis hechos, mi

red de relaciones, tan buenos como los suyos o cualquiera de ellos. Dejádme hacer bien mi trabajo, de modo que otros ociosos, si quieren, puedan comparar mi textura con la textura de estos y juzgarla idéntica a la mejor.

Esta sobrestima de las posibilidades de Pablo y Pericles, esta subestima de las nuestras, viene de un descuido del hecho de una naturaleza idéntica. Bonaparte no conocía salvo un mérito y recompensaba de una y la misma manera al buen soldado, al buen astrónomo, al buen poeta, al buen jugador. El poeta usa los nombres de César, Tamerlán, Bonduca, Belisario; el pintor usa la historia convencional de la Virgen María, Pablo, Pedro. No se somete, por tanto, a la naturaleza de estos hombres accidentales o de estos héroes trillados. Si el poeta escribe un verdadero drama, entonces es César y no el actor de César; entonces el mismísimo esfuerzo del pensamiento, la emoción pura, el ingenio sutil, los movimientos rápidos, ascendentes, extravagantes y un corazón tan grande, autosuficiente, intrépido, que en las olas de su amor y esperanza puede inspirar todo lo que se considera sólido y precioso en el mundo —jardines, palacios, dinero, armadas, reinos—, marcando su propio valor incomparable por el desaire que lanza a estos dijes de los hombres, todo esto es suyo y por el poder de esas cosas eleva a las naciones. Que un hombre crea en Dios y no en nombres y lugares y personas. Que la gran alma encarnada en forma de una mujer, pobre y triste y soltera, en una Dolly o Joan, vaya a servir y barra habitaciones y friegue suelos, y sus refulgentes rayos diurnos no podrán ser amortiguados u ocultados, sino que barrer y fregar parecerán al instante acciones supremas y hermosas, la cima y radiación de la vida humana, y toda la gente cogerá fregonas y escobas, hasta que, ¡mirad!, de repente la gran alma se ha consagrado en otra forma y realizado otro acto, y esa es ahora la flor y cabeza de toda la naturaleza viva.

Somos los fotómetros, el pan de oro y papel de estaño irritables que miden las acumulaciones del elemento sutil. Conocemos los auténticos efectos del fuego verdadero a través de cada uno del millón de disfraces que tiene.

[25](#) Cita de «Alas! What Boots the Long Laborious Quest», de Wordsworth.

[26](#) Salmos 15, 1.

[27](#) La cita es el verso 77 de la oda sobre las insinuaciones de inmortalidad por recuerdos de

la primera infancia, de Wordsworth.

[28](#) Proverbios 8, 1.

[29](#) Los bribones Chiffinch y Iachimo son, respectivamente, personajes de *Pevenil del Pico*, de Walter Scott, y *Cimbelino*, de Shakespeare.

[30](#) Éxodo 3, 14.

AMOR

Era una gema oculta;
mi ardiente rayo me reveló.

Corán

ENSAYO V

AMOR

Toda promesa del alma tiene innumerables cumplimientos; cada uno de sus gozos madura en una nueva necesidad³¹. La naturaleza, incontenible, fluida, previsor, en el primer sentimiento de la amabilidad ya anticipa una benevolencia que perderá todas sus consideraciones particulares a su luz general. La introducción a esta felicidad está en la relación privada y tierna entre una persona y otra, que es el encanto de la vida humana, que, como cierta divina furia y entusiasmo, atrapa al hombre en un periodo y obra una revolución en su mente y cuerpo, le une a su raza, le compromete en las relaciones domésticas y civiles, le transporta con nueva simpatía a la naturaleza, aumenta el poder de los sentidos, abre la imaginación, añade a su carácter atributos heroicos y sagrados, establece el matrimonio y da permanencia a la sociedad humana.

La asociación natural del sentimiento del amor con el auge de la sangre parece requerir, a fin de retratarlo con colores vívidos, que todo muchacho y muchacha deba confesar para ser sincero con su experiencia palpitante que no hay que ser demasiado viejo. Las deliciosas fantasías de la juventud rechazan el mínimo sabor de una filosofía madura, que enfría con la edad y la pedantería su flor purpúrea. Por tanto, sé que incurro en la imputación de innecesaria dureza y estoicismo por parte de quienes componen la corte y parlamento del amor. Frente a estos formidables censores apelaré a mis mayores, porque ha de considerarse que esta pasión de la que hablamos, aunque comience con el joven, no abandona al viejo, o más bien no permite que envejezca el que sea verdaderamente su servidor, sino que hace que participen de ella los mayores no menos que la tierna doncella, aunque de un modo diferente y más noble. Es un fuego que, encendiendo sus primeras ascuas en el estrecho rincón de un pecho privado, contagiado por una chispa

errante de otro corazón privado, brilla y aumenta hasta que calienta e irradia sobre multitudes de hombres y mujeres, sobre el corazón universal de todos e ilumina todo el mundo y toda la naturaleza con sus generosas llamas. No importa, pues, que tratemos de describir la pasión a los veinte, a los treinta o a los ochenta años. El que la pinta en su primera etapa perderá algo de la última, el que la pinta al final, algunos de sus rasgos primitivos. Solo ha de esperarse que, con paciencia y con la ayuda de las Musas, podamos lograr esa visión interna de la ley que describirá una verdad siempre joven y hermosa, tan central que se encomendará a la mirada cualquiera que sea el ángulo desde el que se la contemple.

La primera condición es que debemos abandonar una adhesión a los hechos demasiado cercana y tenaz y estudiar el sentimiento como ha aparecido en la esperanza y no en la historia. Todo hombre ve su propia vida desfigurada y mutilada, como no lo está la vida del hombre, en su propia imaginación. Todo hombre ve sobre su propia experiencia cierta mancha de error, mientras que la de otros hombres parece hermosa e ideal. Dejad que cualquier hombre vuelva a esas deliciosas relaciones que constituyen la belleza de la vida, que le han proporcionado la más sincera instrucción y alimento; retrocederá y gemirá. Ay, no sé por qué, pero infinitas compunciones amargan en la madurez los recuerdos del gozo en ciernes y cubren el nombre amado. Todo es hermoso visto desde el punto de vista del intelecto, o como verdad, pero todo es agrio si es visto como experiencia. Los detalles son melancólicos, el plan es decente y noble. En el mundo real —el doloroso reino del tiempo y el espacio— moran la preocupación y el cáncer y el temor. Con el pensamiento, con el ideal, está la hilaridad inmortal, la rosa del gozo. En torno a ella todas las Musas cantan, pero la pena se aferra a los nombres y a las personas y a los intereses parciales de ayer y hoy.

Se ve la fuerte inclinación de la naturaleza en la proporción que usurpa en la conversación de la sociedad este tópico de las relaciones personales. ¿Qué queremos saber más de cualquier persona ilustre que cómo le ha ido en la historia de este sentimiento? ¿Qué libros circulan en las bibliotecas circulantes? ¿Cómo nos encendemos con estas apasionadas novelas cuando la historia se cuenta con una chispa de verdad y naturaleza! ¿Qué atrapa más nuestra atención, en el comercio de la vida, que un pasaje que revela afecto entre dos partes? Tal vez nunca los hayamos visto antes y nunca los encontremos de nuevo, pero los vemos intercambiar una mirada o revelar una

emoción profunda y ya no somos extraños. Los comprendemos y sentimos el interés más cálido por el desarrollo del romance. Toda la humanidad ama al amante. Las primeras demostraciones de complacencia y amabilidad son los cuadros más victoriosos de la naturaleza. Es el amanecer de la civilidad y la gracia en el grosero y rústico. El rudo niño del pueblo fastidia a las chicas en la puerta de la escuela, pero hoy llega corriendo a la entrada y se encuentra a una hermosa niña que arregla su cartera; le sostiene los libros para ayudarla y al instante le parece como si ella se alejara de él infinitamente y fuera un recinto sagrado. Entre las chicas corre con bastante rudeza, pero solo una le distancia, y estos dos vecinitos, que ahora estaban tan cerca, han aprendido a respetar la personalidad del otro. ¿Quién puede apartar la mirada de las maneras atractivas, medio mañosas y medio desmañadas, de las estudiantes que entran en las tiendas para comprar un ovillo de seda o una hoja de papel y hablan media hora sobre nada con el carirredondo y guapo joven dependiente? En el pueblo están en perfecta igualdad, en la que se deleita el amor, y la naturaleza feliz, afectuosa de las mujeres fluye en estos lindos chismes sin coquetería alguna. Las chicas pueden no ser muy hermosas, pero claramente establecen entre ellas y el buen muchacho las relaciones más agradables y confiadas, y en broma y en serio preguntan por Edgar y Jonas y Almira, y quién fue invitada a la fiesta y quién bailó en la escuela de baile y cuándo empezará la escuela de canto y otras naderías sobre las que las partes arrullaban. Pronto ese muchacho quiere una esposa y en verdad y de corazón sabrá dónde encontrar a una compañera sincera y dulce, sin el riesgo que Milton deplora respecto a los escolares y grandes hombres.

Me han dicho que en algunos de mis discursos públicos mi reverencia por el intelecto me ha vuelto injustamente frío respecto a las relaciones personales. Ahora casi retrocedo al recordar tales palabras despectivas, porque las personas son el mundo del amor, y el filósofo más frío no puede recontar la deuda del alma joven que vaga aquí en la naturaleza con el poder del amor sin la tentación de desdeñarse, por traicionar a la naturaleza, de lo derogatorio para los instintos sociales. Aunque el rapto celestial caído del cielo atrape solo a los más tiernos, y aunque rara vez veamos después de los treinta años una belleza capaz de abrumar todo análisis y comparación y ponernos fuera de nosotros mismos, sin embargo, el recuerdo de estas visiones sobrepasa todos los demás recuerdos y es una guirnalda de flores sobre las frentes más viejas. Con todo, aquí se produce un hecho extraño: a

muchos hombres puede parecerles, al revisar su experiencia, que no tienen una página más hermosa en el libro de su vida que la memoria deliciosa de ciertos pasajes en los que el afecto logró conferir un hechizo, que superaba la profunda atracción de su propia verdad, a una parcela de circunstancias accidentales y triviales. Al mirar atrás, pueden descubrir que varias cosas que no constituían el encanto tienen más realidad para esta memoria tentativa que el encanto mismo que los dejó embalsamados. Cualquiera que fuera nuestra experiencia particular, ningún hombre ha olvidado nunca las visitas de ese poder a su corazón y cerebro que creó todas las cosas nuevas, que fue el amanecer en él de la música, la poesía y el arte, que hizo el rostro de la naturaleza radiante con luz purpúrea, los variados encantamientos de la mañana y la noche, cuando el solo tono de una voz podía hacer saltar el corazón y se ponía en el ámbar de la memoria la circunstancia más trivial asociada a una forma, cuando se volvía todo mirada si alguien estaba presente y todo memoria si se ausentaba, cuando el joven se convierte en espía de ventanas y estudioso de un guante, un velo, una cinta o las ruedas de un coche, cuando ningún lugar es demasiado solitario y ninguno demasiado silencioso para aquel que tiene compañía más rica y conversación más dulce con sus nuevos pensamientos que las que pueden darle los viejos amigos, aunque sean los mejores y más puros, porque las figuras, los movimientos, las palabras del objeto querido no son como otras imágenes escritas en el agua, sino que están, como Plutarco dijo, «esmaltadas en fuego», y forman el estudio de la medianoche.

No te has ido aunque te vayas, dondequiera que estés,
has dejado en él tus ojos vigilantes, tu encantador corazón³².

En el mediodía y la tarde de la vida aún palpítamos al recordar los días en que la felicidad no era bastante feliz, sino que debíamos estar drogados con el gusto del dolor y el temor, porque dio con el secreto del asunto el que dijo del amor que

los demás placeres no valen por sus dolores,

y el día no era lo bastante largo, sino que también la noche debía consumirse en agudos recuerdos, cuando la cabeza hervía sobre la almohada con el

generoso acto al que se decidía, cuando la luz de la luna era una grata fiebre y las estrellas eran cartas y las flores cifras y el aire se acuñaba en una canción, cuando todo negocio parecía impertinente y todos los hombres y mujeres afanándose por las calles meras imágenes.

La pasión reconstruye el mundo para el joven. Vuelve todas las cosas vivas y significativas. La naturaleza llega a ser consciente. Todo pájaro en las ramas del árbol canta ahora a su corazón y alma. Las notas son casi articuladas. Las nubes tienen rostro cuando las mira. Los árboles del bosque, la hierba ondulante y las humildes flores llegan a ser inteligentes, y aquel casi teme confiarles el secreto que parecen invitarle a contar. Sin embargo, la naturaleza alivia y simpatiza. En la verde soledad encuentra un hogar más querido que con los hombres.

Manantiales y sotos sencidos,
lugares que ama la pálida pasión,
paseos a la luz de la luna, cuando todas las aves
están a resguardo, salvo murciélagos y búhos,
una campana a medianoche, un gemido pasajero,
estos son los sonidos que nos nutren³³.

¡Contemplad allí en el bosque al buen loco! Es un palacio de dulces sonidos y visiones, se dilata, es dos veces hombre, camina con los brazos en jarras, monologa, aborda a la hierba y los árboles, siente la sangre de la violeta, el trébol y el lirio en sus venas, habla con el arroyo que moja sus pies.

Los calores que han abierto sus percepciones de la belleza natural le han convertido en música y versos. Es un hecho observado a menudo que hay hombres que han escrito buenos versos bajo la inspiración de la pasión y no pueden escribir bien en ninguna otra circunstancia.

Igual fuerza tiene la pasión sobre toda su naturaleza. Expande el sentimiento, hace gentil al payaso y da ánimo al cobarde. En el más penoso y abyecto infundirá un corazón y coraje capaz de desafiar al mundo con tal de tener la cara del objeto amado. Al darse a otro aún se da más a sí mismo. Es un hombre nuevo, con nuevas percepciones, propósitos nuevos y más agudos y con un carácter y objetivos dotados de solemnidad religiosa. Ya no pertenece más a su familia y sociedad, *él* es algo, *él* es una persona, *él* es un alma.

Examinemos aquí más de cerca la naturaleza de esa influencia tan potente sobre la juventud humana. La belleza, cuya revelación al hombre celebramos ahora, bienvenida como el sol allí donde brilla, que agrada a todos y con la que todos se regocijan, parece suficiente para sí misma. El amante no puede pintar a su amada en su fantasía pobre y solitaria. Como un árbol en flor, tan blando, germinante, informe encanto es la sociedad para sí misma, y ella enseña a la mirada de él por qué la belleza ha sido retratada con amores y gracias alrededor. Su existencia enriquece al mundo. Aunque expulse a las demás personas de su atención por baratas e indignas, le indemniza trasladando su propio ser a algo impersonal, grande, mundano, de modo que la amada le parece una representante de todas las cosas y virtudes selectas. Por esa razón el amante nunca ve un parecido personal de su amada con sus parientes u otros. Sus amigos la encuentran parecida a su madre o a sus hermanas o a personas no consanguíneas. El amante no le ve parecido salvo con los atardeceres estivales y las mañanas diamantinas, con el arco iris y el canto de los pájaros.

Los antiguos llamaban a la belleza el florecimiento de la virtud. ¿Quién puede analizar el anónimo encanto que mira desde una y otra cara y forma? Estamos conmovidos por emociones de ternura y complacencia, pero no podemos descubrir adónde señala esta emoción delicada, este destello errante. Todo intento de referirse a su organización lo destruye para la imaginación. Tampoco apunta a relaciones de amistad o amor conocidas y descritas en la sociedad, sino, según creo, a otra e inalcanzable esfera, a relaciones de delicadeza y dulzura trascendentes, a lo que insinúan y presagian rosas y violetas. No podemos aproximarnos a la belleza. Su naturaleza es como la de los lustres opalinos del cuello de las palomas, vacilantes y evanescentes. Por ello se parece a las cosas más excelentes, aquellas que tienen este carácter irisado, que desafía todos los intentos de apropiación y uso. ¿Qué otra cosa quiso decir Jean Paul Richter cuando le decía a la música: «Aléjate, aléjate, me hablas de cosas que en mi vida interminable no he encontrado ni encontraré»? Puede observarse la misma fluidez en todas las obras de las artes plásticas. La estatua es hermosa cuando comienza a ser incomprensible, cuando se desprende de la crítica y ya no puede ser definida por el compás y caduceo, sino que exige una activa imaginación que la acompañe y diga lo que está haciendo. El dios o héroe del escultor está siempre representado en una transición *desde* lo que es

representable para los sentidos *hasta* lo que no lo es. Por vez primera deja de ser una piedra. Lo mismo puede observarse sobre la pintura, y sobre la poesía, donde el éxito no se logra cuando calma y satisface, sino cuando nos asombra y enciende con nuevos esfuerzos tras lo inalcanzable. Al respecto, Landor pregunta «si no ha de referirse a algún estado más puro de sensación y existencia».

De igual manera, la belleza personal primero es encantadora y ella misma cuando nos deja insatisfechos respecto a cualquier fin, cuando se convierte en una historia sin final, cuando sugiere destellos y visiones, y no satisfacciones terrenales, cuando hace sentir al que la contempla que es indigno y no tiene derecho a ella, aunque sea César, ni puede sentir que tiene más derecho a ella que al firmamento y los esplendores de un crepúsculo.

De aquí viene el dicho «¿qué más te da si te amo?». Decimos eso porque sentimos que lo que amamos no está en tu voluntad, sino sobre ella. No eres tú, sino tu radiación. Es lo que no conoces en ti mismo y nunca podrás conocer.

Esto coincide con esa elevada filosofía de la belleza con la que se deleitan los escritores antiguos al decir que el alma del hombre, encarnada aquí en la tierra, vagaba arriba y abajo en busca de ese otro mundo propio, del que provino, pero pronto quedaba estupefacta por la luz del sol y era incapaz de ver más objetos que los de este mundo, que no son sino sombras de las cosas reales. Por tanto, la deidad envía la gloria de la juventud ante el alma para que pueda servirse de cuerpos hermosos como ayudas para su recuerdo del bien y la hermosura celestial, y el hombre que admira a tal persona del sexo femenino corre tras ella y descubre el gozo supremo al contemplar la forma, movimiento e inteligencia de esta persona porque le sugiere la presencia de lo que, en efecto, es el interior de la belleza y la causa de la belleza.

Sin embargo, si al tratar demasiado con los objetos materiales el alma era grosera y dislocaba su satisfacción en el cuerpo, no cosechaba sino pena, pues el cuerpo es incapaz de cumplir la promesa que ofrece la belleza; pero si, aceptando el indicio de estas visiones y sugerencias que hace la belleza a la mente, el alma atraviesa el cuerpo y llega a admirar trazos de carácter, y los amantes se contemplan en sus discursos y acciones, entonces acceden al verdadero palacio de la belleza, su amor por él se inflama cada vez más y, al extinguir este amor el ruin afecto, tal como el sol apaga el fuego brillando sobre el hogar, se vuelven puros y santos. Al tratar con lo que es en sí mismo

excelente, magnánimo, elevado y justo, el amante siente un amor más cálido por este tipo de nobleza y la aprehende con mayor rapidez. Entonces pasa de amarla en una a amarla en todas, y así el alma bella es solo la puerta por la que se entra a la sociedad de todas las almas verdaderas y puras. En la sociedad particular de su compañera alcanza una visión más clara de cualquier mancha, cualquier mácula que su belleza haya contraído en este mundo, y es capaz de señalarla, y ello con la alegría mutua por ser capaces ahora, sin ofensa, de indicar defectos y estorbos en el otro y procurarse toda la ayuda y consuelo para curarlos. Al contemplar en muchas almas los rasgos de la belleza divina y separar en cada alma lo que es divino de la mácula que ha contraído en el mundo, el amante asciende a la belleza suprema, al amor y conocimiento de la divinidad, por los peldaños de esta escalera de almas creadas.

Algo similar a esto nos han contado sobre el amor los verdaderos sabios en todas las épocas. La doctrina no es vieja ni nueva. Si Platón, Plutarco y Apuleyo la enseñaron, también lo han hecho Petrarca, Miguel Ángel y Milton. Espera un verdadero despliegue para oponerse y rechazar esa subterránea prudencia que preside los matrimonios con palabras arrebatadas al mundo superior, mientras la mirada merodea por la bodega, de modo que su discurso más grave tiene el sabor del jamón y los toneles de grano. Peor aún es que este sensualismo irrumpa en la educación de las jóvenes y marchite el afecto y esperanza de la naturaleza humana enseñando que el matrimonio no significa nada más que el ahorro de la esposa y que la vida de la mujer no tiene otro objetivo.

Este sueño del amor, aunque hermoso, es solo una escena en nuestra obra. En la procesión del alma hacia el exterior aumenta siempre sus círculos, como el guijarro lanzado a la laguna o la luz procedente de un orbe. Los rayos del alma se posan primero en lo más próximo, en cada utensilio y juguete, en niñeras y criados, en la casa y en el jardín y en los transeúntes, en el círculo de los conocidos domésticos, en la política y la geografía y la historia. Las cosas siempre se están agrupando según leyes superiores o más interiores. Vecindad, tamaño, números, hábitos, personas pierden gradualmente su poder sobre nosotros. La causa y el efecto, las auténticas afinidades, el anhelo de armonía entre el alma y la circunstancia, el instinto progresivo, idealizador, predominan después, y el paso atrás de las relaciones superiores a las inferiores resulta imposible. Así, aun el amor, que es la

deificación de las personas, debe volverse más impersonal cada día. Al principio no hay indicio alguno de esto. Poco piensan los jóvenes que se miran a través de habitaciones atestadas, con ojos llenos de mutua inteligencia, en el precioso fruto que surgirá de este estímulo nuevo, completamente exterior. El trabajo de la vegetación comienza primero en la irritabilidad de la corteza y yemas. Tras intercambiar miradas, aquellos avanzan con actos de cortesía, luego de feroz pasión, hasta la palabra prometida y el matrimonio. La pasión contempla su objeto como una unidad perfecta. El alma está completamente encarnada y el cuerpo está completamente imbuido de alma.

Su sangre pura y elocuente
habló en sus mejillas, tan distintamente labrada
que podía casi decirse que su cuerpo pensaba³⁴.

Muerto, Romeo debía trocearse en pequeñas estrellas para adornar el cielo. La vida, con esta pareja, no tiene otro fin, no pide más que Julieta, que Romeo. La noche, el día, los estudios, el talento, los reinos, la religión, todos están contenidos en esta forma llena de alma, en esta alma que es toda forma. Los amantes se deleitan con las caricias, con las confesiones de amor, con la comparación de sus pareceres. Una vez solos, se solazan con la imagen recordada del otro. ¿Ve el otro la misma estrella, la misma nube variable, lee el mismo libro, siente la misma emoción que ahora me deleita? Prueban y miden su afecto y, añadiendo costosas ventajas, amigos, oportunidades, propiedades, se muestran exultantes al descubrir que voluntaria, gozosamente, lo entregarían todo como rescate del hermoso, amado corazón, con tal de que ni un cabello resultara dañado. La suerte de la humanidad está en estos niños. El peligro, la pena y el dolor les llegan como a todos. El amor reza. Sella pactos con el poder eterno en nombre de este compañero querido. La unión así efectuada, que añade un nuevo valor a cada átomo en la naturaleza, porque transmuta cada hilo a través de toda la red de relaciones con un rayo dorado, y baña el alma en un elemento nuevo y dulce, es, sin embargo, un estado temporal. No siempre pueden las flores, las perlas, la poesía, las protestas, ni siquiera el hogar en el corazón ajeno contentar al alma atroz que habita en el barro. Se sacude al cabo estas caricias, como juguetes, y se pone el arnés y aspira a fines vastos y universales. El alma que

está en el alma de cada uno, anhelando una beatitud perfecta, detecta incongruencias, defectos y desproporción en el comportamiento del otro. De aquí surgen la sorpresa, la amonestación y el dolor. Sin embargo, lo que los arrastró fueron señales de encanto, señales de virtudes, y estas virtudes, aunque eclipsadas, siguen allí. Aparecen y reaparecen y aún los atraen, pero el parecer cambia, abandona la señal y se une a la sustancia. Esto repara el afecto herido. Entretanto, con el paso de la vida, demuestra ser un juego de permutación y combinación de todas las posibles posiciones de las partes, para emplear todos los recursos respectivos y hacer saber a cada uno la fuerza y debilidad del otro. Todo lo que hay en el mundo, lo que es o debe ser conocido, está astutamente forjado en la textura del hombre, de la mujer.

El amor apropiado para nosotros,
como el maná, contiene el sabor de todo³⁵.

El mundo gira, las circunstancias varían cada hora. Los ángeles que habitan este templo del cuerpo aparecen en las ventanas, y también los gnomos y vicios. Por todas las virtudes se unen. Si hay virtud, todos los vicios resultan conocidos; confiesan y huyen. El otrora ardiente parecer queda atenuado con el tiempo en el pecho de cada uno y, perdiendo en violencia lo que gana en extensión, se convierte en un entendimiento por completo bueno. Se resignan mutuamente, sin queja, a desempeñar los buenos oficios para los que el hombre y la mujer han sido nombrados con severidad en el tiempo, y cambian la pasión que antaño no perdía de vista su objeto por un desenvuelto, alegre fomento, presente o ausente, de los designios respectivos. Por fin descubren que todo cuanto al principio los unió —los rasgos que una vez fueron sagrados, aquel mágico juego de encantos— era caduco, tenía un fin prospectivo, como el andamio con el que se construyó la casa, y que la purificación del intelecto y el corazón, año tras año, es el auténtico matrimonio, previsto y preparado desde el principio y completamente por encima de su conciencia. Con esta perspectiva, por la que dos personas, un hombre y una mujer, dotados de manera tan variada y correlativa, se encierran en una casa para pasar en la sociedad nupcial treinta o cuarenta años, no me sorprenden el énfasis con el que el corazón profetiza esta crisis desde la primera infancia, la profusa belleza con que los instintos adornan el dosel nupcial, y que la naturaleza y el intelecto y el arte se emulen

en los dones y la melodía que llevan al epitalamio.

Así nos preparamos para un amor que no conoce sexo ni persona ni parcialidad, sino que busca la virtud y sabiduría por todas partes, con el fin de aumentar la virtud y sabiduría. Somos por naturaleza observadores y, por tanto, aprendices. Ese es nuestro estado permanente, pero a menudo sentimos que nuestros afectos no son sino tiendas para una noche. Aunque lentamente y con dolor, los objetos de nuestros afectos cambian, como los objetos del pensamiento. Hay momentos en que los afectos gobiernan y absorben al hombre y hacen que su felicidad dependa de una o varias personas; pero con la salud se ve de nuevo la mente al instante, su imponente bóveda, que brilla con galaxias de luces inmutables, y los cálidos amores y temores que pasaron sobre nosotros como nubes deben perder su carácter finito y mezclarse con Dios para alcanzar su propia perfección. No debemos temer que podamos perder nada por el progreso del alma. Puede confiarse en el alma hasta el final. Algo tan hermoso y atractivo como estas relaciones debe ser sucedido y sustituido solo por algo más hermoso, y así por siempre.

[31](#) En la edición de 1841 el ensayo comenzaba así: «Toda alma es una Venus celestial para otra alma. El corazón tiene sus sábados y jubileos en que el mundo parece un himeneo y todos los sonidos naturales y el círculo de las estaciones son odas y danzas eróticas. El amor está omnipresente en la naturaleza como motivo y recompensa. Amor es nuestra palabra suprema y el sinónimo de Dios. Toda promesa...». Véase la nota sobre la edición.

[32](#) «Epithalamion» (202-203), de John Donne.

[33](#) Versos del tercer acto de *The Nice Valour; or, The Passionate Mad-Man*, de John Fletcher.

[34](#) «The Second Anniversarie» (244-248), de John Donne.

[35](#) «Resolved to be Beloved» (23-24), de Abraham Cowley.

AMISTAD

Una gota rubicunda de sangre viril
desborda el agitado océano,
el incierto mundo viene y va,
el firme amante permanece.
Pensé que había huido
y, tras muchos años,
resplandeció una bondad no agotada
como el diario amanecer.
Mi cuidadoso corazón fue libre de nuevo;
oh amigo mío, dijo mi pecho,
por ti solo se arquea el cielo,
por ti la rosa es roja,
toman por ti las cosas una forma más noble
y miran allende la tierra,
y es el molino de nuestro hado
por tu valor una senda solar.
También a mí tu nobleza me ha enseñado
a dominar mi desesperación;
las fuentes de mi oculta vida
son por tu amistad hermosas.

ENSAYO VI

AMISTAD

Somos mucho más amables de lo que se dice. A pesar de todo el egoísmo que congela el mundo como los vientos del este, toda la familia humana se baña en un elemento de amor como un fino éter. ¡Cuántas personas conocemos en las casas, con las que apenas hablamos, a las que, sin embargo, honramos, y que nos honran! ¡Cuántas vemos en la calle, o sentadas al lado en la iglesia, con las que, aun en silencio, nos alegra mucho estar! Leed el lenguaje de estos errantes rayos oculares. El corazón sabe.

El efecto de la indulgencia de este afecto humano es cierta alegría cordial. En la poesía, y en la expresión común, las emociones de la benevolencia y complacencia que sentimos hacia otros se comparan con los efectos materiales del fuego; tan rápidas, o mucho más rápidas, más activas, más alegres son estas excelentes irradiaciones interiores. Constituyen la dulzura de la vida, desde el supremo grado de amor apasionado hasta el ínfimo grado de la buena voluntad.

Nuestros poderes intelectuales y activos aumentan con nuestro afecto. El escolar se sienta a escribir y todos sus años de meditación no le proporcionan un buen pensamiento o expresión feliz, pero, si es necesario escribir una carta a un amigo, batallones de gentiles pensamientos se invisten al instante por todos lados con palabras escogidas. Ved, en cualquier casa en que habiten la virtud y el respeto a sí mismo, la palpitación que causa la visita de un extraño. Se espera y anuncia a un extraño recomendado y una incomodidad entre el placer y el dolor invade todos los corazones de la casa. Su llegada casi provoca temor en los buenos corazones que le darían la bienvenida. La casa queda limpia, todas las cosas ocupan su lugar, se cambia el abrigo viejo por el nuevo, y los huéspedes, si pueden, preparan una cena. De un extraño recomendado otros solo dan un buen informe, nosotros solo oímos lo bueno y

nuevo. Representa para nosotros a la humanidad. Es lo que queremos que sea. Habiéndolo imaginado e investido, nos preguntamos cómo debemos llevar la conversación y acción con tal hombre, y nos incomoda el temor. La misma idea exalta la conversación con él. Hablamos mejor de lo que solemos hacerlo. Tenemos la fantasía más viva, una memoria más rica y nuestro diablo mudo se ha despedido por un tiempo. Durante horas podemos continuar una serie de comunicaciones sinceras, graciosas, ricas, extraídas de la experiencia más antigua, más secreta, de modo que los que se sientan al lado, nuestros parientes y conocidos, sentirán una viva sorpresa por nuestros inusuales poderes; pero tan pronto como el extraño comienza a introducir sus parcialidades, sus definiciones, sus defectos, en la conversación, todo ha acabado. Ha oído lo primero, lo último y mejor que jamás oirá de nosotros. Ya no es un extraño. La vulgaridad, la ignorancia y el malentendido son viejos conocidos. Ahora, cuando venga, podrá obtener el orden, el vestido y la cena, pero no el palpito del corazón y las comunicaciones del alma.

¿Qué es tan grato como estas efusiones de afecto que vuelven el mundo joven de nuevo para mí? ¿Qué tan delicioso como un justo y firme encuentro de dos en un pensamiento, en un sentimiento? ¡Qué hermosos, en su aproximación a este corazón palpitante, los pasos y formas del hombre dotado y sincero! El momento en que disfrutamos de nuestros afectos la tierra se metamorfosea, no hay invierno ni noche; todas las tragedias, todos los tedios desaparecen, todos los deberes se nivelan. Nada llena la procedente eternidad salvo las formas radiantes de las personas queridas. Si el alma está segura de que en algún lugar del universo se reunirá de nuevo con su amigo, podrá seguir sola contenta y alegre durante mil años.

Me he despertado esta mañana con devota gratitud por mis amigos, los viejos y los nuevos. ¿No llamaré a Dios lo bello, cuando a diario se me muestra así en sus dones? Reprendo a la sociedad, abrazo la soledad y, sin embargo, no soy tan desagradecido como para no ver al sabio, el encantador y el magnánimo que de vez en cuando pasan junto a mi puerta. Quien me oye, quien me comprende, se hace mío, una posesión para todo el tiempo. La naturaleza no es tan pobre como para no darme este gozo varias veces, de modo que vestimos fibras sociales propias, una nueva red de relaciones; y así como muchos pensamientos sucesivos se justifican, pronto nos hallamos en un mundo nuevo de creación propia y dejamos de ser extraños y peregrinos en un globo tradicional. Mis amigos han venido a mí sin buscarlos. El gran

Dios me los ha entregado. Los descubro por el derecho más antiguo, por la divina afinidad de la virtud consigo misma; y no soy yo, sino la deidad que hay en mí y en ellos, la que burla y cancela los gruesos muros del carácter individual, las relaciones, la edad, el sexo, la circunstancia, con los que suele confabularse, y hace ahora de muchos uno. Os estoy muy agradecido a vosotros, excelentes amantes que lleváis el mundo para mí a nuevas y nobles profundidades y aumentáis el significado de todos mis pensamientos. Estos son la nueva poesía del primer bardo —poesía sin interrupción—, himno, oda y épica, poesía que aún fluye, continuos cantos de Apolo y las Musas. ¿También estos o alguno de ellos volverán a separarse de mí? No lo sé, pero no lo temo, porque mi relación con ellos es tan pura que nos sostenemos por simple afinidad y, al ser social el genio de mi vida, la misma afinidad ejercerá su energía sobre cualquiera que sea tan noble como estos hombres y mujeres, dondequiera que pueda estar.

Confieso una extrema ternura de la naturaleza en este punto. Es casi peligroso para mí «pensar el dulce veneno del vino maltratado»³⁶. Una nueva persona es para mí un gran acontecimiento y me impide dormir. A menudo he tenido hermosas fantasías sobre personas que me han concedido horas deliciosas, pero el gozo acaba con el día; no da fruto. El pensamiento no nace de él; mi acción se modifica muy poco. Debo sentir orgullo por los logros de mi amigo como si fueran míos, y que poseo sus virtudes. Me siento tan reconfortado cuando se le alaba como el amante cuando oye el aplauso de su prometida. Sobrestimamos la conciencia de nuestro amigo. Su bondad parece mejor que la nuestra, su naturaleza más excelente, sus tentaciones menores. La fantasía agranda todo lo que es suyo: su nombre, su forma, su ropa, libros e instrumentos. Nuestro propio pensamiento suena nuevo y mayor en su boca.

Sin embargo, la sístole y diástole del corazón no carece de analogía en el flujo y reflujo del amor. La amistad, como la inmortalidad del alma, es demasiado buena para ser creída. El amante, cuando contempla a su amada, presiente que no es verdaderamente la que adora, y en la hora dorada de la amistad nos sorprenden sombras de sospecha e incredulidad. Dudamos de conceder a nuestro héroe las virtudes en que brilla y después adoramos la forma a la que hemos adscrito esta divina habitación. En sentido estricto, el alma no respeta a los hombres como se respeta a sí misma. Según la ciencia

estricta subyace en todas las personas la misma condición de una lejanía infinita. ¿Temeremos enfriar nuestro amor minando los fundamentos metafísicos de este templo elíseo? ¿No seré tan real como las cosas que veo? Si yo soy, no temeré conocerlos por lo que son. Su esencia no es menos bella que su apariencia, aunque necesite órganos más finos para su aprehensión. La raíz de la planta no es fea para la ciencia, aunque para guirnaldas y festones cortamos solo el tallo. Debo arriesgar la producción del hecho crudo entre estos gratos ensueños, aunque resulte una calavera egipcia en nuestro banquete. El hombre que se mantiene unido a su pensamiento tiene una concepción magnífica de sí mismo. Es consciente de un éxito universal, aun comprado con uniformes fracasos particulares. Las ventajas, los poderes, el oro o la fuerza no pueden competir con él. No puedo sino confiar en mi propia pobreza más que en vuestra riqueza. No puedo hacer vuestra conciencia equivalente a la mía. Solo deslumbra la estrella; el planeta emite una luz desvaída, lunar. He oído lo que decís de las partes admirables y el probado temple del tipo que alabáis, pero veo bien que, con todas sus capas purpúreas, no me gustará, a menos que sea al fin un pobre griego como yo. Oh amigo, no puedo negarlo, la vasta sombra de lo fenoménico te incluye también a ti en su moteada y pintada inmensidad, también a ti, frente a quien todo lo demás es sombra. No eres el ser, como lo es la verdad, como la justicia, no eres mi alma, sino una pintura y efigie de aquello. Has llegado tarde a mí y aún llevas tu sombrero y abrigo. ¿Acaso el alma no produce amigos como el árbol hojas y, de pronto, pierde la hoja vieja por la germinación de nuevos brotes? La ley de la naturaleza es la alternancia para siempre. Cada estado eléctrico induce el opuesto. El alma se rodea de amigos para poder entrar en una mayor soledad o conocimiento de sí misma y marcha sola una temporada para poder exaltar su conversación o sociedad. Este método se revela a lo largo de la historia de nuestras relaciones personales. El instinto del afecto revive la esperanza de unión con nuestros semejantes, y un devuelto sentido del aislamiento nos hace desistir. Así, todo hombre pasa su vida en la búsqueda de la amistad y, si registrara su verdadero sentir, podría escribir una carta como esta a cada nuevo candidato a su amor:

QUERIDO AMIGO:

Si estuviera seguro de ti, seguro de tu capacidad, seguro de igualar mi

humor con el tuyo, no volvería a pensar en naderías respecto a tus idas y venidas. No soy muy sabio, mi humor es bastante accesible y respeto tu genio; aún no lo he sondeado. Sin embargo, no me atrevo a suponer que me entiendas perfectamente, así que eres para mí un delicioso tormento. Tuyo siempre, o nunca.

Con todo, estos incómodos placeres y excelentes dolores sirven a la curiosidad y no a la vida. No hay que disfrutar con ellos. Esto es tejer una tela de araña y no un paño. Nuestras amistades se apresuran hacia conclusiones cortas y pobres porque hemos hecho de ellas una textura de vino y sueños, en lugar de la dura fibra del corazón humano. Las leyes de la amistad son austeras y eternas, del mismo tejido que las leyes de la naturaleza y la moral, pero hemos apuntado a un beneficio rápido y vulgar para sorber una dulzura repentina. Tratamos de asir el fruto más lento de todo el jardín de Dios, madurado tras muchos veranos e inviernos. Buscamos a nuestro amigo no de manera sagrada, sino con una pasión adulterada que le haga apropiado a nosotros. En vano. Estamos armados por entero de sutiles antagonismos que comienzan a actuar y traducen toda la poesía a prosa rancia tan pronto como nos conocemos. Casi todas las personas descienden para conocerse. Toda asociación debe ser un compromiso y, lo que es peor, la misma flor y aroma de la flor de cada una de las hermosas naturalezas desaparece cuando se aproximan mutuamente. ¡Qué perpetua decepción es la sociedad actual, aun la de los virtuosos y dotados! Tras haber previsto de lejos las entrevistas, al instante los golpes frustrados, las apatías repentinas, intempestivas, las epilepsias del ingenio y los espíritus animales nos atormentan en el apogeo de la amistad y el pensamiento. Nuestras facultades no nos representan sinceramente y la soledad es un alivio para ambas partes.

Debería ser igual para toda relación. No importa cuántos amigos tenga, y la satisfacción que pueda encontrar al conversar con cada uno, si hay uno para el que no soy igual. Si me he retirado desigual de una contienda, el gozo que encuentro en lo demás se vuelve mezquino y cobarde. Debería odiarme a mí mismo si entonces convierto a mis otros amigos en mi asilo.

El valiente guerrero, famoso por la lucha,
tras cien victorias, aniquilado una vez,
queda pronto tachado del libro del honor,

y se olvida aquello por cuanto se esforzó³⁷.

Nuestra impaciencia es rechazada así con fuerza. La timidez y la apatía son la dura cáscara con que una organización delicada se protege de una maduración prematura. Se perdería si se conociera a sí misma antes de que cualquiera de las mejores almas estuviera lo bastante madura para conocerla y apropiársela. Respetad la *naturlangsamkeit* que endurece el rubí en un millón de años y que trabaja con la duración, en la que los Alpes y Andes van y vienen como arco iris. El buen espíritu de nuestra vida no tiene cielo alguno que sea el precio de la precipitación. El amor, que es la esencia de Dios, no sirve a la levedad, sino al valor total del hombre. No mostremos este lujo infantil en nuestras miradas, sino el valor más austero; aproximémonos a nuestro amigo con una confianza audaz en la verdad de su corazón, en la amplitud de sus cimientos, imposible de derribar.

Las atracciones de este asunto no pueden resistirse, y dejo, por el momento, toda explicación del beneficio social subordinado, para hablar de esa selecta y sagrada relación que es una especie de absoluto, y que aun vuelve sospechoso y común el lenguaje del amor, ya que este es más puro y no hay nada más divino.

No quiero tratar a las amistades delicadamente, sino con el coraje más burdo. Cuando son reales, no son hilos de cristal o escarcha, sino lo más sólido que conocemos. Pues, tras tantas épocas de experiencia, ¿qué sabemos de la naturaleza o de nosotros mismos? El hombre no ha dado un paso hacia la solución del problema de su destino. Una condena de locura pesa sobre todo el universo de los hombres, pero la dulce sinceridad del gozo y la paz que obtengo de esta alianza con el alma de mi hermano es la nuez misma de la que toda la naturaleza y todo el pensamiento no son sino la cáscara y concha. ¡Feliz la casa que cobija a un amigo! Podría construirse, como un cenador o arco festivo, para albergarlo un solo día. ¡Aún más feliz si conoce la solemnidad de esa relación y honra su ley! El que se ofrece como candidato para ese pacto viene, como un olímpico, a los grandes juegos, donde los primogénitos del mundo son los competidores. Se propone a sí mismo para las contiendas en que el tiempo, la necesidad y el peligro figuran en las listas, y solo vence quien tiene suficiente verdad en su constitución para conservar la delicadeza de su belleza frente al desgaste y desgarró de aquellos. Los dones de la fortuna pueden estar presentes o ausentes, pero toda

la velocidad en esa contienda depende de la nobleza intrínseca y el desprecio de las naderías. Hay dos elementos que componen la amistad, cada uno tan soberano que no detecto superioridad en ninguno, ni razón por la que uno deba nombrarse primero. Uno es la verdad. Un amigo es una persona con la que puedo ser sincero. Ante él puedo pensar en voz alta. Estoy al fin en presencia de un hombre tan real e igual que puedo incluso soltar esas prendas interiores de disimulo, cortesía y segundos pensamientos que los hombres nunca se quitan, y tratarle con la sencillez y compleción con que un átomo químico se encuentra con otro. La sinceridad es el lujo concedido, como las diademas y la autoridad, solo para el rango supremo *que* tiene permiso para decir la verdad, al no haber por encima nadie a quien cortejar o conformarse. Todo hombre solo es sincero. Cuando entra una segunda persona, comienza la hipocresía. Rechazamos y rodeamos la aproximación de nuestro semejante con cumplidos, chismes, diversiones, asuntos. Escondemos de él nuestro pensamiento bajo mil pliegues. He conocido a un hombre que, bajo cierto frenesí religioso, arrojaba esta indumentaria y, omitiendo todo cumplido y tópico, hablaba a la conciencia de la persona que trataba con gran penetración y belleza. Al principio generó resistencias y todos coincidían en que estaba loco, pero al persistir durante algún tiempo en este curso de acción, tal como, en efecto, no podía evitar hacer, obtuvo la ventaja de mantener relaciones verdaderas con cuantos conocía. Nadie pensaba en hablarle falsamente o quitárselo de encima con una charla de mercado o sala de lectura. Todo hombre se veía forzado por tanta sinceridad a una franqueza igual y le mostraba, por cierto, el amor a la naturaleza, la poesía, el símbolo de verdad que tuviera. A la mayoría de nosotros, sin embargo, la sociedad no nos muestra su rostro y mirada, sino su flanco y espalda. ¿Acaso no cuesta un ataque de locura mantener relaciones verdaderas con los hombres en una época falsa? Rara vez podemos ir erectos. Casi todo hombre con quien nos encontramos requiere cierta civilidad, requiere ser complacido; tiene cierta fama, cierto talento, cierto capricho de religión o filantropía en su cabeza que no ha de ser cuestionado y que estropea toda su conversación. Un amigo es un hombre cuerdo que no ejercita mi ingenio, sino a mí. Mi amigo me proporciona entretenimiento sin requerir estipulación alguna por mi parte. Un amigo, por tanto, es una suerte de paradoja en la naturaleza. Yo, que existo solo, que no veo en la naturaleza nada cuya existencia pueda afirmar de manera tan evidente como la mía, contemplo ahora la apariencia de mi ser en

toda su altura, variedad y curiosidad, reiterada en una forma extraña; de modo que un amigo puede considerarse la obra maestra de la naturaleza.

El otro elemento de la amistad es la ternura. Estamos unidos a los hombres por todo tipo de vínculos, la sangre, el orgullo, el temor, la esperanza, el lucro, la lujuria, el odio, la admiración, por toda circunstancia e insignia y nadería, pero apenas creemos que otro pueda tener el carácter suficiente para atarnos por amor. ¿Puede ser otro tan bendito, y nosotros tan puros, como para que podamos ofrecerle ternura? Cuando un hombre se vuelve querido para mí, he tocado la meta de la fortuna. He encontrado muy poco escrito directamente sobre el corazón de esta materia en los libros. Sin embargo, tengo un texto que no puedo sino recordar. Mi autor dice: «Me ofrezco vaga y francamente a quienes, en efecto, pertenezco, y me brindo menos a aquel de quien soy más devoto»³⁸. Querría que la amistad tuviera pies, así como ojos y elocuencia. Debe plantarse en el suelo, antes de abovedarse sobre la luna. Querría que tuviera un poco de ciudadano antes de ser un querubín. Regañamos al ciudadano porque hace del amor una mercancía. Es un intercambio de dones, de préstamos útiles, es la buena vecindad; cuida al enfermo, sostiene el féretro en el funeral y pierde de vista las delicadezas y nobleza de la relación. Sin embargo, aunque no podamos descubrir al dios bajo este disfraz de cantinero, por otro lado, no podemos perdonar al poeta por hilar demasiado fino y no justificar su romance con las virtudes municipales de la justicia, la puntualidad, la fidelidad y la compasión. Odio la prostitución del nombre de la amistad para significar alianzas mundanas y de moda. Prefiero antes la compañía de mozos de labranza y hojalateros a la amistad sedosa y perfumada que celebra el día de su encuentro con un despliegue frívolo, con paseos en calesa y cenas en las mejores tabernas. El fin de la amistad es el comercio más estricto y doméstico al que podemos afiliarnos, más estricto que cualquiera que conozcamos. Es una ayuda y consuelo a través de todas las relaciones y pasajes de la vida y la muerte. Es idóneo para los días serenos y los dones graciosos y los paseos campestres, pero también para los caminos ásperos y el billete reñido, el naufragio, la pobreza y la persecución. Acompaña a las agudezas del ingenio y a los trances de la religión. Hemos de dignificar las necesidades y oficios diarios de la vida del hombre y embellecerla mediante el coraje, la sabiduría y la unidad; no debería resultar algo usual y sabido, sino que debería estar alerta y

ser inventiva y añadir rima y razón a lo que era enojoso.

Puede decirse que la amistad requiere naturalezas tan raras y costosas, cada una tan bien templada y tan felizmente adaptada, y además rodeada de tales circunstancias (pues aun al respecto, dice el poeta, el amor exige que las partes se emparejen por completo), que rara vez puede garantizarse su satisfacción. No puede subsistir en su perfección, dice uno de los instruidos en este cálido saber del corazón, entre más de dos. Yo no soy tan estricto en mis términos, tal vez porque nunca haya conocido una camaradería tan elevada como otros. A mi imaginación le agrada más un círculo de hombres y mujeres divinas relacionados de manera variada entre sí y entre los que subsiste una gran inteligencia. Con todo, considero esta ley de *uno a uno* perentoria para la conversación, que es la práctica y consumación de la amistad. No mezcléis demasiado las aguas. Lo mejor se mezcla tan mal como lo bueno y lo malo. Tendrás un trato útil y alegre en distintas ocasiones con dos hombres distintos, pero si os reunís los tres ya no tendrás una palabra nueva y cordial. Dos pueden hablar y uno escuchar, pero tres no pueden tomar parte en la conversación más sincera y penetrante. En buena compañía nunca habrá el trato entre dos, a lo largo de la mesa, que tiene lugar cuando los dejáis solos. En buena compañía los individuos mezclan su egoísmo con un alma social que se coextiende exactamente a las distintas conciencias presentes. Allí no son pertinentes las parcialidades de amigo a amigo, el cariño de hermano a hermana, de esposa a esposo, sino que todo sucede de otro modo. Solo puede hablar el que puede navegar en el pensamiento común del grupo y no está pobremente limitado al suyo. Ahora bien, esta convención, que exige el buen sentido, destruye la elevada libertad de la gran conversación, que requiere el derrame absoluto de dos almas en una.

A menos que se los deje solos, dos hombres no pueden entablar relaciones más sencillas. Sin embargo, es la afinidad la que determina *qué* dos conversarán. Hombres no relacionados se proporcionan escaso gozo mutuamente; nunca sospecharán los poderes latentes de cada uno. Hablamos a veces de un gran talento para conversar como si fuera una propiedad permanente de ciertos individuos. La conversación no es más que una relación evanescente. Se afirma que un hombre tiene pensamiento y elocuencia; sin embargo, no puede decirle una palabra a su primo o a su tío. Acusan su silencio con tanta razón como al señalar la insignificancia de un reloj de sol en la sombra. Al sol marcará la hora. Entre quienes disfrutan de

su pensamiento, recuperará su lengua.

La amistad requiere ese raro medio entre la semejanza y la desemejanza que molesta a cada uno por la presencia del poder y el consentimiento en la otra parte. Dejadme estar solo en el fin del mundo antes de que mi amigo traspase con una palabra o una mirada su verdadera simpatía. Me frustran igualmente el antagonismo y la conformidad. No dejéis que cese por un instante de ser él mismo. El único gozo que tengo en que sea mío es que lo *no mío* es *mío*. Odio, donde busco un progreso viril, o al menos una resistencia viril, descubrir la sensiblería de la concesión. Mejor ser una espina en el costado de vuestro amigo que su eco. La condición que exige la amistad elevada es la habilidad de obrar sin ella. Ese cargo elevado exige partes grandes y sublimes. Deben ser dos, antes de ser una sola. Que sea una alianza de dos naturalezas amplias, formidables, mutuamente contempladas y temidas, antes de que reconozcan la profunda identidad que las une bajo estas disparidades.

Solo es idóneo para esta sociedad quien es magnánimo, quien está seguro de que la grandeza y bondad constituye siempre la economía, quien no se apresura a inmiscuirse en su fortuna. No dejéis que se inmiscuya en esto. Dejad que el diamante crezca a su tiempo, no esperéis o aceleréis los nacimientos de lo eterno. La amistad exige un tratamiento religioso. Hablamos de elegir a nuestros amigos, pero los amigos se eligen a sí mismos. La reverencia tiene su parte en ello. Tratad a vuestro amigo como un espectáculo. Por supuesto, tiene méritos que no son vuestros, y que no podéis honrar, si debéis tenerlo cerca de vosotros. Quedaos aparte; dejad espacio a esos méritos, dejadlos aumentar y expandirse. ¿Sois el amigo de los botones de vuestro amigo o de su pensamiento? Para un gran corazón aún será un extraño en mil asuntos, de modo que pueda aproximarse en el terreno más sagrado. Que muchachas y muchachos consideren al amigo una propiedad de la que extraer un breve y confuso placer, en lugar del beneficio más noble.

Compremos nuestra entrada a este gremio con una larga prueba. ¿Por qué debemos profanar almas nobles y bellas al irrumpir en ellas? ¿Por qué insistir en impetuosas relaciones personales con tu amigo? ¿Por qué ir a su casa o conocer a su madre y hermano y hermanas? ¿Por qué ha de visitarte en la tuya? ¿Son estas cosas importantes para nuestro pacto? No toquéis ni desgarréis. Para mí será un espíritu. Lo que quiero de él es un mensaje, un pensamiento, sinceridad, una mirada, no noticias ni sopa. Puedo obtener

política y charla y amables conveniencias de compañías más baratas. ¿No debería ser para mí la sociedad de mi amigo poética, pura, universal, y tan grande como la naturaleza? ¿Debo sentir que nuestro vínculo es profano en comparación con aquella franja de nubes que duerme sobre el horizonte o el terrón de hierba ondulante que divide el arroyo? No lo envilezcamos, elevémoslo hasta ese modelo. No te molestes en reducir esa mirada grande, desafiante, esa belleza desdeñosa de su semblante y acción, fortifícala y auméntala. Adora su superioridad; no le escatimes un pensamiento, súmalos y cuéntaselos todos. Protégelo como tu contraparte. Que sea para ti siempre una especie de hermoso enemigo, indomable, devotamente reverenciado, y no una conveniencia trivial que pronto queda pequeña y desechada. Los matices del ópalo, la luz del diamante no pueden verse si el ojo está demasiado cerca. Para mi amigo escribo una carta y de él recibo una carta. Te parece poco. A mí me basta. Es un don espiritual digno de que él lo dé y yo lo reciba. No profana a nadie. En estas líneas afectuosas el corazón se confiará como no lo hará a la lengua, y vierte la profecía de una existencia más divina que la confirmada hasta ahora por todos los anales del heroísmo.

Respetad, pues, las sagradas leyes de esta camaradería para no perjudicar su flor perfecta con vuestra impaciencia por que se abra. Debemos ser nosotros mismos antes de ser de otros. Hay al menos esta satisfacción en el crimen, según el proverbio latino: puedes hablar a tu cómplice con sencillez. *Crimen quos inquinat, æquat*. A los que admiramos y amamos, al principio no podemos. Sin embargo, el menor defecto de posesión de sí mismo vicia, a mi juicio, la relación entera. Nunca podrá haber verdadera paz entre dos espíritus, ni respeto mutuo, hasta que, en su diálogo, cada uno represente a todo el mundo.

Aquello que sea tan grande como la amistad, llevémoslo con la grandeza de espíritu que podamos. Guardemos silencio para oír el susurro de los dioses. No interfiramos. ¿Quién os empuja a decidir lo que debéis decir a las almas selectas o cómo decírselo? No importa que seáis ingeniosos ni graciosos y afables. Hay innumerables grados de necedad y sabiduría y, para vosotros, decir algo es ser frívolos. Esperad y vuestro corazón hablará. Esperad hasta que lo necesario y eterno os supere, hasta que el día y la noche se sirvan de vuestros labios. La única recompensa de la virtud es la virtud; el único modo de tener un amigo es ser un amigo. No os aproximareis más a un amigo por entrar en su casa. Si divergís, su alma solo huirá más rápido de

vosotros y nunca captaréis una mirada verdadera de sus ojos. Vemos a los nobles a lo lejos y nos repelen, ¿por qué deberíamos inmiscuirnos? Captamos tarde —demasiado tarde— que ningún arreglo, presentación, costumbre o hábito social valdrá para relacionarnos con ellos como queríamos, sino solo la elevación de la naturaleza en nosotros hasta el mismo punto en que están; entonces nos encontraremos como el agua con el agua o, de lo contrario, no los necesitaremos, porque ya seremos ellos. En el último análisis, el amor es solo el reflejo de la propia valía del hombre en otros hombres. A veces los hombres han intercambiado los nombres con sus amigos, como si significaran que en su amigo cada uno amaba su propia alma.

Cuanto más elevado sea el estilo que exigimos de la amistad, desde luego, menos fácil será establecerlo en carne y hueso. Caminamos solos en el mundo. Los amigos, tal como los deseamos, son sueños y fábulas, pero una esperanza sublime alegra siempre el corazón fiel, de modo que en otra parte, en otras regiones del poder universal, las almas están ahora actuando, resistiendo, desafiando, en busca del que nos ama, de quien podemos amar. Podemos felicitarnos por que el periodo de la minoría de edad, de las locuras, los errores, la vergüenza, haya pasado en soledad y, una vez somos hombres acabados, estrechemos manos heroicas con manos heroicas. Basta con estar advertidos por lo que veis para no forjar ligas de amistad con personas baratas, donde no puede haber amistad. Nuestra impaciencia nos traiciona en alianzas impetuosas y absurdas sin la asistencia de ningún Dios. Al persistir en vuestra senda, aunque perdáis lo pequeño, ganáis lo grande. Os ponéis a prueba hasta ponerlos fuera del alcance de las relaciones falsas y arrastráis hasta vosotros a los primogénitos del mundo, esos raros peregrinos de los que solo uno o dos vagan por la naturaleza a la vez, y ante quienes los grandes seres vulgares no resultan más que espectros y sombras.

Es absurdo que temamos hacer nuestros lazos demasiado espirituales, como si pudiéramos perder así un amor genuino. La naturaleza nos confirmará, sin duda, cualquier lúcida corrección que hagamos de nuestras ideas populares y, aunque parezca robarnos cierto gozo, nos lo pagará con creces. Sintamos, si queremos, el absoluto aislamiento del hombre. Estamos seguros de que lo tenemos todo en nosotros. Viajamos a Europa o perseguimos a las personas o leemos libros con la fe instintiva de que nos harán salir y revelarnos a nosotros mismos. Mendigos todos. Las personas son como nosotros; Europa, una vieja y marchita vestimenta de muertos; los

libros, sus fantasmas. Deshagámonos de esta idolatría. Acabemos con esta mendicidad. Despidámonos aun de nuestros mejores amigos y desafiémoslos diciendo: «¿Quiénes sois? Soltadme; ya no dependeré de nadie». ¡Ah!, ¿no ves, oh hermano, que así nos separamos con tal de reunirnos de nuevo en una plataforma superior y ser más del otro, porque ya no somos nosotros? Un amigo tiene las dos caras de Jano: mira al pasado y al futuro. Es el hijo de todas mis horas precedentes, el profeta de las futuras y el precursor de un amigo mayor.

Obro entonces con mis amigos como con mis libros. Quisiera tenerlos donde pueda encontrarlos, pero rara vez los uso. Debemos tener el trato en nuestros propios términos y admitirlo o excluirlo por la menor causa. No puedo permitirme hablar demasiado con mi amigo. Si es grande, me vuelve tan grande que no puedo descender para conversar. En los días grandes, los presentimientos se ciernen sobre mí en el firmamento. Entonces debo dedicarme a ellos. Entro para asirlos, salgo para asirlos. Temo solo que pueda perderlos si se retiran al cielo en el que ahora no son sino un remiendo de luz más brillante. Entonces, aunque aprecio a mis amigos, no puedo permitirme hablar con ellos y estudiar sus visiones, para no perder la mía. En efecto, me proporcionaría cierto gozo doméstico abandonar esta elevada indagación, esta astronomía espiritual o búsqueda de estrellas, y bajar a la cálida simpatía compartida, pero entonces sé que lamentaré siempre la desaparición de mis poderosos dioses. Es cierto, la semana próxima estaré de un humor lánguido cuando pueda permitirme ocuparme de objetos extraños; echaré de menos entonces la literatura perdida de vuestra mente y querré teneros a mi lado. Pero si venís tal vez solo llenéis mi mente con nuevas visiones, no con vosotros mismos, sino con vuestros lustres, y ya no seré más capaz que ahora de conversar con vosotros. Así que deberé a mis amigos este trato evanescente. Recibiré de ellos no lo que tienen, sino lo que son. Me darán lo que propiamente no pueden darme, sino lo que emana de ellos, pero no me retendrán con relaciones menos sutiles y puras. Nos encontraremos como si no lo hiciéramos y nos separaremos como si no lo hiciéramos.

Recientemente me ha parecido más posible de lo que creía mantener una gran amistad, por una parte, sin la debida correspondencia por la otra. ¿Por qué debería molestarme con lamentos de los que el receptor no es capaz? Al sol no le incomoda que algunos de sus rayos se pierdan en el ingrato espacio y solo una parte caiga sobre el planeta reflector. Que vuestra grandeza eduque

al crudo y frío compañero. Si no es vuestro igual pronto desaparecerá, pero vosotros creceréis con vuestro brillo, el cual, lejos de las ranas y gusanos, se remontará y arderá con los dioses del empíreo. Se cree que el amor no correspondido es una desgracia. El verdadero amor trasciende el objeto indigno y habita y ronda lo eterno y, cuando la pobre máscara interpuesta se quiebra, no se entristece, sino que se siente liberado de tanta tierra y está más seguro de su independencia. Sin embargo, estas cosas no pueden decirse sin traicionar de algún modo la relación. La esencia de la amistad es la entereza, una total magnanimidad y confianza. No debe suponer o mantener debilidad alguna. Trata a su objeto como a un dios para poder deificarlos a ambos.

[36](#) Verso 47 de *Comus*, de Milton.

[37](#) Soneto XXV de Shakespeare.

[38](#) Montaigne.

PRUDENCIA

Ningún poeta ha cantado alegre el tema,
bello para los viejos y odioso para los jóvenes,
no desprecies el amor a las partes
ni los artículos de las artes.
La grandeza de la esfera perfecta
agradece los átomos adheridos.

ENSAYO VII

PRUDENCIA

¿Qué derecho tengo a escribir sobre la prudencia, cuando tengo tan poca, y de tipo negativo? Mi prudencia consiste en evitar y prescindir de medios y métodos, no en inventarlos, ni en la conducción diestra y la reparación gentil. No soy hábil en gastar bien el dinero, ni un genio en mi economía, y quien vea mi jardín descubrirá que debo tener algún otro jardín. Sin embargo, amo los hechos y odio la lubricidad y las personas no perceptivas. Tengo el mismo derecho a escribir sobre la prudencia que a escribir sobre la poesía o la santidad. Escribimos por aspiración y antagonismo, así como por experiencia. Pintamos aquellas cualidades que no poseemos. El poeta admira al hombre con energía y táctica; el mercader cría a su hijo para la Iglesia o el estrado, y si un hombre no es vanidoso y egoísta, descubriréis lo que tiene por su alabanza. Además, no sería honrado por mi parte no equilibrar estas hermosas palabras líricas sobre el amor y la amistad con palabras de sonido más áspero, así como, siendo real y constante mi deuda con los sentidos, no reconocerla de pasada.

La prudencia es la virtud de los sentidos. Es la ciencia de las apariencias. Es la acción más externa de la vida interna. Es Dios pensando por los bueyes. Mueve la materia según las leyes de la materia. Se contenta con buscar la salud del cuerpo cumpliendo las condiciones físicas y la salud de la mente según las leyes del intelecto.

El mundo de los sentidos es un mundo de apariencias; no existe por sí mismo, sino que tiene un carácter simbólico, y una verdadera prudencia o ley de las apariencias reconoce la presencia simultánea de otras leyes y sabe que su propio cargo es subalterno; sabe que trabaja en la superficie y no en el centro. La prudencia es falsa si se la separa. Es legítima cuando es la historia natural del alma encarnada, cuando despliega la belleza de las leyes en el

estrecho ámbito de los sentidos.

Tenemos todos los grados de pericia en el conocimiento del mundo. Es suficiente, para nuestro propósito presente, indicar tres. Una clase vive para la utilidad del símbolo, estimando la salud y riqueza como un bien final. Otra clase vive, por encima de esta marca, para la belleza del símbolo, como el poeta y el artista y el naturalista y el hombre de ciencia. Una tercera clase vive por encima de la belleza del símbolo, para la belleza de la cosa significada; estos son los sabios. La primera clase tiene sentido común; la segunda, gusto, y la tercera, percepción espiritual. Al cabo de mucho tiempo, un hombre atraviesa toda la escala y ve y disfruta sustancialmente del símbolo; luego también tiene la mirada clara para su belleza y, por último, mientras clava su tienda en esta sagrada isla volcánica de la naturaleza, no se ofrece a construir casa y graneros en ella, reverenciando el esplendor de Dios que ve estallar por cada raja y grieta.

El mundo está lleno de los proverbios y actos y guiños de una mísera prudencia, que es una devolución a la materia, como si no poseyéramos otras facultades que el paladar, la nariz, el tacto, la vista y el oído; una prudencia que adora la regla del tres, que nunca suscribe, nunca da y rara vez presta y solo hace una pregunta, cualquiera que sea el proyecto: ¿dará pan? Se trata de una enfermedad como la que engruesa la piel hasta destruir los órganos vitales, pero la cultura, al revelar el elevado origen del mundo aparente y al apuntar a la perfección del hombre como el fin, degrada lo demás, como la salud y la vida corporal, y los convierte en medios. Ve que la prudencia no es una virtud distinta, sino un nombre para la sabiduría y la virtud cuando conversan con el cuerpo y sus necesidades. Los hombres cultivados siempre sienten y hablan así, como si una gran fortuna, el logro de una medida civil o social, la gran influencia personal, un porte gracioso y dominante tuvieran su valor como pruebas de la energía del espíritu. Si un hombre pierde su equilibrio y se sumerge en asuntos o placeres por sí mismos, puede ser una buena rueda o perno, pero no es un hombre cultivado.

La prudencia espuria, al hacer de los sentidos el fin, es el dios de los borrachos y cobardes y el tema de toda comedia. Es la broma de la naturaleza y, por tanto, de la literatura. La verdadera prudencia limita este sensualismo admitiendo el conocimiento de un mundo interior y auténtico. Este reconocimiento, una vez hecho —estudiados el orden del mundo y la distribución de los asuntos y tiempos con la percepción simultánea de su

lugar subordinado—, recompensará cualquier grado de atención, porque nuestra existencia, aparentemente asociada así en la naturaleza al sol y al ciclo lunar y a los periodos que marcan —tan susceptible al clima y al país, tan sensible al bien y mal social, tan amiga del esplendor y tan delicada respecto al hambre y el frío y las deudas—, lee todas sus lecciones primarias fuera de estos libros.

La prudencia no se esconde tras la naturaleza y pregunta de dónde viene. Asume las leyes del mundo, que condicionan el ser del hombre, como son, y mantiene estas leyes para poder disfrutar de su propio bien. Respeta el espacio y el tiempo, el clima, la necesidad, el sueño, la ley de la polaridad, el crecimiento y la muerte. Allí giran para conferir límite y periodo a su ser, en todos lados, el sol y la luna, los grandes formalistas en el cielo; aquí yace la robusta materia, que no se desviará de su rutina química. Aquí hay un globo plantado, perforado y atado con leyes naturales, y vallado y distribuido externamente con particiones y propiedades civiles que imponen nuevas restricciones al joven habitante.

Comemos del pan que crece en el campo. Vivimos del aire que sopla a nuestro alrededor y nos envenena el aire demasiado frío y demasiado caliente, demasiado seco o demasiado húmedo. El tiempo, que se muestra tan vacante, indivisible y divino en su llegada, queda hendido y repartido en naderías y jirones. Hay que pintar una puerta, reparar una cerradura. Necesito madera o aceite o comida o sal; la casa humea o me duele la cabeza; luego el impuesto, y un asunto que hay que tratar con un hombre sin corazón o cerebro, y el recuerdo mortificante de una palabra insultante o muy embarazosa; estas cosas consumen las horas. Por mucho que hagamos, el verano tendrá sus moscas. Si caminamos por el bosque, seremos pasto de los mosquitos; si vamos de pesca, nos espera un abrigo húmedo. Luego el clima es un gran obstáculo para las personas ociosas: a menudo decidimos que no nos importe el tiempo, pero aún tenemos en cuenta las nubes y la lluvia.

Estas vulgares experiencias que usurpan las horas y los años nos instruyen. El duro suelo y los cuatro meses de nieve hacen al habitante de la templada zona norteña más sabio y capaz que su semejante que disfruta la sonrisa fija de los trópicos. El isleño puede deambular todo el día a voluntad. Por la noche puede dormir sobre una estera bajo la luna y, donde crece una palmera silvestre, la naturaleza, sin un rezo, extiende una mesa para su comida matutina. El norteño es forzosamente un amo de casa. Debe

fermentar, cocer, salar y conservar su comida y apilar madera y carbón; pero como no se puede dar un golpe al trabajar sin conocer algo más de la naturaleza y la naturaleza es inagotablemente significativa, los habitantes de estos climas siempre han superado a los sureños en fuerza. El valor de estos asuntos es tal que un hombre que sabe de otras cosas no puede saber demasiado de estas. Que tenga percepciones exactas. Si tiene manos, que empuñe; si ojos, que mida y discrimine; que acepte y almacene los hechos de la química, la historia natural y la economía; cuantos más tenga, menos querrá prescindir de ninguno. El tiempo siempre trae las ocasiones que desvelan su valor. De toda acción natural e inocente proviene cierta sabiduría. El hombre doméstico, cuya música favorita es su reloj de cocina, y los aires que le cantan los troncos que arden en el hogar, tiene solaces con los que otros nunca han soñado. La aplicación de los medios a los fines asegura la victoria y los cantos de victoria no menos en una granja o una tienda que en las tácticas de partido o de guerra. El buen trabajador encuentra métodos tan eficientes para empaquetar la leña en un cobertizo o allegar los frutos en el almacén como en las campañas peninsulares o los archivos del Departamento de Estado. En un día lluvioso construye una mesa de trabajo y dispone de su caja de herramientas en la esquina del granero, surtida de clavos, barrena, tenazas, destornillador y cincel. Con ello paladea un viejo goce de la juventud y niñez, el amor gatuno a las buhardillas, prensas y silos, y a las conveniencias del largo quehacer doméstico. Su jardín o su corral le cuentan muchas gratas anécdotas. Podríamos hallar argumentos para el optimismo en el flujo abundante de este elemento sacarino de placer en todo suburbio y extremo del buen mundo. Si un hombre observa la ley —cualquier ley—, su camino se sembrará de satisfacciones. Hay más diferencia en la cualidad que en la cantidad de nuestros placeres.

Por otra parte, la naturaleza castiga todo descuido de la prudencia. Si pensáis que los sentidos son finales, obedeced su ley. Si creéis en el alma, no os aferréis a la dulzura sensual antes de que esté madura en el lento árbol de la causa y el efecto. Tratar con hombres de percepción floja e imperfecta es vinagre para los ojos. Se cuenta que el Dr. Johnson dijo: «Si el niño dice que ha mirado por esta ventana cuando ha mirado por esa, azotadle». Nuestro carácter americano está marcado por un deleite por encima de la media respecto a la percepción exacta, como muestra la extensión del dicho: «Sin error»; pero el disgusto por la impuntualidad, por un pensamiento confuso

sobre los hechos, por la falta de atención a las necesidades del mañana, no es de nación alguna. Las hermosas leyes del tiempo y el espacio, una vez dislocadas por nuestra ineptitud, son agujeros y guaridas. Si la colmena queda en manos precipitadas y estúpidas, en lugar de miel dará abejas. Nuestras palabras y acciones, para ser justas, deben ser tempestivas. En las mañanas de junio resulta un sonido alegre y grato oír afilar la guadaña; sin embargo, ¿hay algo más solitario y triste que el sonido del afilador o la segadora cuando ha pasado la estación del heno? Los hombres atolondrados y «vespertinos» dañan mucho más que sus asuntos cuando dañan el temperamento de los hombres con los que tratan. Me acuerdo de la crítica de ciertos cuadros cuando veo a los hombres vagos e infelices que no son sinceros con sus sentidos. El último Gran Duque de Weimar, un hombre de entendimiento superior, dijo: «A veces he observado, en presencia de grandes obras de arte, y especialmente ahora, en Dresde, cuánto contribuye cierta propiedad al efecto que da vida a las figuras y una irresistible verdad a la vida. Esta propiedad consiste en situar correctamente el centro de gravedad en todas las figuras que dibujamos. Quiero decir: colocar las figuras firmes sobre sus pies, agarradas con las manos y la mirada fija en el lugar al que deben mirar. Incluso figuras inertes, como vasijas y taburetes —dibujémoslas siempre correctamente— pierden todo efecto en cuanto les falta el apoyo de su centro de gravedad y tienen cierta apariencia natatoria y oscilante. El Rafael en la galería de Dresde (la pintura más conmovedora que he visto) es la pieza más tranquila y desapasionada que podáis imaginar: una pareja de santos que adoran a la Virgen y el Niño. Sin embargo, despierta una impresión más profunda que las contorsiones de diez mártires crucificados, porque, además de toda la irresistible belleza de la forma, posee en el grado supremo la propiedad de la perpendicularidad de todas las figuras». Exigimos esta perpendicularidad de todas las figuras en este cuadro de la vida. Que se yergan sobre sus pies y no floten y naden. Sepamos dónde encontrarlas. Que discriminen entre lo que recuerdan y lo que soñaron, que llamen pala a una pala, que nos den hechos y honren a sus propios sentidos con la confianza.

¿Qué hombre osará gravar a otro por imprudente? ¿Quién es prudente? Los hombres que llamamos más grandes son una minoría en el reino. Hay cierta dislocación fatal en nuestra relación con la naturaleza, al distorsionar los modos de vivir y hacer de toda ley nuestro enemigo, que parece al menos haber despertado todo el ingenio y virtud en el mundo para ponderar la

cuestión de la reforma. ¿Debemos llamar a consultas a la suprema prudencia y preguntar por qué debería la salud y belleza y genio ser la excepción, antes que la norma, de la naturaleza humana? No conocemos las propiedades de las plantas y animales y las leyes de la naturaleza por nuestra simpatía con ellos, sino que esta sigue siendo el sueño de los poetas. La poesía y la prudencia deberían coincidir. Los poetas deberían ser legisladores, es decir, la inspiración lírica más intrépida no debería reprender e insultar, sino anunciar y dirigir el código civil y el trabajo del día. Sin embargo, ahora las dos cosas parecen separadas de manera irreconciliable. Violamos una ley tras otra hasta quedar entre ruinas y, cuando espiamos por azar una coincidencia entre la razón y los fenómenos, nos sorprendemos. La belleza debería ser la dote de todo hombre y mujer, tan invariablemente como la sensación, pero es rara. La salud o la organización sana deberían ser universales. El genio debería ser el hijo del genio y cada hijo debería estar inspirado; pero ahora esto no es predecible de hijo alguno ni es puro en ningún lugar. Por cortesía, a las medias luces parciales las llamamos genio; talento que se convierte en dinero, talento que brilla hoy para comer y dormir bien mañana; y la sociedad es oficiada por *hombres de partes*, tal como se los llama de manera apropiada, y no por hombres divinos. Estos usan sus dones para refinar el lujo, no para abolirlo. El genio es siempre ascético, y la piedad y el amor. El apetito se muestra como una enfermedad a las almas más excelentes, que descubren la belleza en ritos y promesas que lo resisten.

Además, hemos encontrado nombres hermosos para ocultar nuestra sensualidad, pero ningún don puede producir intemperancia. El hombre de talento afecta llamar triviales sus transgresiones de las leyes de los sentidos y tenerlas en nada si considera la devoción a su arte. Su arte nunca le ha enseñado la lascivia ni el amor al vino ni el deseo de cosechar donde no ha sembrado. Su arte es menor por toda deducción de su santidad y menor por todo defecto del sentido común. Sobre aquel que despreciaba el mundo, como decía, el mundo despreciado descarga su venganza. El que desdeña las cosas pequeñas perecerá poco a poco. Es muy probable que el Tasso de Goethe sea un retrato histórico muy justo, y esto es verdadera tragedia. No me parece una desgracia tan genuina cuando un tiránico Ricardo III oprime y asesina a veinte personas inocentes como cuando Antonio y Tasso, ambos aparentemente justos, se perjudican el uno al otro. Uno vive según las máximas de este mundo, y es coherente y sincero con ellas, el otro,

encendido con todos los sentimientos divinos, aferrado, sin embargo, a los placeres de los sentidos, sin someterse a su ley. Esa es una desgracia que todos sentimos, un nudo que no podemos desatar. El de Tasso no es un caso infrecuente en la biografía moderna. Un hombre de genio, de temperamento ardiente, indiferente a las leyes físicas, indulgente consigo mismo, que al instante resulta desgraciado, quejumbroso, un «primo molesto», una espina para sí mismo y los demás.

El escolar nos avergüenza por su doble vida. Mientras algo superior a la prudencia está activo, es admirable; cuando le falta sentido común, es un estorbo. Ayer, César no era tan grande; hoy, el felón al pie de la horca no es más miserable. Ayer, radiante con la luz de un mundo ideal, en el que vive, el primero de los hombres; ahora le oprimen necesidades y enfermedades por las que debe dar gracias. Se parece a esos lastimosos babeantes que, según los viajeros, frecuentan los bazares de Constantinopla, todo el día zafados, amarillentos, demacrados, andrajosos, furtivos, que, al atardecer, cuando se abren los bazares, se escabullen por las tiendas de opio, tragan su bocado y se vuelven videntes tranquilos y glorificados. ¿Quién no ha visto la tragedia del genio imprudente, que lucha durante años con miserables dificultades pecuniarias y al final se hunde, frío, agotado y estéril, como un gigante aniquilado con alfileres?

¿No es mejor que el hombre acepte los primeros dolores y mortificaciones de este tipo, que la naturaleza no tarda en enviarle, como indicios de que no debe esperar otro bien que el justo fruto de su propio trabajo y abnegación? La salud, el pan, el clima, la posición social tienen su importancia, y él les dará su merecido. Que considere a la naturaleza una consejera perpetua y sus perfecciones la exacta medida de nuestros desvíos. Que haga de la noche, noche, y del día, día. Que controle el hábito del gasto. Que entienda que puede invertirse tanta sabiduría en una economía privada como en un imperio, y que tanta puede extraerse de ella. Las leyes del mundo han sido escritas para él en cada moneda en su mano. No hay nada de lo que no sea el mejor conocedor, sea la sabiduría del Pobre Ricardo o la prudencia de State-Street de comprar por acres para vender por pies, o el ahorro del agricultor de colocar un árbol a intervalos para que crezca mientras duerme, o la prudencia que consiste en ahorrar golpecillos de la herramienta, breves porciones de tiempo y pequeñas ganancias. El ojo de la prudencia nunca puede cerrarse. El hierro, conservado por el ferretero, se oxidará; la cerveza, si no se cuece en la

debida atmósfera, se agriará; la madera de los barcos se pudrirá en el mar o, apilada alta y seca, se torcerá, alabeará y deshará; el dinero, si lo guardamos, no produce renta y es susceptible de perderse; invertido, puede depreciarse por las mercancías. Golpead, dice el herrero, el hierro está blanco; sujetad el rastrillo tan cerca de la guadaña como podáis, dice el segador, y el carro cerca del rastrillo. Se considera que nuestro comercio yanqui está en gran medida en el extremo de esta prudencia. Toma letras del banco —buenas, malas, limpias, rotas— y se salva por la velocidad con que se deshace de ellas. El hierro no puede oxidarse, ni la cerveza agriarse, ni la madera pudrirse, ni el calicó pasar de moda, ni el dinero depreciarse en los pocos momentos fugaces en que el yanqui permite que pasen por sus manos. Al patinar sobre hielo delgado, nuestra seguridad está en nuestra velocidad.

Que aprenda una prudencia de orden superior. Que aprenda que todo en la naturaleza, incluso motas y plumas, obedece a una ley y no a la suerte y que se cosecha lo que se siembra. Con diligencia y dominio de sí mismo, que pueda disponer del pan que come, que no mantenga relaciones amargas y falsas con otros hombres, porque el mejor bien de la riqueza es la libertad. Que practique las virtudes menores. ¡Cuánta vida humana se pierde al esperar! Que no haga esperar a sus congéneres. ¡Cuántas palabras y promesas son promesas de conversación! Que las suyas sean palabras de hado. Si ve que una tira de papel doblada y sellada flota en torno al globo en un barco de pino y llega a la vista de aquel para quien fue escrita, en medio de una población bulliciosa, que sienta de igual manera la advertencia de integrar su ser a través de todas estas fuerzas divergentes y conservar una frágil palabra humana entre las tormentas, distancias y accidentes que nos llevan de aquí para allá, para lograr que, con persistencia, la mísera fuerza de un hombre reaparezca para redimir su promesa, meses y años después, en los climas más lejanos.

No debemos tratar de escribir las leyes de una virtud y mirar solo esa. La naturaleza humana no ama las contradicciones, sino que es simétrica. La prudencia que asegura un bienestar exterior no ha de ser estudiada por un grupo de hombres, mientras el heroísmo y la santidad son estudiados por otro, sino que son reconciliables. La prudencia concierne al tiempo presente, las personas, propiedades y formas existentes. Así como todo acto tiene sus raíces en el alma y, si el alma cambiara, dejaría de existir o se convertiría en otra cosa, la adecuada administración de las cosas exteriores siempre

dependerá de una justa aprehensión de su causa y origen, es decir, el hombre bueno será el sabio, y el hombre leal, el político. Toda violación de la verdad no solo es una especie de suicidio en el mentiroso, sino una puñalada en el corazón de la sociedad humana. El curso de los acontecimientos grava de manera destructiva la mentira más provechosa; mientras la franqueza invita a la franqueza, pone a los partidos en una igualdad conveniente y convierte su negocio en una amistad. Confiad en los hombres y serán sinceros con vosotros; tratadlos con grandeza y se os mostrarán grandes, aunque hagan una excepción a vuestro favor en todas sus reglas comerciales.

Así, respecto a las cosas desagradables y formidables, la prudencia no consiste en la evasión o la huida, sino en el coraje. El que quiera caminar con serenidad por las partes más pacíficas de la vida debe aferrarse a la resolución. Que afronte el objeto de su peor aprensión y su firmeza hará que su temor le parezca infundado. El proverbio latino dice que «en las batallas queda derrotada primero la mirada». Una entera posesión de sí mismo puede hacer una batalla muy poco más peligrosa para la vida que un partido de esgrima o fútbol. Los soldados han citado ejemplos de hombres que han visto cómo se apuntaba y prendía el cañón y que se apartaban de la trayectoria de la bala. Los terrores de la tormenta quedan principalmente confinados al salón y la cabina. El boyero, el marinero, los abofetean todo el día, y su salud se renueva con un pulso tan vigoroso bajo el aguanieve como bajo el sol de junio.

Cuando ocurren cosas desagradables entre los vecinos, el temor nos embarga de inmediato y magnifica la importancia para la otra parte, pero es un mal consejero. Todo hombre es en realidad débil, y aparentemente fuerte. Para sí mismo es débil; para los otros, formidable. Os asusta Grim, pero a Grim también le asustáis vosotros. Os mostráis solícitos con la buena voluntad de la persona más mezquina, incómodos con su mala voluntad, pero el más robusto ofensor de vuestra paz y del vecindario, si destripáis sus exigencias, es tan delgado y tímido como cualquiera; la paz de la sociedad se mantiene a menudo porque, como dicen los niños, uno está asustado y los demás no se atreven. De lejos, los hombres se engríen, intimidan y amenazan; al alcance de la mano son tipos débiles.

El proverbio dice que «la cortesía no cuesta nada», pero el cálculo podría contar el amor en beneficio suyo. Se dice que el amor es ciego, pero la amabilidad es necesaria para la percepción; el amor no es una capucha, sino

un humor ácuero. Si os encontráis con un sectario o un partidario hostil, no reconozcáis las líneas divisorias, sino el restante terreno común; bastará que el sol brille y la lluvia caiga sobre ambos. El área se ampliará muy rápido y, antes de que lo sepáis, el límite montañoso en el que la mirada se había fijado se deshará en el aire. Si se ponen a discutir, San Pablo mentirá y San Juan odiará. ¡La discusión religiosa hará de las almas puras y elegidas un pueblo bajo, pobre, mísero, hipócrita! Oscilará, cacareará, estafará y se ocultará, fingirá confesar aquí con tal de jactarse y conquistar allá, sin que un pensamiento enriquezca a nadie, ni emoción alguna de valentía, modestia o esperanza. Ninguno de vosotros debería ponerse en una posición falsa con sus contemporáneos por satisfacer una vena de hostilidad y amargura. Aunque vuestras ideas sean por completo antagónicas a las suyas, asumid la identidad del sentimiento, asumid que estáis diciendo precisamente lo que todos piensan y, en la corriente de ingenio y amor, desplegad vuestras paradojas en sólida columna, sin la debilidad de una duda. Así lograréis al menos una adecuada liberación. Los movimientos naturales del alma son mucho mejores que los voluntarios, de modo que nunca os haréis justicia en una disputa. El pensamiento no se agarra entonces debidamente, no se muestra proporcionado y con sus verdaderos apoyos, sino que queda arrancado, ronco y poco creíble. Sin embargo, asumid un consentimiento y al instante resultará garantizado, ya que, realmente, y bajo sus diferencias externas, todos los hombres son de un corazón y mente.

La sabiduría nunca nos dejará mantener con cualquier hombre u hombres una actitud poco amistosa. Rechazamos la simpatía e intimidad con la gente como si esperásemos una mejor simpatía e intimidad por venir; pero ¿de dónde y cuándo? Mañana será como hoy. La vida se gasta mientras nos preparamos para vivir. Nuestros amigos y compañeros de trabajo desaparecen. Apenas podemos decir que veamos nuevos hombres, nuevas mujeres junto a nosotros. Somos demasiado mayores para considerar la moda, demasiado mayores para esperar protección de alguien más grande o poderoso. Absorbamos la dulzura de los afectos y hábitos que crecen a nuestro lado. Estos viejos zapatos son cómodos para los pies. Sin duda, podemos fácilmente señalar defectos en nuestro acompañante, susurrar nombres más orgullosos, lo que encanta más la fantasía. La imaginación de todo hombre tiene sus amigos, y la vida sería más apreciada con tales compañeros; pero si no podéis estar con ellos en buenos términos mutuos, no

los tendréis. Si no es la deidad, sino la ambición, la que corta y forma nuevas relaciones, su virtud escapa, tal como las fresas pierden su sabor en los arriates.

Así, la verdad, la franqueza, el coraje, el amor, la humildad y todas las virtudes se alinean al lado de la prudencia, o el arte de asegurar el bienestar presente. Ignoro si se descubrirá que toda la materia está formada de un solo elemento, como oxígeno o hidrógeno, pero el mundo de los modales y acciones está forjado con una sustancia y, por dondequiera que comencemos, a buen seguro hemos de estar en breve mascullando nuestros diez mandamientos.

HEROÍSMO

El Paraíso está a la sombra de las espadas.

MAHOMA

Beben los bribones el vino rubí,
se gasta el azúcar en engordar esclavos,
la rosa y la vid adornan a los bufones;
las nubes tormentosas son los festones de Jove,
que a menudo caen en guirnaldas de temor
atadas con relámpagos a su cabeza;
no se alimenta el héroe de dulces,
devora a diario su propio corazón;
las estancias de los grandes son jaulas
y vientos contrarios sirven a travesías regias.

ENSAYO VIII

HEROÍSMO

En los viejos dramaturgos ingleses, y sobre todo en las obras de Beaumont y Fletcher, hay un constante reconocimiento de la gentilidad, como si fuera más fácil destacar un comportamiento noble en la sociedad de su época, tal como ocurre con el color en nuestra población americana. Cuando un Rodrigo, Pedro o Valerio entra, aunque sea un extranjero, el duque o gobernador exclama: he aquí un caballero, y profiere cortesías sin fin; pero todo lo demás es escoria y desperdicios. En armonía con este deleite por las ventajas personales, hay en sus obras cierta casta heroica de personaje y diálogo — como en *Bonduca*, *Sófocles*, *El loco enamorado*, *El matrimonio doble*—, en que el hablante es tan serio y cordial, y con tan profundos cimientos de carácter, que el diálogo, por el menor incidente adicional en la trama, se eleva naturalmente hasta la poesía. Entre muchos textos, tomad el siguiente. El romano Marcio ha conquistado toda Atenas, salvo los invencibles espíritus de Sófocles, el duque de Atenas, y Dorigen, su esposa. La belleza de Dorigen inflama a Marcio, que quiere salvar a su esposo, pero Sófocles no pedirá por su vida, aunque sepa que una palabra le salvará, y se procede a la ejecución de ambos.

VALERIO. Decid adiós a vuestra esposa.

SÓFOCLES. No, no me despediré. Dorigen mía,
allá, en lo alto, en torno a la corona de Ariadna,
mi espíritu te esperará. ¡Por favor, apresuraos!

DORIGEN. Aguarda, Sófocles, tapa mis ojos con esto;
no dejes que la blanda naturaleza quede transformada así,
y pierda su más gentil humanidad sexuada,
por hacerme ver sangrar a mi señor. Así, está bien.

Ya no habrá objeto alguno bajo el sol
que contemple antes que a mi Sófocles.

Adiós. Enseña ahora a morir a los romanos.

MARCIO: ¿Acaso sabéis qué es morir?

SÓFOCLES. Vos lo ignoráis, Marcio,
y, por tanto, también qué es vivir; morir
es empezar a vivir. Es acabar
una obra vieja, rancia, cansada, y comenzar
otra nueva y mejor. Es abandonar
a bribones engañosos por la sociedad
de los dioses y el bien. Vos mismo tendréis que separaros
al fin de todas vuestras guirnaldas, placeres, triunfos,
y demostrar entonces el valor de vuestra fortaleza.

VALERIO. ¿No os apena u ofende dejar así la vida?

SÓFOCLES. ¿Debería apenarme u ofenderme ser enviado
a los que siempre he amado más? Ahora me arrodillaré,
pero os ofreceré la espalda; es la última obligación
de este tronco para con los dioses.

MARCIO. Golpead, golpead, Valerio,
o el corazón de Marcio saldrá por su boca.

¡He aquí un hombre, una mujer! Besad a vuestro señor,
y vivid con toda la libertad que teníais.

¡Oh, amor! Me has afligido por partida doble
con la virtud y con la belleza. Traicionero corazón,
mi mano te arrojará rápido a mi urna
antes que transgredir este lazo de piedad.

VALERIO. ¿Qué aflige a mi señor?

SÓFOCLES. ¡Oh, Marcio, Marcio!

Ahora habéis descubierto la manera de conquistarme.

DORIGEN. ¡Oh, estrella de Roma! ¿Qué gratitud puede expresar
palabras capaces de seguir a un acto como este?

MARCIO. Este duque admirable, Valerio,
con su desdén de la fortuna y la muerte,
él mismo cautivo, me ha cautivado,
y aunque mi brazo haya traído aquí su cuerpo,
su alma ha subyugado el alma de Marcio.

Por Rómulo, es todo alma, según creo;
no tiene carne, y no se puede dar el espíritu.
Entonces no hemos vencido; es libre,
y Marcio camina ahora en cautividad.

No recuerdo fácilmente poema, drama, sermón, novela u oración alguna aparecida en nuestra imprenta en los últimos años que tenga el mismo tono. Tenemos muchas flautas y chirimías, pero no solemos oír el sonido de un pífano. Sin embargo, *Laodamia*, la oda de «Dion» y algunos sonetos de Wordsworth tienen cierta música, y Scott a veces nos dará un trazo, como en el retrato de lord Evandale, por obra de Balfour de Burley. Thomas Carlyle, con su gusto natural por lo que hay de varonil y osado en el carácter, no ha permitido que falte ningún trazo heroico de sus favoritos en su pintura histórica y biográfica. Antes, Robert Burns nos ha dado una o dos canciones. En las *Misceláneas* de Harley³⁹ hay un relato de la batalla de Lutzen que merece leerse. La *Historia de los sarracenos*, de Simon Ockley, vuelve a contar los prodigios del valor individual con admiración, tan evidente por parte del narrador que parece pensar que su posición en el Oxford cristiano exige de él ciertas protestas de aborrecimiento. Sin embargo, si exploramos la literatura del heroísmo, de inmediato venimos a Plutarco, que es su doctor e historiador. A él le debemos Brasidas, Dion, Epaminondas, Escipión el Viejo, y creo que estamos más en deuda con él que con todos los escritores antiguos. Cada una de sus *Vidas* es una refutación del desánimo y cobardía de nuestros teóricos religiosos y políticos. En cada anécdota brilla una valentía salvaje, un estoicismo no de las escuelas, sino de la sangre, que ha dado a ese libro su inmensa fama.

Necesitamos libros con esta agria virtud catártica, más que libros de ciencia política o economía privada. La vida es un festival solo para el sabio. Vista desde el rincón y calor de hogar de la prudencia, presenta un aspecto jironado y peligroso. Las violaciones de las leyes de la naturaleza por parte de nuestros predecesores y contemporáneos son castigadas también en nosotros. La enfermedad y deformidad que nos rodea certifica la infracción de las leyes naturales, intelectuales y morales, y a menudo una violación tras otra para engendrar esa compuesta miseria. Un trismo que curva la cabeza de un hombre hasta sus talones, la hidrofobia, que le hace ladrar a su esposa e hijos, la locura, que le hace comer hierba, la guerra, las plagas, el cólera, el hambre

indican cierta ferocidad en la naturaleza, la cual, tal como ha tenido su entrada por el crimen humano, debe tener su salida por el sufrimiento humano. Por desgracia, no existe hombre alguno que no haya convertido su propia persona, hasta cierto punto, en un accionista del pecado, haciéndose así responsable en parte de la expiación.

Nuestra cultura, por tanto, no debe omitir que el hombre se arma. Dejemos que oiga en sazón que ha nacido en el estado de guerra y que la república y su propio bienestar exigen que no se ponga a bailar entre las hierbas de la paz, sino que, advertido, sosegado, sin temer ni desafiar al trueno, coja la reputación y la vida con su mano y, con perfecta urbanidad, se enfrente a la horca y la chusma con la verdad absoluta de su discurso y la rectitud de su comportamiento.

Respecto a todo este mal externo, el hombre asume en su fuero interno una actitud beligerante y afirma su habilidad para enfrentarse sin ayuda a un infinito ejército de enemigos. A esta actitud militar del alma le damos el nombre de heroísmo. Su forma más ruda es el desprecio de la seguridad y comodidad, que constituye el atractivo de la guerra. Es una confianza en sí mismo que desdeña las restricciones de la prudencia en la plenitud de su energía y poder para reparar los daños que pueda sufrir. El héroe es una mente tan equilibrada que ninguna molestia puede conmover su voluntad, sino que, de manera agradable y, por así decirlo, feliz, avanza con su propia música, de igual modo con temibles alarmas y con la achispada alegría de la disolución universal. Hay algo no filosófico en el heroísmo, algo no sagrado; parece ignorar que tiene la misma textura que otras almas. Tiene orgullo; es el extremo de la naturaleza individual. Sin embargo, debemos reverenciarlo profundamente. Hay algo en las grandes acciones que no nos permite ir tras ellas. El heroísmo siente y nunca razona y, por tanto, siempre acierta, y aunque una crianza diferente, una religión diferente y una mayor actividad intelectual hubieran modificado o aun invertido una acción concreta, sin embargo, para el héroe lo que hace es la actuación suprema y no está expuesta a la censura de filósofos o clérigos. Es la confesión del hombre iletrado, que descubre en él una cualidad indiferente al gasto, la salud, la vida, el peligro, el odio, el reproche, y sabe que su voluntad es superior y más excelente que todos los antagonistas actuales y posibles.

El heroísmo obra en contradicción con la voz de la humanidad, y en contradicción, por un momento, con la voz de lo grande y bueno. El heroísmo

es la obediencia al impulso secreto del carácter de un individuo. Ahora su sabiduría no se le aparece a ningún otro hombre como a él, porque se supone que todo hombre ve un poco más lejos en su propia senda que nadie más. Por tanto, hombres justos y sabios se muestran resentidos por su acto, hasta que ha pasado un tiempo; entonces ven que armoniza con sus actos. Todos los prudentes ven que la acción es contraria a la prosperidad sensual, porque todo acto heroico se mide a sí mismo por su desprecio de un bien externo, aunque al final descubre su propio éxito, y entonces los prudentes también lo ensalzan.

La confianza en sí mismo es la esencia del heroísmo. Es el estado del alma en guerra, y sus objetivos últimos son el desafío final a la falsedad y el perjuicio, y el poder de soportar cuanto puedan infligir agentes malvados. Dice la verdad y es justo, generoso, hospitalario, templado, desdeñoso de los cálculos mezquinos, y desdeña ser desdeñado. Persiste, tiene una audacia impávida y una fortaleza inagotable. Bromea sobre la pequeñez de la vida común. Esa falsa prudencia que adora la salud y la riqueza es el blanco y diversión del heroísmo. El heroísmo, como Plotino, casi se avergüenza de su cuerpo. ¿Qué dirá, pues, de los confites y cestitas, del aseo, los cumplidos, las peleas, los naipes y las natillas que atormentan el ingenio de toda la sociedad? ¿Qué gozos nos proporciona la naturaleza, queridas criaturas! No parece haber intervalo entre la grandeza y la mediocridad. Cuando el espíritu no es el dueño del mundo, es un cándido. Sin embargo, el pequeño hombre es tan inocente respecto al gran engaño, trabaja de manera tan precipitada y crédula, naciendo rojo y muriendo gris, arreglando su aseo, cuidando su salud, trampeando con el dulce y el vino fuerte, poniendo su corazón en un caballo o un rifle, siendo feliz con un pequeño chisme o alabanza, que la gran alma no puede sino reírse de tan serio sinsentido. «En efecto, estas humildes consideraciones apagan mi amor a la grandeza. ¿Qué oprobio para mí tomar nota de cuántos pares de medias de seda tienes, es decir, los que ves y los otros de color de melocotón, o levantar inventario de tus camisas, una para lucirla, otra para usarla!»⁴⁰.

Los ciudadanos, pensando según las leyes de la aritmética, consideran el inconveniente de recibir a extraños en su hogar, calculan míseramente la pérdida de tiempo y el inusual despliegue; el alma de mejor calidad hace retroceder la economía intempestiva a los sótanos de la vida y dice:

obedeceré a Dios y él proveerá el sacrificio y el fuego. Ibn Haukal, el geógrafo árabe, describe el extremo heroico de la hospitalidad de Sogd, en Bujará: «Cuando estaba en Sogd, vi un gran edificio, como un palacio, cuyas puertas estaban abiertas y fijadas al muro con grandes clavos. Pregunté el motivo y me dijeron que la casa no había sido cerrada, día y noche, durante cien años. Los extranjeros podían presentarse a cualquier hora, en cualquier número; el dueño lo había preparado todo para recibir a los hombres y sus animales y nunca estaba más feliz que cuando se quedaban una temporada. En ningún otro país he visto nada parecido». El magnánimo sabe muy bien que los que proporcionan tiempo o dinero o cobijo al extranjero —cuando se hace por amor, no por ostentación—, por así decirlo, ponen a Dios bajo su obligación, tan perfectas son las compensaciones del universo. En cierto modo el tiempo que parecen perder es redimido y las molestias que parecen tomarse se remuneran a sí mismas. Estos hombres avivan la llama del amor humano y elevan el modelo de la virtud cívica entre los hombres; pero se debe ser hospitalario para servir, no para exhibir, o el anfitrión queda degradado. El alma valiente se considera demasiado elevada para valorarse por el esplendor de su mesa e indumentaria. Da lo que tiene, y todo lo que tiene, pero su propia majestad puede prestar una gracia mejor a los pasteles y el agua clara que la de los banquetes ciudadanos.

La templanza del héroe procede de su mismo deseo de no deshonorar el mérito que tiene, pero la quiere por su elegancia, no por su austeridad. Para él no vale la pena ser solemne y denunciar con amargura al carnívoro o al bebedor de vino, el uso del tabaco o el opio o el té o la seda o el oro. El gran hombre apenas sabe cómo come, cómo viste, pero, sin límite o precisión, su vivir es natural y poético. John Eliot, el apóstol indio, bebía agua y decía del vino: «Es un licor noble, generoso, por el que debemos estar humildemente agradecidos, pero, por lo que recuerdo, antes se hizo el agua». Mejor aún es la templanza del rey David, que derramó en el suelo para el Señor el agua que tres de sus guerreros le habían llevado para que bebiese, con peligro de sus vidas.

Se dice de Bruto que, cuando cayó sobre su espada tras la batalla de Filipos, citó un verso de Eurípides: «¡Oh, virtud, te he seguido a través de la vida, y al final he hallado una sombra!». No dudo que el hombre ha sido calumniado con esta anécdota. El alma heroica no vende su justicia y su nobleza. No pide una buena cena y un lecho caliente. La esencia de la

grandeza es la percepción de que la virtud basta. La pobreza es su ornamento. No necesita abundancia y puede tolerar muy bien su pérdida.

Lo que más cautiva mi fantasía, en la clase heroica, es el buen humor y la hilaridad que exhibe. Sufrir y mostrarse osado con solemnidad es una altura a la que el deber común puede muy bien llegar, pero estas raras almas valoran tan poco la opinión, el éxito y la vida, que no apaciguan a sus enemigos con peticiones, o exhibiendo su pena, sino que visten su propia grandeza habitual. Escipión, acusado de malversación, rechaza para sí mismo una desgracia tan grande como la de esperar ser justificado, aunque tenía en sus manos el rollo de sus cuentas, sino que lo hace pedazos ante los tribunales. Del mismo tenor son la condena que pide Sócrates de ser mantenido con todos los honores en el Pritaneo y la alegría de sir Thomas More en el patíbulo. En *Viaje por mar*, de Beaumont y Fletcher, Julietta dice al resuelto capitán y a sus compañeros:

JULETTA. Esclavos, en nuestras manos está colgaros.

CAPITÁN. Muy probablemente,
en nuestras manos está, pues, ser colgados, y despreciaros.

Estas réplicas son sanas y completas. La broma es la flor y resplandor de la buena salud. El gran hombre no condescenderá a tomarse nada en serio; todo debe ser tan alegre como el trino de un canario, aunque se trate de construir ciudades o erradicar viejas y necias iglesias y naciones que han sido un estorbo en la tierra durante miles de años. Los corazones sencillos ponen toda la historia y costumbre de este mundo tras ellos y realizan su propio juego con inocente desafío a las Leyes Azules del mundo⁴¹; si así pareciera, podríamos ver a la raza humana reunida en una visión, como niños pequeños jugueteando juntos, aunque a los ojos de la humanidad en general luzca un majestuoso y solemne vestido de obras e influencias.

El interés que estas hermosas historias tienen para nosotros, el poder de un romance sobre el muchacho que oculta el libro prohibido bajo el pupitre de la escuela, nuestro deleite por el héroe, es el hecho principal de nuestro propósito. Todas estas propiedades grandes y trascendentales son nuestras. Si nos agrada contemplar la energía griega, el orgullo romano, se debe a que ya estamos domesticando el mismo sentimiento. Encontremos espacio para este gran huésped en nuestras pequeñas casas. El primer paso del mérito será desengañarnos de nuestras asociaciones supersticiosas con lugares y épocas,

con el número y el tamaño. ¿Por qué deberían zumbiar estas palabras en el oído, ateniense, romano, Asia e Inglaterra? Allí donde está el corazón residen las musas y los dioses, y no en geografía alguna de la fama. Creéis que Massachusetts, el río Connecticut y la Bahía de Boston son lugares ruines, y el oído ama nombres de topografía extranjera y clásica; pero estamos aquí y, si esperamos un poco, podremos llegar a aprender que esto es lo mejor. Os basta con ver que estáis aquí y que el arte y la naturaleza, la esperanza y el hado, los amigos, los ángeles y el ser supremo no se ausentarán de la habitación donde estáis sentados. No nos parece que Epaminondas, valiente y afectuoso, necesite el Olimpo para morir, ni el amanecer sirio. Yace muy bien donde está. Los Jerseys fueron buena tierra para ser pisada por Washington, y las calles de Londres para los pies de Milton. El gran hombre vuelve su clima genial en la imaginación de los hombres, y su aire el elemento querido de todos los espíritus delicados. El país más hermoso es el habitado por las mentes más nobles. Las pinturas que colman la imaginación al leer las acciones de Pericles, Jenofonte, Colón, Bayard, Sidney, Hampden, nos enseñan lo innecesariamente mediocre que es nuestra vida, de modo que, por la profundidad de nuestro vivir, deberíamos adornarla con algo más que el esplendor regio o nacional y actuar según principios capaces de interesar al hombre y la naturaleza a lo largo de nuestros días.

Hemos visto u oído de muchos jóvenes extraordinarios que nunca maduraron o cuya actuación en la vida no fue extraordinaria. Cuando vemos su aspecto y semblante, cuando los oímos hablar de la sociedad, libros, religión, admiramos su superioridad, parecen lanzar su desprecio sobre toda nuestra política y estado social. El suyo es el tono de un joven gigante, enviado para obrar revoluciones, pero cuando entran en una profesión activa el coloso en potencia encoge al tamaño común del hombre. La magia que usaban era las tendencias ideales, que siempre vuelven ridículo lo real, pero el áspero mundo se vengó en el momento en que pusieron a sus caballos solares a arar la tierra. No encontraron ejemplo ni compañero alguno y su corazón decayó. ¿Y entonces? La lección dada en sus primeras aspiraciones aún es verdadera y un valor mejor y una verdad más pura organizarán un día su creencia. ¿Por qué debería una mujer compararse con otra de la historia y pensar que, como Safo o Sévigné o De Staël, o las almas confinadas que han tenido genio y cultura no satisfacen a la imaginación, ni la serena Temis, ninguna puede hacerlo, ni ella misma? ¿Por qué no? Tiene que resolver un

problema nuevo e inédito, tal vez el de la naturaleza más feliz que haya florecido. Dejemos que la muchacha, con alma erguida, marche serenamente por su camino, acepte la sugerencia de toda nueva experiencia, busque por turno todos los objetos que solicitan su mirada, de modo que pueda aprender el poder y el encanto de su ser recién nacido, que es el alumbramiento de un nuevo amanecer en los recesos del espacio. La hermosa joven que rechaza toda interferencia por una decidida y orgullosa elección de influencias, indiferente al agrado, tan voluntariosa y elevada, inspira a quien la contempla algo de su propia nobleza. El corazón silencioso la anima; oh, amiga, no arríes velas ante temor alguno. Entra en el puerto con grandeza o surca los mares con Dios. No vives en vano, porque la visión alegre y refina toda mirada pasajera.

La característica del heroísmo es su persistencia. Todos los hombres tienen impulsos vagabundos, ataques y arranques de generosidad, pero cuando hayáis elegido vuestra parte, quedaos allí y no tratéis de reconciliaros débilmente con el mundo. Lo heroico no puede ser lo común, ni lo común lo heroico. Sin embargo, tenemos la debilidad de esperar la simpatía de la gente en esas acciones cuya excelencia consiste en rebasar la simpatía, y de apelar a una justicia tardía. Si servís a vuestro hermano porque os conviene hacerlo no os desdigáis cuando veis que no sois recomendables para las personas prudentes. Adheríos a vuestro acto y felicitaos si habéis hecho algo extraño y extravagante y roto la monotonía de una época decorosa. Una vez oí un gran consejo dado a un joven: «Haz siempre lo que temas hacer». Un sencillo carácter viril nunca necesita disculparse, sino que considera su acción pasada con la calma de Foción cuando admitió que el evento de la batalla era feliz, aunque no lamentara la disuasión de librarla.

No hay debilidad o abandono del que no podamos consolarnos en el pensamiento; es una parte de mi constitución, parte de mi trato y oficio respecto a mi semejante. ¿Acaso ha pactado la naturaleza conmigo que nunca sufriría desventajas, que nunca resultaría ridículo? Seamos generosos con nuestra dignidad, así como con nuestro dinero. La grandeza ha acabado con la opinión de una vez para siempre. No contamos nuestras obras de caridad porque queramos ser alabados por ellas ni porque pensemos que tienen gran mérito, sino para justificarnos. Es un error capital, como descubris cuando otro hombre recita las tuyas.

Decir la verdad, incluso con cierta austeridad, vivir con cierto rigor de

templanza o ciertos extremos de generosidad, parece ser un ascetismo que la buena naturaleza común asigna a quienes están a gusto y satisfechos como prueba de que se sienten hermanos de la gran multitud de hombres sufrientes. No solo necesitamos respirar y ejercitar el alma asumiendo las penalidades de la abstinencia, la deuda, la soledad y la impopularidad, sino que al sabio le incumbe mirar con ojo atrevido esos peligros más raros que a veces invaden a los hombres y familiarizarse con desagradables formas de la enfermedad, con los sonidos de la execración y la visión de la muerte violenta.

Los tiempos del heroísmo suelen ser tiempos de terror, pero no ha amanecido el día en que este elemento no pueda obrar. Las circunstancias del hombre, decimos, tal vez sean históricamente algo mejores que nunca en este país y en esta hora. Existe más libertad para la cultura. Ahora no nos enfrentamos al hacha cuando nos salimos del camino trillado de la opinión, pero quien es heroico siempre encontrará crisis para probar su filo. La virtud humana exige sus campeones y mártires, y la ordalía de la persecución siempre avanza. Hace apenas unos días el valiente Lovejoy se expuso a las balas de una chusma por los derechos a la libertad de expresión y opinión y murió cuando era mejor no vivir.

No veo camino alguno de paz perfecta por el que pueda caminar un hombre, salvo por el consejo de su propio pecho. Que evite la excesiva asociación, que se marche a casa y se mantenga en los cursos que aprueba. La retención continua de sentimientos sencillos y elevados en los deberes oscuros endurece el carácter hasta lograr el temple que obraría con honor, si fuera preciso, en el tumulto o en el patíbulo. Cualesquiera ultrajes que les hayan ocurrido a los hombres pueden pasarle a un hombre de nuevo, y muy fácilmente en una república, si aparecen signos de decadencia religiosa. El joven puede pensar libremente en la tosca calumnia, la hoguera, la brea y las plumas y la horca, y preguntarse lo rápido que puede fijar su sentido del deber arrostrando tales castigos cuando les parezcan incendiarias sus opiniones al periódico de mañana y a un buen número de sus vecinos.

Ver lo rápido que una naturaleza leal se apunta a infligir la máxima malicia puede calmar la aprensión de la calamidad en el corazón más susceptible. Rápidamente nos acercamos a un punto por el que ningún enemigo puede seguirnos.

Deja que desvaríen:

tú callas en tu tumba⁴².

En la oscuridad de nuestra ignorancia sobre lo que será, en la hora en que estamos sordos a las voces superiores, ¿quién no envidia a los que han visto acabar seguro su esfuerzo viril? ¿Quién ve la mediocridad de nuestra política y, en su fuero interno, no se felicita por que Washington lleve mucho tiempo envuelto en su mortaja y a salvo para siempre, por que fuera depositado suavemente en la tumba, aún no subyugada en él la esperanza de la humanidad? ¿Quién no envidia a veces a los buenos y valientes que ya no sufren los tumultos del mundo natural y esperan con curiosa complacencia el veloz término de su propia conversación con la naturaleza finita? Sin embargo, el amor que será aniquilado antes de resultar traicionero ya ha hecho la muerte imposible y no se considera mortal, sino nativo de las profundidades del ser absoluto e inextinguible.

³⁹ Edward Harley (1689-1741), segundo conde de Oxford, amigo de Pope y Swift, fue propietario de una inmensa biblioteca.

⁴⁰ *La segunda parte del rey Enrique IV* (II, 2), de Shakespeare.

⁴¹ Las *Blue-Laws* eran las leyes de inspiración puritana.

⁴² «A Dirge», de Tennyson.

LA SUPERALMA

Pero a las almas que forman parte de su buena vida
las ama como a la suya: tan queridas como sus ojos
son para él: nunca las abandonará.
Cuando mueran, Dios mismo morirá;
viven, viven en la bendita eternidad.

HENRY MORE

Amplio es el espacio, este y oeste,
pero dos no pueden ir en línea,
no pueden dos viajar en él.
Aquel magistral cuco
apiña todos los huevos del nido,
vivos o muertos, salvo el suyo;
hay un hechizo sobre césped y piedra
que soborna a la noche y el día;
toda cualidad y médula está
abrumada y sofocada con un poder
que hace su voluntad en la época y hora.

ENSAYO IX

LA SUPERALMA

Hay una diferencia entre una y otra hora de la vida, en su autoridad y efecto subsiguiente. Nuestra fe llega por momentos; nuestro vicio es habitual. Sin embargo, hay una profundidad en esos breves momentos que nos obliga a adscribirles más realidad que a todas las demás experiencias. Por esta razón resulta inválido y vano el argumento que está siempre dispuesto a silenciar a los que conciben extraordinarias esperanzas en el hombre, es decir, la apelación a la experiencia. Dejamos el pasado al objeto y, sin embargo, esperamos. Él debe explicar esta esperanza. Suponemos que la vida humana es ruin, pero ¿cómo hemos descubierto que era ruin? ¿Cuál es el fundamento de esta incomodidad nuestra, de este viejo descontento? ¿Cuál es el sentido universal de la necesidad e ignorancia, sino la sutil indirecta por la que el alma presenta su enorme demanda? ¿Por qué creen los hombres que la historia natural del hombre nunca ha sido escrita, sino que siempre deja atrás lo que habéis dicho de él, y que resulta obsoleta, y que los libros de metafísica carecen de valor? La filosofía de seis mil años no ha registrado los dormitorios y almacenes del alma. En sus experimentos siempre ha quedado, en el último análisis, un residuo que no podía resolver. El hombre es una corriente cuya fuente está oculta. No sabemos desde dónde desciende nuestro ser en nosotros. El calculador más exacto no tiene la presciencia de que algo incalculable no pueda frustrar el momento siguiente. Estoy obligado a cada instante a reconocer que el origen de los acontecimientos es superior a la voluntad que llamo mía.

Con los pensamientos ocurre como con los acontecimientos. Cuando contemplo ese río que, desde regiones que no veo, vierte durante una época sus corrientes en mí, veo que soy un pensionista, no una causa, sino un sorprendido espectador de esta agua etérea, y que deseo y elevo la mirada y

adopto una actitud receptiva, pero las visiones llegan a mí desde una energía extraña.

El crítico supremo de los errores del pasado y el presente, y el único profeta de lo que debe ser, es esa gran naturaleza en la que reposamos, como la tierra yace en los blandos brazos de la atmósfera; esa unidad, esa superalma en cuyo interior el ser particular de todo hombre se contiene y vuelve uno con todos los otros, ese corazón común, del que toda sincera conversación es la adoración, para el que toda acción correcta es sumisión, esa sobrecogedora realidad que confuta nuestros trucos y talentos y obliga a cada uno a pasar por lo que es y a hablar con su carácter, y no con su lengua, y que siempre tiende a entrar en nuestro pensamiento y mano, y se convierte en sabiduría y virtud y poder y belleza. Vivimos en la sucesión, en la división, en partes, en partículas. Entretanto, dentro del hombre está el alma del todo, el sabio silencio, la belleza universal con la que se relaciona por igual toda parte y partícula, el eterno UNO. Este profundo poder en que existimos y cuya beatitud es accesible para nosotros no solo es autosuficiente y perfecto a cada hora, sino que el acto de ver y la cosa vista, el que ve y el espectáculo, el sujeto y el objeto son uno. Vemos el mundo pieza a pieza, como el sol, la luna, el animal, el árbol, pero el todo, del que estas son las partes brillantes, es el alma. Solo por la visión de esa sabiduría puede leerse el horóscopo de todas las épocas, y al recaer en nuestros mejores pensamientos, al ceder al espíritu de la profecía que es innato en todo hombre, podemos saber lo que ha dicho. Las palabras del hombre que habla conforme a esa vida deben sonar vanas a los que no moran en el mismo pensamiento por su parte. No me atrevo a hablar por ella. Mis palabras no tienen su augusto sentido, resultan cortas y frías. Solo inspirará a quien quiera, pero ¡mirad!, su expresión será lírica y dulce y universal, como el surgir del viento. Sin embargo, deseo indicar con palabras profanas, si no puedo usar las sagradas, el cielo de esta deidad, e informar de los indicios que he reunido de la trascendente sencillez y energía de la ley suprema.

Si consideramos lo que ocurre en la conversación, en las ensoñaciones, en el remordimiento, en los momentos de pasión, en las sorpresas, en las instrucciones de los sueños, donde a menudo nos vemos disfrazados — cuando los extraños disfraces solo magnifican y realzan un elemento real y nos obligan a fijarnos en él—, captaremos muchos indicios que ensancharán e iluminarán el conocimiento del secreto de la naturaleza. Todo muestra que

el alma en el hombre no es un órgano, sino que anima y ejercita todos los órganos; no es una función, como el poder de la memoria, el cálculo, la comparación, sino que los usa como pies y manos; no es una facultad, sino una luz; no es el intelecto o la voluntad, sino el maestro del intelecto y la voluntad; es el trasfondo de nuestro ser, en el que yacemos, una inmensidad no poseída y que no puede ser poseída. Desde dentro o desde atrás, una luz brilla a través de nosotros sobre las cosas y nos hace saber que nosotros no somos nada, que la luz lo es todo. Un hombre es la fachada de un templo en el que habitan toda la sabiduría y todo el bien. Lo que solemos llamar hombre, el hombre que come, bebe, siembra, cuenta, tal como lo conocemos, no se representa a sí mismo, sino que se desfigura. No lo respetamos a él, sino al alma, cuyo órgano es, y si la dejara aparecer en sus acciones, nos haría arrodillarnos. Cuando respira por su intelecto, es el genio, cuando respira por su voluntad, es la virtud, cuando fluye por su afecto, es el amor. La ceguera del intelecto comienza cuando querría ser algo por sí mismo. La debilidad de la voluntad, cuando el individuo querría ser algo por sí mismo. Toda reforma aspira, en algún aspecto, a dejar que el alma pase por nosotros; en otras palabras, a hacernos obedecer.

Todo hombre es consciente en algún momento de esta naturaleza pura. El lenguaje no puede pintarla con sus colores. Es demasiado sutil. Es indefinible, inmensurable, pero sabemos que nos impregna y contiene. Sabemos que todo ser espiritual está en el hombre. Un antiguo y sabio proverbio dice: «Dios viene a vernos sin avisar», es decir, así como no hay pantalla o techo entre nuestras cabezas y los cielos infinitos, no hay barra o muro en el alma donde el hombre, el efecto, cesa, y Dios, la causa, comienza. Los muros han desaparecido. Por un lado estamos abiertos a las profundidades de la naturaleza espiritual, a los atributos de Dios. Vemos y conocemos la justicia, el amor, la libertad, el poder. Ningún hombre ha estado por encima de estas naturalezas, sino que ellas se alzan sobre nosotros, y más aún cuando nuestros intereses nos tientan para herirlas.

La soberanía de esta naturaleza de la que hablamos resulta conocida por su independencia de esas limitaciones que nos circunscriben por todos lados. El alma circunscribe todas las cosas. Como he dicho, contradice toda experiencia. De igual manera, consigue abolir el tiempo y el espacio. La influencia de los sentidos, en la mayoría de los hombres, ha dominado la mente hasta tal punto que los muros del tiempo y el espacio han llegado a

parecer reales e insalvables; y hablar con levedad de estos límites es, en el mundo, la señal de la locura. Sin embargo, el tiempo y el espacio no son sino medidas inversas de la fuerza del alma. El espíritu juega con el tiempo:

Puede apiñar la eternidad en una hora
o extender una hora hasta la eternidad⁴³.

A menudo sentimos que hay otra juventud y época que la medida por el año de nuestro nacimiento natural. Algunos pensamientos siempre nos encuentran jóvenes, y nos mantienen así. Un pensamiento tal es el amor a la belleza universal y eterna. Todo hombre se aparta de la contemplación con el sentimiento de que pertenece más bien a las épocas que a la vida mortal. La menor actividad de los poderes intelectuales nos redime hasta cierto punto de las condiciones del tiempo. Cuando estamos enfermos o lánguidos, nos da un acento poético o una profunda sentencia y nos renueva; o nos muestra un volumen de Platón, o de Shakespeare, o nos hace recordar sus nombres, y al instante nos hace sentir longevos. Ved cómo el pensamiento profundo, divino, reduce los siglos y milenios y se hace presente a través de todas las épocas. ¿Es menos efectiva la enseñanza de Cristo hoy que cuando abrió su boca por vez primera? El énfasis de los hechos y las personas en mi pensamiento no tiene nada que ver con el tiempo. Así, siempre, la escala del alma es una, la escala de los sentidos y el entendimiento es otra. Ante las revelaciones del alma, retroceden el tiempo, el espacio y la naturaleza. En la lengua común referimos todas las cosas al tiempo tal como habitualmente referimos las estrellas inmensamente separadas a una esfera cóncava. Así decimos que el Juicio está lejano o cercano, que el milenio se avecina, que se aproxima el día de ciertas reformas políticas, morales, sociales, y cosas así, cuando queremos decir que en la naturaleza de las cosas uno de los hechos que contemplamos es externo y fugitivo y otro es permanente y congénito al alma. Las cosas que ahora consideramos fijadas, una por una, se desprenderán como fruta madura de nuestra experiencia y caerán. Nadie sabe dónde se las llevará el viento. El paisaje, las figuras, Boston, Londres son hechos tan fugitivos como cualquier institución pasada o una bocanada de niebla o humo, y así es la sociedad, y así es el mundo. El alma mira adelante con firmeza, creando un mundo ante sí, dejando mundos atrás. No tiene fechas ni ritos ni personas ni especialidades ni hombres. El alma solo conoce

al alma; la red de acontecimientos es la ligera toga con que va vestida.

El índice de su progreso ha de calcularse según su propia ley y no por la aritmética. Los avances del alma no tienen lugar gradualmente, como puede representarse el movimiento en una línea recta, sino por ascensión de estado, como se representa la metamorfosis, del huevo al gusano y del gusano a la mosca. Los crecimientos del genio tienen cierto carácter *total* que no hace avanzar al individuo elegido primero con John, luego con Adam, luego con Richard, ni los hace dolerse a cada uno de su descubierta inferioridad, sino que, con toda crisis de crecimiento, el hombre se expande donde trabaja, pasando, a cada pulsación, por clases, poblaciones de hombres. Con cada impulso divino la mente arranca las finas riendas de lo visible y finito y sale a la eternidad e inspira y expira su aire. Conversa con verdades de las que siempre se ha hablado en el mundo y se vuelve consciente de una simpatía más íntima con Zenón y Arriano que con las personas de casa.

Esta es la ley de la ganancia moral y mental. La sencilla elevación, como por levedad específica, no a una virtud concreta, sino a la región de todas las virtudes. Están en el espíritu que las contiene todas. El alma exige pureza, pero esto no es la pureza; exige justicia, pero la justicia no es eso; exige beneficencia, pero es algo mejor, de modo que sentimos cierto descenso y acomodo cuando dejamos de hablar de la naturaleza moral para incitar a una virtud impuesta por ella. Para el niño bien nacido, todas las virtudes son naturales y no dolorosamente adquiridas. Si le habláis a su corazón, el hombre se vuelve repentinamente virtuoso.

En el mismo sentimiento está la semilla del crecimiento intelectual, que obedece la misma ley. Los que son capaces de humildad, de justicia, de amor, de aspiración, ya están en una plataforma que domina las ciencias y las artes, la expresión y la poesía, la acción y la gracia, y que anticipa a quien habite en esta beatitud moral esos poderes especiales que tanto aprecian los hombres. El amante no tiene talento, destreza alguna de la que carezca su enamorada, por poco que ella pueda poseer de esa facultad, y el corazón que se abandona a la mente suprema se reconoce en todas sus obras y viajará por un camino regio hasta ciertos conocimientos y poderes. Al ascender a este sentimiento primario y original hemos llegado instantáneamente desde nuestra remota estación en la circunferencia hasta el centro del mundo, donde, como en el gabinete de Dios, vemos causas y anticipamos el universo, que no es sino un efecto lento.

Un modo de la enseñanza divina es la encarnación del espíritu en una forma, en formas, como la mía propia. Vivo en sociedad, con personas que responden a pensamientos de mi mente o expresan cierta obediencia a los grandes instintos por los que vivo. Veo su presencia para ellos. Soy testigo de una naturaleza común, y estas otras almas, estas identidades separadas, me arrastran como nada más puede hacerlo. Despiertan en mí las nuevas emociones que llamamos pasión, amor, odio, temor, admiración y piedad; de ahí vienen la conversación, la competición, la persuasión, las ciudades y la guerra. Las personas complementan la enseñanza primaria del alma. En la juventud estamos locos para las personas. La infancia y la juventud ven todo el mundo en sí, pero la mayor experiencia del hombre descubre la naturaleza idéntica que aparece en todos. Las personas mismas nos hacen conocer lo impersonal. En toda conversación entre dos personas se hace referencia tácita, como a un tercer partido, a una naturaleza común. Ese tercer partido o naturaleza común no es social, es impersonal; es Dios. Así, en grupos en que el debate es serio, en especial en cuestiones elevadas, la compañía se hace consciente de que el pensamiento se eleva a igual nivel en todos los pechos, que todos tienen una propiedad espiritual tanto en lo dicho como en quien lo dice. Todos se vuelven más sabios de lo que eran. Esta unidad de pensamiento se arquea sobre ellos como un templo en que todo corazón late con un sentido más noble del poder y el deber y piensa y actúa con insólita solemnidad. Todos son conscientes de alcanzar una superior posesión de sí mismos. Brilla para todos. Hay cierta sabiduría de la humanidad que es común a los hombres mayores y a los ínfimos, y que nuestra educación ordinaria a menudo se esfuerza en silenciar y obstruir. La mente es una, y las mejores mentes, que aman la verdad por sí misma, piensan mucho menos en la propiedad de la verdad. La aceptan agradecidas en todo lugar y no la etiquetan o estampan con el nombre de nadie, porque es suya por anticipado y desde la eternidad. El instruido y el estudioso del pensamiento no tienen el monopolio de la sabiduría. La violencia de su dirección hasta cierto punto los descalifica para pensar verdaderamente. Debemos muchas observaciones valiosas a personas que no son muy agudas o profundas y que dicen sin esfuerzo las cosas que necesitamos y hemos perseguido en vano. La acción del alma está más a menudo en lo sentido y no dicho que en lo dicho en conversación alguna. Se cierne sobre toda sociedad y cada uno la busca inconscientemente en el otro. Conocemos mejor de lo que lo hacemos. Aún

no nos poseemos a nosotros mismos y sabemos al mismo tiempo que somos mucho más. A menudo siento la misma verdad en las conversaciones triviales con mis vecinos: algo superior en cada uno de nosotros supervisa este juego escénico y Jove asiente a Jove detrás de cada uno.

Los hombres descienden al encuentro. En su servicio habitual y mezquino al mundo, por el que abandonan su nobleza nativa, se parecen a esos jeques árabes que viven en casas pobres y aparentan ser pobres para escapar a la rapacidad del pachá y reservan todo el despliegue de riqueza para sus retiros interiores y protegidos.

Así como el alma está presente en todas las personas, lo está en todo periodo de la vida. Ya es adulta en el niño. Al tratar con mi hijo, mi latín y griego, mis logros y dinero no me sirven de nada, solo me vale el alma. Si quiero algo, opone su voluntad a la mía, una a una, y me deja, si me place, la degradación de vencerle por mi fuerza superior; pero si renuncio a mi voluntad y actúo para el alma, situándola como un imperio entre los dos, mira la misma alma con sus jóvenes ojos, reverencia y ama conmigo.

El alma es el perceptor y revelador de la verdad. Conocemos la verdad cuando la vemos, digan lo que quieran los escépticos y burlones. Cuando habéis dicho lo que no quieren oír, los necios os preguntan: «¿Cómo sabéis que es la verdad y no un error vuestro?». Conocemos la verdad cuando la vemos, por la opinión, así como sabemos que estamos despiertos cuando lo estamos. Una gran afirmación de Emanuel Swedenborg, que indica la grandeza de su percepción, decía: «Que un hombre sea capaz de confirmar lo que le agrada no es prueba de su entendimiento, pero ser capaz de discernir que lo verdadero es verdadero y que lo falso es falso es la marca y carácter de la inteligencia». En el libro que leo el buen pensamiento me devuelve la imagen del alma entera, como hará toda verdad. Para el mal pensamiento que descubro en él la misma alma se convierte en una espada que lo discierne, separa y corta. Somos más sabios de lo que sabemos. Si no interfiriéramos con el pensamiento, sino que actuáramos íntegramente o viéramos las cosas en Dios, conoceríamos lo particular y todo y a todo hombre, porque el Hacedor de todas las cosas y todas las personas nos respalda y lanza su temible omnisciencia a través de nosotros sobre las cosas.

El alma, más allá de este reconocimiento de sí misma en pasajes particulares de la experiencia individual, también revela la verdad, y aquí deberíamos reforzarnos con su presencia y hablar con un tono más digno,

más elevado de ese advenimiento, porque la comunicación de la verdad por el alma es el acontecimiento supremo en la naturaleza, ya que no da nada de sí misma, sino que se da a sí misma o pasa y se convierte en el hombre al que ilumina o, en proporción a la verdad que recibe, se lo lleva consigo.

Distinguimos los anuncios del alma, las manifestaciones de su propia naturaleza, con el término *revelación*. Siempre las acompaña la emoción de lo sublime, porque esta comunicación es un influjo de la mente divina en la nuestra. Es un reflujó del riachuelo individual antes de que el flujo surja del mar de la vida. Toda aprehensión distinta de este mandamiento central agita a los hombres con temor y placer. Un estremecimiento atraviesa a todos los hombres al recibir una nueva verdad o con la realización de una gran acción que proviene del corazón de la naturaleza. En estas comunicaciones, el poder de ver no está separado de la voluntad de obrar, sino que la visión procede de la obediencia y la obediencia de una gozosa percepción. Todo momento en que el individuo se siente invadido por ella es memorable. Cierta entusiasmo acompaña a la conciencia individual de esa presencia divina por la necesidad de nuestra constitución. El carácter y la duración de este entusiasmo varían con el estado del individuo, desde el éxtasis y el trance y la inspiración profética —que es su apariencia más rara— hasta el más débil brillo de emoción virtuosa, una forma que calienta, como nuestros fuegos hogareños, todas las familias y asociaciones humanas y hace posible la sociedad. Cierta tendencia a la locura ha acompañado siempre a la apertura del sentido religioso en los hombres, como si hubiesen sido «perforados por una luz excesiva». Así son los trances de Sócrates, la «unión» de Plotino, la visión de Porfirio, la conversión de Pablo, la aurora de Behmen, las convulsiones de George Fox y sus cuáqueros, la iluminación de Swedenborg. En numerosos ejemplos de la vida corriente se ha mostrado de manera menos llamativa lo que en el caso de estas notables personas fue un raptó. La historia de la religión revela por doquier una tendencia al entusiasmo. El raptó del moravo y quietista, la apertura al sentido interno del mundo en el lenguaje de la Iglesia de la Nueva Jerusalén, el *renacimiento* de las iglesias calvinistas, las *experiencias* de los metodistas son formas variadas de esa sacudida de temor y placer con que el alma individual se mezcla con el alma universal.

La naturaleza de estas revoluciones es la misma; son percepciones de la ley absoluta. Son soluciones de las propias preguntas del alma. No responden a las preguntas que el entendimiento plantea. El alma nunca responde con

palabras, sino con la cosa misma que se indaga.

La revelación es el descubrirse del alma. La noción popular de una revelación supone que es decir la fortuna. En los oráculos pasados del alma, el entendimiento quiere descubrir las respuestas a las preguntas sensuales y se propone decir por Dios hasta cuándo vivirán los hombres, qué harán sus manos y quién los acompañará, añadiendo nombres y fechas y lugares. No debemos abrir cerradura alguna. Debemos frenar esta baja curiosidad. Una respuesta en palabras es engañosa; realmente no es respuesta alguna a las preguntas que planteáis. No exijáis una descripción de los lugares a los que navegáis. La descripción no os los describe, y mañana llegaréis allí y los conoceréis al habitarlos. Los hombres preguntan sobre la inmortalidad del alma, las ocupaciones del cielo, el estado del pecador y cosas así. Incluso sueñan que Jesús ha replicado precisamente a estos interrogantes. En ningún momento aquel espíritu sublime habló en su *patois*. La idea de inmutabilidad se asocia esencialmente con la verdad, la justicia, el amor, los atributos del alma. Jesús, al vivir con estos sentimientos morales, sin cuidarse de las fortunas sensuales, pendiente solo de sus manifestaciones, nunca separó la idea de la duración de la esencia de estos atributos ni pronunció una sílaba respecto a la duración del alma. Fue cosa de sus discípulos separar la duración de los elementos morales y enseñar la inmortalidad del alma como una doctrina y mantenerla con pruebas. En el momento en que la doctrina de la inmortalidad se enseña separadamente, el hombre ha caído. No hay duda alguna de continuidad en el flujo del amor, en la adoración de la humildad. Ningún hombre inspirado plantea nunca esta pregunta o condesciende a estas pruebas, porque el alma es sincera consigo misma y el hombre despojado de ella no puede vagar desde el presente, que es infinito, hasta un futuro que sería finito.

Estas preguntas que ansiamos plantear sobre el futuro son una confesión de pecado. Dios no tiene respuesta para ellas. Ninguna respuesta con palabras puede responder a una pregunta de cosas. No se debe a un arbitrario «decreto de Dios», sino a la naturaleza del hombre, que un velo se corra sobre los hechos del mañana, porque el alma no nos dejará leer otra cifra que la de causa y efecto; pero este velo, que cubre acontecimientos, enseña a los hijos de los hombres a vivir en el día de hoy. El único modo de obtener una respuesta a estas preguntas de los sentidos es renunciar a toda baja curiosidad y, aceptando la marea del ser que nos hace flotar en el secreto de la

naturaleza, trabajar y vivir, vivir y trabajar, con lo que, sin advertirlo, el alma progresiva habrá construido y forjado para sí misma una nueva condición y la pregunta y la respuesta serán una.

Por el mismo fuego vital, consagrado, celestial que arde hasta disolver todas las cosas en las olas y oleadas de un océano de luz, vemos y nos conocemos mutuamente, y el espíritu de cada uno. ¿Quién puede mencionar los fundamentos de su conocimiento del carácter de los varios individuos en su círculo de amigos? Nadie. Sin embargo, sus actos y palabras no engañan. No confía en aquel hombre, aunque nada malo sepa de él. En aquel otro, aunque rara vez se lo ve, hay auténticas señales que dan a entender que podría confiarse en él como alguien interesado en su propio carácter. Nos conocemos muy bien unos a otros, sabemos quién ha sido justo consigo mismo, y si lo que enseñamos o contemplamos es solo una aspiración o es también nuestro sincero esfuerzo.

Todos somos discernidores de espíritus. Esa diagnosis flota en nuestra vida o poder inconsciente. El trato de la sociedad —su comercio, religión, amistades, peleas— es una amplia investigación judicial del carácter. En vista abierta o en pequeño comité, o enfrentados cara a cara, acusador y acusado, los hombres se brindan a ser juzgados. Contra su voluntad muestran esas decisivas naderías por las que se lee el carácter; pero ¿quién juzga, y qué? No nuestro entendimiento. No las leemos por instrucción o arte. No, la sabiduría del sabio consiste en que no los juzga; deja que se juzguen a sí mismos y solo lee y registra su propio veredicto.

La voluntad privada queda vencida en virtud de esta naturaleza inevitable y, a pesar de nuestros esfuerzos o imperfecciones, vuestro genio hablará por vosotros y el mío por mí. Lo que somos no lo enseñaremos voluntaria, sino involuntariamente. Los pensamientos llegan a nuestra mente por avenidas que no hemos dejado abiertas, y los pensamientos salen de nuestra mente por avenidas que no hemos abierto voluntariamente. El carácter enseña por encima de nuestra cabeza. El índice infalible del verdadero progreso se encuentra en el tono que el hombre adopta. Ni la edad ni la crianza ni la compañía ni los libros ni las acciones ni el talento, ni todos juntos pueden impedirle ser deferente con un espíritu superior al suyo. Si no ha encontrado su hogar en Dios, sus modales, sus formas de expresión, el giro de sus sentencias, el edificio, diría, de todas sus opiniones, lo confesarán involuntariamente, por mucho que se oponga. Si ha encontrado su centro, la

deidad brillará a través de él por todos los disfraces de la ignorancia, del temperamento sin genio, de las circunstancias desfavorables. El tono de buscar es uno y el tono de tener es otro.

La gran distinción entre maestros sagrados o literarios —entre poetas como Herbert y poetas como Pope, entre filósofos como Spinoza, Kant y Coleridge y filósofos como Locke, Paley, Mackintosh y Stewart, entre hombres del mundo, reconocidos como consumados conversadores, y aquí y allá un ferviente místico, profético, medio loco bajo la infinitud de su pensamiento— es que una clase habla *desde dentro*, o por experiencia, como partidos y poseedores del hecho, y la otra *desde fuera*, solo como espectadores o tal vez enterados del hecho por testimonio de terceras personas. Es inútil predicarme desde fuera. Eso puedo hacerlo yo mismo demasiado fácilmente. Jesús habla siempre desde dentro y hasta un punto que trasciende a todos los demás. Ahí está el milagro. Creo por anticipado que así debe ser. Todos los hombres están continuamente a la espera de que aparezca un maestro así, pero si un hombre no habla desde dentro del velo, donde la palabra es una con lo que cuenta, que lo confiese humildemente.

La misma omnisciencia fluye hacia el intelecto y configura lo que llamamos genio. Gran parte de la sabiduría del mundo no es sabiduría, y los hombres más iluminados están sin duda por encima de la fama literaria y no son escritores. Entre la multitud de escolares y autores no captamos una presencia santificada; somos conscientes de un don y destreza antes que de una inspiración; tienen una luz, y no saben de dónde viene y la llaman suya. Su talento es una facultad exagerada, un miembro aberrante, de modo que su fuerza es una enfermedad. En estos casos los dones intelectuales no causan la impresión de la virtud, sino casi del vicio, y sentimos que los talentos del hombre obstaculizan su avance hacia la verdad. El genio es religioso. Es una absorción mayor del corazón común. No es anómalo, sino más y no menos parecido a otros hombres. En todos los grandes poetas hay una sabiduría de la humanidad que es superior a cualquier talento que ejerciten. El autor, el ingenioso, el partidario, el fino caballero no ocupan el lugar del hombre. La humanidad brilla en Homero, en Chaucer, en Spenser, en Shakespeare, en Milton. Se contentan con la verdad. Usan el grado positivo. Parecen fríos y flemáticos a los especiados con la frenética pasión y violento colorido de escritores inferiores, pero populares. Son poetas por el libre curso que proporcionan al alma informadora, que a través de su mirada contempla de

nuevo y bendice las cosas que ha hecho. El alma es superior a su conocimiento, más sabia que cualquiera de sus obras. El gran poeta nos hace sentir nuestra riqueza y entonces menospreciamos sus composiciones. Su mejor comunicación con nuestra mente es enseñarnos a despreciar cuanto ha hecho. Shakespeare nos lleva a un esfuerzo de actividad inteligente tan elevado que sugiere una riqueza que arruina la suya propia, y entonces sentimos que las espléndidas obras que ha creado, ensalzadas en otros momentos como una especie de poesía existente por sí misma, no se apodera de la auténtica naturaleza en mayor medida que la sombra de un viajero sobre la roca. La inspiración que se expresó en Hamlet y Lear podía expresar cosas tan buenas de un día para otro, para siempre. ¿Por qué, pues, debería tener en cuenta a Hamlet y Lear como si no tuviéramos el alma de la que han caído como sílabas de la lengua?

Esta energía no desciende a la vida individual con otra condición que la entera posesión. Viene al humilde y sencillo, viene a quien aparte lo extranjero y orgulloso, viene como una visión, viene como serenidad y grandeza. Cuando vemos a aquellos en los que habita somos avisados de nuevos grados de grandeza. El hombre vuelve de esa inspiración con un tono cambiado. No habla con los hombres con la mirada puesta en su opinión. Los pone a prueba. Se nos exige ser sencillos y sinceros. El viajero vanidoso pretende embellecer su vida citando a mi señor, y al príncipe y a la condesa que *le* dijeron o hicieron esto. El ambicioso vulgar os muestra sus cucharas y broches y anillos y conserva sus tarjetas y cumplidos. Los más cultos, al contar su experiencia, entresacan la circunstancia grata, poética —la visita a Roma, el hombre de genio al que vieron, el brillante amigo que conocen y, más aún, acaso el espléndido paisaje, las luces montañosas, los pensamientos montañosos de los que disfrutaron ayer— y quieren darle así un color romántico a su vida; pero el alma que asciende a adorar al gran Dios es sencilla y sincera, no tiene color rosado, ni amigos finos ni caballería ni aventuras. No necesita admiración; habita la hora que ahora es, en la seria experiencia del día común, a causa de que el momento presente y la mera nadería se han vuelto porosos al pensamiento y absorben el mar de luz.

Si conversáis con una mente de grandiosa sencillez, la literatura os parecerá un juego de palabras. Las más sencillas expresiones serán las más dignas de ser escritas y, sin embargo, cosas tan baratas y tan naturales que, en las infinitas riquezas del alma, es como reunir unos pocos guijarros del suelo

o embotellar aire en una redoma cuando toda la tierra y toda la atmósfera son nuestras. No podréis acceder ahí, o volveros uno del círculo, salvo arrojando vuestros atavíos y tratando al hombre con la verdad desnuda, la llana confesión y la afirmación omnisciente.

Almas como esas os tratarían como los dioses; caminarían como dioses en la tierra, aceptando sin admirarse vuestro ingenio, vuestra generosidad, incluso vuestra virtud, o decid más bien vuestro deber, porque poseen vuestra virtud como su propia sangre, regia como ellas, y superregia, y el padre de los dioses. ¡Cómo rechaza su sencillo trato fraternal la mutua lisonja con que los autores mutuamente se solazan y hieren! Aquellos no halagan. No me asombra que estos hombres vayan a ver a Cromwell y a Cristina y a Carlos II y Jacobo I y al Gran Turco, porque son, en su propia elevación, los compañeros de los reyes y deben lamentar el tono servil de la conversación en el mundo. Deben ser siempre una bendición para los príncipes, porque se enfrentan a ellos, un rey ante un rey, sin reverencia o concesión, y proporcionan a la elevada naturaleza la renovación y satisfacción de la resistencia, de la sencilla humanidad, incluso de la camaradería y las nuevas ideas. Al dejarlos, son hombres más sabios y superiores. Almas como estas nos hacen sentir que la sinceridad es más excelente que el halago. Al tratar tan llanamente con hombre y mujer, fuerzan la máxima sinceridad y destruyen toda esperanza de frivolar con vosotros. Es el mayor cumplido que podéis hacer. Dice Milton: «Su suprema alabanza no es halago, y su consejo más sencillo es una especie de alabanza».

La unión de hombre y Dios en todo acto del alma es inefable. La persona más sencilla, que en su integridad adora a Dios, se convierte en Dios; sin embargo, el influjo de esta identidad mejor y universal es por siempre nuevo e insondable. Inspira temor y asombro. ¡Qué cara, qué suave surge para el hombre la idea de Dios, poblando el lugar solitario, borrando las cicatrices de nuestros errores y decepciones! Una vez hemos roto nuestro dios de la transición y acabado con nuestro dios de la retórica, Dios puede encender el corazón con su presencia. Dobla el corazón mismo, más aún, supone el infinito aumento del corazón con un poder de crecimiento hasta un nuevo infinito por todos lados. Inspira una confianza infalible al hombre, el cual no tiene la convicción, sino la visión de que lo mejor es lo verdadero, y puede eliminar fácilmente en ese pensamiento todas las incertidumbres y temores particulares y aplazar hasta la segura revelación del tiempo la solución de sus

enigmas privados; y está seguro de que su bienestar es querido para el corazón el ser. Al presentarse la ley en su mente, el hombre queda inundado con una confianza tan universal que barre con su inundación todas las esperanzas estimadas y los proyectos más estables de condición mortal. El hombre cree que no puede escapar de su bien. Las cosas que son realmente para vosotros gravitan hacia vosotros. Corréis en busca de vuestro amigo. Que vuestros pies corran, vuestra mente no lo necesita. Si no lo encontráis, ¿no admitiréis que ha sido mejor así? Hay un poder que, tal como está en vosotros, también está en él, y podría muy bien reuniros, si fuera lo mejor. Os preparáis con celo para marchar y prestar un servicio al que os invita vuestro talento y gusto, por amor a los hombres y esperanza de fama. ¿No se os ha ocurrido que no tenéis derecho a ir a menos que queráis igualmente que se os impida ir? ¡Creed mientras viváis que todo sonido dicho en el mundo que debáis oír vibrará en vuestros oídos! Todo proverbio, todo libro, toda consigna que os pertenece como ayuda o consuelo llegará seguramente a casa por pasajes abiertos o sinuosos. Os acogerá en sus brazos todo amigo al que ansiáis no por voluntad caprichosa, sino con un corazón tierno y grande; no hay una válvula, ni un muro, ni una intersección en la naturaleza, sino una sangre que circula ininterrumpidamente y sin cesar por todos los hombres, como el agua del globo es toda un mar y, bien vista, su marea es una.

Que el hombre, pues, aprenda de memoria la revelación de toda naturaleza y todo pensamiento, a saber, que lo supremo mora en él, que las fuentes de la naturaleza están en su mente si el sentimiento del deber está allí; pero si sabe lo que el gran Dios ha dicho, debe «entrar en su habitación y cerrar la puerta», como dijo Jesús. Dios no se hará manifiesto a los cobardes. El que lo escuche con grandeza debe apartar de sí los acentos de la devoción de otros hombres. Aun sus rezos le herirán hasta que no haya compuesto el suyo. Nuestra religión se afirma vulgarmente en número de creyentes. Cuando se apela a los números, por indirectamente que sea, se proclama allí y entonces que no hay religión. El que encuentra en Dios un pensamiento dulce, envolvente, nunca cuenta a sus compañeros. Cuando me siento en su presencia, ¿quién osará entrar? Cuando reposo en perfecta humildad, cuando ardo con puro amor, ¿qué pueden decir Swedenborg o Calvino?

No importa si la apelación es a los números o a uno. La fe que descansa en la autoridad no es fe. La confianza en la autoridad mide la decadencia de la religión, el retiro del alma. La posición que los hombres han dado a Jesús

durante muchos siglos es una posición de autoridad. Los caracteriza. No puede alterar los hechos eternos. El alma es grande, y sencilla. No es un adulador, no es un seguidor; nunca apela a sí misma. Cree en sí misma. Ante las inmensas posibilidades del hombre, encoge toda mera experiencia, toda pasada biografía, por impoluta y santa que sea. Ante ese cielo que nuestros presentimientos presagian no podemos alabar fácilmente cualquier forma de vida que hayamos visto o sobre la que hayamos leído. No solo afirmamos que hemos tenido pocos grandes hombres, sino, hablando de manera absoluta, que no tenemos ninguno, que no tenemos historia, ni registro de carácter o modo de vida alguno que nos contente por completo. Estamos obligados a aceptar a los santos y semidioses a los que adora la historia con una pizca de tolerancia. Aunque en nuestras horas solitarias extraemos una fuerza nueva de su recuerdo, sin embargo, cuando les prestamos atención, por lo irreflexivo y acostumbrado, fatigan y abruma. El alma se da a sí misma, sola, original y pura al solo, original y puro, que, en esa condición, habita alegremente, guía y habla por ella. No se llama religiosa, sino inocente. Llama suya a la luz y siente que la hierba crece y la piedra cae por una ley inferior a su naturaleza y dependiente de ella. Contemplad, dice, he nacido en la gran mente universal. Yo, la imperfecta, adoro mi propia perfección. Soy de alguna manera receptiva al alma grande y, por tanto, superviso el sol y las estrellas y siento que son los hermosos accidentes y efectos que cambian y pasan. Las oleadas de naturaleza eterna entran en mí cada vez más y me vuelvo pública y humana en mis miradas y acciones. Así llego a vivir en pensamientos y a actuar con energías que son inmortales. Así, reverenciando al alma y aprendiendo, como dijo el antiguo, que «su belleza es inmensa», el hombre llegará a ver que el mundo es el perenne milagro que obra el alma y las maravillas particulares le asombrarán menos; aprenderá que no hay historia profana, que toda historia es sagrada, que el universo se representa en un átomo, en un momento del tiempo. Ya no vestirá una vida manchada de jirones y parches, sino que vivirá con una divina unidad⁴⁴. Abandonará lo mezquino y frívolo en su vida y estará contento en todos los lugares y con cualquier servicio que pueda prestar. Afrontará tranquilo el mañana con la negligencia de esa confianza que Dios trae consigo y tendrá ya todo el futuro en el fondo del corazón.

[43](#) *Cain* (I, i, 536-537), de Byron.

[44](#) *Hamlet*, III, iv, 102, de Shakespeare.

CÍRCULOS

La naturaleza se centra en bolas,
y sus orgullosos efímeros,
sujetos a lo superficial y exterior,
exploran el contorno de la esfera;
han sabido lo que significaba,
hubo aquí una nueva génesis.

ENSAYO X

CÍRCULOS

El ojo es el primer círculo; el horizonte que forma es el segundo, y por toda la naturaleza esta figura primaria se repite sin fin. Es el emblema supremo en la cifra del mundo. San Agustín describió la naturaleza de Dios como un círculo cuyo centro estaba en todas partes y cuya circunferencia no estaba en ninguna. Toda nuestra vida leemos el sentido copioso de esta forma primera. Ya hemos deducido una moraleja al considerar el carácter circular o compensatorio de toda acción humana. Ahora trazaremos otra analogía, que toda acción admite ser superada. Nuestra vida entera consiste en aprender la verdad de que alrededor de todo círculo puede dibujarse otro, que no hay fin en la naturaleza, sino que todo fin es un comienzo, que siempre despunta otro amanecer a mediodía y que bajo todo abismo se abre otro más profundo⁴⁵.

Este hecho, en la medida en que simboliza el hecho moral de lo inalcanzable, lo perfecto huidizo, que no pueden abarcar las manos del hombre, y que al mismo tiempo inspira y condena todo éxito, puede servirnos para conectar convenientemente muchas ilustraciones del poder humano en todo departamento.

En la naturaleza no hay fijaciones. El universo es fluido y volátil. Visto por Dios, nuestro globo es una ley transparente, no una masa de hechos. La ley disuelve el hecho y lo mantiene fluido. Nuestra cultura es el predominio de una idea que arrastra tras ella este tren de ciudades e instituciones. Elevémonos a otra idea y desaparecerán. La escultura griega se derrite toda como si hubieran sido estatuas de hielo; aquí y allá quedará una figura o fragmento solitario, como vemos motas y retazos de nieve en fríos valles y oquedades montañosas en junio y julio. El genio que las creó crea ahora algo más. Las letras griegas duran un poco más, pero ya sufren la misma sentencia y se despeñan en el inevitable pozo que la creación de un nuevo pensamiento

abre para todo lo viejo. Los nuevos continentes se construyen sobre las ruinas de un viejo planeta; las nuevas razas se alimentan de la descomposición de las precedentes. Las nuevas artes destruyen las antiguas. Ved la inversión de capital en acueductos ya inútiles por la hidráulica, en fortificaciones por la pólvora, en carreteras y canales por el ferrocarril, en velas por el vapor, en el vapor por la electricidad.

Admiráis esta torre de granito que resiste las heridas de muchas épocas. Sin embargo, una pequeña mano inquieta construyó este enorme muro, y lo que construye es mejor que lo construido. La mano que lo ha construido puede derribarlo mucho más rápido. Mejor que la mano, y más ágil, fue el pensamiento invisible que trabajó con ella; y así, tras el grosero efecto hay una fina causa que, vista de cerca, es el efecto de otra causa más fina. Todo parece permanente hasta que su secreto es conocido. A las mujeres una rica propiedad les parece un hecho firme y duradero, a un mercader, uno fácilmente creado con cualquier material, y fácilmente perdido. Un huerto, una buena haza, buenos terrenos, le parecen a un ciudadano un buen partido, como una mina de oro o un río, pero para un granjero no son nada más seguro que el estado de la cosecha. La naturaleza parece provocativamente estable y secular, pero tiene una causa, como todo lo demás, y, una vez comprendido eso, ¿serán estos campos tan inamoviblemente amplios, estas hojas tan individualmente importantes? La permanencia es una palabra de grados. Todo es intermedio. Las lunas no limitan más el poder espiritual que las bolas de juego.

La clave para todo hombre es su pensamiento. Por robusto y desafiante que parezca, tiene un timón al que obedece, que es la idea conforme a la cual se clasifican sus hechos. Solo podremos reformarlo si le mostramos una idea que domine la suya. La vida de un hombre es un círculo que se despliega a sí mismo, el cual, desde un anillo imperceptiblemente pequeño se apresura sin cesar por todos lados hacia círculos nuevos y mayores. La extensión a la que llegará esta generación de círculos, una rueda tras otra, depende de la fuerza o verdad del alma individual. El esfuerzo inerte de cada pensamiento, habiéndose formado en una ola circular de circunstancias —como, por ejemplo, un imperio, las reglas de un arte, una usanza local, un rito religioso — consiste en acumularse en esa cresta y solidificarse y encerrarse en la vida; pero si el alma es rápida y fuerte, estalla sobre ese límite por todos lados y expande otra órbita en esa gran profundidad que se dirige a una nueva ola,

con un nuevo intento de detenerse y amarrarse. Sin embargo, el corazón se niega a ser aprisionado; en sus primeras y más seguidas pulsaciones ya tiende al exterior con una vasta fuerza y hacia expansiones inmensas e innumerables.

Todo acto último es el primero de una nueva serie. Toda ley general, solo un hecho particular de una ley más general a punto de revelarse. No hay exterior ni muro de cierre ni circunferencia para nosotros. El hombre termina su historia, ¡qué buena, qué definitiva, un nuevo rostro para todas las cosas! Llena el cielo. Mirad, al otro lado también se alza un hombre y traza un círculo en torno al círculo que considerábamos el contorno de la esfera. Entonces nuestro primer portavoz ya no es un hombre, sino solo un primer portavoz. Su única corrección es trazar enseguida un círculo en torno a su antagonista. Así lo hacen los hombres. El resultado actual que hechiza la mente y no puede evitarse se abrevia al instante en una palabra, y el principio que parecía explicar la naturaleza se incluirá como un ejemplo de una generalización más osada. En el pensamiento de mañana hay un poder para socavar vuestro credo, todos los credos, todas las literaturas, todas las naciones, y dirigiros a un cielo que ningún sueño épico ha descrito aún. Todo hombre no es tanto un trabajador del mundo como una sugerencia de lo que debe ser. Los hombres caminan como profecías de la próxima época.

Paso a paso subimos esta misteriosa escalera: los pasos son acciones; la nueva perspectiva es poder. Cada resultado está amenazado y juzgado por el siguiente. Cada uno parece contradicho por el nuevo, solo limitado por el nuevo. La afirmación nueva siempre es odiada por la vieja y, para los que confían en la vieja, supone un abismo de escepticismo; pero el ojo se acostumbra pronto a ella, porque ambos son efectos de una causa. Luego aparece su inocencia y beneficio y, de inmediato, gastada toda su energía, palidece y mengua ante la revelación de la hora nueva.

No temáis la nueva generalización. ¿Parece el hecho craso y material, amenaza con degradar vuestra teoría del espíritu? No os resistáis a ella: refina y eleva en igual medida vuestra teoría de la materia.

No hay fijaciones en los hombres si apelamos a la conciencia. Todo hombre supone no ser plenamente comprendido y, si hay alguna verdad en él, si descansa al fin en el alma divina, no veo cómo puede ser de otro modo. Debe sentir que aún no se ha abierto la última habitación, el último gabinete; siempre hay un residuo desconocido, inanalizable, es decir, todo hombre cree

que tiene una posibilidad mayor.

Nuestros humores no se creen mutuamente. Hoy soy todo pensamiento y puedo escribir lo que quiero. No veo por qué mañana no debería tener el mismo pensamiento, el mismo poder de expresión. Lo que escribo, mientras lo escribo, parece lo más natural del mundo; pero ayer vi una temible vacuidad en esta dirección en que ahora veo tanto, y no dudo de que, dentro de un mes, me asombraré de quien escribió sin parar tantas páginas. ¡Ay de esta débil fe, esta voluntad nada fuerte, este vasto reflujó de un vasto flujo! Soy Dios en la naturaleza, soy una hierba junto al muro.

El continuo esfuerzo por elevarse por encima de sí mismo, por alcanzar un tono superior a su última cota, se revela en las relaciones humanas. Ansiamos la aprobación, pero no podemos perdonar a quien la emite. Lo dulce de la naturaleza es el amor, pero, si tengo un amigo, me atormentan mis imperfecciones. El amor por mí acusa a la otra parte. Si por su elevación me despreciara, entonces podría quererle y ascender por mi afecto a nuevas cotas. El crecimiento de un hombre se ve en los sucesivos coros de sus amigos. Por cada amigo al que pierde por la verdad, gana uno mejor. Mientras caminaba por el bosque y me acordaba de mis amigos, he pensado por qué debía jugar con ellos este juego de idolatría. Conozco y veo demasiado bien, cuando no me ciego voluntariamente, los veloces límites de las personas llamadas altas y dignas. Son ricas, nobles y grandes por lo liberal de nuestras expresiones, pero la verdad es triste. ¡Bendito espíritu, a quien abandoné por estas, no son tú! Toda consideración personal que toleramos nos cuesta una propiedad celestial. Vendemos los tronos de los ángeles por un placer breve y turbulento.

¿Cuán a menudo debemos aprender esta lección? Los hombres dejan de interesarnos cuando descubrimos sus limitaciones. El único pecado es la limitación. Tan pronto como dais con las limitaciones de un hombre todo ha acabado con él. ¿Tiene talento, iniciativa, conocimiento? Aceptado. Ayer os parecía infinitamente fascinante y atractivo, una gran esperanza, un mar por surcar; ahora conocéis sus orillas, lo tenéis por una laguna y no os importa si no volvéis a verlo.

Todo nuevo paso que damos en el pensamiento reconcilia veinte hechos aparentemente discordantes como expresión de una ley. Consideramos a Aristóteles y Platón las cabezas respectivas de dos escuelas. Un sabio verá que Aristóteles platoniza. Al retroceder un paso con el pensamiento, las

opiniones discordantes se reconcilian, vistas como dos extremos de un principio, y no podemos retroceder tanto como para impedir una visión aún superior.

Tened cuidado cuando el gran Dios suelta a un pensador en este planeta. Entonces todo está en riesgo, como cuando estalla una conflagración en una gran ciudad y nadie sabe lo que es seguro o dónde acabará. No hay ni una porción de la ciencia cuyo flanco no pueda destaparse mañana, no hay reputación literaria alguna, ni los llamados eternos nombres de la ciencia, que no pueda revisarse y condenarse. Las mismas esperanzas del hombre, los pensamientos de su corazón, la religión de las naciones, los modales y moral de la humanidad están todos a merced de una nueva generalización. Una generalización es siempre un nuevo influjo de la divinidad en la mente. De ahí el estremecimiento que la acompaña.

El valor consiste en el poder de recuperarse a sí mismo, de modo que hay un hombre cuyo flanco no puede destaparse, que no puede ser desbordado, sino que, allí donde le pongáis, se mantiene. Esto solo puede ser porque prefiere la verdad a su pasada aprehensión de la verdad, y la acepta vigilante, venga de donde venga: la intrépida convicción de que sus leyes, su relación con la sociedad, su cristianismo, su mundo pueden verse en cualquier momento superados y perecer.

Hay grados en el idealismo. Primero aprendemos a jugar con él académicamente, como el imán fue una vez un juguete. Luego vemos en el auge de la juventud y la poesía que puede ser verdad, que es verdadero en destellos y fragmentos. Luego su rostro se vuelve firme y grande y vemos que debe ser verdadero. Ahora se muestra ético y práctico. Aprendemos que Dios ES; que está en mí y que todas las cosas son sombras suyas. El idealismo de Berkeley es solo una afirmación cruda del idealismo de Jesús, y esa es de nuevo una cruda afirmación del hecho de que toda la naturaleza es el rápido flujo de la bondad que se ejecuta y organiza a sí misma. De manera mucho más obvia, la historia y el estado del mundo dependen en cualquier momento directamente de la clasificación intelectual que existe entonces en la mente de los hombres. Las cosas son queridas para los hombres en esta hora por las ideas que han emergido en su horizonte mental y que causan el actual orden de las cosas tal como el árbol produce sus manzanas. Un nuevo grado de cultura revolucionaría al instante todo el sistema de las búsquedas humanas.

La conversación es un juego de círculos. En la conversación cogemos los

termini que limitan el terreno comunal del silencio por cada lado. Las partes no han de ser juzgadas por el espíritu que comparten y aun expresan en este Pentecostés. Mañana habrán retrocedido desde esta marca de la crecida. Mañana las veréis inclinadas bajo las viejas albardas. Sin embargo, disfrutemos de la llama hendida mientras brilla en nuestros muros. Cuando un nuevo hablante enciende una nueva luz, nos emancipa de la opresión del último hablante y nos oprime con la grandeza y exclusividad de su propio pensamiento; luego nos cede a un nuevo redentor y parece que recobramos nuestros derechos, convertidos en hombres. ¡Qué verdades profundas y ejecutables solo en épocas y orbes suponemos en el anuncio de toda verdad! En las horas comunes la sociedad se sienta fría y estatuaria. Estamos a la espera, vacíos, sabiendo, posiblemente, que podemos estar llenos, rodeados de poderosos símbolos que no son símbolos para nosotros, sino juguetes prosaicos y triviales. Entonces llega el dios y convierte las estatuas en hombres ardientes y con un resplandor de su mirada consume el velo que amortaja todas las cosas y se hace manifiesto el sentido del mobiliario mismo, de la taza y el platillo, de la silla y el reloj y el probador. Los hechos que parecían tan grandes en las nieblas de ayer —propiedad, clima, crianza, belleza personal y otros— han cambiado extrañamente sus proporciones. Lo que hemos considerado establecido se agita y traquetea, y las literaturas, las ciudades, los climas, las religiones abandonan sus fundamentos y bailan ante nuestros ojos. Sin embargo, ¡mirad aquí de nuevo la rápida circunspección! Siendo bueno el discurso, el silencio es mejor y lo avergüenza. La extensión del discurso indica la distancia del pensamiento entre el hablante y el oyente. Si se entendieran perfectamente en cualquier parte, las palabras no serían necesarias. Si coincidieran en todas partes, no habría palabras suficientes.

La literatura es un punto exterior de nuestro círculo actual, desde el cual puede describirse uno nuevo. La literatura nos proporciona una plataforma desde la que tenemos una visión de nuestra vida presente, una adquisición con la que podemos moverla. Nos llenamos de saber antiguo, nos instalamos lo mejor que podemos en casas griegas, púnicas y romanas con tal de poder ver mejor las casas y maneras de vivir francesas, inglesas y americanas. De manera similar, vemos mejor la literatura en medio de la naturaleza salvaje o desde el estrépito de los negocios o desde una religión elevada. El campo no puede verse bien desde el interior del campo. El astrónomo debe tener el diámetro de la órbita de la tierra como base para descubrir la paralaje de

cualquier estrella.

Por tanto, valoramos al poeta. Los argumentos y la sabiduría no están en la enciclopedia o el tratado de metafísica o los volúmenes teológicos, sino en el soneto o el drama. En mi trabajo diario me inclino a repetir mis viejos pasos y no creo en la fuerza curativa, en el poder del cambio y la reforma; pero un Petrarca o Ariosto, colmado con el vino de su imaginación, me escribe una oda o un vigoroso romance lleno de atrevido pensamiento y acción. Me golpea y levanta con sus tonos chillones, rompe toda mi cadena de hábitos y abro mis ojos a mis propias posibilidades. Aletea a los lados del viejo y sólido maderamen del mundo y soy capaz una vez más de elegir una senda recta en la teoría y la práctica.

Necesitamos tener de igual modo una visión de la religión del mundo. Nunca podremos ver el cristianismo desde el catecismo, posiblemente podamos desde los pastos, desde el bote en la laguna, entre los cantos de los pájaros del bosque. Purificados por los elementos de la luz y el viento, bañados en el mar de las bellas formas que el campo nos ofrece, podemos arriesgarnos a lanzar una mirada a la biografía. El cristianismo es debidamente querido por los mejores hombres y, sin embargo, ningún joven filósofo que haya sido educado en la Iglesia cristiana ha dejado de apreciar en especial ese valiente texto de Pablo: «Antes, cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a Él todo se lo sometió, para que sea Dios en todas las cosas»⁴⁶. Cuando las exigencias y virtudes de las personas no sean tan grandes y bienvenidas, el espíritu del hombre empujará ávidamente a lo impersonal e ilimitable y se armará alegremente contra el dogmatismo de los fanáticos con esta generosa palabra fuera del libro mismo.

El mundo natural puede concebirse como un sistema de círculos concéntricos, y de vez en cuando detectamos en la naturaleza ligeras dislocaciones que nos informan de que esta superficie en que estamos no es fija, sino móvil. Estas tenaces cualidades múltiples, esta química y vegetación, estos metales y vegetales que parecen estar ahí por sí mismos, son solo medios y métodos, son palabras de Dios y tan fugitivas como otras palabras. ¿Acaso el naturalista o químico que ha aprendido su oficio, que ha explorado la gravedad de los átomos y las afinidades electivas, no ha discernido una ley más profunda de la que esa es solo una afirmación parcial

o aproximada, es decir, que lo igual se atrae y que los bienes que os pertenecen gravitan hacia vosotros y no precisan ser perseguidos con dolores y coste? Sin embargo, esa afirmación también es aproximada y no definitiva. La omnipresencia es un hecho superior. El amigo y el hecho no necesitan ser llevados a su contrapartida por canales sutiles, subterráneos, sino que estas cosas, si se considera bien, proceden de la eterna generación del alma. Causa y efecto son dos lados de un hecho.

La misma ley de la eterna procesión alcanza a las llamadas virtudes, de modo que cada una se extingue a la luz de otra mejor. El gran hombre no será prudente en el sentido popular, toda su prudencia se deducirá de su grandeza; pero al que sacrifica la prudencia le conviene ver a qué dios lo dedica. Si es al alivio y el placer, habría hecho mejor en seguir siendo prudente; si a una gran confianza, puede prescindir de la mula y los serones por tener un carro alado. Geoffrey se calza las botas para atravesar los bosques y estar a salvo de las mordeduras de serpiente; Aaron nunca piensa en el peligro. En muchos años nunca ha tenido tal accidente. Sin embargo, a mi juicio, con cada precaución tomada contra ese mal os exponéis a su poder. Supongo que la prudencia suprema es la ínfima prudencia. ¿Es este un ímpetu demasiado repentino desde el centro a la periferia de nuestra órbita? Pensad en cuántas veces recaemos en penosos cálculos antes de reposar en ese gran sentimiento o convertir esa periferia en un nuevo centro. Además, vuestro sentir más valiente les resulta familiar a los hombres más humildes. Los pobres e inferiores tienen su manera de expresar los últimos hechos de la filosofía tan bien como vosotros. «Bendita nada» y «cuanto peor, mejor» son proverbios que expresan el trascendentalismo de la vida común.

La justicia de un hombre es la injusticia de otro; la belleza de uno, la fealdad de otro; la sabiduría de uno, la locura de otro, como cuando se contemplan los mismos objetos desde un punto más elevado. Un hombre cree que la justicia consiste en pagar las deudas y aborrece sin medida a otro que es muy remiso a ese deber y hace esperar tediosamente al acreedor; pero el segundo tiene su propia manera de ver las cosas: se pregunta qué deuda debe pagar primero, la deuda con los ricos o la deuda con los pobres, la deuda de dinero o la deuda de pensamiento con la humanidad, del genio con la naturaleza. Para el corredor de bolsa solo hay el principio aritmético; para mí el comercio resulta trivial, el amor, la fe, el amor al carácter, la aspiración del hombre son sagrados; ni puedo separar un deber, como aquel hace, de todos

los demás deberes y concentrar mis fuerzas mecánicamente en el pago de cantidades. Dejadme vivir y veréis que, aunque más lento, el progreso de mi carácter liquidará todas esas deudas sin ser injusto con exigencias superiores. ¿No sería injusto que un hombre se dedicara a pagar billetes? ¿No debe nada más que dinero? ¿Han de posponerse todas las reclamaciones a las de un propietario o banquero?

Ninguna virtud es definitiva; todas son iniciales. Las virtudes de la sociedad son los vicios del santo. El terror de la reforma es descubrir que debemos arrojar nuestras virtudes, o las que siempre hemos tenido por tales, al mismo pozo que ha consumido nuestros vicios más groseros.

Perdona sus crímenes, perdona también sus virtudes,
esas faltas menores a medio camino de lo correcto⁴⁷.

El poder supremo de los momentos divinos es abolir también nuestra contrición. Me acuso a diario de perezoso e improductivo, pero cuando me invaden estas olas de Dios ya no calculo el tiempo perdido. Ya no cuento pobremente mis posibles logros por lo que me queda del mes o el año, porque estos momentos confieren una especie de omnipresencia y omnipotencia que no pide nada de la duración, sino que ve que la energía de la mente es conmensurable con el trabajo que ha de hacerse al margen del tiempo.

¡Así, oh filósofo circular, oigo exclamar a un lector, has llegado a un fino pirronismo, a una equivalencia e indiferencia de todas las acciones, y nos enseñas que, *si somos sinceros*, en verdad, nuestros crímenes pueden ser grandes piedras con las que construir el templo del verdadero Dios!

No me preocupa justificarme. Reconozco que me alegra ver el predominio del principio sacarino en la naturaleza vegetal y no menos contemplar en la moral esa irrestricta inundación del principio del bien en toda grieta y agujero que el egoísmo ha dejado abierto, sí, en el egoísmo y el pecado mismo, de modo que ningún mal es puro, ni el infierno mismo carece de satisfacciones extremas. Ahora bien, para no descarriar a nadie mientras obedezco a mi cabeza y mis caprichos, dejadme recordar al lector que solo soy un experimentador. No concedáis el menor valor a lo que hago ni el mínimo descrédito a lo que no, como si pretendiera considerar algo verdadero o falso. Trastorno todas las cosas. No hay hechos sagrados para mí, ni profanos; simplemente experimento, un buscador interminable, sin pasado alguno a mi

espalda.

Sin embargo, nunca podríamos ser conscientes de ese movimiento y progresión incesante del que forman parte todas las cosas salvo por el contraste con cierto principio de fijación o estabilidad en el alma. Mientras la eterna generación de círculos procede, el eterno generador permanece. Esa vida central es algo superior a la creación, superior al conocimiento y pensamiento, y contiene todos sus círculos. Se esfuerza por siempre para crear una vida y pensamientos tan amplios y excelentes como ella misma, aunque en vano, porque lo hecho instruye sobre cómo hacerlo mejor.

Así, no hay sueño ni pausa ni preservación, sino que todas las cosas se renuevan, germinan, brotan. ¿Por qué deberíamos importar jirones y reliquias a la hora nueva? La naturaleza aborrece lo viejo y la vejez parece la única enfermedad; las demás paran en esta. La llamamos con muchos nombres, fiebre, intemperancia, locura, estupidez y crimen; son formas de la vejez, son el descanso, el conservadurismo, la apropiación, la inercia, no la novedad ni el camino adelante. Encanecemos a diario. No veo la necesidad de ello. Si conversamos con lo que está por encima de nosotros no envejecemos, sino rejuvenecemos. La infancia, la juventud, receptiva, aspirante, con la mirada religiosa en lo alto, no se tiene en cuenta y se abandona a la instrucción que fluye desde todas partes; pero los septuagenarios asumen saberlo todo, han sobrevivido a su esperanza, renuncian a la aspiración, aceptan lo actual como necesario y son condescendientes con los jóvenes. Que se conviertan en órganos del Espíritu Santo, que sean amantes, que contemplen la verdad; sus ojos se elevarán, sus arrugas se alisarán, la esperanza y el poder los perfumarán de nuevo. Esta vejez no debería reptar hasta la mente humana. En la naturaleza todo momento es nuevo, el pasado queda tragado y olvidado, solo lo venidero es sagrado. Nada es seguro salvo la vida, la transición, el espíritu energizante. Ningún amor puede asegurarse por juramento o pacto contra un amor superior. No hay verdad tan sublime que no pueda parecer trivial mañana a la luz de nuevos pensamientos. La gente desea ser afianzada; solo en la medida en que queda trastornada hay esperanza para ella.

La vida es una serie de sorpresas. No adivinamos hoy el humor, el placer, el poder del mañana, cuando construimos nuestro ser. De estados inferiores —de actos rutinarios y significativos— podemos decir algo, pero Dios oculta las obras maestras, los crecimientos totales y movimientos universales del alma; son incalculables. Puedo saber que la verdad es divina y útil, pero no

cómo me ayudará, porque solo *ser así* lleva a *conocer así*. La nueva posición del hombre de progreso tiene todos los poderes de la vieja y, sin embargo, los tiene nuevos. Lleva en su pecho todas las energías del pasado, pero en sí misma es una exhalación de la mañana. Desecho en este nuevo momento todo el conocimiento otrora acumulado por vacuo y vano. Ahora, por vez primera, me parece conocer todo correctamente. No sabemos lo que significan las palabras más sencillas, salvo cuando nos mueven el amor y la aspiración.

La diferencia entre los talentos y el carácter es la destreza para cuidar la vieja y trillada ronda y el poder y coraje para construir un nuevo camino a metas nuevas y mejores. El carácter forja un presente abrumador, una hora alegre, decidida, que fortalece a los acompañantes, haciéndolos ver que hay muchas cosas posibles y excelentes que no habían sido pensadas. El carácter borra la impresión de los acontecimientos particulares. Cuando vemos al conquistador no pensamos mucho en batalla o éxito alguno. Vemos que habíamos exagerado la dificultad. Le resultó fácil. El gran hombre no admite convulsión o tormento; los acontecimientos pasan por encima de él sin impresionarle demasiado. La gente dice a veces: «Mirad lo que he superado, lo alegre que estoy, cuán completo es mi triunfo sobre estos negros acontecimientos». No es así si aún me recuerdan el negro acontecimiento. La verdadera conquista logra que la calamidad se marchite y desaparezca, como aquella nube insignificante en una historia larga y progresiva.

Lo único que buscamos con deseo insaciable es olvidarnos a nosotros mismos, vernos sorprendidos al margen de nuestra propiedad, perder nuestra memoria sempiterna y hacer algo sin saber cómo o por qué; en resumen, trazar un nuevo círculo. Nunca se logró nada grande sin entusiasmo. El camino de la vida es maravilloso; lo es por abandono. Los grandes momentos de la historia son las realizaciones fáciles mediante la fuerza de las ideas, como las obras del genio y la religión. Oliver Cromwell dijo: «Un hombre nunca se eleva tanto como cuando no sabe adónde va». Los sueños y la embriaguez, el uso del opio y el alcohol son la apariencia y falsificación de este genio oracular, y de ahí su peligrosa atracción para los hombres. Por la misma razón, estos solicitan la ayuda de violentas pasiones, como en el juego y la guerra, para remedar de alguna manera las llamas y generosidad del corazón.

[45](#) *El Paraíso perdido*, V, 310-31, de Milton.

[46](#) 1 Corintios 15, 28.

[47](#) *The Complaint; or, Night Thoughts*, IX, 2316-2317, de Edward Young.

INTELECTO

Vamos, acelerad las estrellas del pensar
hacia sus metas brillantes;
el sembrador esparce su semilla,
el trigo derramado será almas.

ENSAYO XI

INTELECTO

Toda sustancia es eléctrica negativamente respecto a la que está por encima en la tabla química, positivamente respecto a la inferior. El agua disuelve la madera, el hierro y la sal; el aire disuelve el agua, el fuego eléctrico disuelve el aire, pero el intelecto disuelve en su irresistible disolvente el fuego, la gravedad, las leyes, el método y las más sutiles relaciones innominadas de la naturaleza. El intelecto queda tras el genio, que es intelecto constructivo. El intelecto es el sencillo poder anterior a toda acción o construcción. Alegrementemente desplegaría por serenos grados una historia natural del intelecto, pero ¿qué hombre ha sido capaz de marcar los pasos y límites de esa esencia transparente? Siempre han de plantearse las primeras preguntas, y el doctor más sabio es apedreado por la curiosidad del niño. ¿Cómo podemos hablar de la acción de la mente desde un punto de vista, como el de su conocimiento, su ética, sus obras y cosas así, cuando mezcla la voluntad con la percepción, el conocimiento con el acto? Cada uno se convierte en el otro. Ella existe sola. Su visión no es como la visión del ojo, sino que es la unión con las cosas conocidas.

El intelecto y la intelección significan para el oído común considerar la verdad abstracta. Las consideraciones de tiempo y lugar, de tú y yo, de provecho y daño, tiranizan la mente de la mayoría de los hombres. El intelecto separa el hecho de *vosotros*, de toda referencia local y personal, y lo discierne como si existiera por sí mismo. Heráclito consideraba los actos como nieblas densas y coloridas. Al hombre le resulta difícil caminar en línea recta en la bruma de los afectos buenos y malos. El intelecto está vacío de afecto y ve el objeto como queda a la luz de la ciencia, frío y desprendido. El intelecto sale de lo individual, flota sobre su propia personalidad y observa como un hecho y no como *yo* y *mío*. Quien está inmerso en lo concerniente a

personas y lugares no puede ver el problema de la existencia. La naturaleza muestra todas las cosas formadas y limitadas. El intelecto atraviesa la forma, salta el muro, detecta la igualdad intrínseca entre cosas remotas y reduce todas las cosas a pocos principios.

Hacer de un hecho el tema del pensamiento eleva el intelecto. Toda esa masa de fenómenos mentales y morales que no convertimos en objetos de pensamiento voluntario entra en el poder de la fortuna; constituyen la circunstancia de la vida diaria, están sometidos al cambio, el temor y la esperanza. Todo hombre contempla su condición humana con cierta melancolía. Como el barco varado batido por las olas, el hombre, encerrado en la vida mortal, queda a merced de los acontecimientos venideros. Una verdad, separada por el intelecto, deja de ser un tema del destino. La contemplamos como a un dios sobrepuesto al cuidado y el temor. Así, cualquier hecho de nuestra vida o cualquier registro de nuestra fantasía o reflexión, desenredado de la red de nuestra inconsciencia, se convierte en un objeto impersonal e inmortal. Es el pasado restaurado, pero embalsamado. Un arte mejor que el de Egipto lo ha salvado del temor y la corrupción. Queda desentrañado del cuidado, ofrecido a la ciencia. Lo que se dirige a nuestra contemplación no nos amenaza, sino que nos hace seres intelectuales.

El crecimiento del intelecto es espontáneo en toda expansión. La mente que crece no podría predecir los momentos, los medios, el modo de esa espontaneidad. Dios entra por una puerta privada en cada individuo. Mucho antes de la edad de la reflexión está el pensar de la mente. Salió inadvertida de la oscuridad a la maravillosa luz de hoy. En el periodo de la infancia aceptaba y disponía de todas las impresiones de la creación circundante a su propia manera. Cualquier cosa que una mente haga o diga responde a una ley y esta ley nativa perdura sobre ella después de haber llegado a la reflexión o pensamiento consciente. En la vida del más trillado, pedante, introvertido atormentador de sí mismo, la mayor parte le resulta incalculable, imprevista, inimaginable, y así deber ser hasta que pueda cogerse a sí mismo por las orejas. ¿Qué soy yo? ¿Qué ha hecho mi voluntad para convertirme en lo que soy? Nada. Corrientes secretas de poder y mente me han hecho flotar en este pensamiento, esta hora, esta conexión de acontecimientos, y mi ingenuidad e intención no lo ha frustrado, no ha contribuido a ello en grado apreciable.

Nuestra acción espontánea es siempre la mejor. No podéis, con vuestra mejor deliberación y atención, acercaros tanto a cuestión alguna como con

una mirada espontánea, aunque os levantéis de la cama o salgáis a pasear por la mañana tras haber meditado el asunto antes de dormir la noche pasada. Nuestro pensar es una piadosa recepción. La verdad de nuestro pensamiento, por tanto, está viciada tanto por la dirección demasiado violenta dada por nuestra voluntad como por una negligencia excesiva. No decidimos lo que pensaremos. Solo abrimos nuestros sentidos, despejamos como podemos cualquier obstáculo del hecho y permitimos que el intelecto vea. Tenemos poco control sobre nuestros pensamientos. Somos los prisioneros de las ideas. Ellas nos trasladan por momentos al cielo y nos atrapan tan plenamente que no tomamos pensamiento alguno para mañana, miramos como niños, sin esfuerzo para hacerlos nuestros. Pronto caemos de ese raptó, recordamos dónde hemos estado, lo que hemos visto, y repetimos tan fielmente como podemos lo que hemos contemplado. En la medida en que nos acordamos de estos éxtasis, nos entusiasma la indeleble memoria del resultado, y todos los hombres y todas las épocas lo confirman. Se llama verdad; pero en cuanto dejamos de informar e intentamos corregir e inventar, no es verdad.

Al considerar qué personas nos han estimulado y beneficiado, percibiremos la superioridad del principio espontáneo o intuitivo sobre el aritmético o lógico. El primero contiene el segundo, pero virtual y latente. Queremos, en todo hombre, una buena lógica; no podemos perdonar su ausencia, aunque no deba mencionarse. La lógica es la procesión o el despliegue proporcionado de la intuición, pero su virtud opera como método silencioso; en el momento en que aparece como proposiciones y tiene un valor separado resulta inútil.

En la mente de todo hombre permanecen ciertas imágenes, palabras y hechos que puede imprimir sin esfuerzo, que otros olvidan y que después ilustran para él leyes importantes. Todo nuestro progreso es como un despliegue, como un brote vegetal. Primero tenéis un instinto, luego una opinión, luego un conocimiento, tal como la planta tiene raíz, brote y fruto. Confíad en el instinto hasta el final, aunque no podáis justificarlo. En vano se lo apremia. Confiando en él hasta el final madurará en la verdad y sabréis por qué creéis.

Cada mente tiene su propio método. Un hombre verdadero nunca contrae normas universitarias. Lo que habéis reunido de una manera natural sorprende y agrada cuando se produce. No podemos supervisar nuestros mutuos secretos, de ahí que las diferencias entre los hombres en dotación

natural sean insignificantes en comparación con su riqueza común. ¿Creéis que el portero y el cocinero no tienen anécdotas, experiencias, maravillas para vosotros? Todos saben tanto como el sabio. Los muros de las mentes rudas están garabateados con hechos, con pensamientos. Un día traerán una linterna y leerán las inscripciones. Todo hombre, en la medida de su ingenio y cultura, ve encenderse su curiosidad respecto a los modos de vivir y pensar de otros hombres y, en especial, de aquellas clases cuya mente no ha sido taladrada por la escuela.

Esta acción instintiva nunca cesa en una mente saludable, sino que resulta más rica y frecuente en sus informaciones en todos los estados de la cultura. Al final llega la era de la reflexión, cuando no solo observamos, sino que nos molestamos en observar, cuando nos sentamos adrede a considerar una verdad abstracta; cuando mantenemos abierto el ojo de la mente, mientras conversamos, mientras leemos, intentamos aprender la ley secreta de cierta clase de hechos.

¿Cuál es la tarea más difícil del mundo? Pensar. Quisiera adoptar la actitud de mirar con los ojos una verdad abstracta y no puedo. Retrocedo y me aparto por este lado y por aquel. Me parece saber lo que quiso decir el que afirmó que ningún hombre podía ver a Dios cara a cara y vivir. Por ejemplo, un hombre explora la base del gobierno civil. Que su mente piense sin respiro, sin descanso, en una dirección. De nada le sirve su mejor atención durante largo tiempo. Sin embargo, los pensamientos revolotean ante él. No hacemos sino aprehender, presagiar borrosamente la verdad. Decimos: saldré a caminar y la verdad tendrá forma y claridad para mí. Allá vamos, pero no podemos descubrirla. Parece como si solo necesitáramos el silencio y la actitud compuesta de la biblioteca para captar el pensamiento. Entramos allí, pero estamos tan cerca de él como al principio. Luego, en un momento, sin aviso, la verdad aparece. Aparece cierta luz errante, y es la distinción, el principio que necesitábamos; pero el oráculo viene porque previamente hemos sitiado el santuario. Parece como si la ley del intelecto se asemejara a esa ley de la naturaleza por la que ahora inspiramos y luego espiramos, por la que el corazón ahora atrae, luego expelle la sangre, la ley de la ondulación. Así que ahora debéis trabajar con vuestro cerebro, ahora debéis absteneros de actuar y ver lo que muestra la gran alma.

Las intelecciones predicán tan legítimamente la inmortalidad del hombre como las voliciones morales. Toda intelección es principalmente prospectiva.

Su valor presente es el menor. Examinad lo que os agrada en Plutarco, en Shakespeare, en Cervantes. Toda verdad que un escritor adquiere es una linterna que gira hacia los hechos y pensamientos que ya estaban en su mente, de modo que todas las esteras y basuras esparcidas en su desván se vuelven preciosas. Todo hecho trivial en su biografía privada se convierte en una ilustración de este nuevo principio, revisita el día y deleita a todos los hombres por su picante y nuevo encanto. Los hombres dicen: ¿de dónde ha sacado esto?, y piensan que había algo divino en su vida, pero no; ellos tendrían miríadas de hechos tan buenos con tal de sacar una linterna para registrar también sus áticos.

Todos somos sabios. Las personas no diferimos en sabiduría, sino en arte. En un club académico conocí a una persona siempre deferente conmigo, quien, viendo mi capricho de escribir, imaginaba que mis experiencias tenían algo superior, mientras yo veía que sus experiencias eran tan buenas como las mías. Dádmelas y las usaré del mismo modo. Él sostenía lo viejo, sostiene lo nuevo; yo tenía el hábito de hilvanar juntos lo viejo y lo nuevo, que él no solía ejercitar. Esto puede aplicarse a los grandes ejemplos. Tal vez si conociéramos a Shakespeare no seríamos conscientes de una excesiva inferioridad, sino de una gran igualdad, aunque él tenía una extraña destreza para usar, clasificar sus hechos, de la que nosotros carecemos. A pesar de nuestra absoluta incapacidad para producir algo como *Hamlet* y *Otelo*, ved lo perfectamente que recibimos todos este ingenio e inmenso conocimiento de la vida y líquida elocuencia.

Si recogéis manzanas al amanecer o segáis heno o cultiváis maíz y luego os retiráis a casa y cerráis los ojos y los presionáis con la mano, aún veréis las manzanas colgadas en la luz brillante, con las ramas y hojas, o la hierba borlada o los pendones del maíz, durante cinco o seis horas. Allí quedan las impresiones del órgano retentivo, aunque no lo sepáis. Así queda en la memoria la serie de imágenes naturales que vuestra vida os ha hecho conocer, aunque no lo sepáis, y un fulgor de pasión relampaguea en su oscura habitación y el poder activo capta al instante la imagen idónea, como la palabra de su pensamiento momentáneo.

Tardamos en descubrir lo ricos que somos. Estamos seguros de que nuestra historia es bastante mansa: no tenemos nada que escribir, nada que inferir, pero nuestros años más sabios regresan a los despreciados recuerdos de la niñez y siempre estamos pescando algún artículo maravilloso en esa

laguna; hasta que, de pronto, comenzamos a sospechar que la biografía de la persona necia que conocemos no es, en realidad, nada menos que la paráfrasis en miniatura de los cien volúmenes de la historia universal.

En el intelecto constructivo, que designamos popularmente con la palabra genio, observamos el mismo equilibrio de dos elementos que en el intelecto receptivo. El intelecto constructivo produce pensamientos, oraciones, poemas, planes, diseños, sistemas. Es la generación de la mente, el matrimonio del pensamiento con la naturaleza. Al genio siempre han de ir dos dones, el pensamiento y la publicación. El primero es la revelación, siempre un milagro con el que no pueden familiarizarnos la ocurrencia frecuente o el estudio incesante, sino que siempre deja al investigador estupefacto. Es el advenimiento de la verdad en el mundo, una forma del pensamiento que ahora, por vez primera, irrumpe en el universo, el hijo de una antigua alma eterna, una pieza de genuina e inmensurable grandeza. Parece heredar por el momento todo lo que hasta ahora ha existido, y dictarle al nonato. Afecta a todo pensamiento humano y modela toda institución, pero, para que esté disponible, necesita un vehículo o arte con que transmitirse a los hombres. Para ser comunicable debe convertirse en una pintura u objeto sensible. Debemos aprender el lenguaje de los hechos. Las inspiraciones más maravillosas mueren con su sujeto si no tiene mano para pintarlas a los sentidos. El rayo de luz pasa invisible a través del espacio y solo se ve cuando cae en un objeto. Cuando la energía espiritual se dirige a algo exterior, entonces es un pensamiento. La relación que tenéis con el pensamiento hace primero que vosotros, vuestro valor, aparezcáis ante mí. El genio rico e inventivo del pintor quedará enterrado y perdido a falta de poder para dibujar, y en nuestras horas felices deberíamos ser poetas inagotables, con tal de poder pasar del silencio a una rima adecuada. Así como todos los hombres tienen acceso a una verdad primaria, todos tienen algún poder de comunicación en su cabeza, pero solo en el artista desciende a la mano. Hay una desigualdad, cuyas leyes aún no conocemos, entre dos hombres y entre dos momentos del mismo hombre, respecto a esta facultad. En las horas corrientes tenemos los mismos hechos que en las poco corrientes o inspiradas, pero estos no se sientan a ser retratados; no están separados, sino atrapados en una red. El pensamiento del genio es espontáneo, pero el pensamiento de la pintura o expresión, en la naturaleza más enriquecida o fluida, implica una mezcla de voluntad, cierto control sobre los estados

espontáneos sin el que ninguna producción es posible; es una conversión de toda la naturaleza a la retórica del pensamiento, bajo la mirada del juicio, con un tenaz ejercicio de elección. Sin embargo, el vocabulario imaginativo parece también ser espontáneo. No fluye solo o principalmente de la naturaleza, sino de una fuente más rica. El pintor no ejecuta los grandes trazos por imitación consciente alguna de formas particulares, sino acudiendo al manantial de todas las formas en su mente. ¿Quién es el primer maestro dibujante? Sin instrucción conocemos muy bien el ideal de la forma humana. Un niño sabe si un brazo o una pierna están distorsionados en una pintura, si la actitud es natural o noble o ruin, aunque nunca le hayan enseñado a dibujar o haya oído conversación alguna al respecto ni pueda dibujar correctamente un solo rasgo. Una buena forma impresiona gratamente toda mirada mucho antes de que adquiriera ciencia alguna sobre el tema, y un rostro hermoso hace palpar veinte corazones antes de considerar las proporciones mecánicas de los rasgos o la cabeza. Debemos a los sueños cierta luz sobre la fuente de esta destreza, porque, tan pronto como dejamos ir a nuestra voluntad, y que la sigan estados inconscientes, nos convertimos en hábiles dibujantes. Nos entretenemos con formas maravillosas de hombres, mujeres, animales, jardines, bosques y monstruos, y el lápiz místico con el que entonces dibujamos no conoce dificultad o inexperiencia, ni magrura o pobreza; puede diseñar y agrupar bien, su composición está llena de arte, sus colores están bien repartidos y todo el lienzo que pinta es como la vida misma, capaz de conmovernos con el terror, la ternura, el deseo y la pena. Tampoco las copias del artista del natural son meras copias, sino que siempre están tocadas y suavizadas por tintes de este dominio ideal.

Las condiciones esenciales para una mente constructiva no se combinan tan a menudo como para que una buena oración o verso se mantengan frescos y memorables por largo tiempo. Con todo, cuando escribimos con facilidad y entramos en el aire libre del pensamiento, parece garantizárenos que nada es más fácil que continuar esta comunicación a placer. Arriba, abajo, alrededor, el reino del pensamiento no tiene recintos, sino que las Musas nos hacen libres en su ciudad. Ahora bien, el mundo tiene un millón de escritores. Podría creerse, entonces, que el buen pensamiento resulta tan familiar como el aire o el agua, y los dones de cada nueva hora excluirían la última. Sin embargo, podemos contar todos nuestros buenos libros; es más, recuerdo cualquier verso hermoso durante veinte años. Es cierto que el intelecto

discernidor del mundo está siempre muy por delante del creativo, de modo que hay muchos jueces competentes del mejor libro y pocos escritores de los mejores libros; pero algunas de las condiciones de la construcción intelectual ocurren rara vez. El intelecto es un todo y exige integridad en cada obra. A ello se resisten por igual la devoción del hombre a un solo pensamiento y su ambición por combinar muchos.

La verdad es nuestro elemento vital, pero si un hombre fija su atención en un solo aspecto de la verdad y se dedica solo a él por un tiempo, la verdad se distorsiona y se vuelve falsedad; algo parecido al aire, que es nuestro elemento natural y el aliento de nuestra nariz, pero que, dirigido como una corriente al cuerpo por un tiempo, causa un resfriado, fiebre y aun la muerte. Qué cansino resulta el gramático, el frenólogo, el fanático político o religioso o, en efecto, cualquier mortal poseído cuyo equilibrio se pierde por la exageración de un solo tópico. Es la locura incipiente. Todo pensamiento también es una prisión. No puedo ver lo que veis, porque me arrebató un fuerte viento en una dirección que me saca del aro de vuestro horizonte.

¿Acaso es mejor si el estudiante, para evitar esta ofensa y liberarse a sí mismo, se propone formar un todo mecánico con la historia o la ciencia o la filosofía por la adición numérica de todos los hechos que entran en su visión? El mundo se niega a ser analizado por adición o sustracción. Cuando somos jóvenes invertimos mucho tiempo y molestias en llenar nuestros cuadernos con definiciones de la religión, el amor, la poesía, la política, el arte, con la esperanza, al cabo de unos pocos años, de tener condensado en nuestra enciclopedia el valor neto de todas las teorías a las que el mundo ha llegado. Año tras año, nuestras tablas quedan incompletas y, al fin, descubrimos que nuestra curva es una parábola cuyos arcos nunca se encuentran.

La integridad del intelecto no se transmite a sus obras por separación ni agregación, sino por una vigilancia que lleva al intelecto en su grandeza y mejor estado a operar en todo momento. Debe tener la misma compleción que la naturaleza. Aunque no hay diligencia que pueda reconstruir el universo en un modelo con la mejor acumulación o disposición de detalles, sin embargo, el mundo reaparece en miniatura en cada acontecimiento, de modo que todas las leyes de la naturaleza pueden leerse en el menor hecho. El intelecto debe tener una perfección semejante en su aprehensión y en sus obras. Por esta razón, la percepción de la identidad es un índice de mercurio de la pericia intelectual. Hablamos con personas realizadas que parecen ser

extraños en la naturaleza. La nube, el árbol, el césped, el pájaro no son suyos, no tienen nada suyo: el mundo es solo su alojamiento y mesa. El poeta, cuyos versos han de ser esféricos y completos, es aquel a quien la naturaleza no puede engañar, por extraña que sea la cara que ponga. Siente una estricta consanguinidad y detecta más semejanza que variedad en todos sus cambios. Nos aguija el deseo de nuevos pensamientos, pero cuando recibimos un pensamiento nuevo resulta ser solo el viejo con una nueva cara y, aunque nos apropiamos de él, al instante anhelamos otro; no nos enriquecemos realmente. La verdad estaba en nosotros antes de que la reflejaran los objetos naturales, y el genio profundo asignará la semejanza de todas las criaturas a todo producto de su ingenio.

Si los poderes constructivos son raros, y a pocos hombres les es dado ser poetas, sin embargo, todo hombre es un receptor de este descendente espíritu santo y puede estudiar bien las leyes de su influjo. La norma completa del deber intelectual es exactamente paralela a la norma del deber moral. Se exige del escolar una abnegación no menos austera que la del santo. Debe adorar la verdad y renunciar por ella a todas las cosas, y elegir la derrota y el dolor, de modo que su tesoro de pensamientos aumente con ello.

Dios ofrece a toda mente elegir entre verdad y reposo. Coged lo que queráis, nunca podréis tener ambos. Entre ellos, como un péndulo, oscila el hombre. Aquel en el que predomina el amor al reposo aceptará el primer credo, la primera filosofía, el primer partido político que conozca, probablemente el de su padre. Obtiene descanso, comodidad, reputación, pero se cierra la puerta de la verdad. Aquel en el que predomina el amor a la verdad se mantendrá lejos de todas las amarras y a flote. Se abstendrá de dogmatismo y reconocerá todas las negaciones opuestas entre las que, como muros, se balancea su ser. Se somete al inconveniente del suspense y la opinión imperfecta, pero es un candidato a la verdad como no lo es el otro, y respeta la ley suprema de su ser.

Debe medir con sus zapatos el círculo de la tierra para descubrir al hombre que puede proporcionarle la verdad. Entonces sabrá que hay algo más sagrado y grande en oír que en hablar. Feliz es el oyente, infeliz el hablante. Mientras oigo la verdad me baño en un hermoso elemento y no soy consciente de límite alguno en mi naturaleza. Las sugerencias que oigo y veo se multiplican por mil. Las aguas de ese gran abismo ingresan y egresan de mi alma. Si hablo, defino, confino y soy menos. Cuando Sócrates habla, Lisis

y Menexeno no se avergüenzan por no hablar. También ellos son buenos. De igual modo Sócrates es deferente con ellos, los quiere mientras habla. Un hombre sincero y natural contiene y es la misma verdad que articula un hombre elocuente, pero al hombre elocuente, como puede articularla, le parece algo menor residir en ella y se vuelve a aquellos hermosos silenciosos con inclinación y respeto. La sentencia antigua decía: «Guardemos silencio, como los dioses». El silencio es un disolvente que destruye la personalidad y nos da permiso para ser grandes y universales. El progreso de todo hombre se debe a una sucesión de profesores, cada uno de los cuales parece tener en su momento una influencia superlativa, pero que, al final, cede su lugar a uno nuevo. Que lo acepte todo francamente. Jesús dice: dejad padre, madre, casa y tierras y seguidme. El que deja todo recibe más. Esto es verdad tanto intelectual como moralmente. Toda nueva mente a la que nos aproximamos parece requerir una abdicación de todas nuestras posesiones pasadas y presentes. Una doctrina nueva parece, a primera vista, una subversión de todas nuestras opiniones, gustos y maneras de vivir. Tal impresión les han causado a muchos jóvenes en este país Swedenborg, Kant, Coleridge, Hegel o Cousin, su intérprete. Tomad agradecidos y de corazón cuanto puedan dar. Agotadlos, luchad con ellos, no los dejéis ir hasta recibir su bendición, y poco tiempo después el desmayo habrá pasado, el exceso de influencia remitirá y ya no serán un meteoro alarmante, sino una resplandeciente estrella que brilla serenamente en vuestro cielo y mezcla su luz con todo vuestro día.

Quien se entrega sin reservas a lo que le atrae, porque es suyo, rechaza lo que no le atrae, cualquiera que sea la fama y autoridad asociada a ello, porque no es suyo. La entera confianza en sí mismo pertenece al intelecto. Un alma es un contrapeso de todas las almas, como una columna capilar de agua es un equilibrio para el mar. Debe tratar las cosas, los libros y el genio soberano como a sí mismo, también un soberano. Aunque Esquilo sea el hombre por el que se le tiene, aún no ha hecho su trabajo, tras haber educado a los maestros de Europa durante mil años. Ha de consentir en ser un maestro de deleite también para mí. Si no puede hacerlo, toda su fama no le valdrá de nada conmigo. Sería un necio por no sacrificar mil Esquilos a mi integridad intelectual. Adoptad especialmente la misma postura respecto a la verdad abstracta, la ciencia de la mente. Los Bacon, Spinoza, Hume, Schelling, Kant, o quienquiera que os proponga una filosofía de la mente serán solo un traductor más o menos torpe de cosas en vuestra conciencia, las cuales

también tenéis vuestra manera de ver, tal vez de denominar. Decid, pues, en lugar de meditar tímidamente sobre su oscuro sentido, que aquel no ha logrado devolveros vuestra conciencia. No lo ha logrado; que otro lo intente. Si Platón no puede, tal vez lo haga Spinoza. Si Spinoza no puede, tal vez Kant. En cualquier caso, cuando al final lo logre, descubriréis que el escritor no os restituye a un estado recóndito, sino sencillo, natural, común.

Acabemos con esta didáctica. Aunque el tema lo provoque, no hablaré de la cuestión abierta entre la verdad y el amor. No presumiré de interferir en la vieja política de los cielos: «El querubín sabe más; el serafín ama más». Los dioses resolverán sus propias peleas. No puedo recitar leyes del intelecto, ni siquiera toscamente, sin recordar esa clase alta y secuestrada de sus profetas y oráculos, el sumo sacerdocio de la razón pura, los *Trimegisti*, los expositores de los principios del pensamiento de una a otra época. Cuando en largos intervalos volvemos sobre sus abstrusas páginas resulta maravilloso el aire grande y tranquilo de estos escasos, grandes señores espirituales que han caminado por el mundo —los de la religión antigua— entregados a un culto que hace parecer las cosas santas del cristianismo *parvenues* y populares, porque «la persuasión está en el alma, pero la necesidad está en el intelecto». Este grupo de próceres, Hermes, Heráclito, Empédocles, Plotino, Olimpodoro, Proclo, Sinesio y los demás, tiene algo tan vasto en su lógica, tan primario en su pensar, que parece anteceder a todas las distinciones ordinarias de la retórica y literatura y ser a la vez poesía y música y danza y astronomía y matemáticas. Estoy presente en la siembra de la semilla del mundo. Con una geometría de rayos solares, el alma pone los cimientos de la naturaleza. Su alcance y aplicabilidad demuestra la verdad y grandeza de su pensamiento, porque domina toda la agenda e inventario de las cosas para su ilustración; pero lo que señala su elevación y aun resulta cómico para nosotros es la serenidad inocente con la que estos infantiles Júpiteres se sientan en las nubes y de época en época charlan entre sí y con ningún contemporáneo. Suponiendo que su discurso es inteligible y lo más natural del mundo, añaden una tesis a otra sin prestar un momento de atención al asombro universal de la raza humana a sus pies, que no comprende su argumento más sencillo, ni se ablandan hasta el punto de insertar una oración popular o explicativa, ni muestran el menor disgusto o petulancia por la torpeza de su admirado auditorio. Los ángeles están tan enamorados del lenguaje que se habla en el cielo que no deformarán sus labios con el silbido

y dialectos inarmónicos de los hombres, sino que hablarán el suyo propio, aunque no haya nadie que los entienda.

ARTE

Dad a carretillas, bandejas y cazos
la gracia y brillo del romance;
traed la luz de la luna al mediodía
oculta en brillantes pilas de piedras;
sobre la adoquinada calle de la ciudad
plantad jardines con arriates de lilas;
que fuentes chorreantes enfríen el aire,
cantando en la tórrida plaza;
que estatua, cuadro, parque y sala,
balada, bandera y festival
restauren el pasado, adornen el día
y hagan de cada día una nueva mañana.
Así el esclavo con sucio guardapolvo
espiará tras el reloj de la ciudad
séquitos de reyes aéreos,
faldas de ángeles, alas estrelladas,
sus padres en brillantes fábulas,
sus hijos nutridos en mesas celestes.
Es el privilegio del arte
interpretar así su alegre papel,
aclimatar al hombre a la tierra
y doblar el exilio a su hado,
y, moldeado con el elemento
de los días y el firmamento,
enseñarle a subir por esa escala
y vivir en igualdad con el tiempo,
mientras la vida superior colma
el riachuelo del sentido humano.

ENSAYO XII

ARTE

Como el alma es progresiva, nunca se repite, sino que en todo acto intenta producir un nuevo y más hermoso todo. Esto aparece en obras tanto de las útiles como de las bellas artes, si usamos la popular distinción de las obras según su objetivo, sea el uso o la belleza. Así, en nuestras bellas artes el objetivo no es la imitación, sino la creación. En los paisajes el pintor debería sugerir una creación más hermosa que la conocida. Debería omitir los detalles, la prosa de la naturaleza, y darnos solo el espíritu y esplendor. Debería saber que el paisaje tiene belleza para su mirada porque expresa un pensamiento que es bueno para él, y ello porque el mismo poder que ve a través de su mirada es visto en ese espectáculo; y llegará a valorar la expresión de la naturaleza, y no la naturaleza misma, para exaltar así en su copia los rasgos que le agradan. Dará la penumbra de la penumbra, y la luz de la luz. En un retrato debe inscribir el carácter y no los rasgos y debe estimar al hombre que se sienta ante él solo como una pintura imperfecta o imagen del original interior al que aspira.

¿Qué es ese compendio y selección que observamos en toda actividad espiritual sino el impulso creativo mismo? Es la entrada de esa iluminación superior que enseña a transmitir un sentido mayor con símbolos más sencillos. ¿Qué es el hombre sino un más hermoso éxito de la naturaleza en la explicación de sí misma? ¿Qué es el hombre sino un paisaje más hermoso y compacto que el figurado por el horizonte, el eclecticismo de la naturaleza? ¿Y qué es su discurso, su amor a la pintura, su amor a la naturaleza, sino un éxito aún más hermoso, desechadas las pesadas millas y toneladas de espacio y masa, y concentrado su espíritu o moral en una palabra musical o el más hábil trazo del lápiz?

El artista debe emplear los símbolos habituales en su época y nación para

transmitir su comprensión ampliada a sus compatriotas. Así, lo nuevo en el arte se forma siempre con lo viejo. El genio de la hora coloca su sello indeleble en la obra y da un encanto inexpresable a la imaginación. En la medida en que el carácter espiritual del periodo domine al artista y halle expresión en su obra, conservará cierta grandeza y representará para futuros contempladores lo desconocido, lo inevitable, lo divino. Ningún hombre puede excluir este elemento de necesidad de su trabajo. Ningún hombre puede emanciparse de su época y país o producir un modelo en que no participen la educación, la religión, la política, los usos y artes de su tiempo. Aunque nunca haya habido nadie tan original, tan voluntarioso e imaginativo, no podrá borrar de su obra toda traza de los pensamientos entre los que ha crecido. Tratar de evitarlo revela el uso que evita. Por encima de su voluntad, y fuera de su vista, tiene la necesidad, por el aire que respira y la idea con la que él y sus contemporáneos viven y porfían, de compartir la manera de su época sin saber cuál es esa manera. Ahora bien, lo que es inevitable en la obra tiene un encanto mayor que el que pueda dar el talento individual, en tanto que la pluma o el cincel del artista parecen haber sido empuñados y guiados por una mano gigantesca para inscribir una línea en la historia de la raza humana. Esa circunstancia da valor a los jeroglíficos egipcios, a los ídolos indios, chinos y mejicanos, por groseros e informes que sean. Denotan la altura del alma humana en aquella hora y no han sido fantasiosos, sino que han brotado de una necesidad tan profunda como el mundo. ¿No añadiré ahora que todo el producto existente de las artes plásticas tiene por ello su valor supremo *como historia*, como un trazo en el retrato de ese hado, perfecto y hermoso, de acuerdo con cuyas disposiciones todos los seres resultan bellos?

Así, visto de manera histórica, la tarea del arte ha sido educar la percepción de la belleza. Estamos inmersos en la belleza, pero nuestros ojos no tienen una visión clara. Se necesita, mediante la exhibición de rasgos sencillos, ayudar y guiar el gusto dormido. Tallamos y pintamos, o contemplamos lo que ha sido tallado y pintado, como estudiantes del misterio de la forma. La virtud del arte consiste en separar, en secuestrar un objeto de la embarazosa variedad. Hasta que una cosa deja de estar conectada con las cosas, puede haber goce, contemplación, pero no pensamiento. Nuestra felicidad e infelicidad es improductiva. El infante está en un trance agradable, pero su carácter individual y su poder práctico dependen de su progreso

diario al separarse de las cosas y tratar con una sola cada vez. El amor y todas las pasiones concentran toda la existencia en torno a una sola forma. Ciertas mentes tienen el hábito de conceder una plenitud excluyente al objeto, el pensamiento, la palabra en que se posan, y convertirlo entonces en el diputado del mundo. Son los artistas, los oradores, los líderes de la sociedad. El poder de separar, y de magnificar por la separación, es la esencia de la retórica en las manos del orador y del poeta. El pintor y el escultor exhiben en colores y en piedra esta retórica, el poder de fijar la momentánea eminencia de un objeto, tan notable en Burke, en Byron, en Carlyle. El poder depende de la profundidad con que el artista ve ese objeto que contempla. Todo objeto tiene sus raíces en una naturaleza central y puede mostrársenos, desde luego, de tal modo que represente el mundo. Por tanto, cada obra del genio es el tirano de la hora y concentra la atención en sí misma. Por el momento, es lo único que merece decirse que lo logra, sea un soneto, una ópera, un paisaje, una estatua, el plano de un templo, de una campaña o de un viaje de descubrimiento. Al instante pasamos a otro objeto, que se vuelve un todo, como el primero, por ejemplo, un jardín bien diseñado, y no parece que valga la pena sino diseñar jardines. Creería que el fuego es lo mejor del mundo si no conociera el aire y el agua y la tierra. El derecho y la propiedad de todo objeto natural, de todo talento genuino, de cualesquiera propiedades nativas, es ser por el momento la cima del mundo. La ardilla que salta de una a otra rama y hace del bosque un amplio árbol por gusto no llena la mirada menos que el león; es hermosa, autosuficiente y está entonces y allí por naturaleza. Una buena balada atrapa mi oído y corazón mientras la escucho tanto como lo ha hecho antes una epopeya. El perro conducido por su amo, o una camada de cerdos, satisface y no es una realidad menor que los frescos de Miguel Ángel. Por esta sucesión de objetos excelentes aprendemos al fin la inmensidad del mundo, la opulencia de la naturaleza humana, que puede llegar al infinito en cualquier dirección, pero también aprendo que lo que me ha asombrado y fascinado en la primera obra me ha asombrado asimismo en la segunda; esa excelencia de todas las cosas es una.

El oficio de la pintura y la escultura parece ser meramente inicial. Los mejores cuadros pueden decirnos fácilmente su último secreto. Los mejores cuadros son rudos bosquejos de milagrosos puntos y líneas y tintes que componen el siempre cambiante «paisaje con figuras» en que habitamos. La pintura parece ser para el ojo lo que la danza para los miembros. Cuando se

ha educado el cuerpo para el dominio de sí mismo, para la agilidad, para la gracia, es mejor olvidar los pasos del maestro de baile; así la pintura enseña a la mirada el esplendor del color y la expresión de la forma y, cuando veo muchos cuadros y el genio superior en el arte, veo la ilimitada opulencia del lápiz, la indiferencia con que el artista es libre para elegir las formas posibles. Si puede dibujarlo todo, ¿por qué dibujar nada? Entonces mis ojos se abren al eterno cuadro que la naturaleza pinta en la calle con hombres y niños en movimiento, mendigos y hermosas damas, vestidas de rojo y verde y azul y gris, con el pelo largo, grisáceo, de rostro limpio, maquillado, arrugado, gigante, enano, amplio, travieso, cubierto y sustentado por el cielo, la tierra y el mar.

Una galería de esculturas enseña la misma lección con más austeridad. Así como la pintura enseña el color, la escultura enseña la anatomía de la forma. Cuando he visto hermosas estatuas, y después entro en una asamblea pública, comprendo bien lo que quiso decir quien dijo: «Cuando he estado leyendo a Homero todos los hombres parecen gigantes». También veo que la pintura y la escultura son gimnasia para el ojo, un entrenamiento para las sutilezas y curiosidades de su función. No hay estatua como este hombre vivo, con su ventaja infinita sobre toda escultura ideal, de variedad perpetua. ¡Qué galería de arte tengo aquí! Ningún manierista ha hecho estos grupos variados y las diversas figuras originales. Aquí está el artista mejorando, imponente y alegre, en su bloque. Ahora le golpea un pensamiento, luego otro, y con cada movimiento altera todo el aire, actitud y expresión de su día. Fuera con vuestro sinsentido de óleo y caballetes, de mármol y cinceles: salvo para abrir los ojos a las maestrías del arte eterno, son basura hipócrita.

La referencia de toda producción al fin a un poder original explica los rasgos comunes a todas las obras del arte supremo, que son universalmente inteligibles, que nos devuelven a los estados más sencillos de la mente, y son religiosas. Como la destreza que allí se muestra es la reaparición del alma original, un haz de luz pura, debería producir una impresión similar a la causada por los objetos naturales. En las horas felices la naturaleza nos parece una con el arte; arte perfeccionado, la obra del genio; y el individuo, en quien los gustos sencillos y la susceptibilidad a todas las grandes influencias humanas dominan los accidentes de una cultura local y especial, es el mejor crítico de arte. Aunque viajemos por todo el mundo en busca de lo bello, debemos llevarlo con nosotros o no lo encontraremos. Lo mejor de

la belleza es un encanto más hermoso que el que pueden enseñar la destreza en las superficies, en los contornos, o las reglas del arte, es decir, una radiación desde la obra de arte del carácter humano, una expresión maravillosa, a través de la piedra o el lienzo o el sonido musical, de los atributos más profundos y sencillos de nuestra naturaleza y, por tanto, más inteligible al fin para aquellas almas que los poseen. En la escultura de los griegos, en la mampostería de los romanos y en los cuadros de los maestros toscanos y venecianos, el encanto supremo es el lenguaje universal que hablan. En todos ellos respira una confesión de naturaleza moral, de pureza, de amor y esperanza. Lo que llevamos a ellos nos lo traeremos más hermosamente ilustrado en la memoria. El viajero que visita el Vaticano y pasa de una sala a otra a través de galerías de estatuas, vasos, sarcófagos y candelabros, a través de todas las formas de la belleza, cortadas en los más ricos materiales, corre el riesgo de olvidar la sencillez de los principios de que surgieron y que tuvieron su origen en pensamientos y leyes en su propio pecho. Estudia las reglas técnicas en estos maravillosos restos, pero olvida que estas obras no siempre estuvieron consteladas así; que son las contribuciones de muchas épocas y muchos países, que cada una salió del taller solitario de un artista, que trabajaba tal vez en la ignorancia de que existieran otras esculturas, que creó su obra sin otro modelo, salvo la vida, la vida doméstica, y lo dulce y grato de las relaciones personales, de los corazones palpitantes y las miradas afectuosas, de la pobreza y la necesidad y la esperanza y el temor. Estas fueron sus inspiraciones y estos son los efectos que traslada a vuestro corazón y mente. En proporción a su fuerza, el artista encontrará en su obra una salida para su carácter apropiado. No debe verse en modo alguno apremiado u obstaculizado por su material, sino que, por su necesidad de impartirse a sí mismo, el diamante será cera en sus manos y permitirá una adecuada comunicación de sí mismo en su plena estatura y proporción. No necesita molestarse con una naturaleza y cultura convencionales ni preguntar por la moda en Roma o en París, sino que esa casa y tiempo y manera de vivir que la pobreza y el hado del nacimiento han hecho a la vez tan odiosos y queridos, en la basta cabaña boscosa o en el rincón de una granja de New Hampshire o en un refugio selvático o en el estrecho alojamiento donde ha resistido los apuros y apariencia de la pobreza urbana, servirán tan bien como cualquier otra condición como el símbolo de un pensamiento que se vierte indiferentemente a través de todo.

Recuerdo que, cuando en mi juventud oía hablar de las maravillas de la pintura italiana, imaginaba que los grandes cuadros serían grandes extraños, una combinación sorprendente de color y forma, una maravilla extranjera, de oro y perla bárbaros, como los espartanos y estandartes de la milicia que juguetean en los ojos y la imaginación de los escolares. No sabía qué iba a ver y adquirir. Cuando al final llegué a Roma y vi los cuadros, descubrí que el genio había dejado a los novicios lo alegre y fantástico y ostentoso y se abría paso directamente hasta lo sencillo y verdadero, que era familiar y sincero, que era el hecho antiguo, eterno, que ya había conocido en tantas formas, hasta donde había vivido; que era el sencillo *tú y yo* que tan bien conocía, que había dejado en casa en tantas conversaciones. Tuve la misma experiencia ya en una iglesia en Nápoles. Allí vi que nada había cambiado para mí salvo el lugar, y me dije a mí mismo: «Muchacho tonto, has salido de allí, has cruzado cuatro mil millas de agua salada para descubrir lo que era perfecto para ti en casa». Lo mismo me ocurrió en la Academia de Nápoles, en las salas de escultura y cuando llegué a Roma, frente a los cuadros de Rafael, Miguel Ángel, Sacchi, Tiziano y Leonardo da Vinci. «¡Cómo, viejo topo, tan rápido vas por la tierra!»⁴⁸. Había viajado a mi lado: lo que creía haber dejado en Boston estaba aquí en el Vaticano, y de nuevo en Milán y en París, y volvía el viajar ridículo como una rueda de molino. Ahora exijo esto de todos los cuadros, que me domestiquen, no que me deslumbren. La pintura no debe ser demasiado pintoresca. Nada asombra a los hombres tanto como el sentido común y el trato llano. Todas las grandes acciones han sido sencillas y todos los cuadros grandes.

La Transfiguración de Rafael es un ejemplo eminente de este mérito peculiar. Una belleza tranquila, benigna, brilla sobre todo el cuadro y va directa al corazón. Parece casi llamaros por vuestro nombre. El rostro dulce y sublime de Jesús está más allá de toda alabanza y, sin embargo, ¡cómo defrauda las floridas expectativas! Este rostro familiar, sencillo, casero, es como el de un amigo. El conocimiento de los negociantes da su valor, pero no escuchéis su crítica cuando el genio toca vuestro corazón. No fue pintado para ellos, fue pintado para vosotros, para aquellos cuyos ojos son susceptibles de ser tocados por la sencillez y las emociones elevadas.

Sin embargo, una vez hemos dicho todas las cosas hermosas sobre las artes, debemos acabar confesando francamente que las artes, tal como las

conocemos, no son sino iniciales. Damos la mejor alabanza a lo que apuntaban y prometían, no al resultado actual. Ha pensado mezquinamente en los recursos del hombre quien cree que la mejor época de producción ha pasado. El verdadero valor de la *Ilíada* o de la *Transfiguración* es que son señales de poder; son olas u ondas de la corriente de la tendencia, pruebas del eterno esfuerzo de producir, que aun en su peor estado el alma revela. El arte no ha llegado aún a su madurez si no corre parejas con las más potentes influencias del mundo, si no es práctico y moral, si no está conectado con la conciencia, si no hace sentir a los pobres e incultos que se dirige a ellos con una voz de elevada alegría. Hay un trabajo superior para el arte que las artes. Estas son nacimientos abortados de un instinto imperfecto o viciado. El arte es la necesidad de crear, pero en su esencia, inmensa y universal, se impacienta al trabajar con manos lisiadas o atadas y fabricar tullidos y monstruos, como son todas las estatuas y cuadros. Su fin es nada menos que la creación del hombre y la naturaleza. El hombre debería encontrar en él una salida para toda su energía. Puede pintar o esculpir solo mientras pueda hacerlo. El arte debería alegrar y derribar los muros de las circunstancias por todos lados, despertando en el contemplador el mismo sentido de la relación y poder universal que la obra reveló al artista, y su efecto supremo es hacer nuevos artistas.

La historia es ya lo bastante antigua para atestiguar la vejez y desaparición de las artes particulares. El arte de la escultura ha perecido hace mucho respecto a cualquier efecto auténtico. Fue originalmente un arte útil, un modo de escritura, un registro de gratitud o devoción de un salvaje, y en el pueblo que poseyó una maravillosa percepción de la forma este tallado infantil se refinó hasta el máximo esplendor; pero es el juego de un pueblo rudo y joven, y no el trabajo varonil de una nación sabia y espiritual. Bajo un roble cargado de hojas y bellotas, bajo un cielo lleno de ojos eternos, me yergo en un camino, pero en las obras de nuestras artes plásticas y, en especial, de escultura, la creación queda en un rincón. No puedo ocultarme que hay cierta apariencia de insignificancia, propia de juguetes, y el oropel del teatro, en la escultura. La naturaleza trasciende todo humor de nuestros pensamientos y aún no descubrimos su secreto, pero la galería queda a merced de nuestro humor y hay un momento en que resulta frívola. No me asombra que Newton, con la atención puesta en la trayectoria de planetas y soles, se asombrara por lo que el conde de Pembroke admiraba en «muñecos de

piedra». La escultura puede servir para enseñar al pupilo lo profundo que es el secreto de la forma, la pureza con que el espíritu puede traducir sus significados a ese elocuente dialecto, pero parecerá fría y falsa ante esa nueva actividad que necesita pasar por todas las cosas y que se impacienta con las falsificaciones y con cuanto carece de vida. La pintura y la escultura son las celebridades y festividades de la forma, pero el verdadero arte nunca está fijo, sino que siempre fluye. La música más dulce no está en el oratorio, sino en la voz humana cuando habla en su vida inmediata con tonos de ternura, verdad o coraje. El oratorio ya ha perdido su relación con la mañana, con el sol y la tierra, pero esa voz persuasiva está afinada con ellos. Las obras de arte no deberían ser realizaciones separadas, sino extemporáneas. Un gran hombre es una estatua nueva en toda actitud y acción. Una mujer hermosa es un cuadro que vuelve noblemente locos a todos sus admiradores. La vida puede ser lírica o épica, tanto un poema como un romance.

Un verdadero anuncio de la ley de la creación, si hubiera un hombre lo bastante digno para declararla, llevaría al arte hasta el reino de la naturaleza y destruiría su existencia separada y contrastada. Todas las fuentes de la invención y la belleza en la sociedad moderna se han secado. Una novela popular, un teatro o una sala de baile nos hacen sentir que todos somos pobres en el asilo de este mundo, sin dignidad, sin destreza o industria. Tan pobre y bajo es el arte. La antigua necesidad trágica, que frunce el ceño de las Venus y los Cupidos de los antiguos y ofrece la única disculpa por la intrusión de tales anómalas figuras en la naturaleza —es decir, que eran inevitables, que el artista estaba embriagado con una pasión por la forma que no podía resistir y que se desahogaba en estas delicadas extravagancias—, ya no dignifica el cincel o el lápiz. El artista y el conocedor buscan ahora en el arte la exhibición de su talento o un asilo ante los males de la vida. A los hombres ya no les agrada la figura que presentan en su propia imaginación y huyen al arte y se expresan mejor con un oratorio, una estatua o un cuadro. El arte realiza el mismo esfuerzo que la prosperidad sensual, es decir, separa lo bello de lo útil, arregla la obra como algo inevitable y, odiándola, pasa al disfrute. Las leyes de la naturaleza no permiten estos solaces y compensaciones, esta división de la belleza y el uso. Tan pronto como se busca la belleza, no por religión y amor, sino por placer, degrada al buscador. La belleza elevada ya no es alcanzable por su parte en el lienzo o en la piedra, en el sonido o en la composición lírica; todo lo que puede formarse es una

belleza afeminada, prudente, enferma, que no es belleza, porque la mano no puede ejecutar nunca nada superior a lo que el carácter puede inspirar.

El arte que separa así está primero separado. El arte no debe ser un talento superficial, sino que debe comenzar muy atrás en el hombre. Ahora los hombres no ven que la naturaleza sea hermosa y se disponen a hacer una estatua que lo será. Aborrecen a los hombres por carecer de gusto, ser torpes e inconvertibles, y se consuelan con paletas de colores y bloques de mármol. Rechazan la vida por prosaica y crean una muerte que llaman poética. Despachan los fatigosos quehaceres del día y huyen a ensoñaciones voluptuosas. Comen y beben para poder ejecutar después el ideal. Así se envilece el arte; el nombre transmite a la mente sus sentidos secundarios y malos, queda en la imaginación como algo contrario a la naturaleza y mortalmente herido desde el principio. ¿No sería mejor comenzar por lo superior, servir al ideal antes de comer y beber, servir al ideal al comer y beber, al respirar y en las funciones de la vida? La belleza debe volver a las artes útiles y debe olvidarse la distinción entre artes bellas y útiles. Si se contara verdaderamente la historia, si la vida se empleara noblemente, ya no sería fácil o posible distinguir unas de otras. En la naturaleza todo es útil, todo es hermoso. Es bello, por tanto, porque vive, se mueve, se reproduce; es útil, por tanto, porque es simétrico y hermoso. La belleza no acudirá a la llamada de la legislatura ni repetirá en Inglaterra o América su historia en Grecia. Llegará, como siempre, inadvertida, y brotará entre los pies de hombres valientes y serios. En vano pretendemos que el genio reitere sus milagros en las viejas artes; su instinto es descubrir la belleza y santidad en hechos nuevos y necesarios, en el campo y el arcén, en la tienda y la fábrica. Al proceder desde un corazón religioso, se elevará a un uso divino en el ferrocarril, la oficina de seguros, la sociedad anónima, nuestra ley, nuestras asambleas primarias, nuestro comercio, la batería galvánica, el choque eléctrico, el prisma, la retorta del químico, en los que ahora buscamos solo un uso económico. ¿No es el aspecto egoísta y aun cruel que pertenece a nuestras grandes obras mecánicas —a las fábricas, ferrocarriles y maquinaria— el efecto de los impulsos mercenarios a los que estas obras obedecen? Cuando sus recados son nobles y adecuados, el vapor que cruza el Atlántico entre la Vieja y la Nueva Inglaterra y llega a sus puertos con la puntualidad de un planeta es un paso del hombre en la armonía con la naturaleza. El bote en San Petersburgo que recorre el Lena por magnetismo necesita poco para

hacerlo sublime. Cuando la ciencia se aprenda con amor y sus poderes se ejerzan por amor, parecerán los suplementos y continuaciones de la creación material.

[48](#) *Hamlet*, I, v, 162.

SEGUNDA SERIE

EL POETA

Un niño travieso y salvajemente sabio
seguía el juego con alegres ojos
que elegían, como meteoros, su camino,
y hendían las tinieblas con rayo secreto:
saltaban el límite del horizonte,
buscaban con el privilegio de Apolo;
a través de hombre y mujer y mar y estrella
veían avanzar la danza de la naturaleza;
a través de mundos y razas y términos y tiempos
veían el orden musical y emparejadas rimas.

Bardos olímpicos que cantasteis
ideas divinas aquí abajo,
siempre nos encontraréis jóvenes
y así nos mantendréis siempre.

ENSAYO I

EL POETA

Las personas consideradas árbitros del gusto a menudo han adquirido cierto saber sobre cuadros o esculturas admiradas y se inclinan a cuanto es elegante, pero si inquirís si son almas bellas y si sus propios actos son como hermosos cuadros, veréis que son egoístas y sensuales. Su cultivo es local, como al frotar un palo de madera seca en un punto para producir fuego mientras lo demás queda frío. Su conocimiento de las bellas artes es cierto estudio de reglas y casos particulares o un juicio limitado de la forma y el color, ejercitado por diversión u ostentación. Una prueba de la superficialidad de la doctrina de la belleza, como existe en las mentes de los aficionados, es que los hombres parecen haber perdido la percepción de la dependencia instantánea de la forma en el alma. No hay doctrina alguna de las formas en nuestra filosofía. Fuimos puestos en nuestro cuerpo como se pone el fuego en una sartén, para ser transportado, pero no hay un ajuste preciso del espíritu y el órgano, mucho menos es el último la germinación del primero. Así, respecto a otras formas, los hombres intelectuales no creen que el mundo material dependa esencialmente del pensamiento y la volición. Los teólogos, que consideran un bonito castillo en el aire hablar del significado espiritual de un barco o una nube, de una ciudad o un contrato, prefieren volver de nuevo al terreno sólido de la evidencia histórica; y aun los poetas se contentan con una manera de vivir civil y conformada y escribir sus poemas fantasiosos a una distancia segura de su propia experiencia. Las mentes supremas del mundo nunca han dejado de explorar el significado doble o, diría, el cuádruple o el céntuplo, o mucho más variado, de todo hecho sensual: Orfeo, Empédocles, Heráclito, Platón, Plutarco, Dante, Swedenborg y los maestros de la escultura, la pintura y la poesía. No somos sartenes y carretillas, ni siquiera porteadores del fuego y la antorcha, sino hijos del fuego, hechos de

él, y solo la misma divinidad transmutada, y en segundo o tercer grado de parentesco, cuando menos sabemos de ello. Esta verdad oculta, que las fuentes de las que fluye todo este río del tiempo, y sus criaturas, son intrínsecamente ideales y bellas, nos lleva a considerar la naturaleza y funciones del poeta, o el hombre de la belleza, los medios y materiales que usa y el aspecto general del arte en el presente.

El alcance del problema es grande, porque el poeta es representativo. Representa entre hombres parciales al hombre completo y no nos informa de su riqueza, sino de la riqueza común. El joven reverencia a los hombres de genio porque, a decir verdad, son más él mismo que él. Reciben del alma como él, pero en mayor medida. La naturaleza aumenta su belleza, a la vista de los hombres afectuosos, al creer que el poeta contempla al mismo tiempo sus demostraciones. El poeta está aislado entre sus contemporáneos, por la verdad y por su arte, pero con el consuelo de que su búsqueda arrastrará pronto o tarde a todos los hombres, porque todos los hombres viven por la verdad y están necesitados de expresión. En el amor, en el arte, en la avaricia, en la política, en el trabajo, en los juegos, estudiamos para pronunciar nuestro doloroso secreto. El hombre es solo la mitad de sí mismo, la otra mitad es su expresión.

A pesar de esta necesidad de hacerse público, la expresión adecuada es rara. No sé por qué necesitamos un intérprete, pero la gran mayoría de los hombres parecen menores que aún no están en posesión de sí mismos o mudos que no pueden contar la conversación que han tenido con la naturaleza. No hay ningún hombre que no anticipe una utilidad supersensual en el sol y las estrellas y la tierra y el agua, que existen y esperan proporcionarle un servicio peculiar. Sin embargo, hay cierta obstrucción, o un exceso de flema en nuestra constitución, que no les permite producir el debido efecto. Las impresiones de la naturaleza caen demasiado débiles en nosotros para hacernos artistas. Todo toque debería emocionar. Todo hombre debería tener de artista lo bastante para informarnos al conversar de lo que le ha ocurrido. Sin embargo, en nuestra experiencia, los rayos o pulsiones tienen fuerza para llegar a los sentidos, pero no la suficiente para alcanzar la médula y forzar su reproducción en la expresión. El poeta es la persona en que estos poderes están en equilibrio, el hombre sin impedimento, que ve y blande lo que otros sueñan, atraviesa la escala de la experiencia y es representante del hombre en virtud de ser el mayor poder para recibir e impartir.

El universo tiene tres hijos nacidos a la vez, que reaparecen con diferentes nombres en todo sistema de pensamiento, ya se los llame causa, operación y efecto o, de manera más poética, Jove, Plutón y Neptuno; o, en la teología, el Padre, el Espíritu y el Hijo, pero que aquí llamamos el conoedor, el hacedor y el orador. Representan respectivamente el amor a la verdad, el amor al bien y el amor a la belleza. Los tres son iguales. Cada uno es el que es esencialmente, de modo que no puede ser superado o analizado, y cada uno de los tres tiene latente en sí el poder de los otros y el suyo patente.

El poeta es el orador, el que nombra, y representa la belleza. Es un soberano y está en el centro, porque el mundo no está pintado o adornado, sino que es desde el comienzo hermoso, y Dios no ha hecho algunas cosas bellas, sino que la belleza es la creadora del universo. Por tanto, el poeta no es un potentado permisivo, sino el emperador por derecho propio. La crítica está infestada por la jerga del materialismo que asume que la actividad y destreza manual es el primer mérito de todos los hombres y desprecia el decir y no hacer, omitiendo el hecho de que ciertos hombres, o sea, los poetas, dicen por naturaleza, enviados al mundo con el fin de la expresión, y los confunde con aquellos cuya provincia es la acción, la cual abandonan para imitar a los que dicen. Pero las palabras de Homero son tan costosas y admirables para Homero como las victorias de Agamenón para Agamenón. El poeta no espera al héroe o al sabio, sino que, tal como estos actúan y piensan ante todo, escribe ante todo aquello de lo que se hablará y deberá hablarse, considerando a los otros, aunque sean también primarios, respecto a él, secundarios y sirvientes, como sedentes o modelos en el estudio de un pintor o ayudantes que traen materiales para construir al arquitecto.

La poesía fue escrita antes que el tiempo y, cuando nuestra organización es tan sutil que podemos penetrar en esa región en que el aire es música, oímos aquellos primitivos gorjeos y tratamos de anotarlos, pero de vez en cuando perdemos una palabra o un verso y lo sustituimos por algo propio y así escribimos mal el poema. Los hombres de oído más delicado pueden anotar estas cadencias más fielmente, y las transcripciones, aunque imperfectas, se convierten en los cantos de las naciones. Pues la naturaleza es tan verdaderamente hermosa como buena o razonable y debe parecer también lo que debe hacerse o conocerse. Palabras y hechos son modos por completo indiferentes de la energía divina. Las palabras son también acciones y las acciones son una especie de palabras.

La señal y credenciales del poeta son que anuncia lo que ningún hombre ha predicho. Es el verdadero y único doctor; conoce y dice. Es el único narrador de novedades, porque ha estado presente en la aparición que describe. Contempla las ideas y pronuncia lo necesario y causal, porque no hablamos de hombres con talento poético o con industria y destreza en el metro, sino del verdadero poeta. El otro día tomé parte en una conversación sobre un reciente escritor de lírica, un hombre de mente sutil, cuya cabeza parecía ser una caja de música de delicadas melodías y ritmos y cuya destreza y dominio del lenguaje no podía alabarse suficientemente. Pero cuando se suscitó la cuestión de si no era solo un lírico, sino un poeta, nos vimos obligados a confesar que es claramente un contemporáneo, no un hombre eterno. No sobresale de nuestras bajas limitaciones, como un Chimborazo que atraviesa desde la tórrida base todos los climas del globo, con los cinturones de herbaje de cada latitud en sus laderas elevadas y moteadas; este genio es el paisaje ajardinado de una casa moderna, adornada con fuentes y estatuas, con hombres y mujeres bien criados de pie y sentados en los paseos y terrazas. Oímos, a través de la música variada, el tono básico de la vida convencional. Nuestros poetas son hombres de talento que cantan y no los hijos de la música. El argumento es secundario, el acabado de los versos es primario.

Lo que compone un poema no son metros, sino un argumento metrificador, un pensamiento tan apasionado y vivo que, como el espíritu de una planta o un animal, tiene una arquitectura propia y adorna la naturaleza con algo nuevo. El pensamiento y la forma son iguales en el orden del tiempo, pero en el orden de la génesis el pensamiento es anterior a la forma. El poeta tiene un pensamiento nuevo: tiene toda una nueva experiencia que desplegar, nos contará lo que le ocurrió y todos los hombres se harán más ricos con su fortuna. La experiencia de cada nueva época requiere una confesión nueva y el mundo siempre parece a la espera de su poeta. Recuerdo, cuando era joven, cuánto me conmovió una mañana saber que el genio había aparecido en un joven que se sentaba junto a mí en la mesa. Había dejado su trabajo y se había marchado sin rumbo fijo y había escrito cientos de versos, pero no podía decir si con ello había dicho lo que había en él: no podía decir sino que todo había cambiado, el hombre, la bestia, el cielo, la tierra y el mar. ¡Qué alegres lo escuchamos! ¡Qué crédulos! La sociedad parecía estar comprometida. Nos sentábamos en la aurora de un amanecer

que iba a apagar todas las estrellas. Boston parecía estar al doble de distancia que la noche anterior o mucho más lejos. Roma, ¿qué era Roma? Plutarco y Shakespeare estaban en hojas amarillentas y no debía oírse más de Homero. Es mucho saber que la poesía ha sido escrita este mismo día, bajo este mismo techo, a vuestro lado. ¡Cómo! ¡Aquel espíritu maravilloso no ha expirado! ¡Estos momentos pétreos aún centellean animados! Había creído que los oráculos guardaban todos silencio y que la naturaleza había gastado su fuego, ¡y mirad!, durante la noche, por todos los poros, han estado fluyendo esas hermosas auroras. Todos tienen cierto interés en el advenimiento del poeta, pero nadie sabe cuánto puede concernirle. Sabemos que el secreto del mundo es profundo, pero no sabemos quién o qué será nuestro intérprete. Un paseo por la montaña, una cara nueva, una nueva persona pueden poner la llave en nuestras manos. Por supuesto, el valor del genio para nosotros está en la veracidad de su informe. El talento puede jugar y hacer malabares; el genio realiza y añade. La humanidad, en serio, se ha aprovechado tanto de conocerse a sí misma y su trabajo, que el primer vigilante en la cumbre anuncia sus novedades. La suya es la palabra más verdadera jamás dicha, y la frase será la más idónea y musical, y la voz infalible del mundo para entonces.

Cuanto llamamos historia sagrada da fe de que el nacimiento de un poeta es el acontecimiento principal en la cronología. El hombre, a menudo engañado, aguarda aún la llegada de un hermano que pueda llevarle firme a la verdad, hasta que la haya hecho suya. ¡Con qué gozo comienzo a leer un poema en el que confío como una inspiración! Ahora deben romperse mis cadenas, me remontaré sobre estas nubes y aires opacos en que vivo — opacos, aunque parezcan transparentes— y veré y comprenderé mis relaciones desde el cielo de la verdad. Esto me reconciliará con la vida y renovará la naturaleza, ver las naderías animadas por una tendencia y saber qué estoy haciendo. La vida ya no será un ruido; ahora veré hombres y mujeres y conoceré las señales por las que pueden distinguirse de locos o satanes. Este día será mejor que mi cumpleaños: entonces me convertí en un animal, ahora estoy invitado a la ciencia de lo real. Tal es la esperanza, pero la fruición se pospone. Más a menudo ocurre que este hombre alado que ha de llevarme al cielo me hace girar entre las nubes, luego salta y retoza conmigo de una a otra, afirmando que está destinado al cielo, mientras que yo, un novicio, tardo en percibir que no conoce el camino a los cielos y solo

pretende que admire su destreza para elevarse, como un ave o un pez volador, un poco por encima de la tierra o el agua, aunque nunca habitará el perforador, alimenticio y ocular aire del cielo. Pronto me derrumbo de nuevo en mis viejos rincones y llevo la misma vida de exageraciones que antes, y he perdido mi fe en la posibilidad de guía alguno que pueda llevarme allí donde quisiera estar.

Dejando a estas víctimas de la vanidad, observemos con nueva esperanza cómo la naturaleza, por impulsos más valiosos, ha garantizado la fidelidad del poeta a su oficio de anuncio y afirmación, a saber, por la belleza de las cosas, que una vez expresada se convierte en una belleza nueva y superior. La naturaleza le ofrece todas sus criaturas como un lenguaje pictórico. Siendo usado como un tipo, un segundo valor aparece en el objeto, mucho mejor que el primero, tal como la tensa cuerda del carpintero, si aproximáis lo bastante el oído, es musical en la brisa. Jámblico dice: «Mediante imágenes se expresan cosas más excelentes que imagen alguna». Las cosas admiten ser usadas como símbolos, porque la naturaleza es un símbolo, en el conjunto y en cada parte. Toda línea que podemos trazar en la arena tiene expresión, y no hay nadie sin su espíritu o genio. Toda forma es un efecto del carácter; toda condición, de la cualidad de la vida; toda armonía, de la salud (y, por esta razón, la percepción de la belleza debería ser simpática o apropiada solo para lo bueno). Lo bello reposa en los fundamentos de lo necesario. El alma hace al cuerpo, como enseña el sabio Spenser:

Todo espíritu, al ser más puro,
y contener más luz celestial,
procura habitar el cuerpo más hermoso
y disponerlo de la mejor manera
con gracia alegre y vista amable.
Pues del alma el cuerpo la forma toma,
porque el alma es la forma y hace al cuerpo.

Aquí nos hallamos, de repente, no en una especulación crítica, sino en un lugar sagrado, y deberíamos marchar con mucha cautela y reverencia. Estamos ante el secreto del mundo, allí donde el ser pasa a la apariencia y la unidad a la variedad.

El universo es la exteriorización del alma. Donde hay vida, estalla en

aparición a su alrededor. Nuestra ciencia es sensual y, por tanto, superficial. Tratamos sensualmente la tierra y los cuerpos celestes, la física, la química, como si fueran existentes por sí mismos, pero son la retina de ese ser que tenemos. Proclo dice: «El poderoso cielo exhibe en sus transfiguraciones imágenes claras del esplendor de las percepciones intelectuales, moviéndose conjuntamente con los periodos no aparentes de las naturalezas intelectuales». Por tanto, la ciencia corre parejas con la justa elevación del hombre, al paso de la religión y la metafísica; el estado de la ciencia es un índice del conocimiento de nosotros mismos. Como todo en la naturaleza responde a un poder moral, si algún fenómeno permanece bruto y oscuro, se debe a que la facultad correspondiente en el observador aún no está activa.

No hay que asombrarse, entonces, de que, al ser estas aguas tan profundas, nos cernamos sobre ellas con una mirada religiosa. La belleza de la fábula prueba la importancia del sentido, para el poeta y para todos los demás; o, si lo preferís: todo hombre es un poeta por ser sensible a estos encantos de la naturaleza, porque todos los hombres tienen los pensamientos cuya celebración es el universo. Veo que la fascinación reside en el símbolo. ¿Quién ama la naturaleza? ¿Quién no? ¿Acaso solo los poetas y los hombres ociosos y cultos, que viven con ella? No, también los cazadores, granjeros, mozos de cuadra y carniceros, aunque expresan su afecto en la vida que han elegido y no en las palabras que eligen. El escritor se pregunta lo que el cochero o el cazador valoran al cabalgar, en caballos y perros. No son cualidades superficiales. Cuando habláis con aquel, les da tan poca importancia como vosotros. Su culto es simpático; no tiene definiciones, pero está a las órdenes de la naturaleza, del poder vivo que siente estar allí presente. No le contentará imitación o juego alguno con estas cosas; ama lo serio del viento del norte, la lluvia, la piedra, la madera y el hierro. Una belleza no explicable es más querida que una belleza cuyo fin podemos ver. Es la naturaleza como símbolo, la naturaleza que certifica lo sobrenatural, el cuerpo inundado de vida, lo que adora, con ritos rudos, pero sinceros.

La interioridad y misterio de este vínculo lleva a los hombres de toda clase a usar emblemas. Las escuelas de poetas y filósofos no están más embriagadas con sus símbolos que el populacho con los suyos. Considerad, en nuestros partidos políticos, el poder de las insignias y emblemas. ¡Ved la gran bola que hacen girar de Baltimore a Bunker Hill! En las procesiones políticas, Lowell va en un telar, Lynn en un zapato y Salem en un barco.

Mirad el barril de sidra, la cabaña de troncos, la vara de nogal, el palmito y todas las distinciones de partido. Ved el poder de los emblemas nacionales. Unas estrellas, lirios, leopardos, una luna creciente, un león, un águila u otra figura a la que se dio crédito Dios sabe cómo, sobre una vieja bandera que ondea al viento, en un fuerte, en el confín de la tierra, harán estremecerse la sangre bajo la apariencia más ruda o más convencional. ¡La gente se figura que odia la poesía y son todos poetas y místicos!

Más allá de esta universalidad del lenguaje simbólico, somos informados de lo divino de este uso superior de las cosas, por el que el mundo es un templo cuyos muros están cubiertos de emblemas, cuadros y mandamientos de la deidad, al saber que no hay hecho alguno en la naturaleza que no aporte el sentido completo de la naturaleza; y las distinciones que hacemos en los acontecimientos y los asuntos, de lo bajo y lo alto, lo honesto y lo ruin, desaparecen cuando la naturaleza es usada como un símbolo. El pensamiento vuelve todo adecuado al uso. El vocabulario de un hombre omnisciente comprendería palabras e imágenes excluidas de la conversación educada. Lo que sería ruin o aun obsceno para el obsceno resultaría ilustre mencionado en una nueva conexión del pensamiento. La piedad de los profetas hebreos purga su grosería. La circuncisión es un ejemplo del poder de la poesía para elevar lo bajo y ofensivo. Cosas pequeñas y mezquinas sirven tan bien como grandes símbolos. Cuanto más mezquino sea el tipo con que se expresa la ley, más mordaz es y más duradero en el recuerdo de los hombres: así como elegimos la caja o estuche más pequeño en que puede llevarse cualquier utensilio necesario. La mente imaginativa considera sugerentes simples listas de palabras, tal como se cuenta que lord Chatham solía leer el diccionario de Bailey cuando se preparaba para hablar en el Parlamento. La experiencia más pobre es lo bastante rica para todos los propósitos de expresar el pensamiento. ¿Por qué codiciar un conocimiento de nuevos hechos? El día y la noche, la casa y el jardín, unos pocos libros, unas pocas acciones nos sirven tan bien como lo harían todos los negocios y espectáculos. Estamos lejos de haber agotado el significado de los pocos símbolos que usamos. Aún podemos llegar a usarlos con una terrible sencillez. No es necesario que un poema sea largo. Toda palabra fue una vez un poema. Toda nueva relación es un nuevo mundo. Además, usamos los defectos y deformidades con un propósito sagrado, expresando así que los males de este mundo son tales solo para la mirada mala. Los mitólogos observan que en la antigua mitología se

adscriben los defectos a las naturalezas divinas, como la cojera a Vulcano, la ceguera a Cupido, y otros, para significar exuberancias.

Así como la dislocación y separación de la vida de Dios vuelve las cosas feas, el poeta, que reata las cosas a la naturaleza y el todo —reatando aun las cosas artificiales y las violaciones de la naturaleza a la naturaleza, por una intuición más profunda—, dispone muy fácilmente de los hechos más ingratos. Los lectores de poesía ven la fábrica y el ferrocarril y se figuran que rompen la poesía del paisaje, porque estas obras de arte aún no están consagradas en su lectura, pero el poeta las ve caer en el gran orden no menos que la colmena o la geométrica telaraña. La naturaleza las adopta muy rápido en sus círculos vitales y ama el brillante tren de vagones como si fuera suyo. Además, para una mente centrada nada significan las muchas invenciones mecánicas que mostréis. Aunque añadáis millones, y cada vez más sorprendentes, el hecho de la mecánica no habrá ganado un ápice de peso. El hecho espiritual permanece inalterable, haya muchos o pocos ejemplos; ninguna montaña tiene una altura tan apreciable como para romper la curva de la esfera. Un astuto rapaz del campo va a la ciudad por vez primera y el ciudadano complaciente no está satisfecho con su escaso asombro. No es que no vea todas las casas elegantes ni ignore que no las había visto antes, sino que dispone de ellas tan fácilmente como el poeta encuentra el lugar para el ferrocarril. El valor principal del nuevo hecho es aumentar el grande y constante hecho de la vida, que puede reducir cualquier circunstancia, y para el que son iguales el cinturón de cuentas y el comercio de América.

Puesto así el mundo bajo la mente para el verbo y el nombre, el poeta es quien puede articularlo, porque, aunque la vida es grande y fascina y absorbe —y aunque todos los hombres conocen los símbolos con que se nombra—, sin embargo, no pueden usarlos de manera original. Somos símbolos y habitamos en símbolos; el trabajador, el trabajo y las herramientas, las palabras y las cosas, el nacimiento y la muerte, todos son emblemas, pero simpatizamos con los símbolos y, encaprichados con los usos económicos de las cosas, no sabemos que son pensamientos. El poeta, por una ulterior percepción intelectual, les da un poder que constituye su antiguo uso olvidado, y pone ojos y lengua en cada objeto mudo e inanimado. Percibe la independencia del pensamiento en el símbolo, la estabilidad del pensamiento, lo accidental y fugaz del símbolo. Tal como se dice que los ojos de Linneo veían a través de la tierra, el poeta convierte el mundo en cristal y nos

muestra todas las cosas en su adecuada serie y procesión; porque, a través de esa mejor percepción, está un paso más cerca de las cosas y ve el flujo o la metamorfosis, percibe que el pensamiento es multiforme, que dentro de la forma de cada criatura hay una fuerza que la lleva a ascender a una forma superior y, siguiendo con su mirada la vida, usa las formas que expresan esa vida y así su discurso fluye con el flujo de la naturaleza. Todos los hechos de la economía, el sexo, la nutrición, la gestación, el nacimiento, el crecimiento animal, son símbolos del paso del mundo al alma del hombre, para sufrir allí un cambio y reaparecer como un hecho nuevo y superior. Usa las formas conforme a la vida y no conforme a la forma. Esta es la verdadera ciencia: solo el poeta conoce la astronomía, la química, la vegetación y la animación, ya que no se detiene en estos hechos, sino que los emplea como señales. Sabe por qué el llano o prado del espacio fue sembrado con estas flores que llamamos soles y lunas y estrellas, por qué la gran profundidad está adornada con animales, con hombres y dioses, pues con cada palabra que pronuncia cabalga sobre ellos como los caballos del pensamiento.

En virtud de esta ciencia el poeta es denominador, o fabricante de lenguaje, al nombrar las cosas a veces según su apariencia, a veces según su esencia, y dar a cada una su nombre y no el de otra, deleitando con ello al intelecto, que disfruta con la separación o límite. Los poetas hicieron todas las palabras y, por tanto, el lenguaje son los archivos de la historia y, si debemos decirlo, una suerte de tumba de las musas. Aunque se haya olvidado el origen de la mayoría de nuestras palabras, cada palabra fue primero un golpe de genio y circuló, porque por un momento simbolizó el mundo para el primer hablante y el oyente. El etimólogo descubre que la palabra más muerta fue una vez una pintura brillante. El lenguaje es poesía fosilizada. Tal como la piedra caliza del continente se compone de infinitas masas de conchas de animálculos, el lenguaje se compone de imágenes o tropos que ahora, en su uso secundario, han dejado de recordarnos hace mucho su origen poético. El poeta nombra la cosa porque la ve o se aproxima más a ella que cualquiera. Esta expresión, o nombrar, no es arte, sino una segunda naturaleza, crecida de la primera, como una hoja de un árbol. Lo que llamamos naturaleza es cierto movimiento o cambio autorregulado, y la naturaleza hace todas las cosas con sus propias manos y no deja que otro la bautice, sino que bautiza, de nuevo, a través de la metamorfosis. Recuerdo que cierto poeta me lo describió así:

El genio es la actividad que repara la decadencia de las cosas, sean en todo o en parte de tipo material y finito. La naturaleza, en todos sus reinos, se asegura a sí misma. Nadie se preocupa por plantar el pobre hongo, así que desprende de las laminillas de un agárico incontables esporas, y cualquiera de ellas, preservada, transmite nuevos billones de esporas mañana o al día siguiente. El nuevo agárico de esta hora tiene una oportunidad que el viejo no tuvo. Este átomo de semilla es lanzado a un lugar nuevo, no sujeto a los accidentes que destruyeron a su padre a poca distancia. La naturaleza hace a un hombre y, tras llevarlo a su madurez, ya no corre el riesgo de perder esta maravilla de golpe, sino que separa de él otro para salvaguardar al tipo de los accidentes a que se expone el individuo. Así, cuando el alma del poeta ha llegado a la madurez del pensamiento, la naturaleza separa y aparta de él su poema o cantos, una progenie impávida, insomne, inmortal, no expuesta a los accidentes del temible reino del tiempo; un vástago impávido, vivaz, dotado de alas (como la virtud del alma de que provienen), que los llevan rápido y lejos y los fijan irrevocablemente en los corazones de los hombres. Estas alas son la belleza del alma del poeta. Los cantos, que huyen inmortales de su padre mortal, son perseguidos por clamorosas bandadas de censuras, que aumentan en número y amenazan con devorarlos, aunque no están aladas. Al cabo de un salto muy corto caen por su peso y se pudren, al no haber recibido hermosas alas de las almas de que provinieron; pero las melodías del poeta ascienden y saltan y perforan las profundidades del tiempo infinito.

Esto me enseñó el bardo con su expresión más libre. La naturaleza tiene un fin superior en la producción de nuevos individuos que la seguridad, a saber, la *ascensión*, o el paso del alma a formas superiores. En mi juventud conocí al escultor que hizo la estatua del joven que hay en el jardín público. Recuerdo que era incapaz de decir directamente qué le hacía feliz o infeliz, pero podía decirlo por maravillosas vías indirectas. Se levantó un día, como solía hacer, antes del amanecer, y vio la aurora, grande como la eternidad de la que venía y, durante muchos días, trató de expresar esta tranquilidad y, ¡mirad!, su cincel dio forma en el mármol a un bello joven, Fósforo, cuyo aspecto hace que, según dicen, todas las personas que lo miran guarden silencio. El poeta también se resigna a su humor, y el pensamiento que le ha agitado queda expresado, pero *alter idem*, de una manera totalmente nueva. La expresión es orgánica o tiene el nuevo tipo que adoptan las cosas

liberadas. Como los objetos pintan con el sol sus imágenes en la retina del ojo, aquellas, compartiendo la aspiración de todo el universo, tienden a pintar una copia más delicada de su esencia en la mente del poeta. Su cambio en melodías es como la metamorfosis de las cosas en formas orgánicas superiores. Sobre todas las cosas está su *dæmon* o alma y, tal como el ojo refleja la forma de una cosa, la melodía refleja el alma de una cosa. El mar, la cordillera, Niágara y todo arriate preexisten o superexisten en precantamientos⁴⁹ que navegan como olores por el aire, y cuando un hombre pasa con un oído suficientemente fino las capta y trata de anotarlas sin diluirlas o depravarlas. De ahí la legitimación de la crítica, en la fe de la mente, de que los poemas son una versión corrupta de algún texto en la naturaleza con el que deberían cuadrar. La rima en uno de nuestros sonetos no debería ser menos grata que los repetidos nodos de una concha marina o la parecida diferencia de un grupo de flores. El emparejarse de los pájaros es un idilio, no tedioso como los nuestros; una tempestad es una áspera oda sin falsedad o vocerío; un verano, con su cosecha sembrada, recogida y guardada, es un canto épico que subordina muchas partes admirablemente ejecutadas. ¿Por qué no debería la simetría y verdad que los modula brillar en nuestro espíritu, de modo que tomemos parte en la invención de la naturaleza?

Esta idea, que se expresa con lo que se llama imaginación, es un tipo muy elevado de visión, que no viene del estudio, sino de que el intelecto esté en el lugar y objeto que ve, compartiendo el camino o el circuito de las cosas a través de las formas y haciéndolas así traslúcidas a otros. El camino de las cosas es silencioso. ¿Tolerará que el hablante vaya con ellas? No tolerarán un espía, sino un amante, un poeta, que es la trascendencia de su propia naturaleza. La condición del verdadero nombrar, por parte del poeta, es resignarse a sí mismo frente a la divina *aura* que respira en las formas y las acompaña.

Un secreto que todo intelectual aprende rápidamente es que, más allá de la energía de su intelecto poseído y consciente, es capaz de una energía nueva (como la de un intelecto doblado) al abandonarse a la naturaleza de las cosas; que, junto a su poder privado como individuo, hay un gran poder público del que puede servirse, al abrir a todo riesgo sus puertas humanas y permitir que las mareas etéreas ondulen y circulen por él: entonces queda atrapado en la

vida del universo, su discurso es trueno, su pensamiento es ley y sus palabras son universalmente inteligibles como las plantas y los animales. El poeta sabe que habla de manera adecuada, entonces, solo cuando dice algo salvaje o «con la flor de la mente», no con el intelecto usado como un órgano, sino con el intelecto liberado de todo servicio, y dirigido por la vida celestial; o, como solían expresarse los antiguos, no solo con el intelecto, sino con el intelecto ebrio de néctar. Así como el viajero que ha perdido su camino suelta las riendas de su caballo y confía en el instinto del animal para encontrarlo, debemos confiar en el animal divino que nos lleva por este mundo. Si de alguna manera podemos estimular este instinto, se abren nuevos pasos para nosotros en la naturaleza, la mente fluye a través de las cosas más duras y elevadas y la metamorfosis es posible.

Por esta razón los bardos aman el vino, el hidromiel, los narcóticos, el café, el té, el opio, los vapores del sándalo y el tabaco o cualquier otra especie de exaltación animal. Todos los hombres se aprovechan de los medios que pueden para añadir este poder extraordinario a sus poderes normales, y con este fin valoran la conversación, la música, la pintura, la escultura, la danza, el teatro, los viajes, la guerra, las multitudes, los incendios, el fuego, la política o el amor o la ciencia o la intoxicación animal, que son varios sustitutos más groseros o finos o casi mecánicos del verdadero néctar, que es la violación del intelecto por aproximarse al hecho. Estos son auxilios para la tendencia centrífuga del hombre, para su paso a un espacio libre, y le ayudan a escapar de la custodia de ese cuerpo en que está reprimido y de esa cárcel de las relaciones individuales en que está encerrado. De ahí que gran número de aquellos dedicados a la expresión profesional de la belleza, como pintores, poetas, músicos y actores, se haya acostumbrado más que otros a llevar una vida de placer e indulgencia, salvo los pocos que han recibido el verdadero néctar; y como se ha tratado de alcanzar la libertad de un modo espurio, pues no se emancipaban en el cielo, sino en la libertad de lugares más ruines, fueron castigados por la ventaja que ganaron con la disipación y el deterioro. Nunca puede tomarse ventaja de la naturaleza con un truco. El espíritu del mundo, la gran presencia calma del creador, no acude a los hechizos del opio o el vino. La visión sublime viene al alma pura y sencilla en un cuerpo limpio y casto. Lo que debemos a los narcóticos no es una inspiración, sino cierta falsificación de la excitación y furia. Milton dice que el poeta lírico puede beber vino y vivir generosamente, pero el poeta épico, el que canta a los

dioses y sobre su descenso entre los hombres, debe beber agua de un cuenco de madera. La poesía no es «el vino del Diablo», sino el vino de Dios. Ocurre con esto como con los juguetes. Llenamos las manos y cuartos de nuestros hijos con todo tipo de muñecas, tambores y caballos, apartando su mirada de la cara sencilla y los objetos suficientes de la naturaleza, el sol y la luna, los animales, el agua y las piedras, que deberían ser sus juguetes. Así, el hábito de vivir del poeta debería estar en una clave tan baja y sencilla que las influencias comunes deberían deleitarle. Su alegría debería ser el don de la luz solar; el aire debería bastarle como inspiración y debería achisparse con agua. Ese espíritu que basta a los corazones callados, que parece llegarles de toda seca loma de hierba marchita, de todo tocón de pino y piedra dislocada en que brilla el turbio sol de marzo, llega a los pobres y hambrientos y a los de gustos sencillos. Si llenáis vuestro cerebro de Boston y Nueva York, de moda y codicia, y estimuláis los ahítos sentidos con vino y café francés, no descubriréis radiación alguna de sabiduría en el yermo solitario de las pinadas.

Si la imaginación intoxica al poeta, no está inactiva en otros hombres. La metamorfosis excita en el que contempla una emoción de gozo. El uso de los símbolos tiene cierto poder de emancipación y exaltación para todos los hombres. Parecemos tocados por una varita que nos hace bailar y correr felizmente como niños. Somos como personas que salimos de una cueva o sótano al aire libre. Este es el efecto sobre nosotros de tropos, fábulas, oráculos y todas las formas poéticas. Los poetas son así dioses liberadores. Los hombres tienen realmente un sentido nuevo y han descubierto en su mundo otro mundo o nido de mundos, porque adivinamos que la metamorfosis, una vez vista, no se detiene. No consideraré ahora cuánto de esto supone el encanto del álgebra y las matemáticas, que también tienen sus tropos, pero se siente en toda definición, como cuando Aristóteles define el *espacio* como una vasija inamovible que contiene las cosas o cuando Platón define la *línea* como un punto en movimiento o la *figura* como el límite de lo sólido, y otras. Qué gozoso sentido de libertad nos da Vitrubio al anunciar la antigua opinión de los artistas de que ningún arquitecto puede construir bien una casa si no sabe algo de anatomía. Cuando Sócrates, en *Cármides*, nos dice que ciertos encantamientos curan las enfermedades del alma, y que tales encantamientos son las bellas razones, con las que se genera la templanza en el alma; cuando Platón llama al mundo un animal y Timeo afirma que las

plantas también son animales o afirma que un hombre es un árbol divino creciendo con su raíz, que es su cabeza, hacia arriba, tal como George Chapman, siguiéndole, escribe:

Así en nuestro árbol del hombre, cuya raíz nerviosa
brota en lo alto;

cuando Orfeo habla de la canicie como «esa blanca flor que marca la extrema vejez»; cuando Proclo llama al universo la estatua del intelecto; cuando Chaucer, en su alabanza de la «gentileza», compara la buena sangre en una condición ruin con el fuego, que, aunque transportado a la casa más oscura entre este monte y el Cáucaso, retendrá su oficio natural y arderá tan brillante como si veinte mil hombres lo contemplaran; cuando Juan vio en el Apocalipsis la ruina del mundo por el mal y caer las estrellas del cielo como la higuera desprende su fruto intempestivo; cuando Esopo cuenta todo el catálogo de relaciones comunes diarias a través de la mascarada de pájaros y bestias, tenemos la alegre sugerencia de la inmortalidad de nuestra esencia, y su versátil hábito y escapatorias, como cuando los gitanos dicen «en vano los cuelgan, no pueden morir».

Los poetas son así dioses liberadores. Los antiguos bardos británicos tenían por título de su orden «Aquellos que son libres en todo el mundo». Son libres y nos hacen libres. Un libro imaginativo nos proporciona un servicio mayor al principio, al estimularnos mediante sus tropos, que después, cuando llegamos al sentido preciso del autor. Creo que nada tiene valor alguno en los libros salvo lo trascendental y extraordinario. Si a un hombre le inflama y transporta su pensamiento, hasta el punto de que olvida a los autores y al público y hace caso solo de este sueño único, que le atrapa como una locura, dejadme leer su escrito, podéis quedaros con todos los argumentos e historias y crítica. Todo el valor vinculado a Pitágoras, Paracelso, Cornelio Agripa, Cardano, Kepler, Swedenborg, Schelling, Oken o cualquier otro que introduzca hechos cuestionables en su cosmogonía, como ángeles, diablos, magia, astrología, quiromancia, mesmerismo y cosas por el estilo, es el certificado que tenemos de que se aparta de la rutina y de que aquí hay un nuevo testigo. Ese es también el mejor éxito en la conversación, la magia de la libertad, que pone el mundo como un balón en nuestras manos. Qué barata parece entonces la libertad, qué mezquino estudiar, cuando una emoción

comunica al intelecto el poder de socavar y trastornar la naturaleza; ¡qué grande la perspectiva! Naciones, épocas, sistemas entran y desaparecen, como hilos en un tapiz de gran tamaño y muchos colores; el sueño nos entrega al sueño y, mientras dure la embriaguez, opulentos, venderemos nuestro lecho, nuestra filosofía, nuestra religión.

Hay una buena razón para apreciar esta liberación. El hado del pobre pastor que, cegado y perdido en la ventisca, parece perdido a pocos pies de la puerta de su cabaña, es un emblema del estado del hombre. Morimos miserablemente, a la orilla de las aguas de la vida y la verdad. Resulta maravilloso lo inaccesible de cualquier pensamiento salvo aquel en el que estamos. Si os aproximáis a él, resulta tan remoto tanto al estar más cerca como más lejos. Todo pensamiento es también una prisión; todo cielo es también una prisión. Por tanto, amamos al poeta, al inventor, que en cualquier forma, en una oda o en la acción o en miradas y conducta, nos ha proporcionado un nuevo pensamiento. Desata nuestras cadenas y nos admite en una nueva escena.

Esta emancipación es querida para todos los hombres y el poder para impartirla, como debe provenir de una mayor profundidad y alcance del pensamiento, es una medida del intelecto. Por tanto, perduran todos los libros de la imaginación, todo cuanto asciende a esa verdad, que el escritor ve la naturaleza por debajo y la usa como su exponente. Todo verso o sentencia, al poseer esta virtud, cuidará de su propia inmortalidad. Las religiones del mundo son las exclamaciones de unos pocos hombres imaginativos.

La cualidad de la imaginación es fluir y no helarse. El poeta no se detenía en el color o la forma, sino que leía su significado; tampoco descansa en este significado, sino que hace de los objetos mismos exponentes de su nuevo pensamiento. Aquí está la diferencia entre el poeta y el místico: el último clava un símbolo a un sentido, que ha sido verdadero por un momento, pero pronto resulta viejo y falso; porque todos los símbolos son fluidos, todo lenguaje es vehicular y transitivo y es bueno como lo son los barcos y los caballos, como transporte, no como las granjas y casas, como heredad. El misticismo consiste en tomar erróneamente un símbolo accidental e individual por universal. El rojo matinal resulta ser el meteoro favorito a los ojos de Jacob Behmen, para quien representa la verdad y la fe, y cree que debería representar las mismas realidades para todo lector. El primer lector prefiere de manera tan natural el símbolo de una madre y su hijo o de un

jardinero y su bulbo o un joyero puliendo una gema. Cada uno de estos, o una miríada más, son igualmente buenos para la persona para la que son significativos. Solo ellos deben ser tomados a la ligera y de buena gana traducidos a los términos equivalentes que otros usan. Al místico hay que decirle con firmeza: cuanto dices es tan verdadero sin el tedioso uso de ese símbolo como con él. Tengamos una pequeña álgebra, en lugar de esta trillada retórica, signos universales, en lugar de estos símbolos locales, y todos ganaremos. La historia de las jerarquías parece mostrar que todo error religioso ha consistido en hacer del símbolo algo demasiado desolado y sólido y, al fin, nada más que un exceso del órgano del lenguaje.

Swedenborg, de todos los hombres de tiempos recientes, representa eminentemente al traductor de la naturaleza al pensamiento. No conozco a nadie en la historia para quien las cosas representen palabras de manera tan uniforme. Ante él la metamorfosis actúa continuamente. Todo aquello en que reposa su mirada obedece a los impulsos de la naturaleza moral. Los higos se convierten en uvas mientras los come. Cuando algunos ángeles suyos afirmaban una verdad, la rama de laurel que sostenían florecía en sus manos. El ruido que, de lejos, parecía un rechinar y aporrear, de cerca resultaba la voz de los disputantes. Los hombres, en una de sus visiones, vistos a la luz celestial, eran como dragones y surgían de la oscuridad, pero mutuamente aparecían como hombres y, cuando la luz del cielo brillaba en su choza, se quejaban de la oscuridad y estaban obligados a cerrar la ventana para poder ver.

Tenía esta percepción que hace del poeta o vidente un objeto de temor y terror, a saber, que el mismo hombre o sociedad de los hombres puede tener un aspecto para sí mismos y sus compañeros y otro diferente para inteligencias superiores. Ciertos sacerdotes a los que describe conversando eruditamente juntos les parecían a los niños, a cierta distancia, como caballos muertos; y muchas otras similares apariciones erróneas. Al instante la mente se pregunta si estos peces bajo el puente, esos bueyes en el pasto, aquellos perros en el jardín son inmutablemente peces, bueyes y perros o solo me lo parecen y tal vez para ellos parezcan hombres rectos; y si yo parezco un hombre a todas las miradas. Los brahmines y Pitágoras planteaban la misma pregunta y si un poeta ha presenciado la transformación, sin duda, ha descubierto su armonía con varias experiencias. Todos hemos visto cambios tan considerables en el trigo y las orugas. El poeta es quien nos arrastrará con

amor y terror y quien ve a través de la ropa ondulante la naturaleza firme y puede declararlo.

Busco en vano al poeta al que describo. No nos dirigimos con suficiente sencillez o profundidad a la vida ni osamos cantar nuestros propios tiempos y circunstancias sociales. Si colmáramos el día de valentía no nos encogeríamos al celebrarlo. El tiempo y la naturaleza nos proporcionan muchos dones, pero no el hombre tempestivo, la nueva religión, el reconciliador que todas las cosas esperan. La alabanza de Dante es que se atrevió a escribir su autobiografía con cifras colosales o en la universalidad. Aún no tenemos genio alguno en América, con mirada tiránica, que haya conocido el valor de nuestros incomparables materiales y visto, en la barbarie y materialismo de los tiempos, otro carnaval de los mismos dioses cuya pintura tanto admira en Homero, luego en la Edad Media y después en el calvinismo. Los bancos y las tarifas, los periódicos y las elecciones, el metodismo y el unitarismo, resultan aburridos e insulsos a la gente insulsa, pero tienen los mismos fundamentos de maravilla que la ciudad de Troya y el templo de Delfos y desaparecen con igual rapidez. Aún no han sido cantados nuestro negocio de troncos, nuestros tocones y su política, nuestras pesquerías, nuestros negros e indios, nuestros alardes y repudios, la ira de los pícaros y la pusilanimidad de los hombres honrados, el negocio del norte, la cosecha del sur, el despeje del oeste, Oregón y Texas. Sin embargo, América es un poema a nuestros ojos; su enorme geografía deslumbra la imaginación y no esperará mucho sus metros. Si no he encontrado esa excelente combinación de dones en mis compatriotas, no podrá ayudarme a fijar la idea del poeta leer de vez en cuando la colección de Chalmers de cinco siglos de poesía inglesa. Son ingenios, más que poetas, aunque ha habido poetas entre ellos. Cuando nos aferramos al ideal del poeta, tenemos nuestras dificultades aun con Milton y Homero. Milton es demasiado literario y Homero demasiado literal e histórico.

Pero no soy lo bastante sabio para ejercer una crítica nacional y debo usar un poco más la antigua magnitud para cumplir mi recado de la musa al poeta respecto a su arte.

El arte es el camino del creador a su trabajo. Los caminos o métodos son ideales y eternos, aunque pocos hombres los vean, ni siquiera el artista durante años o toda la vida, a menos que acepte las condiciones. El pintor, el escultor, el compositor, el rapsoda, el orador, todos comparten un deseo, a

saber, expresarse de manera simétrica y abundante, no mezquina y fragmentaria. Han descubierto o asumido ciertas condiciones, como el pintor y escultor ante ciertas figuras humanas impresionantes, el orador en la asamblea popular y los otros en las escenas que han excitado su intelecto, y cada uno siente al instante el nuevo deseo. Oye una voz, ve una seña. Entonces advierte con asombro las hordas de *dæmones* que lo rodean. No puede descansar más; dice, con el antiguo pintor: «Por Dios, está en mí y debe salir de mí». Persigue una belleza, vista a medias, que huye ante él. El poeta vierte versos en soledad. La mayoría de las cosas que dice son convencionales, sin duda, pero de vez en cuando dice algo original y hermoso. Eso le encanta. No diría sino tales cosas. Según nuestro modo de hablar, decimos: «Eso es vuestro, esto es mío»; pero el poeta sabe bien que no es suyo, que es tan extraño y hermoso para él como para vosotros; quisiera escuchar por extenso una elocuencia parecida. Habiendo probado una vez este icor inmortal, no puede tener bastante y, como en estas intelecciones existe un admirable poder creativo, es de suma importancia que tales cosas sean dichas. ¡Qué poco se dice de cuanto sabemos! Achicamos gotas de todo el mar de nuestra ciencia. ¡Y qué accidentalmente quedan expuestas, cuando tantos secretos duermen en la naturaleza! De ahí la necesidad del discurso y la canción, de ahí estos latidos y palpitaciones en el orador, a la puerta de la asamblea, hasta el final, es decir, para que el pensamiento pueda ser proferido como logos o palabra.

No dudes, oh poeta, sino persiste. Di: «Está en mí y saldrá». Sigue allí, frustrado y mudo, tartamudo, siseante y ululante, parado y esforzado, hasta que al fin la furia saque de ti ese poder *onírico* que cada noche te muestra que es tuyo, un poder que trasciende todo límite y privacidad, y en virtud del cual un hombre es el conductor de todo el río de la electricidad. Nada camina o se arrastra o crece o existe que no deba alzarse y caminar ante él como exponente de su significado. Llegado a ese poder, su genio ya no es agotable. Todas las criaturas, por parejas y tribus, entran en su mente como en el arca de Noé, para volver a poblar un nuevo mundo. Como la reserva del aire para respirar o encender nuestros hogares, no se mide por galones, sino que es toda la atmósfera, en caso de ser necesario. Por tanto, los poetas ricos, como Homero, Chaucer, Shakespeare y Rafael, no tienen obviamente límites para sus obras, salvo los límites de su vida, y parecen un espejo que ha de pasar por la calle, listo para reflejar una imagen de cada cosa creada.

¡Oh, poeta, se ha conferido una nueva nobleza a sotos y pastos, y ya no más a los castillos o por la hoja de la espada! Las condiciones son duras, pero iguales. Dejarás el mundo y solo habrás conocido a la musa. No habrás conocido los tiempos, costumbres, gracias, política u opiniones de los hombres, sino que lo habrás tomado todo de la musa. Repiques fúnebres tañen el tiempo de las ciudades del mundo, pero en la naturaleza las horas universales son contadas por sucesivas tribus de animales y plantas y por el crecimiento del gozo sobre el gozo. Dios quiere también que abduques de una vida múltiple y dúplice, y que te contentes con que otros hablen por ti. Otros serán tus caballeros y representarán para ti toda la cortesía y vida mundana; otros realizarán también las acciones grandes y resonantes. Tú estarás oculto en la naturaleza y no podrás acudir al capitolio o la bolsa. El mundo está lleno de renunciaciones y aprendizajes y este es el tuyo: durante largo tiempo pasarás por un necio y un patán. Esta es la pantalla y vaina en que Pan ha protegido su querida flor, y tú solo serás conocido por ti mismo y los demás te consolarán con su amor más tierno. No serás capaz de ensayar los nombres de tus amigos en tus versos por una antigua vergüenza ante el ideal sagrado; y esta es la recompensa: el ideal será real para ti y las impresiones del mundo actual caerán como lluvia de verano, copiosa, pero no molesta para tu esencia invulnerable. Tendrás toda la tierra como tu parque y hacienda, el mar para bañarte y navegar, sin tasa ni envidia, poseerás los bosques y los ríos, y serás propietario donde otros son solo arrendatarios e inquilinos. ¡Señor verdadero de la tierra, del mar, del aire! Allí donde cae la nieve o fluye el agua o vuelan los pájaros, donde el día y la noche se encuentran en el crepúsculo, donde cuelga el cielo azul de las nubes o está sembrado de estrellas, donde hay formas de límites transparentes, donde hay salidas al espacio celestial, donde hay peligro, temor y amor, hay belleza, abundante como la lluvia, derramada para ti, y aunque camines por todo el mundo no serás capaz de hallar nada inoportuno o innoble.

⁴⁹ El término corresponde al usado por Emerson, «pre-cantations», de la misma raíz que «incantations», traducida más adelante como «encantamientos».

EXPERIENCIA

Los señores de la vida, los señores de la vida,
los he visto pasar,
con su propio aspecto,
iguales y distintos,
gruesos y torvos,
uso y sorpresa,
superficie y sueño,
rápida sucesión y error espectral,
temperamento sin lengua,
y el inventor del juego
omnipresente sin nombre;
vistos unos, otros supuestos,
han marchado de este a oeste:
el hombrecito, el menor de todos,
alto entre las piernas de sus guardianes,
paseaba con mirada perpleja:
la querida naturaleza le cogió de la mano;
la más querida naturaleza, fuerte y amable,
le susurró: «¡Amigo, no importa!
Mañana tendrán otra cara,
¡fundador, son de tu raza!».

ENSAYO II

EXPERIENCIA

¿Dónde nos encontramos? En una serie cuyos extremos no conocemos y no creemos que existan. Despertamos y nos encontramos en un escalón; hay escaleras debajo de nosotros por las que parece que hemos subido; hay escaleras arriba de nosotros, más de una, que ascienden y se pierden de vista. El genio que, según la antigua creencia, está en la puerta por donde entramos y nos da a beber del Leteo, para que no podamos contar nada, nos dio una mezcla demasiado fuerte y no podemos sacudirnos el letargo ahora a mediodía. El sueño pende toda la vida de nuestros ojos, como la noche se cierne todo el día sobre las ramas del abeto. Todas las cosas flotan y relucen. Nuestra vida no está tan amenazada como nuestra percepción. Como espectros nos deslizamos por la naturaleza y no deberíamos conocer nuestro lugar de nuevo. ¿Ocurrió nuestro nacimiento en un ataque de indigencia y frugalidad de la naturaleza, de modo que fue tan cicatera con su fuego y tan liberal con su tierra que nos parece que nos falta el principio afirmativo y, aunque tengamos salud y razón, no tenemos superfluides de espíritu para crear nada nuevo? Tenemos bastante con vivir y completar el año, pero ni una onza para impartir o invertir. ¡Si tuviéramos un poco más de genio! Somos como molineros en los niveles inferiores de la corriente, cuando las factorías superiores han agotado el agua. Nos figuramos además que la gente aguas arriba debe haber levantado sus diques.

Si alguno de nosotros supiera lo que estábamos haciendo o adónde vamos, entonces lo sabríamos mejor al pensarlo. Hoy no sabemos si estamos ocupados u ociosos. Hemos llegado a descubrir que, en momentos en que nos creíamos indolentes, mucho se ha logrado y mucho ha comenzado en nosotros. Todos nuestros días son tan improductivos mientras pasan que resulta maravilloso dónde o cuándo hemos obtenido algo de lo que llamamos

sabiduría, poesía, virtud. No lo hemos obtenido en ningún día fechado del calendario. Debe haber algunos días celestiales intercalados en algún lugar, como los que Hermes ganó con los dados de la Luna para que Osiris pudiera nacer. Se dice que todos los martirios, mientras fueron sufridos, parecieron mediocres. Todo barco es un objeto romántico, salvo aquel en que navegamos. Embarcad y el romance abandona nuestra nave y se cuelga de cualquier otra vela en el horizonte. Nuestra vida parece trivial y rehuimos anotarlo. Los hombres parecen haber aprendido del horizonte el arte de la perpetua retirada y referencia. «Aquellas tierras altas son pastos ricos y mi vecino tiene prado fértil, pero mi campo —dice el granjero quejumbroso— solo es zona de paso». Cito el dicho de otro hombre; por desgracia, ese otro se desdice de la misma manera y me cita. El truco de la naturaleza es degradar el hoy; mucho zumbido, hasta que en algún lugar se introduce mágicamente un resultado. Todo tejado es agradable a la vista hasta que se levanta; entonces descubrimos la tragedia y las mujeres gimientes y los esposos huraños y diluvios de Leteo, y los hombres que preguntan: «¿Qué hay de nuevo?», como si lo viejo fuera tan malo. ¿Cuántos individuos podemos contar en la sociedad? ¿Cuántas acciones? ¿Cuántas opiniones? Se nos va tanto tiempo en la preparación, la rutina y la retrospección, que la médula del genio de cada hombre se reduce a unas pocas horas. La historia de la literatura —tomemos el resultado neto de Tiraboschi, Warton o Schlegel— es la suma de muy pocas ideas y de muy pocas historias originales, sometidas a variación. En esta enorme sociedad que nos rodea el análisis crítico descubrirá muy pocas acciones espontáneas. Casi todo es costumbre y grosería. Hay aun pocas opiniones, y parecen orgánicas en los hablantes y no turban la necesidad universal.

¡Cuánto opio se instila en todo desastre! Parece formidable al acercarnos, pero al final no hay áspera fricción, sino las superficies más deslizantes. Caemos blandos en un pensamiento. *Ate Dea* es gentil,

camina sobre las cabezas de los hombres,
con pies tiernos pisa blando.

La gente se queja y se lamenta, pero no es ni la mitad de malo de lo que dicen. Hay humores con que cortejamos al sufrimiento, con la esperanza de que aquí, al menos, descubriremos la realidad, los agudos picos y filos de la

verdad. Todo resulta decorado y falsificado. Lo único que la pena me ha enseñado es lo superficial que es. Como todo lo demás, juega en la superficie y nunca me introduce en la realidad, para entrar en contacto con la cual pagaríamos incluso el costoso precio de hijos y amantes. ¿Fue Boscovich quien descubrió que los cuerpos nunca entran en contacto? Pues bien, las almas nunca tocan sus objetos. Un mar innavigable lava con olas silenciosas entre nosotros y las cosas a las que nos dirigimos y con las que conversamos. La pena también nos hará idealistas. Con la muerte de mi hijo, hace ahora más de dos años, me parece haber perdido una hermosa propiedad, nada más. No la puedo tener más cerca de mí. Si mañana me informaran de la bancarrota de mis principales deudores, la pérdida de mi propiedad tal vez sea un gran inconveniente para mí durante años, pero me dejará tal como me encontré, ni mejor ni peor. Así ocurre con esta calamidad, no me toca: algo que pensaba que era parte de mí, que no me podía ser arrancado sin desgarrarme, ni aumentar sin enriquecerme, se desprende de mí y no deja cicatriz. Era caduco. Lamento que la pena no pueda enseñarme nada ni acercarme un paso a la naturaleza verdadera. El indio que sufrió la maldición de que el viento no soplara sobre él ni el agua le mojara ni el fuego le quemara es el tipo de todos nosotros⁵⁰. Los acontecimientos más queridos son lluvia de verano, y nosotros el sobretodo en que las gotas resbalan. Nada nos queda ahora salvo la muerte. La miramos con una terrible satisfacción, diciendo que ahí al menos está la realidad que no nos eludirá.

Considero que esta evanescencia y lubricidad de todos los objetos, que les permite escurrirse entre nuestros dedos cuando más firmemente los asimos, es la parte más ingrata de nuestra condición. A la naturaleza no le gusta ser observada y le gusta que seamos sus necios y compañeros de juego. Podemos tener la esfera como nuestra pelota de críquet, pero no una baya para nuestra filosofía. Nunca nos ha dado el poder para dar golpes directos; todos nuestros reveses rebotan, todos nuestros tiros son accidentes. Nuestras relaciones mutuas son oblicuas y casuales.

El sueño nos entrega al sueño y no hay fin para la ilusión. La vida es una serie de humores como una cuerda de abalorios y, al pasar por ellos, resultan lentes multicolores que pintan el mundo con su propio color, y cada una muestra solo lo que enfoca. Desde la montaña veis la montaña. Animamos lo que podemos, y vemos solo lo que animamos. La naturaleza y los libros

pertenecen a los ojos que los ven. Depende del humor del hombre que vea la puesta de sol o el hermoso poema. Siempre hay puestas de sol y siempre hay genio, pero solo unas pocas horas tan serenas como para disfrutar de la naturaleza o la crítica. El más o menos depende de la estructura o temperamento. El temperamento es el hilo de hierro que ensarta los abalorios. ¿De qué sirven la fortuna o el talento a una naturaleza fría y defectuosa? ¿A quién le importa qué sensibilidad o discriminación haya mostrado una vez un hombre si se queda dormido en su silla, o si le entra la risa, o si se disculpa, o se muestra egoísta, o piensa en su dinero, o no puede conseguir comida, o ha tenido un niño cuando era joven? ¿De qué sirve el genio si el órgano es demasiado convexo o cóncavo y no puede dar con una distancia focal en el horizonte presente de la vida humana? ¿De qué sirve si el cerebro es demasiado frío o caliente y el hombre no se preocupa lo bastante por los resultados para inducirlo a experimentar y mantenerlo en lo alto, o si la red resulta de un tejido demasiado fino, demasiado irritable para el placer y el dolor, de modo que la vida se estanca por recibir demasiadas cosas sin la debida salida? ¿De qué sirve hacer heroicos votos de enmienda si ha de observarlos el mismo viejo infractor de la ley? ¿Qué alegría puede producir el sentimiento religioso cuando se supone que depende en secreto de las estaciones del año y el estado de la sangre? Conocí a un médico ingenioso que descubrió la teología en el conducto biliar y solía afirmar que si el hígado enfermaba el hombre se volvía calvinista, y si el órgano estaba sano se volvía unitario. Es muy mortificante la experiencia reluctante de que cierto hostil exceso o imbecilidad neutraliza la promesa del genio. Vemos a jóvenes que nos deben un mundo nuevo, por sus rápidas y generosas promesas, pero nunca saldan la deuda; mueren jóvenes y eluden la cuenta o, si viven, se pierden en la multitud.

El temperamento entra también de lleno en el sistema de las ilusiones y nos encierra en una prisión de cristal que no podemos ver. Hay una ilusión óptica en toda persona que conocemos. En verdad, son todas criaturas de un temperamento dado, que aparecerán con un carácter dado, cuyos límites nunca cruzarán, pero los miramos, parecen vivos y suponemos que hay impulso en ellos. En el momento parece impulso; al cabo del año, de la vida, resulta cierta melodía uniforme que debe tocar el eje giratorio de la caja de música. Los hombres se resisten por la mañana, pero al pasar la tarde adoptan la conclusión de que el temperamento prevalece sobre el tiempo, el lugar y la

condición y es incombustible en las llamas de la religión. El sentimiento moral llega a imponer ciertas modificaciones, pero la textura individual mantiene su dominio, si no para influir en los juicios morales, para fijar la medida de la actividad y el gozo.

Expreso así la ley tal como se lee desde la plataforma de la vida ordinaria, pero no debo dejarla sin advertir la excepción capital, porque el temperamento es un poder que nadie oye de buena gana alabar salvo respecto a sí mismo. Sobre la plataforma de la física, no podemos resistir las influencias contrayentes de la llamada ciencia. El temperamento pone en fuga toda divinidad. Conozco la propensión de los médicos. Oigo la risita de los frenólogos. Los secuestradores y negreros teóricos consideran a todo hombre víctima de otro, que lo envuelve con el dedo al conocer la ley de su ser, y lee el inventario de su fortuna y carácter por señales tan baratas como el color de la barba o la inclinación del occipucio. La ignorancia más grosera no disgusta tanto como esta sagacidad impudente. Los médicos dicen que no son materialistas, pero lo son: el espíritu es la materia reducida a una extrema delgadez, ¡y *tan* delgada!, pero la definición de lo *espiritual* debería ser: *lo que se prueba a sí mismo*. ¡Qué nociones asociamos al amor! ¡Y a la religión! No querríamos pronunciar estas palabras en su presencia y darles la oportunidad de profanarlas. He conocido a un gracioso caballero que adapta su conversación a la forma de la cabeza del hombre con quien habla. Había pensado que el valor de la vida reside en sus posibilidades inescrutables; en el hecho de que nunca sé, al dirigirme a un nuevo individuo, lo que puede ocurrirme. Llevo las llaves de mi castillo en la mano, listo para arrojarlas a los pies de mi señor, donde y comoquiera que aparezca. Sé que está en el vecindario oculto entre vagabundos. ¿Evitaré mi futuro con un asiento elevado y adaptando amablemente mi conversación a la forma de las cabezas? Cuando llegue a eso el doctor me comprará por un centavo. «Pero, señor, ¡el historial médico, el informe para el instituto, los hechos probados!» Desconfío de los hechos y las inferencias. El temperamento es el veto o poder limitador en la constitución, aplicado muy justamente para impedir un exceso opuesto en la constitución, pero ofrecido absurdamente como un tribunal para la equidad original. Cuando la virtud está presente, todos los poderes subordinados duermen. En su propio nivel o a la vista de la naturaleza, el temperamento es final. Si alguien cae alguna vez en esta trampa de las llamadas ciencias, no veo escapatoria para el hombre de los eslabones de la

cadena de la necesidad física. Dado tal embrión, tal historia debe seguir. Sobre esta plataforma se vive en una pocilga de sensualismo y pronto se llegará al suicidio. Sin embargo, es imposible que el poder creativo se excluya a sí mismo. En toda inteligencia hay una puerta que nunca está cerrada, por la que pasa el creador. El intelecto, buscador de la verdad absoluta, o el corazón, amante del bien absoluto, acuden en nuestro socorro y, a un silbido de estos poderes elevados, despertamos de las ineficaces luchas con esta pesadilla. La lanzamos a su propio infierno y no podemos contraernos de nuevo en un estado tan ruin.

El secreto de lo ilusorio está en la necesidad de que se sucedan humores u objetos. Echaríamos el ancla alegremente, pero anclamos en arenas movedizas. Este truco progresivo de la naturaleza es demasiado fuerte para nosotros: *Pero si muove*. Cuando miro de noche a la luna y las estrellas, parece que estoy fijo y ellas se apresuran. Nuestro amor a lo real nos arrastra a la permanencia, pero la salud del cuerpo consiste en la circulación y la salud de la mente en la variedad o facilidad de la asociación. Necesitamos cambiar de objetos. La dedicación a un pensamiento es rápidamente odiosa. Nos alojamos con los locos y debemos complacerlos; luego la conversación decae. Una vez disfruté tanto con Montaigne que pensé que no necesitaría ningún otro libro; antes de eso, me pasó con Shakespeare, luego con Plutarco, y con Plotino, en una ocasión con Bacon, después con Goethe, incluso con Bettina, pero ahora vuelvo las páginas de cada uno lánguidamente, mientras aún aprecio su genio. Lo mismo me pasa con los cuadros; cada uno mantiene a su vez un énfasis de atención que no puede retener, aunque quisiéramos seguir disfrutando de esa manera. Con los cuadros he sentido mucho que, una vez habéis visto bien uno, debéis despediros de él; nunca lo volveréis a ver de nuevo. He aprendido buenas lecciones de cuadros que desde entonces he visto sin emoción o comentario. Debe deducirse algo de la opinión que aun el sabio expresa sobre un libro o acontecimiento nuevo. Su opinión me transmite su humor y cierta vaga suposición del nuevo hecho, pero no puede confiarse en ella en modo alguno como la relación duradera entre el intelecto y esa cosa. El niño pregunta: «Mamá, ¿por qué no me gusta la historia tanto como cuando me la contaste ayer?». Ay, hijo, eso le pasa aun al más viejo querubín del conocimiento. ¿Te responderé diciéndote que porque has nacido para un todo y esta historia es un caso particular? La razón del dolor que este descubrimiento nos causa (tardío en relación con las obras de arte y el

intelecto) es la queja de la tragedia que murmura desde allí respecto a las personas, la amistad y el amor.

Esa inmovilidad y ausencia de elasticidad que descubrimos en las artes la descubrimos con más dolor en el artista. No hay poder expansivo en los hombres. Nuestros amigos nos parecen pronto representantes de ciertas ideas que nunca sobrepasan o exceden. Están a la orilla del océano del pensamiento y el poder, pero nunca dan el único paso que les llevaría allí. El hombre es como un pedazo de espato de Labrador, sin lustre mientras lo giráis en la mano, hasta dar con un ángulo concreto; entonces muestra profundos y bellos colores. No hay adaptación o aplicabilidad universal en los hombres, cada uno tiene su talento especial, y la maestría de los hombres de éxito consiste en mantenerse diestramente donde y cuando ese giro ocurre más a menudo. Hacemos lo que debemos y le damos el mejor nombre que podemos, y queremos ser alabados por haber pretendido el resultado que sigue. No puedo recordar forma alguna del hombre que a veces no sea superflua. Pero ¿no es esto lamentable? No vale la pena hacer trampas con la vida.

Por supuesto, es necesaria toda la sociedad para dar la simetría que buscamos. La rueda multicolor debe girar muy rápido para parecer blanca. Algo se aprende también en el trato con tanta locura y defecto. Al fin y al cabo, quienquiera que pierda, somos siempre la parte ganadora. La divinidad está tras nuestros fracasos y locuras. Los juegos de los niños son tonterías, pero tonterías muy educativas. Así ocurre con las cosas mayores y más solemnes, el comercio, el gobierno, la Iglesia, el matrimonio, y con la historia del pan de todo hombre y los modos de lograrlo. Como un pájaro que no se posa nunca, sino que brinca perpetuamente de rama en rama, es el poder que no permanece en hombre alguno ni en mujer alguna, sino que un instante habla en uno y al siguiente en otro.

¿De qué sirven estas finezas o pedanterías? ¿De qué sirve el pensamiento? La vida no es dialéctica. Creo que, en estos tiempos, hemos aprendido lo suficiente de la futilidad de la crítica. Nuestros jóvenes han pensado y escrito mucho sobre el trabajo y la reforma y, con todo lo que han escrito, ni el mundo ni ellos mismos han dado un paso. La degustación intelectual de la vida no superará la actividad muscular. Si un hombre debiera considerar la sutileza del paso de un pedazo de pan por su garganta, se moriría de hambre. La más noble teoría de la vida reunió en la Granja Educativa⁵¹ a los más

nobles jóvenes, impotentes y melancólicos. No rastrilló ni acumuló una tonelada de heno ni almohazó un caballo, y dejó a hombres y muchachas pálidos y hambrientos. Un orador político comparaba con ingenio las promesas de nuestros partidos a las carreteras del oeste, que partían bastante flamantes, con hileras de árboles a cada lado, pero pronto se estrechaban cada vez más, acababan en un rastro de ardilla y subían a un árbol. Es lo que hace la cultura con nosotros: acaba en dolor de cabeza. Inefablemente triste y estéril les parece la vida a los que hace pocos meses deslumbraba el esplendor de la promesa de los tiempos. «Ya no hay una línea de acción justa, ni queda devoción entre los iraníes». Nos hemos hartado de objeciones y crítica. Hay objeciones para todo tipo de vida y acción, y la sabiduría práctica infiere indiferencia de la omnipresencia de objeciones. Todo el almacén de las cosas predica indiferencia. No te vuelvas loco pensando, ocúpate de tus asuntos en cualquier lugar. La vida no es intelectual o crítica, sino robusta. Su bien principal es para la variada gente que puede disfrutar de lo que encuentra sin preguntar. La naturaleza odia la ojeada, y nuestras madres llevaban razón cuando decían: «Niños, comed y callad». Llenar la hora, eso es la felicidad; llenar la hora sin dejar grieta alguna para el arrepentimiento o la aprobación. Vivimos entre superficies, y el verdadero arte de la vida es patinar bien sobre ellas. Bajo las más viejas y mohosas convenciones un hombre de fuerza nativa prospera tan bien como en el mundo más nuevo, y ello por un manejo y trato diestro. Puede ejercer el dominio en cualquier lugar. La vida misma es una mezcla de poder y forma y no soportará el menor exceso de ninguno. Acabar el momento, descubrir el final del viaje en cada paso del camino, vivir el mayor número de horas buenas es la sabiduría. No es cosa de hombres, sino de fanáticos o matemáticos, si queréis, decir que, considerada la brevedad de la vida, no importa si por tan poco tiempo yacemos necesitados o estamos en lo alto. Como trabajamos con momentos, ahorrémoslos. Cinco minutos hoy valen tanto para mí como cinco minutos en el próximo milenio. Seamos hoy equilibrados y sabios y firmes. Tratemos bien a hombres y mujeres, tratémoslos como si fueran reales, tal vez lo sean. Los hombres viven con su quimera, como borrachos cuyas manos son demasiado blandas y trémulas para el trabajo útil. Es una tempestad de quimeras, y el único lastre que conozco es el respeto a la hora presente. Sin sombra de duda, en medio del vértigo de los espectáculos y la política, me reafirmo cada vez más en el credo de que no debemos posponer y remitir y

desear, sino ser justos donde estamos, con quien tratemos, aceptando nuestros actuales compañeros y circunstancias, por humildes y odiosos que sean, como los oficiales místicos a los que el universo ha delegado su entero placer para nosotros. Si son ruines y malignos, su contento, que es la última victoria de la justicia, es un eco más satisfactorio para el corazón que la voz de los poetas y la simpatía casual de las personas admirables. Creo que, por mucho que un hombre reflexivo pueda padecer los defectos y absurdos de sus compañeros, no puede sin afectación negar a grupo alguno de hombres y mujeres la sensibilidad para el mérito extraordinario. Los bastos y frívolos tienen un instinto de superioridad, si carecen de simpatía, y le rinden a su ciega y caprichosa manera un sincero homenaje.

Los jóvenes excelentes desprecian la vida, pero en mí y en los que, como yo, no sufren dispepsia, y para quienes un día es un bien sano y sólido, es un gran exceso de urbanidad parecer desdeñoso y reclamar compañía. La simpatía me ha vuelto un poco más ávido y sentimental, pero, si me dejáis solo, disfrutaré cada hora y cuanto me traiga, la sorpresa del día, tan cordialmente como el más viejo chisme en el bar. Agradezco las pequeñas clemencias. He comparado mis notas con las de un amigo que lo espera todo del universo y al que le decepciona cualquier cosa inferior a lo mejor, y he descubierto que comienzo por el extremo opuesto, sin esperar nada, y agradezco siempre los bienes moderados. Acepto el estruendo y parloteo de tendencias contrarias. Tengo en cuenta también a borrachos y pelmazos. Confieren al cuadro circunyacente una realidad de la que no puede prescindir esa meteórica apariencia evanescente. Por la mañana me despierto y descubro el viejo mundo, la esposa, los niños y la madre, Concord y Boston, el viejo y querido mundo espiritual, y aun el viejo y querido diablo no muy lejos. Si tomamos lo bueno que encontramos sin preguntar tendremos medidas colmadas. Los grandes dones no se obtienen por análisis. Todo lo bueno está en la vía pública. La zona media de nuestro ser es la zona templada. Podemos ascender al delgado y frío reino de la geometría pura y la ciencia inerte o hundirnos en el de la sensación. Entre estos extremos está el ecuador de la vida, del pensamiento, del espíritu, de la poesía, una franja estrecha. Además, en la experiencia popular todo lo bueno está en la vía pública. Un coleccionista recorre todas las tiendas de Europa en busca de un paisaje de Poussin o un bosquejo a lápiz de Salvador, pero la *Transfiguración*, el *Juicio Final*, la *Comunión de San Jerónimo* y otras pinturas tan trascendentes como

esas están en los muros del Vaticano, los Uffizi o el Louvre, donde cualquier transeúnte puede verlas; por no decir nada de los cuadros de la naturaleza en cada calle, los atardeceres y amaneceres de cada día y la nunca ausente escultura del cuerpo humano. Recientemente un coleccionista compró en una subasta pública, en Londres, por ciento cincuenta y siete guineas, un autógrafo de Shakespeare: por nada un estudiante puede leer *Hamlet* y detectar secretos del mayor interés aún inéditos. Creo que nunca leeré salvo los libros más comunes, la Biblia, Homero, Dante, Shakespeare y Milton. Luego nos impacientamos ante una vida y un planeta tan públicos y corremos de aquí para allá tras escondrijos y secretos. La imaginación se deleita con grabados de indios, tramperos y abejeros. Creemos que somos extranjeros y no estamos tan íntimamente domesticados en el planeta como el hombre salvaje y la bestia y el pájaro salvaje, pero la exclusión también les alcanza; alcanza al hombre escalador, volador, deslizante, plumado y cuadrúpedo. El zorro y la marmota, el halcón y la agachadiza y el avetoro, vistos de cerca, no tienen más raíces en el mundo profundo que el hombre y son tan superficiales inquilinos del globo como él. Luego la nueva filosofía molecular muestra intervalos astronómicos entre los átomos, muestra que el mundo es todo exterior, no tiene interior.

El mundo medio es mejor. La naturaleza, tal como la conocemos, no es ninguna santa. No favorece las luces de la Iglesia, a los ascetas, los hindúes y grahamitas⁵². Viene comiendo y bebiendo y pecando. Sus preferidos, los grandes, fuertes y bellos, no son hijos de nuestra ley, no salen de la escuela dominical ni pesan su comida ni observan escrupulosamente los mandamientos. Si somos fuertes con su fuerza no debemos abrigar conciencias desconsoladas, prestadas también de las conciencias de otras naciones. Debemos sostener el tiempo presente contra todos los rumores de ira pasada o por venir. Hay tantas cosas pendientes que es de suma importancia resolverlas y, mientras lo hacemos, lo haremos como lo hacemos. Mientras sigue debatiéndose sobre la equidad del comercio y seguimos así por uno o dos siglos, la Nueva y la Vieja Inglaterra siguen comprando. Ha de discutirse la ley de propiedad literaria y de la propiedad literaria internacional y, en el ínterin, venderemos tantos libros como podamos. Se cuestiona la conveniencia de la literatura, la razón de la literatura, la legitimidad de escribir un pensamiento; mucho queda por decir

por ambas partes y, mientras se calienta la lucha, tú, queridísimo escolar, persevera en tu insensata tarea, añade una línea cada hora y, por momentos, añade una línea. Se discute el derecho a la tierra, el derecho de propiedad, y las convenciones convienen, así que, antes de que se vote, cavad vuestro jardín y gastad vuestros ahorros como un bien mostrenco o don de Dios en todo propósito sereno y hermoso. La vida misma es una burbuja y escepticismo, y un sueño dentro de otro. Seguro, y tanto como quieran, pero tú, preferido de Dios, cuida de tu sueño privado: no te pierdas en el desdén y el escepticismo, hay de sobra. Quédate en tu gabinete y esfuérzate hasta que los demás acuerden lo que hay que hacer al respecto. Tu enfermedad, dicen, y tu hábito enclenque requieren que hagas esto o evites aquello, pero has de saber que tu vida es un estado huidizo, una tienda por una noche, así que, enfermo o sano, acaba esa faena. Aun enfermo, no estarás peor, y el universo, que te aprecia, mejorará.

La vida humana se compone de dos elementos, el poder y la forma, y la proporción ha de mantenerse invariablemente si hemos de notar que es dulce y buena. El exceso de estos elementos resulta tan perjudicial como su defecto. Todo va al exceso: toda buena cualidad es nociva si carece de mezcla y, para llevar el peligro al borde de la ruina, la naturaleza vuelve superabundante lo peculiar de cada hombre. Aquí, entre las granjas, aducimos a los escolares como ejemplos de esta traición. Son las víctimas de la expresión de la naturaleza. Al ver de cerca al artista, al orador, al poeta, y no considerar su vida más excelente que la de los artesanos o granjeros, sino propia de víctimas de la parcialidad, muy vacuos y demacrados, y al llamarlos fracasados —no héroes, sino charlatanes—, concluís muy razonablemente que estas artes no son para el hombre, sino que son enfermedades. Sin embargo, la naturaleza no os lo confirmará. La naturaleza irresistible ha hecho a esos hombres y cada día fabrica legiones de ellos. Veis al muchacho leer un libro, mirar un dibujo o un molde, ¿y qué son estos millones que leen y contemplan sino incipientes escritores y escultores? Si añadís un poso más de esa cualidad que ahora lee y ve, empuñarán la pluma y el cincel. Quien recuerde de qué manera tan inocente comenzó a ser un artista percibirá que la naturaleza se unió a su enemigo. El hombre es una imposibilidad dorada. La línea por la que debe caminar tiene el grosor de un cabello. El sabio por exceso de sabiduría se vuelve un necio.

Si el hado lo tolerase, podríamos respetar fácilmente siempre estos hermosos límites y ajustarnos de una vez por todas al cálculo perfecto del reino de causa y efecto conocidos. En la calle y en los periódicos la vida parece un asunto tan sencillo que la varonil resolución y adhesión a la tabla de multiplicar con buen o mal tiempo asegurará el éxito. Pero, ¡ah, de pronto llega el día, o acaso la media hora, con su murmullo angelical, que frustra las conclusiones de naciones y de años! Mañana, de nuevo, todo parece real y angular, se reafirman los modelos habituales, pues el sentido común es tan raro como el genio —es la base del genio, y la experiencia es las manos y pies de toda empresa—, y, sin embargo, quien hiciera negocios sobre esas premisas quebraría rápidamente. El poder sigue otra carretera diversa a las autopistas de la elección y la voluntad, es decir, los subterráneos e invisibles túneles y canales de la vida. Es ridículo que seamos diplomáticos y doctores y personas consideradas: no hay cándidos como estos. La vida es una serie de sorpresas y, si no lo fuera, no valdría la pena cogerla u observarla. A Dios le agrada aislarnos cada día y ocultarnos el pasado y el futuro. Miramos a nuestro alrededor, pero, con gran urbanidad, baja ante nosotros una pantalla del cielo más puro, y otra detrás. «No recordaréis», parece decirnos, «ni esperaréis». Toda buena conversación, modales y acción vienen de una espontaneidad que olvida las costumbres y agranda el momento. La naturaleza odia a los calculadores; sus métodos son saltarines e impulsivos. El hombre vive por pulsos; nuestros movimientos orgánicos son así, los agentes químicos y etéreos son ondulatorios y alternativos, y la mente se mantiene antagonista y no prospera salvo por ataques. Crecemos por accidentes. Nuestras principales experiencias han sido casuales. Las personas más atractivas son las que obran de manera poderosamente oblicua y no por el golpe directo; hombres de genio, pero aún no acreditados: logramos la alegría de su luz sin pagar un impuesto demasiado alto. La suya es la belleza del pájaro o la luz matinal, y no del arte. En el pensamiento del genio siempre hay una sorpresa, y al sentimiento moral lo llamamos bien «la novedad» porque nunca es otro; tan nuevo para la más vieja inteligencia como para la más tierna, «el reino no viene ostensiblemente». De igual manera, no debe haber un diseño excesivo para el éxito práctico. No se observará a un hombre haciendo lo que mejor sabe hacer. Hay cierta magia en su acción más próspera que pasma vuestros poderes de observación, de modo que aunque se haga ante vosotros no lo advertís. El arte de la vida es pudoroso y no se

exhibirá. Todo hombre es una imposibilidad hasta que nace, toda cosa, imposible hasta que vemos un éxito. Los ardores de la piedad coinciden al fin con el más frío escepticismo —que nada es nuestro o de nuestras obras—, que todo es de Dios. La naturaleza no nos reservará la menor hoja de laurel. Escribir viene de la gracia de Dios, y hacer y tener. Me alegraría ser moral y respetar las debidas medidas y límites, que aprecio mucho, y permitir lo máximo a la voluntad del hombre, pero en este capítulo he querido ser honesto y no puedo ver al fin, en el éxito o fracaso, sino más o menos fuerza vital suministrada por lo eterno. Los resultados de la vida están por calcular y son incalculables. Los años enseñan mucho que los días nunca conocen. Las personas que nos acompañan conversan, van y vienen y diseñan y ejecutan muchas cosas, y algo sale de todo, pero el resultado es imprevisto. El individuo está siempre equivocado. Ha diseñado muchas cosas y se ha comprometido con otras personas como coadjutores, ha peleado con algunos o con todos, ha errado mucho y algo se ha hecho; todos han avanzado un poco, pero el individuo siempre está equivocado. Ha resultado algo nuevo, pero muy diferente a lo que se prometió a sí mismo.

Los antiguos, impresionados con lo irreductible de los elementos de la vida humana al cálculo, exaltaron el azar como una divinidad, pero eso es permanecer en el destello —que brilla realmente en un punto—, cuando el universo se calienta con la latencia del fuego. El milagro de la vida que no se exhibirá, sino que seguirá siendo un milagro, introduce un nuevo elemento. En el crecimiento del embrión, sir Everard Home, según creo, ha advertido que la evolución no surgía desde un punto central, sino que era coactiva desde tres o más puntos. La vida no tiene memoria. Lo que procede sucesivamente podría recordarse, pero lo que es coexistente o se exclama por una causa más profunda, lejos por ahora de ser consciente, desconoce su propia tendencia. Así ocurre con nosotros, ora escépticos o sin unidad porque estamos inmersos en formas y efectos que parecen de valor igual, aunque hostil, ora religiosos, mientras recibimos la ley espiritual. Sed pacientes con estas distracciones, con este crecimiento coetáneo de las partes: un día serán *miembros* y obedecerán a una sola voluntad. A esa voluntad, a esa causa secreta fijan nuestra atención y esperanza. Con ello la vida se funde en una expectativa o religión. Por debajo de los particulares inarmónicos o triviales hay una perfección musical, el ideal que siempre viaja con nosotros, el cielo

sin rasgadura o costura. Basta con que observéis el modo en que somos iluminados. Cuando converso con una mente profunda, o si en algún momento solo he tenido buenos pensamientos, no llego de pronto a satisfacciones como cuando, sediento, bebo agua o me arrimo al fuego por frío. ¡No!, primero se me informa de mi vecindad a una nueva y excelente región de la vida. Persistiendo en leer o pensar, esta región me envía otra señal suya, como por destellos de luz, por repentinos descubrimientos de su profunda belleza y reposo, como si las nubes que la cubrían se abrieran a intervalos y mostraran al próximo viajero las montañas interiores, con los tranquilos y eternos prados que se extienden hasta su base, donde los rebaños pastan y los pastores cantan y bailan. Sin embargo, toda visión de este reino del pensamiento parece inicial y promete una secuela. Yo no la hago; llego allí y contemplo lo que ya estaba allí. ¡Hacerlo yo! ¡Oh, no! Aplaudo con gozo y asombro infantil ante esta primera apertura ante mí de esta augusta magnificencia, vieja con el amor y homenaje de épocas innumerables, joven con la vida de la vida, la brillante Meca del desierto. ¡Y qué futuro se abre! Noto latir un nuevo corazón con el amor de la nueva belleza. Estoy listo para morir en la naturaleza y nacer de nuevo en esta nueva, pero inalcanzable América que he descubierto en el Oeste.

Pues ni ahora ni ayer han comenzado
estos pensamientos, que siempre han estado, ni puede
descubrirse a nadie que primero los tuviera.

Si he descrito la vida como un flujo de humores, ahora debo añadir que hay algo en nosotros que no cambia y clasifica todas las sensaciones y estados de la mente. La conciencia en cada hombre es una escala corrediza que le identifica ahora con la primera causa y luego con la carne de su cuerpo; la vida sobre la vida en grados infinitos. El sentimiento del que ha surgido determina la dignidad de cualquier hecho y la cuestión no es lo que has hecho o dejado de hacer, sino a las órdenes de quién lo has hecho o dejado de hacer.

Fortuna, Minerva, Musa, Espíritu Santo son nombres pintorescos, demasiado estrechos para cubrir esta sustancia ilimitada. El perplejo intelecto debe aún arrodillarse ante esta causa que se niega a ser nombrada, causa inefable, que todo gran genio ha tratado de representar con cierto símbolo

enfático, como Tales con el agua, Anaxímenes con el aire, Anaxágoras con el pensamiento (Noû"), Zoroastro con el fuego, Jesús y los modernos con el amor. La metáfora de cada uno se ha convertido en una religión nacional. El chino Mencio no ha sido el menos afortunado en su generalización. Dijo: «Comprendo plenamente el lenguaje y alimento bien mi caudaloso vigor». Su compañero dijo: «Quisiera saber qué entiendes por caudaloso vigor». Mencio replicó: «La explicación es difícil. Este vigor es enormemente grande e inflexible en sumo grado. Aliméntalo correctamente y no lo agravies y colmará el vacío entre el cielo y la tierra. Este vigor coincide y auxilia a la justicia y la razón y quita el hambre». En nuestra más correcta escritura, damos a esta generalización el nombre de ser y con ello confesamos que hemos llegado tan lejos como podemos ir. Basta para el gozo del universo que no hayamos llegado a un muro, sino a océanos interminables. Nuestra vida no parece tanto presente como prospectiva; no para los asuntos en que se despilfarra, sino como una sugerencia de este caudaloso vigor. La mayor parte de la vida parece anunciar la facultad: se nos da la información para que no nos vendamos baratos, pues somos muy grandes. Así, en lo particular, nuestra grandeza está siempre en una tendencia o dirección, no en una acción. Tenemos que creer en la regla, no en la excepción. Los nobles son así conocidos por los innobles. Al aceptar la guía de los sentimientos, la circunstancia importante y el hecho principal en la historia del globo no es lo que creemos respecto a la inmortalidad del alma o cuestiones similares, sino el *impulso universal a creer*. ¿Describiremos esta circunstancia como la causa que opera directamente? El espíritu no está desamparado o necesitado de órganos mediadores. Tiene plenos poderes y efectos directos. Soy explicado sin explicación, soy sentido sin actuar, y donde no estoy. Por tanto, todas las personas justas están satisfechas con su propia alabanza. Se niegan a explicarse y se contentan con que las nuevas acciones hagan el trabajo por ellas. Creen que nos comunicamos sin expresarnos y por encima de toda expresión, y que ninguna acción correcta nuestra deja de afectar a nuestros amigos, cualquiera que sea la distancia, porque la influencia de la acción no se mide por millas. ¿Por qué debería inquietarme que una circunstancia me impida estar donde se me esperaba? Si no estoy en la reunión, mi presencia donde esté debería ser tan útil a la república de la amistad y la sabiduría como lo sería mi presencia en ese lugar. Ejerzo la misma cualidad de poder en todos los lugares. Así viaja el poderoso ideal ante nosotros; no se sabe que

nunca haya quedado atrás. Ningún hombre ha tenido nunca una experiencia que le saciara, sino que lo bueno es noticia de algo mejor. ¡Adelante, adelante! En momentos liberados, sabemos que ya es posible un nuevo cuadro de la vida y el deber; en muchas mentes que os rodean ya existen los elementos de una doctrina de la vida que trascenderá cualquier registro escrito que tengamos. La nueva afirmación comprenderá todo escepticismo, así como toda fe de la sociedad, y se formará un credo con la incredulidad. Pues el escepticismo no es gratuito o ilegítimo, sino una limitación de lo afirmativo, y la nueva filosofía debe incluirlo y hacer afirmaciones que lo desborden, en la misma medida en que debe incluir las creencias más antiguas.

Es muy infeliz, pero demasiado tarde para evitarlo, el descubrimiento que hemos hecho de que existimos. Ese descubrimiento se llama la Caída del hombre. En adelante sospechamos de nuestros instrumentos. Hemos aprendido que no vemos directamente, sino de manera mediata, y que no tenemos manera de corregir estas lentes coloreadas y deformadoras que somos o de calcular la cantidad de sus errores. Tal vez estas lentes subjetivas tengan un poder creativo; tal vez no sean objetos. Una vez vivimos en lo que veíamos; ahora la rapacidad de este nuevo poder, que amenaza con absorber todas las cosas, nos atrapa. La naturaleza, el arte, las personas, las letras, las religiones, los objetos se tambalean sucesivamente, y Dios no es sino una de sus ideas. La naturaleza y la literatura son fenómenos subjetivos; todo mal y todo bien es una sombra que lanzamos. La calle está llena de humillaciones para el orgulloso. Tal como el petimetre logró vestir a los alguaciles con su librea y los hizo servir a sus invitados a la mesa, las desilusiones que el corazón malo emite como burbujas adoptan de pronto forma de damas y caballeros en la calle, tenderos o bármanes en los hoteles, y amenazan o insultan a todo lo susceptible de ser amenazado o insultado en nosotros. Pasa lo mismo con nuestras idolatrías. La gente olvida que es el ojo el que hace el horizonte, y el ojo de la mente abarcadora el que hace de este o aquel hombre un tipo o representante de la humanidad con el nombre de héroe o santo. Jesús, el «hombre providencial», es un buen hombre en el que mucha gente coincide que se cumplen estas leyes ópticas. Con el amor por una parte y la paciencia para objetar por otra, se ha decidido por un tiempo que lo situaremos en el centro del horizonte y le adscribiremos las propiedades

asociadas a cualquier hombre que sea visto así. Pero el amor o aversión más largo tiene un plazo raudo. La gran y creciente identidad, arraigada en la naturaleza absoluta, suplanta toda existencia relativa y arruina el reino de la amistad y el amor mortal. El matrimonio (en el llamado mundo espiritual) es imposible por la desigualdad entre todo sujeto y objeto. El sujeto es el receptor de Dios y con toda comparación debe sentirse aumentado por ese poder críptico. Aunque no en energía, sino por la presencia, solo podemos sentir este almacén de sustancia; ninguna fuerza o intelecto puede atribuir al objeto la apropiada deidad que duerme o se despierta siempre en todo sujeto. Nunca podrá el amor hacer iguales en fuerza la conciencia y la adscripción. Entre tú y yo habrá el mismo abismo que hay entre el original y el retrato. El universo es la novia del alma. Toda simpatía privada es parcial. Dos seres humanos son como globos que solo pueden tocarse en un punto; mientras siguen en contacto, los demás puntos de las esferas están inertes. Su vuelta también debe llegar, y cuanto más dure una unión en concreto, más energía de apetencia adquirirán las partes no unidas.

La vida puede ser representada, pero no dividida ni duplicada. Toda invasión de su unidad sería el caos. El alma no es gemela, sino hija única y, aunque se revele a sí misma niña en el tiempo, en su apariencia, su poder es fatal y universal y no admite vida compartida. Todo día, todo acto revela la mal disimulada deidad. Creemos en nosotros mismos como no creemos en otros. Nos permitimos todas las cosas y lo que llamamos pecado en otros es un experimento para nosotros. Es un ejemplo de nuestra fe en nosotros mismos que los hombres nunca hablen del crimen con la ligereza con que piensan en él; todo hombre se asegura una latitud que en modo alguno ha de ser consentida a otro. El acto parece muy diferente en el interior y en el exterior, en su cualidad y en sus consecuencias. El asesinato en el asesino no será el ruinoso pensamiento que tendrán los poetas y los romances; no le turba, ni apartará su atención de lo trivial: es un acto fácil de contemplar, pero en su secuela resulta una horrible discordancia y confusión de todas las relaciones. En especial, los crímenes surgidos del amor parecen justos y hermosos desde el punto de vista del actor, pero, una vez perpetrados, se los considera socialmente destructivos. Ningún hombre cree que al final pueda perderse ni que el crimen en él sea tan negro como en el felón, porque en nuestro caso el intelecto califica los juicios morales. Pues no hay crimen para el intelecto. Es antinómico o hipernómico, y juzga tanto la ley como el hecho.

Napoleón dijo, con el lenguaje del intelecto: «Es peor que un crimen, es un error». El mundo es para el intelecto un problema matemático o de ciencia cuantitativa y deja fuera toda alabanza y culpa y todas las emociones débiles. Todo robo es relativo. Si vamos a lo absoluto, ¿quién no roba? Los santos se entristecen porque contemplan el pecado (aun cuando especulan) desde el punto de vista de la conciencia y no del intelecto: una confusión del pensamiento. El pecado visto por el pensamiento es una disminución o *menos*; visto por la conciencia o voluntad es depravado o *malo*. El intelecto lo llama sombra, ausencia de luz, sin esencia. La conciencia debe sentirlo como esencia, mal esencial. No es así: tiene una existencia objetiva, no subjetiva.

El universo se viste inevitablemente de nuestro color y todo objeto cae sucesivamente en el sujeto mismo. El sujeto existe, el sujeto aumenta; antes o después todas las cosas caen en su lugar. Tal como soy, veo; cualquiera que sea el lenguaje que usemos, no podremos decir salvo lo que somos; Hermes, Cadmo, Colón, Newton, Bonaparte son ministros de la mente. En lugar de sentirnos pobres cuando damos con un hombre grande, tratemos al recién llegado como a un geólogo viajero que atraviesa nuestra propiedad y nos muestra buena pizarra o caliza o antracita entre la maleza. La acción parcial de toda mente fuerte en una dirección es un telescopio para los objetos a los que apunta. Toda otra parte del conocimiento debe llevarse a la misma extravagancia antes de que el alma alcance su debida esfericidad. ¿Veis a ese gatito persiguiendo su cola? Si pudierais ver con sus ojos, podríais verlo rodeado de cientos de figuras que interpretan complejos dramas, con tiradas trágicas y cómicas, largas conversaciones, muchos personajes, muchas subidas y bajadas del hado, y, entretanto, solo son el minino y su cola. ¿Cuánto pasará antes de que acabe nuestra mascarada con su ruido de panderetas, risas y gritos, y descubramos que era una actuación solitaria? Un sujeto y un objeto son lo que hace falta para completar el circuito galvánico, pero la magnitud no añade nada. ¿Qué importa que fueran Kepler y la esfera, Colón y América, un lector y su libro o el minino y su cola?

Es cierto que todas las musas y el amor y la religión odian estos desarrollos y descubrirán la manera de castigar al químico que hace públicos en el salón los secretos del laboratorio. No podemos decir demasiado poco de nuestra necesidad constitucional de ver las cosas bajo aspectos privados o saturadas con nuestros humores. Sin embargo, Dios es el nativo de estas

rocas desoladas. Esa necesidad supone en la moral la virtud capital de la confianza en sí mismo. Debemos aferrarnos a esta pobreza, por escandalosa que sea, y, con recuperaciones más vigorosas, tras los arranques de la acción, poseer nuestro eje con mayor firmeza. La vida de la verdad es fría, y por ello doliente, pero no es la esclava de las lágrimas, contriciones y perturbaciones. No trata de hacer el trabajo de otro ni adoptar los hechos de otro. Una lección principal de la sabiduría es conocerse a sí mismo frente al otro. He aprendido que no puedo disponer de los hechos de otras personas, pero poseo una clave para los míos, que me persuade contra todas sus negaciones, como ellos poseen una para los suyos. Una persona simpática está en el dilema del nadador entre hombres que se ahogan, que tratan de asirlo y que le hundirían si les tendiera una pierna o un dedo. Quieren ser salvados de los perjuicios de sus vicios, pero no de sus vicios. La caridad se despilfarrará con este pobre que atiende a los síntomas. Un médico sabio y audaz dirá *salid de ahí* como primera condición de su consejo.

En esta nuestra habladora América nos arruinan nuestro buen talante y el escuchar a todos. Esta obediencia elimina el poder de ser notablemente útil. Un hombre solo debería ser capaz de mirar directa y francamente. Una atención preocupada es la única respuesta a la inoportuna frivolidad de otras personas; la atención respecto a un fin que vuelva frívolas sus necesidades. Esta es una respuesta divina, inapelable y sin trabas. En el cuadro de Flaxman de las Euménides de Esquilo, Orestes suplica a Apolo mientras las Furias duermen en el umbral. La cara del dios expresa una sombra de lamento y compasión, pero transmite calma por lo irreconciliable de las dos esferas. Ha nacido para otra política, para lo eterno y bello. El hombre a sus pies pide por sus intereses en los tumultos de la tierra, con los que lo divino no puede mezclarse. Las Euménides yacentes expresan pictóricamente esta disparidad. El dios está abrumado por su destino divino.

La ilusión, el temperamento, la sucesión, la superficie, la sorpresa, la realidad, la subjetividad, estos son los hilos en el telar del tiempo, estos son los señores de la vida. No pretendo mencionarlos por orden, sino como los encuentro en mi camino. Sé lo bastante para no dar por acabado mi cuadro. Soy un fragmento y este es un fragmento mío. Puedo anunciar confiadamente una u otra ley, que adquiere relieve y forma, pero aún me faltan épocas para compilar un código. El mío es un chisme de esta hora sobre la política eterna.

No en vano he visto muchos hermosos cuadros. He vivido allí un tiempo maravilloso. No soy el novicio que fui a los catorce, ni hace siete años. Alguien preguntará: ¿dónde está el fruto? Un fruto privado me parece suficiente. Este es el fruto: no he de pedir un efecto precipitado de meditaciones, de consultas, de acopio de verdades. Me parece lamentable exigir un resultado en esta ciudad y país, un efecto abierto en el mes y año inminente. El efecto es profundo y secular, como la causa. Opera en periodos en que la vida mortal se pierde. Cuanto conozco es recepción; soy y tengo, pero no obtengo, y cuando he creído haber obtenido algo he visto que no. Adoro con asombro a la gran fortuna. Mi recepción ha sido tan grande que no me molesta recibir esto o aquello de manera sobreabundante. Digo al genio, con perdón por el proverbio: *Dentro por un millar, dentro por un millón*. Cuando recibo un nuevo don no macero mi cuerpo para hacer cuadrar la cuenta. El beneficio ha superado el mérito el primer día y desde entonces. Considero el mérito mismo, así llamado, parte de lo recibido.

Además, ese anhelar un efecto abierto o práctico me parece una apostasía. En serio, deseo reservar la parte más innecesaria del obrar. La vida me pone una cara visionaria. La acción más dura, más ruda, también es visionaria. No es sino una elección entre sueños blandos y turbulentos. La gente desprecia el saber y la vida intelectual y urge a hacer. Yo estaría muy contento con saber, si pudiera. Sería un augusto entretenimiento y me llevaría mucho tiempo. Por saber un poco valdría la pena el gasto de este mundo. Siempre oigo la ley de Adrastia: «El alma que ha conocido alguna verdad está a salvo por el momento».

Sé que el mundo con el que converso en la ciudad y las granjas no es el mundo en el que *pienso*. Observo esa diferencia y la observaré. Un día conoceré el valor y la ley de esta discrepancia. No me ha parecido que se haya ganado mucho con los intentos manipuladores para realizar el mundo del pensamiento. Muchas personas ansiosas hacen así sucesivos experimentos y resultan ridículas. Adquieren modales democráticos, rabian, odian y niegan. Observo, lo que es peor, que en la historia de la humanidad no han dado un solo ejemplo de éxito, según su propio criterio. Digo esto de manera polémica o en respuesta a la pregunta: ¿por qué no realizar vuestro mundo? Lejos de mí, sin embargo, la desesperación que prejuzga la ley por un miserable empirismo, pues nunca ha habido un esfuerzo correcto salvo el que ha tenido éxito. Paciencia y paciencia, venceremos al fin. Debemos sospechar

de las decepciones del elemento del tiempo. Lleva mucho tiempo comer o dormir o ganar cien dólares, y muy poco albergar una esperanza y una visión que se convierta en la luz de nuestra vida. Arreglamos el jardín, cenamos, hablamos de la casa con nuestra esposa, y estas cosas no causan impresión y son olvidadas la semana siguiente; pero en la soledad a la que todo hombre vuelve siempre hay cordura y revelaciones que en su pasaje a nuevos mundos llevará consigo. No importa el ridículo ni la derrota, ¡arriba de nuevo, viejo corazón!, parece decir, aún puede vencer la justicia; el mundo existe para realizar el verdadero romance, que será la transformación del genio en poder práctico.

[50](#) Emerson alude a «The Curse of Kehama», poema de Robert Southey.

[51](#) Emerson se refiere a Brook Farm, la comunidad utópica fundada por George Ripley y otros trascendentalistas en West Roxbury, Massachusetts, en 1841.

[52](#) Seguidores de Sylvester Graham, médico reformista del siglo XIX.

CARÁCTER

Se ha puesto el sol, pero no su esperanza;
han salido las estrellas, su fe madrugó más;
fijo en la enorme galaxia,
más profundo y viejo parecía su ojo;
igualaba su sublime sufrimiento
la taciturnidad del tiempo.
Habló, y palabras más blandas que la lluvia
trajeron de nuevo la Edad de Oro:
su acción ha merecido dulce reverencia
y ocultado la medida de su hazaña.

No elogia ni lamenta
el trabajo de sus manos:
para sí implora el hecho;
obra como la naturaleza,
sin arrepentirse.

ENSAYO III

CARÁCTER

He leído que los que escuchaban a lord Chatham creían que había en el hombre algo mejor que nada que dijera. A nuestro brillante historiador inglés de la Revolución Francesa se le reprocha que los hechos que cuenta sobre Mirabeau no justifican que estime su genio. Los Gracos, Agis, Cleómenes no igualan en el registro de los hechos su propia fama. Sir Philip Sidney, el conde de Essex, sir Walter Raleigh son hombres de gran figura y escasos hechos. No podemos descubrir la menor parte del peso personal de Washington en la narración de sus gestas. La autoridad del nombre de Schiller es demasiado grande para sus libros. Esta desigualdad de la reputación respecto a las obras o anécdotas no se explica al decir que la reverberación es más larga que el trueno, sino que había algo en estos hombres que engendraba una expectación que superaba todos sus actos. La mayor parte de su poder estaba latente. A esto llamamos carácter, una fuerza reservada que actúa directamente por la presencia y sin medios. Se lo concibe como cierta fuerza indemostrable, un familiar o genio cuyos impulsos guían al hombre, pero cuyos consejos no puede impartir; impulsos que le acompañan, por lo que tales hombres a menudo son solitarios, o que, si resultan sociales, no necesitan sociedad, sino que pueden pasarse muy bien solos. El talento literario más puro parece unas veces grande, otras pequeño, pero el carácter posee una grandeza estelar e irreductible. Lo que otros realizan por talento o elocuencia, este hombre lo logra con cierto magnetismo. «Prescinde de la mitad de su fuerza». Sus victorias se deben a una demostración de superioridad, no a cruzar bayonetas. Conquista porque su llegada altera el aspecto de los asuntos. «Oh, Yole, ¿cómo has sabido que Hércules era un dios?». Yole respondió: «Porque me alegraba en cuanto lo veía. Cuando miraba a Teseo deseaba verle ofrecer batalla o guiar al menos

sus caballos en la carrera, pero Hércules no esperaba pelear; conquistaba por el mero hecho de estar, caminar, sentarse o hacer lo que fuera». El hombre, por lo general un pedante respecto a los acontecimientos, atado solo a medias y a regañadientes al mundo en que vive, parece compartir en estos ejemplos la vida de las cosas y ser una expresión de las mismas leyes que controlan las mareas y el sol, números y cantidades.

Por usar una ilustración más modesta, y más doméstica, observo que comprendemos suficientemente el valor incomparable de este elemento en nuestras elecciones políticas, donde, si aparece en absoluto, solo puede ocurrir en su forma más basta. El pueblo sabe que en su representante necesita mucho más que talento, es decir, el poder de hacer que se confíe en su talento. El pueblo no puede alcanzar su fin enviando al Congreso a un orador instruido, agudo y elocuente si no es alguien que, antes de que el pueblo lo designe para representarlo, ha sido designado por Dios Todopoderoso para representar un hecho—invisiblemente persuadido de ese hecho en sí mismo—, de modo que las personas más presuntuosas y más violentas sepan que aquí hay una resistencia en que se despilfarran el impudor y el terror, es decir, que hay fe en un hecho. Los hombres que salen adelante no necesitan preguntar a sus electores lo que deben decir, sino que son el país que representan; en ningún lugar resultan tan instantáneas y verdaderas sus opiniones como en ellos, ni tan exentas de egoísta infusión. En casa los electores atienden a sus palabras, miran el color de su mejilla y, con ello, como en un espejo, componen las suyas. Nuestras asambleas públicas son buenas pruebas de fuerza viril. Nuestros francos hombres del Oeste y el Sur aprecian el carácter y quieren saber si el de Nueva Inglaterra es un hombre sustancial o si pueden atravesarlo con la mano.

La misma fuerza motriz aparece en el comercio. Hay genios en el comercio, así como en la guerra o el Estado o las letras, y la razón por que este o aquel hombre es afortunado no ha de ser dicha. Radica en el hombre: es todo lo que cualquiera podrá decirte al respecto. Vedle y sabréis fácilmente por qué triunfa, tal como viendo a Napoleón comprenderíais su fortuna. En los nuevos objetivos reconocemos el viejo juego, el hábito de afrontar el hecho y no tratar con él de segunda mano mediante las percepciones ajenas. La naturaleza parece autorizar el comercio tan pronto como veis al mercader natural, que no parece tanto un agente privado como su factor y ministro del comercio. Su probidad natural se combina con su visión de la fábrica social

para ponerle por encima de ardidés, y comunica a todos su propia fe: los contratos no se interpretan en privado. El hábito de su mente es una referencia para los modelos de equidad natural y ventaja pública, e inspira respeto y deseo de tratar con él, tanto por el silencioso espíritu de honor que le acompaña como por el pasatiempo intelectual que proporciona el espectáculo de tanta habilidad. Este comercio de inmensa extensión, que hace de los cabos del océano meridional sus muelles y del Atlántico su puerto familiar, solo se centra en su cerebro, y nada en el universo puede hacer bueno el lugar en que está. Veo muy bien en su salón que esta mañana ha trabajado duro, con ese ceño fruncido y ese humor resuelto que no puede sacudir todo su deseo de ser cortés. Veo claramente las firmes acciones que ha llevado a cabo, los valientes *noes* que ha proferido este día, en que otros habrían pronunciado ruinosos *síes*. Veo, con el orgullo del arte y la destreza de la aritmética magistral y el poder de la combinación remota, su conciencia de ser un agente y compañero de juego de las leyes originales del mundo. También él cree que nadie puede sustituirle y que un hombre debe nacer para el comercio o no podrá aprenderlo.

Esta virtud atrae más a la mente cuando se la ve en acción respecto a fines no tan mixtos. Opera con la mayor energía en las compañías menores y en las relaciones privadas. En todos los casos es un agente extraordinario e incalculable. Paraliza el exceso de fuerza física. Las naturalezas superiores dominan a las inferiores causándoles cierto sueño. Las facultades están encerradas y no ofrecen resistencia. Tal vez sea esa la ley universal. Cuando lo alto no puede elevar a lo bajo, lo adormece, como el hombre elimina la resistencia de los animales inferiores. Los hombres ejercen mutuamente un poder oculto similar. ¡Con frecuencia la influencia de un verdadero maestro ha hecho realidad todos los cuentos de magia! Un río de dominio parece descender desde sus ojos hacia los que lo han contemplado, un torrente de potente luz triste, como un Ohio o Danubio que los ha anegado con sus pensamientos y que ha coloreado todos los acontecimientos con el matiz de su mente. «¿Qué medios empleaste?», se le preguntó a la esposa de Concini respecto a su trato con Maria de Medici, a lo que respondió: «Solo la influencia que toda mente fuerte tiene sobre otra débil». ¿No puede César arrastrar sus cadenas y transferirlas a la persona de Hippo o Thraso el carcelero? ¿Son unas esposas de hierro un lazo tan inmutable? Suponed que un comerciante de esclavos de la costa de Guinea lleve a bordo un grupo de

negros que contenga personas de la talla de Toussaint L'Overture, o imaginemos que bajo estas prietas máscaras lleva encadenados a hombres como Washington. Cuando lleguen a Cuba, ¿será el mismo el relativo orden de la compañía del barco? ¿No hay nada más que cuerda y hierro? ¿No hay amor ni reverencia? ¿No habrá nunca un destello de lo justo en la mente de un pobre capitán de esclavos, y no podemos suponer que esto baste para romper o eludir o superar de alguna manera la tensión de una o dos pulgadas del anillo de hierro?

Se trata de un poder natural, como la luz y el calor, y toda la naturaleza coopera con él. La razón por la que sentimos la presencia de un hombre y no sentimos la de otro es tan sencilla como la gravedad. La verdad es la cima del ser: la justicia es su aplicación a sus asuntos. Todas las naturalezas individuales se hallan en una escala según la pureza que este elemento tiene en ellas. La voluntad de lo puro desciende desde unas naturalezas hasta otras, tal como el agua desciende desde una vasija superior hasta otra inferior. Esta fuerza natural no puede resistirse en mayor medida que ninguna otra. Podemos lanzar por un momento una piedra al aire, pero es cierto que todas las piedras caen siempre y, por muchos ejemplos que puedan citarse de robos impunes o de mentiras creídas, la justicia debe prevalecer, y el privilegio de la verdad es hacer que se crea en ella. El carácter es este orden moral visto a través del medio de una naturaleza individual. El individuo es un cercador. El tiempo y el espacio, la necesidad y la libertad, la verdad y el pensamiento ya no quedan sueltos. Ahora el universo es un cercado o redil. Todas las cosas existen en el hombre teñidas con los modales de su alma. Infunde la cualidad que hay en él a toda naturaleza que pueda alcanzar; no tiende a perderse en lo vasto, sino que, por larga que sea la curva, todas sus miradas vuelven al fin a su propio bien. Anima todo lo que puede y ve solo lo que anima. Cerca el mundo, como un patriota su país, como una base material para su carácter y un teatro para la acción. Un alma sana queda unida a lo justo y lo verdadero como el imán señala al polo, de modo que resulta para los espectadores como un objeto transparente entre ellos y el sol, y el que viaja hacia el sol viaja hacia esa persona. Así, es el medio de la influencia suprema para todos los que no están a su nivel. Así, los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad a la que pertenecen.

La medida natural de este poder es la resistencia a las circunstancias. Los hombres impuros consideran la vida tal como se refleja en las opiniones,

acontecimientos y personas. No pueden ver la acción hasta que se lleva a cabo. Sin embargo, su elemento moral preexistía en el actor y era fácil predecir su cualidad como justa o injusta. Todo en la naturaleza es bipolar o tiene un polo positivo y otro negativo. Hay un hombre y una mujer, un espíritu y un hecho, un norte y un sur. El espíritu es el positivo, el acontecimiento el negativo. La voluntad es el polo norte, la acción el sur. El carácter puede clasificarse por tener su lugar natural en el norte. Comparte las corrientes magnéticas del sistema. Las almas débiles son arrastradas al sur o polo negativo. Atienden al provecho o perjuicio de la acción. Nunca contemplan un principio hasta que se localiza en una persona. No desean ser amables, sino amadas. A la clase del carácter le gusta oír sus defectos; a la otra no le gusta oír hablar de defectos, adoran los acontecimientos, les garantizan un hecho, una conexión, cierta cadena de circunstancias, y no preguntarán más. El héroe ve que el acontecimiento es *ancilar*; debe seguirle *a él*. Un orden dado de acontecimientos no tiene el poder de garantizarle la satisfacción que asocia a la imaginación; el alma de lo bueno escapa de todo conjunto de circunstancias, mientras la prosperidad pertenece a cierta mente, e introducirá ese poder y la victoria que es su fruto natural en cualquier orden de acontecimientos. Ningún cambio de circunstancias puede reparar un defecto de carácter. Nos jactamos de habernos emancipado de muchas supersticiones, pero si hemos destruido los ídolos ha sido por una transferencia de la idolatría. ¿Qué he ganado, aunque ya no inmole un toro a Júpiter o a Neptuno o un ratón a Hécate, y esté impávido ante las Euménides o el Purgatorio católico o el Juicio Final calvinista, si tiemblo ante la opinión, la llamada opinión pública, o ante la amenaza de un ataque o la contumelia o los malos vecinos o la pobreza o la mutilación, o ante el rumor de la revolución o el asesinato? Si tiemblo, ¿qué importa lo que me haga temblar? Nuestro vicio adopta una u otra forma según el sexo, edad o temperamento de la persona y, si nos asustamos, enseguida descubrimos terrores. La codicia o malignidad que me entristece, cuando la adscribo a la sociedad, es la mía. Siempre estoy rodeado de mí mismo. Por otra parte, la rectitud es una perpetua victoria, celebrada no por gritos de gozo, sino por la serenidad, que es el gozo fijado o habitual. Resulta desgraciado huir a los acontecimientos para confirmar nuestra verdad y valor. El capitalista no acude cada hora al agente para cuñar sus ventajas en moneda corriente del reino; le satisface leer en las citas del mercado que sus valores han subido. Debo aprender a

degustar más puro el mismo arrebató que me causarían los mejores acontecimientos en el mejor orden al percibir que mi posición mejora cada hora y ya domina esos acontecimientos que deseo. Esa exultación solo debe detenerse por la previsión de un orden de cosas tan excelente como para arrojar a la más profunda sombra toda nuestra prosperidad.

La cara que me pone el carácter es la autosuficiencia. Reverencio a la persona que es rica; no puedo pensar en él solo o pobre o exiliado o infeliz, o como un cliente, sino como un perpetuo patrón, benefactor y hombre beatífico. El carácter es centralidad, la imposibilidad de ser desplazado o derribado. El hombre debería proporcionarnos un sentido masivo. La sociedad es frívola y rasga su día en jirones, su conversación en ceremonias y escapatorias. Si voy a ver a un hombre ingenioso, tendré por un pobre entretenimiento que me procure vistosos actos de benevolencia y etiqueta; más bien debería permanecer firme en su lugar y dejarme aprender, aunque sea solo su resistencia, y saber que he encontrado una cualidad nueva y positiva, una gran renovación para ambos. Es mucho que no acepte las opiniones y prácticas convencionales. Ese inconformismo será un aguijón y recordatorio, y quien inquiera tendrá que disponer de él en primer lugar. No hay nada real o útil que no sea una sede de guerra. Nuestras casas resuenan con risas y chismes personales y críticos, pero son de poca ayuda. Quien ayuda es el hombre incivil, indisponible, el que es un problema y una amenaza para la sociedad, al que no puede dejarse pasar en silencio, sino que debe ser adorado u odiado, y con el que todos los partidos se sienten emparentados, tanto los líderes de la opinión como los oscuros y excéntricos. Deja en el error a América y Europa y destruye el escepticismo, que dice «el hombre es un muñeco, comamos y bebamos, es lo mejor que podemos hacer», al iluminar lo no probado ni conocido. La aquiescencia con lo establecido y la apelación al público indican fe débil, cabezas que no están claras y que deben ver una casa construida antes de comprender su plan. El sabio no solo deja fuera de su pensamiento a los muchos, sino que deja fuera a los pocos. Las fuentes, los autónomos, los absortos, el comandante por ser comandado, los seguros, los primarios son los buenos, porque anuncian la presencia instantánea del poder supremo.

Nuestra acción debería depender matemáticamente de nuestra sustancia. En la naturaleza no hay falsas valoraciones. Una libra de agua en el mar tempestuoso no tiene más gravedad que en una laguna en verano. Todas las

cosas operan exactamente según su cualidad y según su cantidad, no intentan nada que no puedan hacer, salvo el hombre. El hombre tiene pretensiones: desea e intenta cosas más allá de su fuerza. En un libro inglés de memorias leo: «El señor Fox (después lord Holland) dijo que debía lograr el Tesoro; había estado a su servicio y lo tendría». Jenofonte y sus diez mil estaban a la altura de lo que intentaban y lo lograban, hasta tal punto que no suponían que fuera una hazaña tan grande e inimitable. Sin embargo, ahí queda ese hecho único, un hito en la historia militar. Muchos lo han intentado y no han estado a la altura. El poder para la acción puede basarse solo en la realidad. Ninguna institución será mejor que el instituidor. Conocí a una persona amable y competente que emprendió una reforma práctica; sin embargo, nunca fui capaz de descubrir en él la empresa de amor que esgrimía. La había adoptado de oídas y por los libros que había leído. Toda su acción era tentativa, un acto de la ciudad trasladado al campo, y aún era la ciudad, sin ningún hecho nuevo, y no podía inspirar entusiasmo. Si hubiera habido algo latente en el hombre, un terrible genio no demostrado que agitara y turbara sus actos, habríamos esperado su advenimiento. No basta con que el intelecto vea los males y su remedio. Pospondremos aún nuestra existencia y aplazaremos la toma del terreno a que tenemos derecho mientras lo que nos incita sea solo un pensamiento y no un espíritu. Aún no hemos estado a su servicio.

Estas son propiedades de la vida, y otro rasgo es el anuncio del crecimiento incesante. Los hombres deberían ser inteligentes y sinceros. Deben también hacernos sentir que tienen un controlado futuro feliz que se abre ante ellos y arroja su esplendor a la hora que pasa. El héroe resulta mal concebido y contado: no puede esperar, por tanto, a desenredar los errores de nadie. Está de nuevo en su camino, añadiendo nuevos poderes y honores a su dominio y nuevas exigencias a vuestro corazón, que os arruinarán si os habéis rezagado con lo viejo y no habéis mantenido la relación con él aumentando vuestra riqueza. Las únicas disculpas y explicaciones por las viejas acciones que los nobles toleran ofrecer o recibir son las nuevas. Si vuestro amigo os ha disgustado, no os sentéis a considerarlo, porque ya ha perdido todo recuerdo del caso y ha doblado su poder para servirlos y, antes de que os levantéis de nuevo, os abrumará con bendiciones.

No nos agrada pensar en una benevolencia que solo se mide con sus obras. El amor es inagotable y si su propiedad se despilfarra, si su granero se vacía, aún alegre y enriquece, y el hombre, aunque duerma, parece purificar el aire y

su casa adorna el paisaje y fortalece las leyes. La gente siempre reconoce esta diferencia. Sabemos quién es benevolente por medios diversos al número de suscripciones a la beneficencia. Solo los bajos méritos pueden enumerarse. Temed si vuestros amigos os dicen lo que habéis hecho bien, y si os lo dicen directamente; solo cuando os dirijan inciertas y tímidas miradas de respeto y displicencia y deban suspender su juicio durante años podréis albergar esperanza. Quienes viven para el futuro deben parecer siempre egoístas a quienes viven para el presente. Por tanto, resultaba cómico que el buen Riemer, autor de unas memorias de Goethe, hiciera una lista de sus donaciones y buenas obras, como la de tantos táleros dados a Stilling, a Hegel, a Tischbein, una plaza lucrativa para el profesor Voss, un puesto bajo el Gran Duque para Herder, una pensión para Meyer, dos profesores recomendados a universidades extranjeras, etc. La lista más larga de beneficios especificados parecerá muy corta. Un hombre es una pobre criatura si ha de ser medido así, pues todas estas cosas son excepciones, y la regla y vida presente de un buen hombre es su condición benefactora. La verdadera caridad de Goethe ha de inferirse del relato hecho al Dr. Eckermann de la manera en que gastó su fortuna: «Cada *bon-mot* me ha costado una bolsa de oro. Para enseñarme lo que ahora sé he gastado medio millón de mi dinero, la fortuna que heredé, mi salario, y la enorme cantidad obtenida con mis escritos durante cincuenta años. Además, etc.».

Reconozco que no es más que pobre charla y chisme enumerar rasgos de este sencillo y rápido poder, y que estamos pintando el relámpago a carboncillo, pero en estas largas noches y vacaciones me gusta consolarme así. Nada puede copiarse salvo a sí mismo. Una cálida palabra del corazón me enriquece. Me rindo a la discreción. ¡Qué gélido es el genio literario ante este fuego de la vida! Estos son los toques que reaniman mi pesada alma y le dan ojos para perforar lo oscuro de la naturaleza. Donde me creía más pobre descubro que era el más rico. De ahí viene una nueva exaltación intelectual que ha de ser reprendida de nuevo por una nueva exhibición de carácter. ¡Extraña alternancia de atracción y repulsión! El carácter repudia al intelecto y, sin embargo, lo excita, y el carácter pasa al pensamiento, que lo publica, y luego retrocede ante nuevos destellos de valor moral.

El carácter es la naturaleza en la forma suprema. Es inútil remedarlo o pelear con él. En este poder hay algo de posible resistencia, persistencia o creación que frustrará toda emulación.

Esta obra maestra es mejor donde no se han puesto en ella otras manos que las de la naturaleza. Hay que cuidar de que los que tienen un gran destino se deslicen hacia la vida en la sombra, sin una Atenas de mil ojos que contemple y blasone todo nuevo pensamiento, toda sonrojada emoción del joven genio. Hace poco me han dado que pensar dos personas, dos hijos del Altísimo. Cuando exploraba la fuente de su santidad y del encanto para la imaginación, parecían responderme: «Viene de mi inconformismo: nunca he escuchado la ley de vuestro pueblo o lo que llaman su evangelio, ni perdido el tiempo. Estaba contento con mi propia y sencilla pobreza rural. De ahí esta dulzura: mis obras nunca os lo recuerdan; están libres de eso». La naturaleza me anuncia en tales personas que, en la democrática América, ella no será democratizada. ¡Qué enclaustrados y constitucionalmente embargados del mercado y el escándalo! Esta mañana misma he pedido unas flores silvestres de estos dioses del bosque. Son un alivio para la literatura, estos tragos frescos de las fuentes del pensamiento y sentimiento, como al leer las primeras líneas escritas de prosa y verso de una nación en una época de lustre y crítica. Cautiva la devoción a sus libros favoritos, sea el de Esquilo, Dante, Shakespeare o Scott, como si hubieran apostado por ese libro: quien lo toca, los toca; y toca, en especial, la total soledad del crítico, la Patmos del pensamiento desde la que escribe, inconsciente de los ojos que leerán este escrito. ¡Si pudieran seguir soñando y no despertar a las comparaciones y halagos! Sin embargo, ciertas naturalezas son demasiado buenas para que la alabanza las eche a perder, y allí donde la vena del pensamiento desciende a lo profundo no hay peligro de vanidad. Aunque amigos solemnes les adviertan del peligro de que su cabeza gire con el toque de trompetas, pueden permitirse sonreír. Recuerdo la indignación de un elocuente metodista por las amables advertencias de un teólogo: «Amigo mío, el hombre no puede ser alabado ni insultado». Olvidad los consejos, son muy naturales. Recuerdo el pensamiento que se me ocurrió cuando ciertos extranjeros ingeniosos y espirituales llegaron a América: ¿os habéis convertido en víctimas por haber llegado aquí?, o, antes de eso, respondedme a esto: ¿podéis convertirlos en víctimas?

Como he dicho, la naturaleza retiene estas soberanías en sus manos y, por impertinente que nuestros sermones y disciplinas dividan una parte del crédito y enseñen que las leyes modelan al ciudadano, va a su paso y equivoca a los más sabios. Tiene en poco a evangelios y profetas, como quien

tiene muchos más por producir, y no dedica demasiado tiempo a ninguno. Hay hombres de cierta clase, individuos que aparecen en largos intervalos, tan eminentemente dotados de visión y virtud que son saludados de manera unánime como *divinos* y parecen una acumulación de ese poder que consideramos. Las personas divinas son carácter nato o, por tomar prestada una frase de Napoleón, una victoria organizada. A menudo se los recibe con rencor porque son nuevos y porque ponen límite a la exageración a que ha dado lugar la personalidad de la última persona divina. La naturaleza nunca rima a sus hijos ni hace dos hombres iguales. Cuando vemos a un gran hombre pensamos en su parecido con cierta persona histórica y predecimos la secuela de su carácter y fortuna, un resultado que va a defraudar. Nadie resolverá el problema de su carácter según nuestro prejuicio, sino solo a su manera elevada e inédita. El carácter necesita espacio; no debe poblarse de personas ni juzgarse por destellos obtenidos en la prensa de los asuntos o en unas pocas ocasiones. Necesita perspectiva, como un gran edificio. No puede formar relaciones rápidamente, ni es probable que lo haga; y no deberíamos requerir una explicación precipitada de su acción según la ética popular o la nuestra propia.

Miro la escultura como historia. No creo que Apolo y Júpiter sean imposibles en carne y hueso. El artista ha visto en la vida, y mejor que su copia, todo rasgo registrado en piedra. Hemos visto muchas falsificaciones, pero somos creyentes natos en los grandes hombres. Fácilmente leemos en los libros antiguos, cuando los hombres eran pocos, acerca de la menor acción de los patriarcas. Requerimos que un hombre sea tan grande y monumental en el paisaje como para que valga la pena registrar que se alzó y se dispuso a la lucha y se encaminó a tal lugar. Los cuadros más creíbles son aquellos en que hombres majestuosos triunfan al entrar y convencen a los sentidos, tal como le ocurrió al mago oriental que fue enviado a probar los méritos de Zartosht o Zoroastro. Nos cuentan los persas que cuando el mago Yunani llegó a Balj, Gushtasp señaló un día en que los clérigos de todo el país se reunieran y se colocó una silla de oro para el sabio Yunani. Entonces el amado de Yidam, el profeta Zartosht, se puso en medio de la asamblea. El sabio Yunani, al ver a ese jefe, dijo: «Esta forma y este paso no pueden mentir y no pueden mostrar sino la verdad». Platón dijo que era imposible no creer en los hijos de los dioses «aunque no den argumentos probables o necesarios». Me creería muy infeliz respecto a mis asociados si no pudiera

dar crédito a las mejores cosas de la historia. Milton dice: «John Bradshaw parece un cónsul que no ha de dejar las fasces al cabo del año, de modo que no le veréis juzgar a los reyes solo en el tribunal, sino durante toda su vida». Me parece más creíble, por tratarse de información anterior, que solo un hombre haya de *conocer el cielo*, como dicen los chinos, en lugar de que tantos hombres hayan de conocer el mundo. «El príncipe virtuoso se enfrenta sin vacilar a los dioses. Espera cientos de años hasta que llega el sabio, y no duda. El que se enfrenta a los dioses sin vacilar conoce el cielo; el que espera cientos de años hasta que llega el sabio, sin duda, conoce a los hombres. Con ello el príncipe virtuoso se mueve y durante siglos enseña al imperio el camino». No es necesario buscar ejemplos remotos. Es un observador torpe aquel cuya experiencia no le ha enseñado la realidad y fuerza de la magia, así como de la química. El más frío rigorista no puede salir al exterior sin encontrar influencias inexplicables. Un hombre lo mira fijamente y las tumbas de la memoria devuelven a sus muertos, y deben revelarse los secretos que le agobia guardar o mostrar; otro no puede hablar y los huesos de su cuerpo parecen perder sus cartílagos. La entrada de un amigo le transmite gracia, osadía y elocuencia, y recuerda sin querer que hay personas que le dieron una expansión trascendental a su pensamiento y prendieron otra vida en su pecho.

¿Qué hay tan excelente como las estrictas relaciones de amistad cuando brotan de esta profunda raíz? La réplica suficiente al escéptico que duda del poder y los accesorios del hombre está en la posibilidad del trato gozoso con las personas que supone la fe y práctica de todos los hombres razonables. No conozco nada más satisfactorio que la vida pueda ofrecer que el profundo y buen entendimiento que puede subsistir tras un largo intercambio de favores entre dos hombres virtuosos, cada uno de los cuales está seguro de sí mismo y de su amigo. Es una felicidad que pospone todas las demás gratificaciones y vuelve barata la política, el comercio y las iglesias. Cuando los hombres se conozcan como deben, cada uno como un benefactor, un expositor de estrellas, vestido de pensamientos, de hechos, de logros, será el festival de la naturaleza que todas las cosas anuncian. El amor sexual es el primer símbolo de tal amistad, así como las demás cosas son símbolos del amor. Aquellas relaciones con los mejores hombres, consideradas entonces los romances de la juventud, se han convertido, con el progreso del carácter, en el deleite más sólido.

¡Ojalá fuera posible vivir en relaciones justas con los hombres! ¡Ojalá pudiéramos abstenernos de pedirles nada, de pedir su alabanza o ayuda o compasión y contentarnos con compelerlos mediante la virtud de las leyes más antiguas! ¿No podríamos tratar con pocas personas —con una persona— según los estatutos no escritos y comprobar la eficacia del experimento? ¿No podríamos hacerle a nuestro amigo el cumplimiento de la verdad, del silencio, de la indulgencia? ¿Necesitamos buscarle tan ansiosamente? Si nos relacionamos, nos veremos. La tradición del mundo antiguo decía que ninguna metamorfosis podía ocultar a un dios de otro, y un verso griego reza:

Los dioses no son desconocidos entre sí.

Los amigos también siguen las leyes de la divina necesidad; gravitan uno respecto al otro y no de otro modo:

Cuando uno evita al otro
más disfrutan uno del otro.

Su relación no se hace, sino que se concede. Los dioses deben sentarse sin senescal en nuestro Olimpo, pueden instalarse por antigüedad divina. La sociedad se estropea si hay que tomarse molestias, si sus miembros han de reunirse a una milla; y si no hay sociedad, hay un estruendo perjudicial, bajo, degradante, aun hecho con los mejores. Toda grandeza queda oculta y toda debilidad resulta dolorosamente activa, como si los olímpicos se reunieran para intercambiar cajas de rapé.

La vida avanza impetuosa. Perseguimos un esquema huidizo o somos cazados por un temor o mandato que va tras nosotros; pero si de repente encontramos a un amigo, nos detenemos. Nuestro calor y prisa parece bastante necio; ahora se requiere pausa, posesión, y el poder de hacer crecer el momento con los recursos del corazón. El momento lo es todo en toda relación noble.

Una persona divina es la profecía de la mente; un amigo es la esperanza del corazón. Nuestra beatitud espera la satisfacción de los dos en uno. Las épocas abren esta fuerza moral. Toda fuerza es su sombra o símbolo. La poesía es gozosa y fuerte si extrae de ahí su inspiración. Los hombres escriben sus nombres en el mundo si esto los colma. La historia ha sido

mezquina, nuestras naciones han sido gentuza, nunca hemos visto a un hombre: no conocemos aún esa forma divina, sino solo su sueño y profecía. No conocemos los modales majestuosos que le pertenecen, que apaciguan y exaltan al que los contempla. Algún día entenderemos que la energía más privada es la más pública, que la calidad expía la cantidad y la grandeza del carácter actúa en la oscuridad y socorre a los que nunca la han visto. La grandeza que ha aparecido es comienzos y ánimos para nosotros en esta dirección. La historia de esos dioses y santos que el mundo ha escrito, y luego adorado, son documentos de carácter. Las épocas han exultado con los modales de un joven que nada debía a la fortuna y que fue colgado en el Tyburn⁵³ de su nación, que, por la cualidad pura de su naturaleza, irradió un esplendor épico en torno a los hechos de su muerte, que ha transfigurado todo lo particular en un símbolo universal a ojos de la humanidad. Esta gran derrota es hasta ahora nuestro hecho supremo. Sin embargo, la mente requiere una victoria para los sentidos, una fuerza de carácter que convierta a juez, jurado, soldado y rey, que gobierne las virtudes animales y minerales y se mezcle con los cursos de la savia, los ríos, los vientos, las estrellas y los agentes morales.

Si no podemos poner límite a estas grandezas, al menos rindámosles homenaje. En la sociedad las grandes ventajas son anotadas a quien las posee como desventajas. Requiere la mayor cautela en nuestras estimaciones privadas. No perdono en mis amigos el fracaso a la hora de conocer a un carácter excelente y de ofrecerle grata hospitalidad. Cuando al final llega el que siempre hemos deseado y brilla ante nosotros con alegres rayos de aquella lejana tierra celestial, entonces ser bastos, ser críticos y tratar a tal visitante con el parloteo y sospecha de las calles demuestra una vulgaridad que parece cerrar las puertas del cielo. Cuando el alma ya no se conoce a sí misma ni a qué debe su lealtad y su religión, padece confusión, la debida demencia. ¿Hay otra religión que la de saber que, allí donde en el amplio desierto del ser el sentimiento sagrado que abrigamos se ha abierto en una flor, florece para nosotros? Aunque nadie la vea, la veo yo; soy consciente, aunque yo solo, de la grandeza del hecho. Mientras florece observaré el sábado o el tiempo sagrado y suspenderé mi tristeza y mi locura y bromas. A la naturaleza le complace la presencia de este invitado. Hay muchos ojos que pueden detectar y honrar las prudentes y caseras virtudes; hay muchos que

pueden discernir el genio en su estela estrellada, aunque la multitud sea incapaz, pero cuando ese amor que es por completo sufrido, abstinente y ambicioso, que se ha comprometido, que será un desgraciado y un loco en este mundo, antes que ensuciar sus manos con sumisión alguna, entre en nuestras calles y casas, solo los puros y ambiciosos podrán conocer su cara, y el único cumplido que podrán hacerle será poseerlo.

[53](#) Emerson se refiere a la aldea inglesa, célebre por sus horcas, ubicada entre el Ty y el Bourne, afluentes del Támesis.

MODALES

¡Qué cerca de lo bueno está lo bello!
Tan pronto lo vemos,
las líneas y el aire
conquistan nuestros sentidos.

Componeos de nuevo
y poned toda aptitud
en la figura que la proporción
o el color pueden mostrar;
pues si esas silenciosas artes se pierden,
el dibujo y la pintura podrán alardear
en vos de un terreno más nuevo,
instruidos por el sentido inspirado
de la dignidad y reverencia
hallado en sus verdaderos movimientos.

BEN JONSON

ENSAYO IV

MODALES

Se dice que una mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad. Nuestros exploradores han visto que los isleños de las Fidji obtienen su comida de huesos humanos, y que se comen a sus propias mujeres e hijos. La agricultura de los habitantes actuales de Gournou (al oeste de Tebas) es en exceso filosófica. Para el gobierno de la casa no hay otro requisito que dos o tres cazuelas de tierra, una piedra para moler el grano y una estera para dormir. La casa, es decir, una tumba, está lista sin alquiler o impuestos. La lluvia no puede atravesar el techo y no hay puerta, pues no hay necesidad, ya que nada se puede perder. Si la casa no les agrada, se van y entran en otra, las tienen a cientos. Belzoni, a quien debemos este relato, añade: «Resulta singular hablar de felicidad entre personas que viven en sepulcros, entre los cadáveres y harapos de una antigua nación de la que nada saben». En los desiertos de Borgoo, los Tibboo de las rocas aún viven en cuevas, como golondrinas, y sus vecinos comparan su lenguaje con el chillido de los murciélagos y el silbido de los pájaros. Además, los habitantes de Borneo no tienen nombres propios; a los individuos se los llama según su altura, peso u otra cualidad accidental, y solo tienen apodos. Con todo, la sal, los dátiles, el marfil y el oro por los que se visitan estas horribles regiones consiguen entrar en los países en que el comprador y consumidor apenas se considera de la misma raza que estos caníbales y secuestradores, países en que el hombre se vale de los metales, la madera, la piedra, el cristal, la goma, el algodón, la seda y la lana, se honra con la arquitectura, escribe leyes, logra su voluntad sirviéndose de muchas naciones y, en especial, establece una sociedad selecta que traspasa todos los países de hombres inteligentes, una autoconstituida aristocracia o fraternidad de los mejores que, sin ley escrita o usanza concreta alguna, se perpetúa a sí misma, coloniza toda nueva isla y adopta y se apropia

de la belleza personal o la extraordinaria dote nativa allí donde aparezcan.

¿Hay un hecho más conspicuo en la historia moderna que la creación del caballero? La caballerosidad es eso, y la lealtad, y la mitad de los dramas y todas las novelas de la literatura inglesa, desde sir Philip Sidney hasta sir Walter Scott, retratan esta figura. La palabra *caballero*, que, como la palabra cristiano, debe caracterizar en adelante el siglo actual y los precedentes por la importancia que se asocia a ella, es un homenaje a propiedades personales e incomunicables. Se le han añadido a este nombre rasgos frívolos y fantásticos, pero el firme interés de la humanidad por él debe atribuirse a las valiosas propiedades que designa. Un elemento que une a todas las personas más contundentes de cada país, que las hace mutuamente inteligibles y agradables, y tan preciso que al instante se advierte si a alguien le falta la señal masónica, no puede ser un producto casual, sino un resultado medio del carácter y las facultades descubiertas universalmente en los hombres. Parece cierta media permanente, así como la atmósfera es una composición permanente, mientras que se descompone cuando se combinan muchos gases. *Comme il faut* es la descripción francesa de la buena sociedad, *como debe ser*. Es un fruto espontáneo de talentos y sentimientos de la clase más vigorosa, la que guía al mundo en esta hora y, lejos de ser pura y de constituir el tono más alegre y elevado del sentir humano, no obstante, es tan buena como le permita serlo toda la sociedad. Está hecho de espíritu, antes que del talento de los hombres, y es un resultado compuesto en que toda gran fuerza entra como ingrediente, es decir, la virtud, el ingenio, la belleza, la riqueza y el poder.

Hay algo equívoco en todas las palabras que se usan para expresar la excelencia de los modales y el cultivo social, porque las cantidades son fluidas y el efecto último es asumido por los sentidos como la causa. La palabra *caballero* no tiene un correlato abstracto para expresar la cualidad. *Gentilidad* es pobre y *gentileza* está obsoleta⁵⁴, pero debemos mantener viva en la lengua vernácula la distinción entre *moda*, una palabra de significado estrecho y a menudo siniestro, y el carácter heroico que da a entender el caballero. Deben respetarse, sin embargo, las palabras habituales: descubriremos que contienen la raíz del asunto. El punto de distinción en esta clase de nombres, como cortesía, caballerosidad, moda y otros, es que contemplamos la flor y el fruto, no la semilla del árbol. El resultado está

ahora en cuestión, aunque nuestras palabras insinúan bastante bien que la apariencia supone una sustancia. El caballero es un hombre de verdad, señor de sus propias acciones, que expresa ese señorío con su conducta, no con modales serviles o dependientes de personas, opiniones o posesiones. Más allá de este hecho de verdad y fuerza real, la palabra denota buen talante o benevolencia: primero hombría y luego amabilidad. Es cierto que la noción popular añade una condición de desenvoltura y fortuna, pero ese es un resultado natural de la fuerza y el amor personal, que deben poseer y dispensar los bienes del mundo. En tiempos violentos toda persona eminente ha debido encontrar muchas oportunidades de probar su firmeza y valor, de ahí que el nombre de uno emergido de la masa de la época feudal resuene en nuestros oídos como un toque de trompetas. La fuerza personal nunca pasa de moda. Eso aún cuenta hoy y, en la agitada multitud de la buena sociedad, se conoce a los hombres dotados de valor y realidad que se elevan a su lugar natural. La competición se transfiere de la guerra a la política y el comercio, pero la fuerza personal aparece con bastante rapidez en estas nuevas áreas.

El poder primero, o no hay clase dirigente. En la política y el comercio, los matones y piratas prometen más que los habladores y secretarios. Dios sabe que todo tipo de caballeros llama a la puerta, pero, usado de manera estricta y sin énfasis, el nombre señalará la energía original. Describe a un hombre que vale por derecho propio y trabaja con métodos no aprendidos. En un buen lord debe haber primero un buen animal, al menos hasta el punto de conceder la ventaja incomparable de los espíritus animales. La clase dirigente debe tener más, pero debe tener estos, y transmitir a otros el sentido del poder con el que le resulta fácil hacer las cosas que desaniman a los sabios. La sociedad de la clase enérgica, en sus reuniones amistosas y festivas, está llena de coraje y de los esfuerzos que intimidan al pálido escolar. El coraje que muestran las muchachas es como la batalla de Lundy's Lane⁵⁵ o una lucha en el mar. El intelecto confía en las municiones de la memoria para hacer frente a estos escuadrones extemporáneos, pero la memoria es un ruin mendigo con cesta e insignia en presencia de estos maestros imprevistos. Los gobernantes de la sociedad deben estar a la altura del trabajo del mundo e igualar su versátil cargo: hombres de la debida horma cesárea que tienen gran surtido de afinidades. Estoy lejos de creer en la tímida máxima de lord Falkland («para la ceremonia debe haber dos, pues el intrépido traspasará las formas más

arteras»), y opino que el caballero es el intrépido cuyas formas no han de quebrarse, y solo esa copiosa naturaleza es la maestra legítima, el complemento de cualquier persona con quien conversa. Mi caballero da la ley donde está; desborda a los santos en la capilla, a los veteranos en el campo de batalla, y deslumbra toda cortesía en el salón. Es buena compañía para los piratas y buena para los académicos, de modo que es inútil fortalecerse contra él; tiene la entrada privada a todas las mentes y podría tan fácilmente excluirme a mí como a él. Los famosos caballeros de Asia y Europa han tenido el tipo más fuerte: Saladino, Sapor, el Cid, Julio César, Escipión, Alejandro, Pericles y los personajes más señoriales. Se sentaban al desgaire en sus sillas y eran demasiado excelentes en sí para valorar condición alguna de modo elevado.

Según el juicio popular, se considera necesaria una abundante fortuna para completar a este hombre de mundo: es un delegado material que pasa por el baile que ha conducido el primero. El dinero no es esencial, pero es una amplia afinidad que trasciende los hábitos de camarilla y casta y se hace sentir por parte de hombres de toda clase. Si el aristócrata solo vale para círculos de moda, y no con los carreteros, nunca será un líder en la moda; y si el hombre del pueblo no puede hablar en términos iguales con el caballero, de modo que el caballero perciba que ya pertenece a su orden, no ha de ser temido. Diógenes, Sócrates y Epaminondas son caballeros de la mejor estirpe que han elegido la condición de la pobreza cuando se les brindaba por igual la de la riqueza. Uso nombres antiguos, pero los hombres de los que hablo son mis contemporáneos. La fortuna no suministrará a cada generación uno de estos nombrados caballeros, pero todo grupo de hombres proporciona algún ejemplo de la clase, y la política de este país y el comercio de cada ciudad son controlados por estos duros e irresponsables hacedores que por su índole inventiva se ponen a la cabeza y por su amplia simpatía se hacen camaradas de las multitudes y vuelven su acción popular.

Los modales de esta clase son observados y captados con devoción por hombres de gusto. La asociación de estos maestros entre sí y con hombres que comprenden sus méritos es mutuamente agradable y estimulante. Las buenas formas, las expresiones más felices de cada uno, son repetidas y adoptadas. Por rápido consentimiento todo lo superfluo queda eliminado y todo lo gracioso renovado. Al hombre inculto los buenos modales le parecen formidables. Son una ciencia más sutil de defensa para una de las partes e

intimidan, pero una vez son igualados por la destreza de la otra parte rebajan la punta de la espada; puntas y cercas desaparecen y el joven se encuentra en una atmósfera más transparente, en que la vida es un juego menos molesto y no surge malentendido alguno entre los jugadores. Los modales tienden a facilitar la vida, librar de impedimentos y dotar de energía al hombre. Nos ayudan en el trato y la conversación como el ferrocarril ayuda a viajar, dejando la vía expedita de todo obstáculo evitable, sin otra perspectiva que la del espacio puro. Estas formas quedan fijadas muy pronto y se cultiva un fino sentido de la propiedad con más atención, que se convierte en una insignia de distinciones sociales y cívicas. Así crece la moda, una apariencia equívoca, la más pujante, la más fantástica y frívola, la más temida y seguida, que la moral y la violencia atacan en vano.

Existe una relación estricta entre la clase del poder y los círculos exclusivos y educados. Los últimos se han nutrido y siguen nutriéndose siempre de la primera. Los hombres fuertes, por lo general, son indulgentes aun con las petulancias de la moda por su afinidad con ella. Napoleón, hijo de la revolución, destructor de la vieja nobleza, nunca dejó de cortejar el Faubourg St. Germain, al sentir, sin duda, que la moda es un homenaje a los hombres de su traza. La moda, aunque de una manera extraña, representa todas las virtudes viriles. Es la virtud granada: es una especie de honor póstumo. A menudo no acaricia a los grandes, sino a los hijos de los grandes: es un salón del pasado. Por lo general, se enfrenta de cara con los grandes de esta hora. Los hombres grandes no suelen estar en sus salones, se encuentran en el campo, están trabajando, no triunfando. La moda se compone con sus hijos, con los que, por el valor y virtud de alguien, han adquirido lustre para su nombre, marcas de distinción, medios de cultivo y generosidad y, en su organización física, cierta salud y excelencia que les asegura, si no el supremo poder para obrar, un elevado poder para gozar. La clase del poder, los héroes activos, los Cortés, Nelson, Napoleón ven que este es su festejo y celebración permanente, que la moda es talento consolidado; es México, Marengo y Trafalgar laminados, y ven que los brillantes nombres de la moda vuelven corriendo a otros tan atareados como ellos, hace cincuenta o sesenta años. Ellos plantan, sus hijos serán los recolectores, y *sus* hijos, en el curso ordinario de las cosas, deberán ceder la posesión de la cosecha a nuevos competidores de mirada más aguda y complexión más fuerte. La ciudad se nutre del campo. Se dice que en 1805 todo monarca legítimo en Europa era

imbécil. Hace mucho que la ciudad habría muerto, podrida y explotada, si no hubiera sido reforzada por los campos. El campo que llegó a la ciudad antes de ayer es hoy ciudad y corte.

La aristocracia y la moda son ciertos resultados inevitables. Estas selecciones mutuas son indestructibles. Si provocan la ira en la clase menos favorecida y la mayoría excluida se venga de la minoría excluyente con mano dura y acaba con ella, de pronto una nueva clase se encuentra en lo alto, tan cierto como que la crema aflora en un cuenco de leche; y si el pueblo destruyera una clase tras otra, hasta que solo quedaran dos hombres, uno de ellos sería el líder, involuntariamente servido y copiado por el otro. Podéis apartar de vuestra vista y mente a esta minoría, pero se aferra a la vida y es una de las propiedades del reino. Me asombra esta tenacidad cuando veo su trabajo. Respeto la administración de los asuntos superfluos para que no busquemos la durabilidad de su norma. A veces vemos a los hombres bajo una fuerte influencia moral, como un movimiento patriótico, literario, religioso, y advertimos que el sentimiento moral gobierna al hombre y la naturaleza. Creemos que las otras distinciones y vínculos serán débiles y fugaces, por ejemplo, el de la casta o moda; sin embargo, venid de año en año y ved lo permanente que es la vida humana en Boston y Nueva York, donde, además, no guarda el menor parecido con la ley de la tierra. Ni en Egipto o India hay una línea más firme o insuperable. Aquí hay asociaciones cuyos vínculos van por encima, por debajo o a través de ella, una reunión de comerciantes, un cuerpo militar, un cuartel de bomberos, un grupo profesional, una convención política o religiosa en que las personas resultan inseparables; sin embargo, una vez dispersa la asamblea, sus miembros no se reunirán de nuevo en todo el año. Cada uno vuelve a su grado en la escala de la buena sociedad, la porcelana sigue siendo porcelana, el barro, barro. Los objetos de la moda pueden ser frívolos o la moda carecer de objeto, pero la naturaleza de esta unión y selección no puede ser frívola ni accidental. El rango de cada hombre en esa graduación perfecta depende de cierta simetría en su estructura o cierto acuerdo en su estructura con la simetría de la sociedad. Sus puertas se desatrancan al instante ante una exigencia natural de su propia especie. El caballero natural descubre su acceso y dejará fuera al patricio más viejo que ha perdido su rango intrínseco. La moda se comprende a sí misma; la buena crianza y superioridad personal de un país fraterniza fácilmente con la de cualquier otro. Los jefes de las tribus salvajes siempre se

han distinguido en París y Londres por la pureza de su porte.

Su deleite es decir todo lo bueno de la moda, que descansa en la realidad y odia sobre todo a los fingidores, para excluirlos y confundirlos y no querer saber nada de ellos. Condenamos a su vez cualquier otro don de los hombres de mundo, pero el hábito de no apelar más que a nuestro sentido de la propiedad, aun en las cosas pequeñas y menores, constituye el fundamento de lo caballeresco. Apenas hay especie de confianza en sí mismo, si es sana y proporcionada, que la moda no adopte ocasionalmente y a la que no le dé la libertad de sus salones. Un alma santificada es siempre elegante y, si quiere, atraviesa incólume el círculo mejor protegido. Así lo hará Jock el cochero en alguna crisis que allá le conduzca, y será bien recibido mientras la nueva circunstancia no se le suba a la cabeza y no quiera bailar con zapatos herrados en valeses y cotillones. Nada hay establecido en los modales, salvo que las leyes del comportamiento ceden a la energía del individuo. La muchacha en su primer baile y el hombre de campo en una comida de ciudad creen que para no ser apartados de allí hay un ritual al que obedece todo acto y cumplido. Más tarde aprenden que el buen sentido y el carácter tienen sus propias formas en todo momento, y hablan o callan, beben vino o se abstienen, se quedan o se van, se sientan o juegan en el suelo con los niños, o se yerguen, o lo que sea de una manera nueva y original; y esa voluntad fuerte siempre está de moda, por pasada de moda que esté. Todo lo que esa moda demanda es compostura y contento. Un círculo de hombres perfectamente educados sería una compañía de personas sensatas en que aparecen los modales y carácter nativo de todos. Si el que sigue la moda carece de esta cualidad, no es nada. Amamos tanto la confianza en sí mismo que excusamos en un hombre muchos pecados siempre que nos muestre una completa satisfacción por su posición, al margen de la buena opinión que tenga yo o cualquiera; pero cualquier deferencia a un eminente hombre o mujer de mundo echa a perder todo privilegio de nobleza. Es un subordinado, no tengo nada que ver con él; hablaré con su señor. Un hombre no debe ir donde no pueda llevar toda su esfera o sociedad consigo, no corporalmente, con todo su círculo de amigos, sino atmosféricamente. Debe conservar con toda nueva compañía la misma actitud mental y relación real a la que le llevan sus socios diarios para no ver cercenados sus mejores rayos y ser un huérfano en el club más alegre. «¡Si pudierais ver a Vich Ian Vohr con su

comitiva!»⁵⁶. Pero Vich Ian Vohr debe llevar siempre sus pertenencias de alguna manera, si no añadidas como un honor, cortadas como una desgracia.

Siempre hay en la sociedad ciertas personas que son mercurios de su aprobación y cuya mirada determinará en cualquier momento para el curioso su situación en el mundo. Son los chambelanes de los dioses menores. Aceptad su frialdad como un presagio de gracia con las deidades más altas y consentid su privilegio. Son claros en su oficio y no podrían ser formidables sin sus propios méritos; pero no midáis la importancia de esta clase por su pretensión o imaginéis que un petimetre puede ser quien dispense honores y vergüenza. Aprueban también según su valor; ¿cómo podrían hacerlo de otro modo en círculos que existen como una suerte de oficio de heraldo para cernir el carácter?

Como lo primero que el hombre requiere del hombre es realidad, así aparece en todas las formas de la sociedad. Con toda intención presentamos a las personas por su nombre. Por el cielo y la tierra has de saber que este es Andrew y ese es Gregory; se miran a los ojos, se dan la mano como señal de identidad y distinción. Es una gran satisfacción. Un caballero no se oculta: sus ojos miran de frente, y le asegura a la otra persona, ante todo, que le ha conocido. ¿Qué es lo que buscamos con tanta visita y hospitalidad? ¿Vuestros tapices, cuadros y adornos? ¿Acaso no preguntamos insaciablemente si hay un hombre en la casa? Puedo entrar fácilmente en una gran casa donde hay mucha sustancia, una provisión excelente para la comodidad, el lujo y el gusto y, sin embargo, no encontrar allí a un Anfitrión al que se subordinen estos apéndices. Puedo entrar en una casa de campo y encontrar a un granjero que crea que es el hombre que he venido a ver y me salude debidamente. Un punto muy natural de la etiqueta feudal era que el caballero que recibía una visita, aunque fuera la de su soberano, no salía de su tejado, sino que esperaba su llegada a la puerta de su casa. Ninguna casa vale para nada sin un señor, aunque sea las Tullerías o El Escorial. Sin embargo, a menudo no nos satisface esta hospitalidad. Nuestros conocidos se rodean de una hermosa casa, hermosos libros, un invernadero, jardines, coches y todo tipo de juguetes como pantallas que los separan de su invitado. ¿No parece que el hombre sea de naturaleza muy artera, elusiva, y no tema nada tanto como encontrarse cara a cara con su semejante? Sé que sería despiadado abolir el uso de esas pantallas, de eminente conveniencia, por ser nuestro invitado

demasiado grande o demasiado pequeño. Reunimos a muchos amigos para que jueguen entre sí o entretenemos a los jóvenes con lujos y ornamentos y protegemos nuestro retiro. O, si por casualidad llama a la puerta un inquisitivo realista cuya mirada no nos inquieta, de nuevo corremos el telón y nos ocultamos como Adán al oír la voz del Señor en el jardín. El cardenal Caprara, legado del Papa en París, se protegía de las miradas de Napoleón con un inmenso par de gafas verdes. Napoleón se fijó en ellas y rápidamente logró quitárselas; sin embargo, a su vez, Napoleón no era lo bastante grande con ochocientos mil soldados a su espalda para afrontar un par de ojos libres, y se encerraba en la etiqueta y una triple barrera de reserva y, como todo el mundo sabe por Madame de Staël, cuando se sentía observado solía borrar toda expresión de su cara. Con todo, los emperadores y los ricos no son en absoluto los más diestros maestros de los buenos modales. Ningún registro de propiedades ni hoja de reclutamiento pueden dignificar el ocultamiento y disimulo; el primer punto de la cortesía siempre debe ser la verdad, pues todas las formas de la buena crianza apuntan a ese camino.

He estado leyendo en la traducción del señor Hazlitt el relato que hace Montaigne de su viaje a Italia y nada me resulta más grato que las dignas maneras de la época. Su llegada a cada lugar, la llegada de un caballero de Francia, es un acontecimiento de cierta importancia. Allí donde vaya visita al príncipe o caballero de nota que reside en su camino como un deber para consigo mismo y la civilización. Cuando abandona una casa en la que se ha alojado durante semanas, quiere que sus armas sean pintadas y colgadas como una señal perpetua para la casa, como solían hacer los caballeros.

La deferencia es el complemento de esta graciosa dignidad, y el aspecto que más requiero y destaco de todos los de la buena crianza. Quiero que cada silla sea un trono para un rey. Prefiero la tendencia a la majestuosidad a un exceso de camaradería. Que los objetos incommunicables de la naturaleza y el aislamiento metafísico del hombre nos enseñen la independencia. No seamos demasiado conocidos. Querría que el hombre entrara a su casa por una sala llena de esculturas heroicas y sagradas para que no le faltara la sugerencia de la tranquilidad y el equilibrio. Deberíamos encontrarnos cada mañana como si viniéramos de países extranjeros y, tras pasar el día juntos, separarnos por la noche como si nos fuéramos a países extranjeros. En todas las cosas querría que la isla del hombre siguiera inviolada. Sentémonos aparte como dioses que hablan de una cumbre a otra en torno al Olimpo. Ningún grado de

afecto necesita invadir esta religión. Esto es mirra y romero para guardar los otros dulces. Los amantes deberían proteger su extrañeza. Si perdonan demasiado, todo se desliza hacia la confusión y mezquindad. Es fácil llevar esta deferencia hasta la etiqueta china, pero la frialdad y ausencia de calor y prisa indica finas cualidades. Un caballero no hace ruido, una dama es serena. Resulta proporcionado nuestro disgusto ante esos invasores que llenan una casa estudiosa de estrépito y atolondramiento para asegurarse una mísera conveniencia. No me disgusta menos la baja simpatía de cada uno con las necesidades de su vecino. ¿Debemos comprender bien el paladar ajeno, como los necios que han vivido juntos tanto que saben si el otro quiere sal o azúcar? Le pido a mi acompañante que, si quiere pan, me pida pan, y si quiere sasafrás o arsénico, me los pida, y que no me pase su plato como si ya lo supiera. La deliberación e intimidad puede dignificar toda función natural. Dejemos la prisa a los esclavos. Los cumplidos y ceremonias de nuestra crianza deberían significar, por remotamente que sea, el recuerdo de la grandeza de nuestro destino.

A la flor de la cortesía no le sienta bien que la toquen, pero si nos atrevemos a abrir otro pétalo y exploramos las partes que la conforman descubriremos también una cualidad intelectual. Los líderes de los hombres deben recibir una proporción del cerebro tanto como de la carne y el corazón. Un defecto en los modales es, por lo general, un defecto en las percepciones finas. Los hombres están hechos de manera demasiado basta para la delicadeza del porte y las costumbres hermosas. No es suficiente para la buena crianza la unión de amabilidad e independencia. Requerimos de manera imperativa percibir la belleza de nuestros acompañantes y rendirle homenaje. Se requieren otras virtudes en el campo y lugar de trabajo, pero no se puede prescindir de cierto gusto en aquellos con quienes nos sentamos. Comería antes con alguien que no respetara la verdad o las leyes que con una persona desaseada e impresentable. Las cualidades morales gobiernan el mundo, pero en las distancias cortas los sentidos son despóticos. La misma discriminación de lo idóneo y hermoso recorre, aunque con menos rigor, todas las partes de la vida. El espíritu medio de la clase enérgica es el buen sentido que actúa bajo ciertas limitaciones y con ciertos fines. Alberga todo don natural. Social por naturaleza, respeta cuanto tiende a unir a los hombres. Le deleita la medida. El amor a la belleza es principalmente el amor a la medida o proporción. La persona que grita o usa el grado superlativo o

conversa acalorada pone en fuga salones enteros. Si queréis ser amados, amad la medida. Si queréis ocultar la falta de medida, debéis tener genio o ser prodigiosamente útiles. Esta percepción viene a pulir y perfeccionar las partes del instrumento social. La sociedad perdonará mucho al genio y los dones especiales, pero, siendo por naturaleza una convención, ama lo convencional o cuanto implica estar juntos. Eso decide lo bueno y lo malo de los modales, es decir, lo que ayuda o estorba a la camaradería, porque la moda no es el buen sentido absoluto, sino relativo, no el buen sentido privado, sino el buen sentido que disfruta con la compañía. Odia las esquinas y aristas del carácter, odia a las personas pendencieras, egoístas, solitarias y taciturnas; odia cuanto puede interferir en la mezcla total de las partes, mientras que valora todas las peculiaridades renovadoras en grado sumo que resultan coherentes con la buena camaradería. Además, la infusión general de ingenio para elevar la civilidad, el esplendor directo del poder intelectual siempre es bienvenido en la sociedad excelente como la adición más cara a su norma y su crédito.

La cruda luz debe brillar para adornar nuestro festival, pero debe templarse y matizarse o también ofenderá. Para la belleza es esencial la precisión, y para la cortesía las percepciones rápidas, pero no demasiado rápidas. Podemos ser demasiado puntuales y demasiado precisos. El que entra en el palacio de la belleza debe dejar en la puerta la omnisciencia de los negocios. La sociedad ama las naturalezas criollas y los modales soñolientos, lánguidos, capaces de abarcar el sentido, la gracia y la buena voluntad; ama el aire de la fuerza dormida que desarma la crítica, tal vez porque tal persona parece reservarse para lo mejor del juego y no gastarse en lo superficial; ama una mirada ignorante que no vea las molestias, cambios e inconvenientes que nublan la frente y sofocan la voz del sensible.

Por tanto, además de la fuerza personal y de la notable percepción que constituye un gusto infalible, la sociedad demanda en su clase patricia otro elemento ya insinuado, que significativamente denomina amabilidad, que expresa todos los grados de la generosidad, desde la ínfima voluntad y facultad para obligar hasta las alturas de la magnanimidad y el amor. Debemos tener visión o chocaremos con el otro y perderemos nuestro alimento; pero el intelecto es egoísta y estéril. El secreto del éxito en la sociedad es cierta cordialidad y simpatía. Un hombre a quien la compañía no le haga feliz no hallará palabra alguna en su memoria apropiada para la ocasión. Toda su información es un poco impertinente. Un hombre al que le

haga feliz hallará en cada giro de la conversación ocasiones igualmente afortunadas para introducir lo que tiene que decir. Los favoritos de la sociedad y las llamadas *almas completas* son hombres capaces, con más espíritu que ingenio, sin egoísmo desagradable, que colman exactamente la hora y la compañía, que albergan y generan contento, en una boda o un funeral, un baile o un jurado, una fiesta acuática o un día de caza. Inglaterra, en la que abundan los caballeros, ha proporcionado a principios de este siglo un buen modelo de ese genio que el mundo ama en el señor Fox, que añadía a sus grandes habilidades la mayor disposición social y un verdadero amor a los hombres. La historia parlamentaria tiene pocos pasajes mejores que el debate que separó a Burke y Fox en la Cámara de los Comunes, cuando Fox reclamó de su viejo amigo los derechos de la vieja amistad con una ternura que hizo llorar a la cámara. Conozco otra anécdota tan apropiada al asunto que me arriesgaré a contarla. Un comerciante, que había apremiado a Fox mucho tiempo con una nota por trescientas guineas, le encontró contando oro y exigió el pago. Fox le dijo: «No, le debo este dinero a Sheridan. Es una deuda de honor. Si yo sufriera un accidente, no podría demostrarlo». El acreedor le dijo: «Cambiaré entonces mi deuda por una deuda de honor», y rompió su nota en pedazos. Fox agradeció al hombre su confianza y le pagó, diciéndole que «su deuda era más antigua y Sheridan tendrá que esperar». Amante de la libertad, amigo del hindú, amigo del esclavo africano, su personalidad era muy popular; Napoleón dijo de él cuando visitó París en 1805: «El señor Fox siempre ocupará el primer lugar en la asamblea de las Tullerías».

Podemos fácilmente parecer ridículos al elogiar la cortesía, al insistir en que la benevolencia es su fundamento. El fantasma pintado de la moda surge para hacer una especie de mofa de lo que decimos, pero nunca dejaré de conceder que la moda es una institución simbólica o de creer que el amor es la base de la cortesía. Debemos obtener *eso*, si podemos, pero en todo caso debemos afirmar *esto*. La vida debe gran parte de su espíritu a estos agudos contrastes. La moda que afecta ser honor es a menudo, en la experiencia de los hombres, solo una clave de salón de baile. Sin embargo, mientras es el círculo supremo en la imaginación de las mejores cabezas del planeta, hay algo necesario y excelente en ella, ya que no hay que suponer que los hombres hayan acordado ser cándidos por algo absurdo, y el respeto que estos misterios inspiran en los caracteres más rudos y asilvestrados y la

curiosidad con que se leen los detalles de la vida elevada revelan la universalidad del amor a los modales cultivados. Sé que sentiremos una cómica disparidad si entramos en los reconocidos «círculos selectos» y aplicamos estos terroríficos criterios de justicia, belleza y beneficio a los individuos que realmente encontremos allí. Estos galanes no son monarcas y héroes, sabios y amantes. La moda tiene muchas clases y muchas reglas de aprobación y admisión, y no solo la mejor. No solo existe el derecho de conquista que el genio pretende —el individuo que demuestra su natural aristocracia de lo mejor—, sino que bastarán por el momento exigencias menores, porque la moda ama a los leones y señala, como Circe, a sus cornudos acompañantes. Este caballero ha llegado esta tarde desde Dinamarca, y ese es lord Ride, que vino ayer desde Bagdad; aquí está el capitán Friese, desde el cabo Turnagain, y el capitán Symmes, desde el interior de la tierra, y Monsieur Jovaire, que descendió esta mañana en globo; el señor Hobnail, el reformador, y el reverendo Jul Bat, que ha convertido la zona tórrida en su escuela dominical; y el Signor Torre del Greco, que ha extinguido el Vesubio vertiendo en su interior la Bahía de Nápoles; Spahi, el embajador persa, y Tul Wil Shan, el nabab exiliado de Nepal, cuya silla de montar es la luna llena. Estos son monstruos de un día y mañana serán despedidos a sus agujeros y cubiles, porque en estas habitaciones toda silla está a la espera. El artista, el escolar y, en general, la clerecía ganan su camino a estos puestos y quedan representados aquí en parte por esta actitud de conquista. Otro modo es atravesar todos los grados, pasando un año y un día en St. Michael Square, empapado en agua de colonia, perfumado, invitado a cenar, presentado y debidamente versado en toda la biografía y política y anécdotas de los tocadores.

Sin embargo, estas finezas pueden tener gracia e ingenio. Dejemos que haya grotescas esculturas en las entradas y dependencias de los templos. Que el credo y los mandamientos tengan aun el descarado homenaje de la parodia. Las formas de la cortesía expresan universalmente benevolencia en grado superlativo. ¿Y qué si están en boca de los egoístas y sirven como medios del egoísmo, o si el caballero falso casi saca al verdadero del mundo, o si se dirige a su acompañante hasta el punto de excluir civilmente a los otros de su discurso y hacer que también se sientan excluidos? El servicio auténtico no perderá su nobleza. Toda generosidad no es solo francesa y sentimental, ni ha de ocultarse, de modo que la sangre viva y la pasión por la amabilidad

distinguen al fin al caballero de Dios del de la moda. El epitafio de sir Jenkin Grout no resulta del todo ininteligible en la época actual: «Aquí yace sir Jenkin Grout, que quiso a su amigo y persuadió a su enemigo; lo que comió su boca lo pagó su mano; devolvió lo que sus sirvientes robaron; si una mujer le dio placer, la apoyó en el dolor; nunca olvidó a sus hijos, y el que le tocó un dedo se llevó todo su cuerpo». La serie de los héroes no está por completo extinta. Aún hay alguna persona admirable de aspecto sencillo que, de pie en el muelle, se lanza a rescatar a un hombre que se ahoga; aún hay algún absurdo inventor de obras caritativas, algún guía y consolador de esclavos fugitivos, algún amigo de Polonia, algún filohelena, algún fanático que planta árboles umbrosos para la segunda y tercera generación, y huertos cuando ya es viejo; alguna piedad encubierta, algún hombre justo feliz en su mala fama, algún joven avergonzado por los favores de la fortuna, que arroja impaciente a otros hombros. Todos estos son los centros de la sociedad, a los que vuelve por nuevos impulsos. Estos son los creadores de la moda, que es un intento de organizar la belleza del comportamiento. Los hermosos y los generosos son, en teoría, los doctores y apóstoles de esta iglesia: Escipión y el Cid y sir Philip Sidney y Washington y todo corazón puro y valiente que ha adorado la belleza de palabra y de hecho. Las personas que constituyen la aristocracia natural no se encuentran en la aristocracia actual o solo en su orilla, así como la energía química del espectro resulta mayor justo fuera del espectro. Con todo, esa es la debilidad de los senescales, que no conocen a su soberano cuando aparece. La teoría de la sociedad supone su existencia y soberanía. Adivina de lejos su llegada. Dice con los dioses mayores:

Así como el cielo y la tierra son mucho más hermosos
que el caos y la plena oscuridad, aunque una vez fueran los
jefes;
y como nos mostramos más allá de ese cielo y tierra,
en forma y figura compacta y bella,
así tras nuestros talones una nueva perfección pisa,
un poder más fuerte en belleza, nacido de nosotros,
y destinado a superarnos cuando pasemos
gloriosos esa vieja oscuridad
...porque es la ley eterna
que el más bello será el mas poderoso⁵⁷.

Por tanto, dentro del círculo étnico de la buena sociedad hay un círculo más estrecho y elevado, concentración de su luz y flor de cortesía al que apelan en silencio el orgullo y la referencia como a su tribunal interior e imperial, el parlamento del amor y la caballerosidad. Está constituido por aquellas personas con disposiciones heroicas nativas, con el amor a la belleza, el deleite en la sociedad y el poder de embellecer el día que pasa. Si pasáramos revista a los individuos que componen los círculos más puros de la aristocracia en Europa, la sangre custodiada de siglos, de tal manera que pudiéramos inspeccionar ociosa y críticamente su comportamiento, no podríamos encontrar caballero ni dama alguna, porque nos ofenderían los detalles, aunque nos satisficieran en el grupo excelentes especímenes de cortesía y crianza elevada. La elegancia no proviene de la crianza, sino del nacimiento. Debe haber un romance de carácter, o no aprovechará la más fastidiosa exclusión de impertinencias. Debe ser el genio el que tome esa dirección: no debe ser cortés, sino la cortesía. El comportamiento elevado es tan raro en la ficción como en los hechos. Se alaba a Scott por la fidelidad con que pintaba el trato y conversación de las clases superiores. Por cierto, reyes y reinas, nobles y grandes damas tenían algún derecho a quejarse de los absurdos que han sido puestos en su boca antes de los días de Waverley; pero tampoco los diálogos de Scott soportan la crítica. Sus lores se desafían con elegantes discursos epigramáticos, pero el diálogo lleva un disfraz y no agrada en la segunda lectura: no tiene el calor de la vida. Solo en Shakespeare los interlocutores no se pavonean ni se pican, el diálogo es sencillamente grande, y añade a sus muchos títulos el de ser el hombre mejor criado en Inglaterra y en la cristiandad. Una o dos veces en la vida se nos permite disfrutar del encanto de los modales nobles en presencia de un hombre o mujer sin traba en su naturaleza, cuyo carácter emana libremente en su palabra y gesto. Una forma bella es mejor que un rostro bello; un comportamiento bello es mejor que una forma bella, da un placer mayor que las estatuas y cuadros, es la más bella de las bellas artes. Un hombre es poca cosa en medio de los objetos de la naturaleza y, sin embargo, por la cualidad moral que irradia su rostro, puede abolir toda consideración de magnitud e igualar con sus modales la majestad del mundo. He visto a un individuo cuyos modales, aunque por completo dentro de las convenciones de la sociedad, no fueron aprendidos allí, sino que eran originales y dominantes y aseguraban protección y prosperidad; que no necesitaba la ayuda de un pleito,

sino que llevaba la vacación en su mirada, que estimulaba la fantasía abriendo de par en par las puertas de nuevos modos de existencia, con gesto feliz, animado, amable y feliz como Robin Hood; con todo, con el porte de un emperador: tranquilo, serio si era preciso, y capaz de sostener la mirada de millones.

El aire libre y los campos, las calles y salas públicas son los lugares en que el hombre ejecuta su voluntad; que ceda o divida el cetro en la puerta de la casa. La mujer, con su instinto para el comportamiento, detecta al instante en el hombre el amor por lo trivial, la frialdad o imbecilidad o, en suma, cualquier carencia de ese trato amplio, fluido y magnánimo que es indispensable como un exterior en la entrada. Nuestras instituciones americanas han sido amistosas con ella y, en este momento, considero una notable felicidad que este país se distinga por sus mujeres. Cierta torpe conciencia de inferioridad en los hombres puede hacer surgir la nueva caballerosidad en nombre de los derechos de la mujer. Por cierto, dejad que se sitúe tan bien en las leyes y en las formas sociales como pueda pedir el reformador más celoso, aunque confío tanto en su naturaleza inspiradora y musical que creo que solo ella puede mostrarnos cómo será servida. La maravillosa generosidad de sus sentimientos la eleva a veces a regiones heroicas y divinas y verifica los cuadros de Minerva, Juno o Polimnia; y por la firmeza con que pisa su senda ascendente, convence a los calculadores más bastos de que existe otro camino que el que conocen sus pies. Junto a las que validan en nuestra imaginación el lugar de las musas y sibilas délficas, ¿no hay mujeres que llenan nuestra vasija de vino y rosas hasta el borde, de modo que el vino se desborda y llena la casa de perfume, que nos inspiran la cortesía, que desatan nuestras lenguas y nos hacen hablar, que ungen nuestros ojos y nos hacen ver? Decimos cosas que nunca creímos haber dicho; de pronto, los muros de la reserva se desvanecen y nos dejan en libertad; éramos niños que jugaban con niños en un gran campo de flores. Les gritamos: si nos empapáis con esas influencias, durante días, durante semanas, seremos poetas solares y escribiremos con abigarradas palabras el romance que sois. Hafiz o Firdusi dijo de su Lila Persa: era una fuerza elemental y me asombraba por su abundante vida cuando la veía día tras día irradiando a cada instante a su alrededor gozo y gracia redundante. Era un potente disolvente que reconciliaba a todas las personas heterogéneas en una sociedad, como el aire o el agua, un elemento con tantas afinidades que se combina fácilmente con

mil sustancias. Donde está presente, los demás son más de lo que suelen ser. Era una unidad y un todo, así que cuanto hacía se convertía en ella. Tenía tanta simpatía y deseo de agradar como para decir que sus modales estaban marcados por la dignidad y, sin embargo, ninguna princesa podía superar su clara y recta conducta en cada ocasión. No estudió la gramática persa ni los libros de los siete poetas, pero todos los poemas de los siete parecían escritos sobre ella. Aunque su naturaleza no se inclinaba al pensamiento, sino a la simpatía, era tan perfecta en su propia naturaleza que conocía a las personas intelectuales por la plenitud de su corazón, encendiéndolas con sus sentimientos, creyendo, tal como hacía, que todos se mostrarían nobles si los trataba noblemente.

Sé que esta pila bizantina de la caballeridad o moda, que parece tan hermosa y pintoresca a quienes buscan ciencia o entretenimiento en los hechos contemporáneos, no agrada por igual a todos los espectadores. La constitución de nuestra sociedad hace que les parezca un castillo de gigante a los jóvenes ambiciosos que no han encontrado su nombre inscrito en su libro dorado y que se han visto excluidos de sus codiciados honores y privilegios. Aún tienen que aprender que su aparente grandeza es sombría y relativa: es grande porque se lo permiten; sus más orgullosas puertas se abrirán de par en par cuando se aproximen con coraje y virtud. Para el actual desánimo, sin embargo, de los que están predispuestos a sufrir por las tiranías de este capricho, hay fáciles remedios. Trasladar vuestra residencia a un par de millas, o a cuatro como mucho, podrá aliviar la susceptibilidad más extrema. Las ventajas que la moda valora son plantas que crecen en localidades muy confinadas, es decir, en unas pocas calles. Fuera de este recinto no valen nada; no sirven de nada en la granja, en el bosque, en el mercado, en la guerra, en la sociedad nupcial, en el círculo literario o científico, en el mar, en la amistad, en el cielo del pensamiento o la virtud.

Nos hemos detenido demasiado en estas cortes pintadas. El valor de la cosa significada debe reivindicar nuestro gusto como emblema. Cuanto se llama moda o cortesía se humilla ante la causa y fuente del honor, creador de títulos y dignidades, es decir, el corazón del amor. Esta es la sangre real, este el fuego que en todos los países y contingencias trabajará por los suyos y conquistará y expandirá cuanto se le aproxime. Esto da nuevos significados a cada hecho; empobrece al rico, pues no tolera otra grandeza que la suya

propia. ¿Qué es rico? ¿Sois lo bastante ricos para ayudar a alguien, para socorrer al pasado de moda y al excéntrico? ¿Lo bastante ricos como para que el canadiense en su carro, el itinerante con el papel del cónsul que le recomienda «a los caritativos», el prieto italiano con su inglés entrecortado, el indigente cojo al que los vigilantes persiguen de una en otra ciudad, incluso el pobre loco o el acosado despojo de hombre o mujer sientan la noble excepción de vuestra presencia y vuestra casa ante la desolación y petrificación general, como para que sientan que son recibidos por una voz que los ha hecho recordar y esperar? ¿Qué es vulgar, salvo negar la exigencia por razones agudas y concluyentes? ¿Qué es gentil, salvo permitirla, y darles a vuestro corazón y el suyo un descanso frente a la cautela nacional? Sin el corazón rico, la riqueza es un feo mendigo. El rey de Shiraz no podía permitirse ser tan generoso como el pobre Osman que moraba en su puerta. Osmán era tan amplia y profundamente humano que, aunque sus palabras eran tan osadas y libres con el Corán como para disgustar a los derviches, sin embargo, no había pobre proscrito, excéntrico o loco, o necio que se hubiera cortado la barba o mutilado bajo juramento, o maniático, que alguna vez no recurriera a él —ese gran corazón, soleado y hospitalario, en el centro del país—, pues parecía que el instinto de cuantos sufrían los atrajera a su lado. Y no compartía la locura que hospedaba. ¿No es esto, y solo esto, ser rico, justamente rico?

No me dolerá oír que interpreto mal al cortesano y que hablo de lo que no entiendo bien. Es fácil ver que lo que se distingue como sociedad y moda tiene tanto leyes buenas como malas, muchas cosas necesarias y muchas absurdas. Demasiado buena para ser prohibida y demasiado mala para ser bendecida, nos recuerda una tradición de la mitología pagana que intentaba fijar su carácter. Decía Sileno: «Oí un día hablar a Júpiter de destruir la tierra; decía que había fracasado, que eran todos unos granujas y arpías que iban de mal en peor, tan rápido como se sucedían los días. Minerva le dijo que esperaba que no lo hiciera; solo eran pequeñas criaturas ridículas, cuya singularidad era tener un aspecto borroso o indeterminado cuando se las veía de lejos o de cerca; si las llamáis malas, lo parecen; si las llamáis buenas, lo parecen; y entre ellas no había ni una persona o acción que no desconcertara a su búho, y mucho más a todo el Olimpo, a la hora de saber si era fundamentalmente buena o mala».

[54](#) Así traducimos, respectivamente, *gentility* y *gentillesse*, de la misma raíz que *gentleman* (caballero).

[55](#) Una de las más sangrientas batallas de la guerra de 1812 entre los Estados Unidos e Inglaterra.

[56](#) Se refiere a un personaje de *Waverley*, de Scott.

[57](#) Versos del libro II de *Hyperion*, de John Keats.

DONES

Los dones del que me amaba
llegaron a su hora debida;
cuando dejó de amarme
pararon por vergüenza el tiempo.

ENSAYO V

DONES

Se dice que el mundo está en bancarrota, que el mundo debe al mundo más de lo que puede pagar y debería ir al juzgado y ponerse en venta. No creo que esta insolvencia general, que implica en cierto modo a toda la población, sea la razón de la dificultad experimentada en Navidad y Año Nuevo, y en otros momentos, para hacer dones; pues siempre es muy grato ser generoso, aunque muy vejatorio pagar deudas. Pero lo molesto es elegir. Si en algún momento pienso en que he de regalar algo a alguien me siento desconcertado hasta que la oportunidad desaparece. Flores y frutas son siempre dones adecuados; las flores, porque son la orgullosa aserción de que un rayo de belleza tiene más valor que las cosas útiles del mundo. Estas naturalezas alegres contrastan con la algo rígida apariencia de la naturaleza ordinaria: son como música que sale de un taller. La naturaleza no nos mima: somos niños, no mascotas. No es cariñosa; se nos entrega todo sin temor o favor, según severas leyes universales. Sin embargo, estas flores delicadas parecen la diversión e interferencia del amor y la belleza. Los hombres suelen decirnos que amamos la lisonja, aunque no nos engaña, porque muestra que somos lo bastante importantes para ser cortejados. Algo parecido a ese placer nos dan las flores: ¿qué soy yo para aquel a quien se dirigen estas dulces insinuaciones? Las frutas son dones aceptables porque son la flor de las mercancías y se les pueden asociar valores fantásticos. Si un hombre me pidiera que le visitara a cien millas y me pusiera delante una cesta de hermosa fruta de verano, habré de pensar que hay cierta proporción entre el esfuerzo y la recompensa.

En cuanto a los dones comunes, la necesidad forja a diario las cosas pertinentes y bellas y nos alegra que algo imperativo no nos deje otra opción, pues si viene a verte un hombre sin zapatos no has de considerar si puedes

procurarle una caja de pinturas. Y así como siempre es grato ver a un hombre comer pan o beber agua, en casa o fuera, siempre es una gran satisfacción proveer de estas primeras necesidades. La necesidad lo hace todo bien. En nuestra condición de dependencia universal parece heroico dejar que el peticionario sea el juez de su necesidad y darle cuanto pide, aunque resulte inconveniente. Si se trata de un deseo fantástico es mejor dejar a otros el oficio de castigarle. Puedo pensar en muchos papeles que preferiría interpretar antes que el de las Furias. Junto a las cosas necesarias, la regla para un don que prescribía uno de mis amigos era que pudiéramos transmitir a esa persona lo que correspondía apropiadamente a su carácter y con lo que se le asociaba fácilmente al pensar en él. Sin embargo, la mayoría de nuestras pruebas de atención y amor es bárbara. Anillos y otras joyas no son dones, sino disculpas por dones. El único don es una parte de vosotros mismos. Debéis sangrar por mí. Por tanto, el poeta trae su poema; el pastor, su cordero; el granjero, maíz; el minero, una gema; el marino, coral y conchas; el pintor, su cuadro; la muchacha, un pañuelo cosido por ella. Esto es correcto y grato, porque devuelve la sociedad a su base primaria, cuando la biografía de un don se expresa con su don y la riqueza de todo hombre es un índice de su mérito. Es un asunto frío, inerte, ir a las tiendas a comprarme algo que no represente vuestra vida y talento, sino el de un orfebre. Hacer regalos de oro y plata, como una especie de simbólica ofrenda pecaminosa o como pago de un chantaje, es algo adecuado para los reyes, y los ricos que representan a los reyes, y un falso estado de propiedad.

La ley de los beneficios es un canal difícil que requiere una navegación cuidadosa o rudos barcos. No es oficio del hombre recibir dones. ¿Cómo osáis darlos? Queremos mantenernos a nosotros mismos. No perdonamos al donador. La mano que nos alimenta corre el riesgo de ser mordida. Podemos recibir por amor cualquier cosa, ya que así lo recibimos de nosotros mismos, pero no de nadie que asuma conceder. A veces odiamos la carne que comemos porque hay algo de dependencia degradante en vivir de ella.

Hermano, si Júpiter te hace un regalo,
cuídate de coger nada de su mano.

Lo pedimos todo. Nada menos nos contentará. Acusamos a la sociedad si no nos da, además de tierra y fuego y agua, oportunidad, amor, reverencia y

objetos de veneración.

Un buen hombre es el que puede recibir bien un don. El don nos alegra o entristece, y ambas emociones son impropias. Se hace cierta violencia, a mi juicio, o se soporta cierta degradación, cuando me regocija o apena un don. Lamento que mi independencia se vea invadida, o recibir un don de quien no conoce mi espíritu, de modo que el acto no se sostiene; y si el don me agrada en exceso debería avergonzarme que el donante leyera mi corazón y viera que amo su mercancía y no a él. El don, para ser verdadero, debe fluir del donador hasta mí, lo correspondiente a que yo fluya hasta él. Cuando las aguas están niveladas, entonces mis bienes pasan a él y los suyos a mí. Todo lo suyo es mío, todo lo mío, suyo. Le digo: ¿cómo puedes darme esta olla de aceite o esta jarra de vino si todo tu aceite y vino es mío, una creencia en lo mío que este don parece negar? De ahí lo adecuado de las cosas bellas, no útiles, como dones. Este dar es clara usurpación y, por tanto, cuando el beneficiario es ingrato, pues todos los beneficiarios odian a todo Timón, sin considerar en absoluto el valor del don, sino mirando hacia el mayor almacén del que proviene, simpatizo más con el beneficiario que con la ira de mi señor Timón. La expectativa de gratitud es mezquina y resulta continuamente castigada por la total insensibilidad de la persona obligada. Es una gran felicidad separarse sin ofensa y resentimiento de quien ha tenido la mala suerte de que le hayáis servido. Es un asunto muy oneroso este de ser servido, y el deudor naturalmente desea abofetearos. Un texto de oro para estos caballeros es aquel que tanto admiro en el budista, que nunca da las gracias y dice: «No aduléis a vuestro benefactor».

Creo que la razón de estas discordias es que no hay conmensurabilidad alguna entre un hombre y ningún don. No podéis dar nada a una persona magnánima. Tras haberle servido, de pronto estáis en deuda con él por su magnanimidad. El servicio que un hombre presta a su amigo es trivial y egoísta comparado con el servicio que sabe que su amigo estaba dispuesto a hacerle, tanto antes de que comenzara a servirle como ahora. Comparado con la buena voluntad hacia mi amigo, el beneficio que puedo proporcionarle parece pequeño. Además, nuestra acción mutua, tanto buena como mala, es tan incidental y fortuita que rara vez oímos el reconocimiento de alguien que nos agradezca un beneficio sin cierta vergüenza y humillación. Apenas podemos dar un golpe directo y debemos contentarnos con uno oblicuo; rara vez tenemos la satisfacción de producir un beneficio directo, que se reciba

directamente. Sin embargo, la rectitud esparce favores por todas partes sin saberlo y se asombra de que todos se lo agradezcan.

Temo alentar alguna traición contra la majestad del amor, que es el genio y dios de los dones y a quien no debemos prescribir nada. Que reparta reinos o pétalos de manera indiferente. Hay personas de las que siempre esperamos pruebas encantadoras; no dejemos de esperarlas. Es una prerrogativa que no ha de ser limitada por nuestro reglamento municipal. Por lo demás, me gusta ver que no podemos ser comprados y vendidos. Lo mejor de la hospitalidad y la generosidad tampoco está en la voluntad, sino en el hado. Descubro que no soy demasiado para vosotros; no me necesitáis, no me sentís, luego me empujáis afuera, aunque me ofrecéis casa y tierras. Ningún servicio tiene valor alguno, salvo el parecido. Cuando he intentado unirme a otros por mis servicios, ha resultado un truco intelectual, nada más. Aquellos se comen vuestro servicio como manzanas y os dejan fuera. Si los amáis, os sentirán y gozarán de vosotros todo el tiempo.

NATURALEZA

Es grato ver el mundo redondeado,
envuelto nueve veces en misterio:
aunque los confundidos no puedan impartir
el secreto de su esforzado corazón,
lata el tuyo con el latido de la naturaleza
y todo estará claro de este a oeste.
El espíritu al acecho en cada forma
atrae al espíritu de su estirpe;
brilla cada átomo con luz propia
y sugiere el futuro que se merece.

ENSAYO VI

NATURALEZA

Hay días en este clima, casi en cualquier época del año, en que el mundo alcanza su perfección, cuando el aire, los cuerpos celestes y la tierra están en armonía, como si la naturaleza mimara a su prole; cuando en estas desoladas partes superiores del planeta no hay nada que desear de lo que hemos oído sobre las latitudes más felices, y gozamos de las horas brillantes de Florida y Cuba; cuando todo lo que tiene vida da muestra de satisfacción y el ganado que yace en la tierra parece tener grandes y tranquilos pensamientos. Es un poco más seguro esperar estos días alciónicos en el tiempo puro de octubre, que distinguimos con el nombre de Veranillo de San Martín. El día, desmedidamente largo, duerme sobre las amplias colinas y los cálidos y extensos campos. Haber vivido en todas sus horas soleadas parece longevidad suficiente. Los lugares solitarios no parecen por completo solitarios. A las puertas del bosque, el sorprendido hombre de mundo se ve obligado a dejar todas las estimaciones de la ciudad sobre grande y pequeño, sabio y necio. La mochila de la costumbre cae de su espalda al primer paso que da en estos recintos. Aquí hay una santidad que avergüenza a nuestras religiones y una realidad que desacredita a nuestros héroes. Aquí descubrimos que la naturaleza es la circunstancia que empequeñece toda otra circunstancia y que juzga como un dios a todos los hombres que se acercan a ella. Hemos salido a rastras de nuestras cerradas y atestadas casas hacia la noche y la mañana y vemos las majestuosas bellezas que guardan a diario para nosotros en su pecho. A gusto escaparíamos de las barreras que las vuelven relativamente impotentes, de la sofisticación y el recelo, y dejaríamos que la naturaleza nos arrebatara. La luz templada de los bosques es como una mañana perpetua, estimulante y heroica. Los hechizos antaño referidos de estos lugares nos invaden. Los troncos de pinos, abetos y robles casi brillan como hierro en el

ojo excitado. Los árboles incommunicables comienzan a persuadirnos de vivir con ellos y abandonar nuestra vida de solemnes fruslerías. Aquí no se interpola ninguna historia, Iglesia o Estado en el divino cielo y el año inmortal. Con cuánta facilidad podemos avanzar por el paisaje abierto, absorbidos por nuevos cuadros y por pensamientos que se suceden rápidamente, hasta que poco a poco el recuerdo del hogar queda desalojado y toda memoria obliterada por la tiranía del presente, y la naturaleza nos conduce en triunfo.

Estos encantamientos son medicinales, nos desembriagan y nos curan. Son placeres sencillos, amables y nativos. Volvemos a nosotros mismos y nos hacemos amigos de la materia que la ambiciosa cháchara de las escuelas nos induce a despreciar. No podemos separarnos de ella; la mente ama su viejo hogar. Lo que el agua es para la sed, es la roca, el terreno, para nuestros ojos, manos y pies. Es agua firme, es llama fría, ¡qué salud, qué afinidad! Siempre un viejo amigo, siempre como un viejo amigo y hermano que, mientras hablamos de manera afectada con extraños, entra con cara honesta y se toma una libertad con nosotros y nos avergüenza por nuestra tontería. Las ciudades no dejan bastante espacio a los sentidos humanos. Salimos de día y de noche para alimentar los ojos en el horizonte y requerimos amplitud, tal como necesitamos agua para nuestro baño. Existen todos los grados de influencia natural, desde estos poderes de cuarentena de la naturaleza hasta sus más queridas y serias atenciones a la imaginación y el alma. Hay el vaso de agua fresca del manantial, el fuego que calienta al viajero helado, y hay la moral sublime del otoño y el mediodía. Buscamos abrigo en la naturaleza y vivimos como parásitos de sus raíces y semillas, y recibimos miradas de los cuerpos celestes, que nos llaman a la soledad y predicen el futuro más remoto. El azul cenit es el punto en que se encuentran el romance y la realidad. Creo que si nos atrapara todo lo que soñamos del cielo y conversáramos con Gabriel y Uriel, el estrato superior sería cuanto quedaría de nuestro mobiliario.

Parece que el día en que hemos prestado atención a algún objeto natural no ha sido del todo profano. La caída de copos de nieve en el aire en calma, en que cada cristal conserva su forma perfecta, el soplo de la cellisca sobre una amplia sábana de agua, y sobre las llanuras, el centeno ondulante, la ondulación mímica de acres de houstonias, cuyos innumerables flósculos se vuelven ante nosotros blancos y rizados, los reflejos de árboles y flores en lagos cristalinos, el musical, vaporoso y aromático viento del sur que

convierte todos los árboles en arpas, el crepitar y chisporrotear del abeto en las llamas, o de las ramas de pino, que transmite gloria a las paredes y rostros del salón, son la música y los cuadros de la religión más antigua. Mi casa está en un terreno bajo, con perspectiva limitada y a las afueras de la ciudad, pero cuando voy con mi amigo a la orilla de nuestro pequeño río, con un golpe de pala dejo atrás la política y personalidades de la ciudad, sí, y el mundo de las ciudades y personalidades, y paso a un delicado reino de atardecer y luz de luna, demasiado brillante para que el hombre mancillado entre en él sin un periodo de noviciado y prueba. Penetramos corporalmente en esta increíble belleza, mojamos nuestras manos en este elemento pintado, nuestros ojos se bañan en estas luces y formas. Al instante se declaran unas vacaciones, una *villeggiatura*, una regia diversión, el festival más orgulloso y regocijante que el valor y la belleza, el poder y el gusto hayan adornado y gozado nunca. Esto es lo que dan a entender y ofrecen esas nubes crepusculares, esas estrellas delicadamente emergentes, con sus miradas privadas e inefables. Me enseñan la pobreza de nuestra invención, la fealdad de ciudades y palacios. El arte y el lujo han aprendido pronto que deben trabajar para aumentar y continuar esta belleza original. Estoy sobreinstruido para mi regreso. En adelante seré difícil de agradar. No puedo volver a los juguetes. Me he hecho caro y sofisticado. Ya no puedo vivir sin elegancia, pero un hombre del campo será mi maestro de festejos. El hombre rico y regio es el que más conoce, el que conoce qué dulzuras y virtudes hay en la tierra, las aguas, las plantas, los cielos, y cómo acceder a estos encantos. Los maestros del mundo pueden alcanzar la altura de la magnificencia solo en la medida en que han pedido ayuda a la naturaleza. Este es el significado de sus jardines colgantes, villas, casas ajardinadas, islas, parques y cotos, respaldar su defectuosa personalidad con fuertes accesorios. No me asombra que el interés terrateniente sea invencible en el Estado con estos peligrosos auxiliares. Quienes sobornan e invitan no son reyes, palacios, hombres, mujeres, sino estas tiernas y poéticas estrellas, con la elocuencia de secretas promesas. Hemos oído lo que ha dicho el rico, sabíamos de su villa, su soto, su vino y sus acompañantes, pero la provocación y motivo de la invitación venía de estas estrellas seductoras. En sus blandas miradas veo lo que los hombres trataron de realizar en un Versalles o Pafos o Ctesifonte. En efecto, lo que salva todas nuestras obras de arte, que de otro modo serían baratijas, son las luces mágicas del horizonte y el trasfondo del cielo azul. Cuando los ricos gravan a los pobres con

servilismo y obsequiosidad, deben considerar el efecto que causan en mentes imaginativas hombres que son supuestos poseedores de la naturaleza. ¡Ah, si el rico fuera rico como el pobre piensa en las riquezas! Un muchacho escucha una banda militar por la noche en el campo y se le presentan de manera palpable reyes y reinas y los famosos caballeros. Escucha los ecos de un cuerno en una colina, en las Montañas Notch, por ejemplo, que convierten las montañas en un arpa eolia, y esta *tiralira* sobrenatural le devuelve la mitología doria, Apolo, Diana y todos los divinos cazadores y cazadoras. Tan elevada, tan altivamente hermosa puede ser una nota musical. Así de fabuloso es para el pobre poeta su cuadro de la sociedad; él es leal, respeta al rico, son ricos por su imaginación; ¡qué pobre sería su fantasía si no fueran ricos! Que tengan un soto vallado al que llaman parque, que vivan en salones más grandes y mejor provistos que los que ha visitado, y que acudan en coche, en compañía solo de los elegantes, a los lugares de baño y a lejanas ciudades, es el fundamento sobre el que ha delineado propiedades de romance, comparadas con las cuales sus verdaderas posesiones son chozas y dehesas. La musa se revela a su hijo y aumenta los dones de la riqueza y la belleza bien nacida por una radiación del aire y las nubes y bosques que rodean el camino, por cierto favor altivo, como el de los genios patricios a los patricios, una especie de aristocracia en la naturaleza, un príncipe del poder del aire.

Tal vez no se descubra siempre la sensibilidad moral que forma Edenes y Tempes tan fácilmente, pero el paisaje material nunca está lejos. Podemos descubrir estos encantos sin visitar el lago de Como o las islas Madeira. Exageramos las alabanzas del paisaje local. En todo paisaje, el motivo de asombro es el encuentro del cielo y la tierra, y eso es visible tanto desde el primer altozano como desde la cima de los Alleghanies. Las estrellas por la noche descenden sobre el ejido más pardo y llano con toda la magnificencia espiritual que vierten sobre la Campagna o sobre los desiertos mármoles de Egipto. Los cirros y los colores de la mañana y la tarde transfiguran arcos y alisos. Es pequeña la diferencia entre un paisaje y otro, pero grande entre quienes los contemplan. No hay nada tan maravilloso en ningún paisaje en concreto como la necesidad de ser bello que tiene todo paisaje. No puede sorprenderse a la naturaleza desnuda. La belleza irrumpe en todas partes.

Es muy fácil rebasar la simpatía de los lectores sobre este tópico, que los eruditos llaman *natura naturata* o naturaleza pasiva. Apenas podemos hablar directamente de ella sin exceso. Es tan fácil como abordar con diversa

compañía el llamado «tema de la religión». La persona susceptible prefiere no darse este gusto y se disculpa con alguna necesidad trivial: va a ver una partida de leña, o a mirar la cosecha, o en busca de una planta o animal de una localidad lejana, o lleva una escopeta o una caña de pescar. Supongo que debe haber una buena razón para esta vergüenza. El diletantismo en la naturaleza es estéril e indigno. El petimetre de los campos no es mejor que su hermano de Broadway. Los hombres sienten curiosidad naturalmente por las cosas del bosque, y supongo que un diccionario con los hechos suministrados por grabadores en madera e indios tendría su lugar en todas las «Guirnaldas» y «Sartas de Flora» de las librerías; sin embargo, bien sea porque somos demasiado torpes para un tópico tan sutil o por cualquier otra causa, tan pronto como los hombres comienzan a escribir sobre la naturaleza incurren en el eufuismo. La frivolidad es el tributo más inadecuado para Pan, que debería representarse en la mitología como el más continente de los dioses. No quisiera ser frívolo ante la admirable reserva y prudencia del tiempo, pero no puedo renunciar al derecho de volver a menudo a este viejo tópico. La multitud de falsas iglesias acredita la verdadera religión. La literatura, la poesía, la ciencia son el homenaje del hombre a este secreto insondable, respecto al cual ningún hombre cuerdo puede afectar indiferencia o falta de curiosidad. La naturaleza es amada por lo mejor que hay en nosotros; es amada como la ciudad de Dios, aunque, o más bien porque, no tiene ciudadanos. La puesta de sol no se parece a nada por debajo de ella: le faltan hombres. La belleza de la naturaleza parecerá siempre irreal y burlona hasta que el paisaje tenga figuras humanas, que son tan buenas como él. Si hubiera hombres buenos nunca habría este rapto en la naturaleza. Si el rey está en el palacio nadie mira las paredes. Cuando se va, la casa se llena de mozos y curiosos, nos apartamos de la gente para hallar alivio en los hombres majestuosos sugeridos por los cuadros y la arquitectura. Los críticos que se quejan de la enfermiza separación de la belleza de la naturaleza de aquello que ha de hacerse, deben considerar que nuestra búsqueda de lo pintoresco es inseparable de nuestra protesta contra la falsa sociedad. El hombre ha caído; la naturaleza está erguida y funciona como un termómetro diferencial que detecta si el sentimiento divino está presente o ausente en el hombre. Por culpa de nuestra torpeza y egoísmo buscamos la naturaleza, pero cuando convalezcamos la naturaleza nos buscará a nosotros. Vemos el espumante arroyo compungidos; si nuestra vida fluyera con la debida energía,

avergonzaríamos al arroyo. La corriente del cielo destella con auténtico fuego, no con rayos reflejos de sol y luna. Puede estudiarse tan egoístamente la naturaleza como el comercio. La astronomía para el egoísta se convierte en astrología; la psicología en mesmerismo (con la intención de mostrar dónde están nuestras cucharas), y la anatomía y psicología se convierte en frenología y quiromancia.

Con el aviso oportuno, y dejando mucho por decir sobre este tópico, no omitamos más nuestro homenaje a la naturaleza eficiente, *natura naturans*, la causa rápida ante la cual todas las formas huyen como la nieve, ella misma secreta, con sus obras ante sí en rebaños y multitudes (tal como los antiguos representaban a la naturaleza con Proteo, un pastor), y con una variedad indescriptible. Se hace pública en criaturas que alcanzan desde las partículas y espículas, de una en otra transformación, hasta las simetrías superiores, y que llegan a resultados consumados sin golpe o salto alguno. Un poco de calor, es decir, de movimiento, es todo cuanto diferencia los polos de la tierra, pelados, asombrosamente blancos y mortalmente fríos, de los prolíficos climas tropicales. Todos los cambios ocurren sin violencia a causa de las dos condiciones cardinales de espacio ilimitado y tiempo ilimitado. La geología nos ha iniciado en lo secular de la naturaleza y nos ha enseñado a prescindir de las viejas medidas escolares y a sustituir los esquemas mosaico y tolemaico por su gran estilo. No conocíamos nada correctamente por falta de perspectiva. Ahora conocemos los pacientes periodos que deben completarse antes de que se forme la roca, luego antes de que se rompa y la primera raza de líquen se desintegre en la más fina lámina del suelo y abra la puerta para que entren las remotas Flora, Fauna, Ceres y Pomona. ¡Qué lejos aún el trilobites, y qué lejos el cuadrúpedo! ¡Qué inconcebiblemente remoto el hombre! Todo llega debidamente, y luego una raza de hombres tras otra. Hay un largo camino desde el granito hasta la ostra; mayor aún hasta Platón y la doctrina de la inmortalidad del alma. Sin embargo, todo ha de venir, tan seguro como que el átomo tiene dos lados.

El movimiento o cambio y la identidad o reposo son el primer y segundo secreto de la naturaleza: movimiento y reposo. Todo el código de sus leyes puede escribirse en la uña del pulgar o el sello de un anillo. La burbuja arremolinada en la superficie de un arroyo nos da acceso al secreto del mecanismo del cielo. Toda concha en la playa es una llave. Un poco de agua hecha girar en una taza explica la formación de las conchas más simples; la

adición de materia de año en año llega al fin a las formas más complejas. Sin embargo, tan pobre es la naturaleza con toda su habilidad que, desde el comienzo hasta el final del universo, solo tiene un material, un material con sus dos extremos al servicio de toda su variedad de sueño. Comoquiera que lo componga, estrella, arena, fuego, agua, árbol, hombre, se trata aún de un material y revela las mismas propiedades.

La naturaleza es siempre coherente, aunque finja contravenir sus propias leyes. Observa sus leyes y parece trascenderlas. Arma y equipa a un animal para que encuentre su lugar y sustento en la tierra y, al mismo tiempo, arma y equipa a otro animal para destruirlo. El espacio existe para separar a las criaturas, pero da al pájaro una trivial omnipresencia vistiéndolo sus alas con unas pocas plumas. Siempre se dirige hacia adelante, pero el artista aún retrocede en busca de materiales y comienza de nuevo con los primeros elementos en la etapa más avanzada; de otro modo, todo se arruina. Si miramos su obra, parece que captemos un sistema en transición. Las plantas son los jóvenes del mundo, vasijas de salud y vigor, pero siempre se alzan a tientas hacia la conciencia; los árboles son hombres imperfectos y parecen lamentar su prisión, arraigados en la tierra. El animal es el novicio que pone a prueba un orden más avanzado. Los hombres, aunque jóvenes, tras haber degustado la primera gota de la copa del pensamiento, ya se han disipado. Los arces y helechos están aún incorruptos; sin duda, cuando sean conscientes también maldecirán y jurarán. Las flores corresponden de manera tan estricta a la juventud que nosotros, los adultos, llegamos a sentir que sus hermosas generaciones no nos conciernen. Hemos tenido nuestro día, ahora que los niños tengan el suyo. Las flores nos dejan plantados y somos viejos solteros ridículamente tiernos.

Las cosas se relacionan de manera tan estricta que, conforme a la destreza del ojo, las partes y propiedades de un objeto pueden predecirse por las de otro. Si tuviéramos ojos para ver un pedazo de piedra del muro de la ciudad, nos certificaría la necesidad de que exista el hombre con tanta facilidad como la ciudad. Esa identidad hace de todo uno y reduce a nada los grandes intervalos de nuestra escala habitual. Hablamos de los desvíos de la vida natural como si la vida artificial no fuera también natural. El cortesano más finamente rizado en los tocadores de un palacio tiene una naturaleza animal, ruda y original, como un oso blanco, omnipotente respecto a sus fines, y se relaciona directamente, entre esencias y esquelas amorosas, con la cordillera

del Himalaya y el eje del globo. Si consideramos cuánta naturaleza hay en nosotros no necesitamos ser supersticiosos sobre las ciudades, como si esa fuerza terrorífica o benéfica no nos encontrara también allí y las moldeara. La naturaleza que hizo al albañil hizo la casa. Es fácil oír hablar mucho de las influencias rurales. El frío aire libre de los objetos naturales los hace envidiables para nosotros, criaturas rozadas e irritables de cara roja, y pensamos que seremos tan grandes como ellos si acampamos y comemos raíces; pero seamos hombres en lugar de marmotas, y el roble y el olmo nos servirán alegremente, aunque nos sentemos en sillas de marfil sobre alfombras de seda.

Esta orientadora identidad recorre todas las sorpresas y contrastes de la obra y caracteriza toda ley. El hombre lleva el mundo en su cabeza, toda la astronomía y química suspendida en un pensamiento. Como los caracteres de la historia de la naturaleza están en su cerebro, es el profeta y descubridor de sus secretos. Todo hecho conocido de la ciencia natural ha sido adivinado por el presentimiento de alguien antes de ser realmente verificado. El hombre no se ata un zapato sin reconocer leyes que vinculan las regiones más apartadas de la naturaleza: la luna, la planta, el gas, el cristal, son geografía y números concretos. El sentido común conoce los suyos y reconoce el hecho a primera vista en el experimento químico. El sentido común de Franklin, Dalton, Davy y Black es el mismo sentido común que ha hecho las adaptaciones que ahora descubre.

Si la identidad expresa reposo organizado, la acción contraria también tropieza con la organización. Los astrónomos han dicho: «Dadnos materia y un poco de movimiento y construiremos el universo. No basta con tener materia, debemos tener también un impulso singular, un empuje para lanzar la materia y generar la armonía de las fuerzas centrífugas y centrípetas. En cuanto la mano tire la bola podremos mostrar cómo ha crecido este poderoso orden». El metafísico respondió: «Es un postulado muy poco razonable y una petición de principio. ¿No habéis podido llegar a conocer la génesis de la proyección tanto como su continuación?». Entretanto, la naturaleza no ha esperado a la discusión, sino que, acertada o errada, ha concedido el impulso y las bolas han rodado. Nada importante, un mero empujón, pero los astrónomos han atinado al apreciarlo, porque no hay fin para las consecuencias del acto. Ese famoso empujón original se propaga por todas las bolas del sistema y por todo átomo de cada bola, por las criaturas de todas

las razas y por la historia y acciones de todo individuo. La exageración está en el curso de las cosas. La naturaleza no envía criatura alguna, hombre alguno al mundo, sin añadir un pequeño exceso de su propia cualidad. Dado el planeta, aún es necesario añadir el impulso. Así, la naturaleza ha violentado un poco la dirección de cada criatura en su propia senda, la ha impulsado en su camino; en todo caso, se trata de una insignificante generosidad, una gota excesiva. Sin electricidad el aire se pudriría, y sin esta violencia sobre la dirección que llevan hombres y mujeres, sin la especie del intolerante y fanático, no habría excitación ni eficiencia. Apuntamos por encima del blanco para acertar. Todo acto contiene cierta falsedad o exageración. De vez en cuando llega un hombre triste, perspicaz, que ve lo despreciable del juego, se niega a jugar y descubre el pastel. ¿Y qué ocurre? ¿Ha volado el pájaro? No, la cautelosa naturaleza envía una nueva tropa de formas más hermosas, de jóvenes más señoriales, y los dirige a sus varios fines de manera algo más excesiva; los hace un poco más obstinados en esa dirección en la que están más acertados, y el juego sigue con un nuevo giro durante una o dos generaciones más. El niño con sus dulces travesuras, la víctima de sus sentidos, dominado por toda visión o sonido, sin poder para comparar y clasificar sus sensaciones, abandonado a un silbato o una ficha coloreada o un dragón de plomo o un perro de jengibre, individualizándolo todo, sin generalizar nada, distraído con todo lo nuevo, se acuesta por la noche abrumado por la fatiga que ha supuesto este día de espléndida locura continua; pero la naturaleza ha respondido a su propósito con el rizado lunático de los hoyuelos. Ha hecho trabajar toda facultad y asegurado el crecimiento simétrico de la estructura corporal con todas estas actitudes y esfuerzos, un fin de suma importancia que no podría haber confiado a un cuidado menos perfecto que el suyo. Este brillo, este lustre opalino juega en lo alto de cada juguete con su mirada infantil, para asegurar su fidelidad, y lo engaña por su bien. Estamos y nos mantenemos vivos con las mismas artes. Por mucho que digan los estoicos, no comemos por el bien de la vida, sino porque la carne es sabrosa y tenemos apetito. La vida vegetal no se contenta con arrojar desde la flor o el árbol una sola semilla, sino que llena pródiga de semillas el aire y la tierra, de modo que, si perecen miles, miles pueden plantarse, pueden brotar cientos, decenas llegan a la madurez y una, al menos, reemplaza al padre. Todas las cosas revelan la misma calculada profusión. El excesivo temor de que está rodeada la estructura animal, que

huye del frío y se sobresalta a la vista de una serpiente o por un ruido súbito, nos protege al fin, a través de multitud de alarmas infundadas, de un peligro real. El amante busca en el matrimonio su felicidad y perfección privada, sin ningún fin prospectivo, y la naturaleza oculta en su felicidad su propio fin, es decir, la progenie o perpetuidad de la raza.

La habilidad con la que está hecho el mundo llega también a la mente y carácter de los hombres. Ningún hombre está cuerdo por completo, todos tienen una vena de locura en su composición, una parte insignificante de sangre en su cabeza que garantiza mantenerle sujeto a algún aspecto que abriga la naturaleza. Nunca se intentan grandes causas por sus méritos, sino que la causa se reduce a detalles adecuados al tamaño de los partidarios, y la contienda siempre resulta más encendida en asuntos menores. No menos notable es la excesiva fe de cada hombre en la importancia de lo que tiene que hacer o decir. El poeta, el profeta valora más lo que pronuncia que cualquier oyente, de ahí que lo diga. El fuerte y autocomplaciente Lutero declara con énfasis, para no ser malentendido, que «ni siquiera Dios puede prescindir de los sabios». Jacob Behmen y George Fox revelan su egoísmo en la pertinacia de sus tratados polémicos, y James Naylor permitió que se le adorara como a Cristo. Todo profeta llega a identificarse con su pensamiento y a considerar sagrados su sombrero y zapatos. Por mucho que esto desacredite a tales personas ante los juiciosos, los ayuda ante la gente y da calor, mordacidad y publicidad a sus palabras. No es infrecuente una experiencia similar en la vida privada. Toda persona joven y entusiasta escribe un diario en que, cuando llegan las horas de oración y penitencia, inscribe su alma. Las páginas escritas así son, para ella, ardientes y fragantes: las lee de rodillas a medianoche y con la estrella de la mañana, las moja con sus lágrimas: son sagradas, demasiado buenas para el mundo y apenas se las muestra a su amigo más querido. Este es el hombre-niño que nace para el alma, y su vida circula en el bebé. Aún no ha sido cortado el cordón umbilical. Pasado algún tiempo, comienza a desear admitir a su amigo en esta santificada experiencia y, vacilante, pero firme, expone las páginas a su mirada. ¿No quemarán sus ojos? El amigo vuelve las páginas con frialdad y pasa de la escritura a la conversación con una facilidad que causa a la otra parte asombro y disgusto. No puede sospechar del escrito mismo. Días y noches de vida ferviente, de comunión con los ángeles de la oscuridad y de la luz, han grabado sus sombríos caracteres en ese libro manchado por las

lágrimas. Sospecha de la inteligencia o del corazón de su amigo. ¿No hay, pues, amigo alguno? Aún no puede dar crédito a que pueda tenerse una experiencia impresionante y no se sepa cómo convertir el hecho privado en literatura; tal vez al descubrir que la verdad tiene otras lenguas y ministros distintos a nosotros, que, aun cuando nos refrenemos, sin embargo, ha de decirse la verdad, podamos reprimir injuriosamente las llamas de nuestro celo. Un hombre solo puede hablar si no siente que su discurso es parcial e inadecuado. Es parcial, pero no ve que lo sea mientras lo pronuncia. Tan pronto como se libera de lo instintivo y particular y ve su parcialidad, cierra disgustado la boca. Nadie puede escribir nada sin pensar que lo que escribe es por el momento la historia del mundo, o hacer nada bien sin estimar que su trabajo es importante. Puede que mi trabajo no lo sea, pero no debo pensarlo, o no lo haré con impunidad.

De igual manera, hay algo burlón en la naturaleza, algo que nos lleva adelante, pero no llega a ningún lugar, no cumple la palabra que nos ha dado. Toda promesa sobrepasa la actuación. Vivimos en un sistema de aproximaciones. Todo fin es prospectivo respecto a otro fin, que también es provisional; en ningún lugar hay un éxito rotundo y definitivo. Acampamos en la naturaleza, no domesticados. El hambre y la sed nos llevan a comer y beber, pero el pan y el vino, mezclados y cocinados como queráis, nos dejan hambrientos y sedientos después de llenar el estómago. Lo mismo ocurre con todas nuestras artes y actuaciones. Nuestra música, nuestra poesía, el lenguaje mismo no son satisfacciones, sino sugerencias. El hambre de riqueza, que reduce el planeta a un jardín, engaña al ansioso perseguidor. ¿Cuál es el fin buscado? Claramente asegurar los fines del buen sentido y la belleza contra la intrusión de cualquier tipo de deformidad o vulgaridad. ¡Pero qué laborioso método! ¡Vaya serie de medios para asegurar un poco de conversación! ¡Este palacio de ladrillo y piedra, estos sirvientes, esta cocina, establos, caballos y coches, este depósito bancario e hipotecas, el negocio por todo el mundo, la casa de campo y el retiro junto a la orilla, todo por un poco de conversación, elevada, clara y espiritual! ¿No podrían tenerla también los mendigos en la vía pública? No, todas estas cosas han provenido de sucesivos esfuerzos de estos mendigos para eliminar la fricción de las ruedas de la vida y dar una oportunidad. La conversación, el carácter, eran los fines confesados; la riqueza era buena cuando apaciguaba los anhelos animales, reparaba la chimenea humeante, silenciaba la puerta chirriante, reunía a los amigos en

una habitación cálida y silenciosa y mantenía a los niños y la mesa de comedor en otra estancia. El pensamiento, la virtud, la belleza eran los fines; pero se sabía que los hombres pensativos y virtuosos a veces tenían dolor de cabeza o los pies fríos o podían perder el tiempo mientras se caldeaba la habitación en los días invernales. Por desgracia, en los esfuerzos necesarios para eliminar estos inconvenientes la atención se dirigía principalmente a este objetivo; los viejos fines se han perdido de vista y eliminar la fricción ha venido a ser el fin. Ese es el ridículo de los hombres ricos, y Boston, Londres, Viena y ahora los gobiernos del mundo, en general, son ciudades y gobiernos de los ricos, y las masas no son hombres, sino *hombres pobres*, es decir, hombres que quisieran ser ricos; esto es lo ridículo de la clase, que con dolor y sudor y furia no llega a ningún lado; todo se ha hecho por nada. Es como el que interrumpe la conversación de un compañero para dar un discurso y olvida lo que iba a decir. Por todos lados sorprende a la vista la apariencia de una sociedad sin propósito. ¿Eran tan grandes y convincentes los fines de la naturaleza como para exigir este inmenso sacrificio de hombres?

De manera análoga a las decepciones de la vida, se produce, como era de esperar, un efecto similar en la mirada sobre el aspecto de la naturaleza exterior. Hay en bosques y aguas cierto atractivo y lisonja, junto al fracaso a la hora de proporcionar una satisfacción presente. Sentimos esta desilusión en todo paisaje. He visto la blandura y belleza de las nubes estivales flotando plumosas, disfrutando, al parecer, de su movimiento elevado y privilegiado, aun cuando no parezcan tanto vestir este lugar y momento como atisbar ciertos festivos pabellones y jardines que haya más allá. Son unos extraños celos: el poeta no se encuentra lo bastante cerca de su objeto. El pino, el río, la loma de flores ante él no parecen ser naturaleza. La naturaleza está aún en otro lugar. Esto o eso otro no son sino exteriores y lejano reflejo y eco del triunfo que ha pasado y ahora tal vez se encuentre en su esplendor y auge oblicuo en los campos vecinos o, si estáis en el campo, en el bosque aledaño. El objeto presente os dará este sentido de tranquilidad que sigue al desfile que acaba de pasar. ¡Qué espléndida distancia, qué recesos de pompa y encanto inefable en el atardecer! Pero ¿quién puede ir donde están o poner su mano o plantar su pie allí? Por siempre caen fuera del redondo mundo. Ocurre lo mismo entre hombres y mujeres que entre los silenciosos árboles; siempre una existencia aludida, una ausencia, nunca una presencia y satisfacción. ¿Acaso nunca puede asirse la belleza? ¿Es inaccesible por igual en personas y

paisaje? El amante aceptado y prometido perdió el encanto más salvaje de su amada cuando fue aceptado. Era el cielo mientras la perseguía como a una estrella: no puede serlo si condesciende a alguien como él.

¿Qué diremos de esta apariencia omnipresente de ese primer impulso arrojado, de esta lisonja y frustración de tantas criaturas bienintencionadas? ¿No debemos suponer en algún lugar del universo una ruin traición y mofa? ¿No quedamos seriamente resentidos ante este uso que se hace de nosotros? ¿Somos truchas pescadas y tontos de la naturaleza? Una mirada al rostro del cielo y la tierra detiene toda petulancia y nos alivia con más sabias convicciones. Para el inteligente, la naturaleza se convierte en una vasta promesa y no será explicada precipitadamente. Su secreto queda por decir. Llega un Edipo tras otro: todo el misterio hierve en su cerebro. Ay, la misma brujería ha echado a perder su habilidad, no puede articular sílaba alguna. La poderosa órbita de la naturaleza se aboveda como el fresco arco iris en lo profundo, pero no ha habido ala de arcángel lo bastante fuerte para seguirla e informar a su regreso de la curva. Parece también que nuestras acciones están secundadas y brindan conclusiones mayores que las previstas. Agentes espirituales nos escoltan por todas partes a lo largo de la vida, y nos espera un propósito beneficioso. No podemos intercambiar palabras con la naturaleza o tratar con ella como tratamos con las personas. Si medimos contra las suyas nuestras fuerzas individuales, notamos fácilmente que un destino insuperable juega con nosotros; pero si en lugar de identificarnos con el trabajo sentimos que el alma del trabajador corre por nosotros, encontraremos que la paz de la mañana mora primero en nuestros corazones y que los insondables poderes de la gravedad y la química y, por encima, de la vida, preexisten en nuestro interior en su forma suprema.

La incomodidad que nos ocasiona el pensamiento de nuestro desamparo en la cadena de las causas resulta de fijarse demasiado en una condición de la naturaleza, a saber, el movimiento; pero el arrastre nunca se engancha a la rueda. Donde excede el impulso, el reposo o identidad insinúa su compensación. En todos los amplios campos de la tierra crece la prunela. Tras un día atolondrado, dormimos para dejar atrás los humos y furias de sus horas y, aunque estamos siempre comprometidos con los detalles, y a menudo esclavizados a ellos, traemos a cada experimento las innatas leyes universales. Aunque existen en la mente como ideas, están encarnadas a nuestro alrededor en la naturaleza, una cordura presente que expone y cura la

locura de los hombres. Nuestra servidumbre con los detalles revela en nosotros cien necias expectativas. Anticipamos una nueva era al inventar la locomotora o el globo; la máquina nueva trae consigo los viejos frenos. Dicen que mediante el electromagnetismo la ensalada crecerá de la semilla mientras el ave se asa para la cena: es un símbolo de nuestros fines y esfuerzos modernos, de la condensación y aceleración de los objetos, pero no se gana nada. No se puede engañar a la naturaleza: la vida del hombre dura lo que sesenta ensaladas, crezcan rápidas o lentas. Sin embargo, obtenemos ventaja de estos frenos e imposibilidades no menos que de los impulsos. Dondequiera que caiga la victoria, estamos en ese lado, y el conocimiento de que atravesamos toda la escala del ser, desde el centro hasta los polos de la naturaleza, y de que nos interesa toda posibilidad, presta ese sublime lustre a la muerte que la filosofía y la religión se han esforzado en expresar demasiado exterior y literalmente con la doctrina de la inmortalidad del alma. La realidad es más excelente que el informe. Aquí no hay ruina, ni discontinuidad, ni ocasión perdida. Las circulaciones divinas no descansan ni se demoran. La naturaleza es la encarnación de un pensamiento y vuelve a ser un pensamiento de nuevo, tal como el hielo se convierte en agua y vapor. El mundo es mente precipitada y la esencia volátil siempre se está escapando de nuevo al estado del libre pensamiento. De ahí la virtud y agudeza de la influencia en la mente que ejercen los objetos naturales, sean inorgánicos u organizados. El hombre apresado, cristalizado, vegetativo, habla al hombre personificado. Ese poder que no respeta la cantidad, que hace igualmente del todo y de la partícula su canal, delega su sonrisa a la mañana y destila su esencia en cada gota de lluvia. Todo momento instruye, y todo objeto, porque la naturaleza se infunde en toda forma. Se ha vertido en nosotros como sangre, nos ha convulsionado como dolor, se desliza en nosotros como placer. Nos envuelve en días torpes, melancólicos, o en días de alegre trabajo; no hemos adivinado su esencia sino tras largo tiempo.

POLÍTICA

Oro y hierro son buenos
para comprar hierro y oro;
la lana y víveres de la tierra
se venden por sus iguales.
Presagió el sabio Merlín,
demostró el gran Napoleón
que ni estirpe ni moneda
compra sobre su valor.
El temor, la astucia y la avaricia
no pueden criar un Estado.
Para construir con polvo
lo que es más que polvo,
Anfión levantó muros
que Febo debía afianzar.
Cuando las nueve Musas
junto a las virtudes
hallan para su designio
una sede atlántica
por verdes ramas de huerto
protegida del calor,
donde el estadista ara
besanas para el trigo,
cuando la Iglesia es un bien social,
cuando la asamblea es el hogar,
ha llegado el Estado perfecto,
el republicano está en casa.

ENSAYO VII. Política

POLÍTICA

Al ocuparnos del Estado debemos recordar que sus instituciones no son originales, aunque existían antes de que naciéramos, que no son superiores al ciudadano, que cada una de ellas ha sido una vez el acto de un solo hombre, pues toda ley y costumbre ha sido el recurso de un hombre ante un caso particular; que todas son imitables, todas alterables; podemos hacerlas buenas, podemos hacerlas mejores. La sociedad es una ilusión para el ciudadano joven. Permanece en rígido reposo, con ciertos nombres, hombres e instituciones, arraigados como robles al centro, en torno al cual se disponen lo mejor que pueden. El viejo estadista sabe que la sociedad es fluida, que no hay raíces ni centros, sino que cualquier partícula puede convertirse de pronto en el centro del movimiento y obligar a todo el sistema a girar a su alrededor, como hace por un tiempo todo hombre de voluntad fuerte, como Pisístrato o Cromwell, y como hace para siempre todo hombre de verdad, como Platón o Pablo. La política descansa en fundamentos necesarios y no puede ser tratada con ligereza. En las repúblicas abundan los jóvenes civiles que creen que las leyes hacen la ciudad, que pueden decidirse con el voto graves modificaciones de la política y modos de vivir y los empleos de la población, el comercio, la educación y la religión; y que cualquier medida, aunque sea absurda, puede imponerse a un pueblo con solo lograr suficientes voces para convertirla en ley. Los sabios saben que la legislación necia es una cuerda de arena que se deshace al doblarla, que el Estado debe seguir y no guiar el carácter y progreso del ciudadano; que se libra rápido del usurpador más fuerte, que solo los que construyen sobre ideas construyen para la eternidad, y que la forma de gobierno que prevalece es la expresión de la cultura de la población que la permite. La ley es solo un memorándum. Somos supersticiosos y estimamos un poco el estatuto: su fuerza estriba en la vida

que tiene en el carácter de los hombres vivos. El estatuto queda ahí para decir: ayer acordamos esto y aquello, pero ¿qué opináis de este artículo hoy? El estatuto es dinero que acuñamos con nuestro retrato: pronto resulta irreconocible y con el tiempo volverá a la ceca. La naturaleza no es democrática, ni una monarquía limitada: es despótica y no podrá ser engañada o abolida en un ápice de su autoridad por el más insolente de sus hijos; tan pronto como la mente pública accede a una inteligencia mayor vemos que el código se embrutece y tartamudea. No habla de manera articulada y debe hacerlo. Entretanto, la educación de la mente, en general, no se detiene. Las ensoñaciones de los sinceros y sencillos son proféticas. Lo que el joven poético sueña y reza y pinta hoy, lo que le avergüenza gritar, será de inmediato las resoluciones de cuerpos públicos y se presentará como agravio y declaración de derechos mediante el conflicto y la guerra, y será luego la ley y el orden triunfantes durante cien años, hasta que dé lugar, a su vez, a nuevos rezos y pinturas. La historia del Estado esboza con basto perfil el progreso del pensamiento y sigue a cierta distancia la delicadeza de la cultura y la aspiración.

La teoría de la política, que posee la mente de los hombres, que han expresado lo mejor que han podido en sus leyes y en sus revoluciones, considera las personas y la propiedad los dos objetos para cuya protección existe el gobierno. Respecto a las personas, todas tienen iguales derechos en virtud de ser idénticas en naturaleza. Este interés, desde luego, demanda una democracia con todo su poder. Mientras que los derechos de todos como personas son iguales, en virtud de su acceso a la razón, sus derechos de propiedad son muy desiguales. Un hombre posee sus ropas y otro un condado. Este accidente, que depende, primero, en muy diverso grado, de la destreza y virtud de las partes, y, segundo, del patrimonio, ocurre de manera desigual, y sus derechos, desde luego, son desiguales. Los derechos personales, universalmente los mismos, demandan un gobierno forjado según la ratio del censo; la propiedad demanda un gobierno forjado según la ratio de propietarios y posesiones. Labán quiere que un guardián de la frontera cuide sus rebaños y manadas para que no se los arrebaten los madianitas y paga una cantidad con ese fin. Parecía adecuado que Labán y Jacob tuvieran iguales derechos para elegir al guardián, que ha de defender sus personas, pero Labán, y no Jacob, ha de elegir al guardián de las ovejas y ganado. Y si se plantea si ha de haber otros guardianes y vigías, ¿no lo juzgarán mejor, y con

más razón, Labán e Isaac y los que deben vender parte de sus manadas para comprar protección para el resto, que Jacob, que es joven y viajero y come el pan de ellos y no el suyo?

En las sociedades primitivas los propietarios lograban su propia riqueza y, en lo que afecta de manera directa a los propietarios, en una sociedad equitativa no se dirá sino que la propiedad debe hacer la ley para la propiedad, y las personas la ley para las personas.

Con todo, la propiedad pasa por donación o herencia a los que no la han creado. El don, en un caso, hace realmente al nuevo propietario tanto como el trabajo hizo al primero; en el otro caso, el del patrimonio, la ley hace la propiedad, que será válida según la manera de estimar la tranquilidad pública de cada uno.

No resultó fácil, sin embargo, incorporar el principio fácilmente admitido de que la propiedad debía hacer la ley para la propiedad y las personas para las personas, pues las personas y la propiedad se mezclaban en toda transacción. Al fin pareció acordarse que la distinción correcta era que los propietarios tuvieran mayor franquicia electiva que los no propietarios, sobre el principio espartano de «llamar igual a lo que es justo y no justo a lo que es igual».

Ese principio ya no parece tan evidente por sí mismo como en aquellos tiempos, en parte porque han surgido dudas sobre si no se ha dado demasiado peso en las leyes a la propiedad y no se han establecido costumbres que permiten a los ricos oprimir a los pobres y mantenerlos pobres, pero principalmente porque entendemos de manera instintiva, aunque oscura y aún inarticulada, que toda la constitución de la propiedad, en sus condiciones actuales, es injuriosa, que su influencia deteriora y degrada a las personas, que en verdad las personas son el único interés que ha de considerar el Estado, pues la propiedad siempre seguirá a las personas; que el fin supremo del gobierno es la cultura de los hombres: si los hombres pueden educarse, las instituciones compartirán su mejora y el sentimiento moral escribirá la ley de la tierra.

Si no es fácil establecer la equidad de esta cuestión, el peligro es menor cuando tomamos nota de nuestras defensas naturales. Tenemos mejores guardas que la vigilancia de los magistrados que solemos elegir. La sociedad siempre se compone, en su mayor parte, de personas jóvenes y necias. Los viejos, que han visto a través de la hipocresía de cortes y estadistas, mueren,

y no dejan sabiduría alguna a sus hijos. Creen en su periódico, como hicieron sus padres a su edad. Con una mayoría tan ignorante y susceptible de ser engañada, los estados pronto se arruinarían si no hubiera limitaciones más allá de las cuales la locura y ambición de los gobernadores no puede ir. Las cosas tienen sus leyes, como los hombres, y se niegan a que se juegue con ellas. La propiedad será protegida. El maíz no crecerá a menos que sea plantado y abonado, pero el granjero no lo plantará o cavará a menos que, con toda probabilidad, sea él quien lo siegue y coseche. Bajo cualquier forma, las personas y la propiedad han de tener y tendrán su justo dominio. Ejercen su poder con tanta firmeza como atrae la materia. Cubre astutamente una libra de tierra, divídela y subdivídela, mézclala con líquido, conviértela en gas, siempre pesará una libra, siempre atraerá y resistirá otra materia por la plena virtud de una libra de peso; y los atributos de una persona, su ingenio y su energía moral ejercerán, bajo cualquier ley otiranía opresiva, su fuerza apropiada, si no de manera abierta, encubierta, si no por la ley, contra ella; con derecho o por la fuerza.

Es imposible fijar los límites de la influencia personal, ya que las personas son órganos de fuerza moral o sobrenatural. Bajo el dominio de una idea, que posee las mentes de multitudes, como la libertad civil o el sentimiento religioso, los poderes de las personas ya no son materia de cálculo. Una nación de hombres unánimemente inclinados a la libertad o la conquista puede confundir fácilmente la aritmética de la estadística y consumir acciones extravagantes, fuera de toda proporción con sus medios, como han hecho los griegos, sarracenos, suizos, americanos y franceses.

De igual manera, a cada partícula de propiedad le corresponde su propia atracción. Un céntimo representa cierta cantidad de grano u otra mercancía. Su valor está en las necesidades del hombre animal. Supone tanto calor, pan, agua, tierra. Haga lo que haga la ley con el propietario, el justo poder de la propiedad aún se asociará al céntimo. La ley puede decir de manera imprevista que todos tendrán poder salvo los propietarios: ellos no tendrán voto. Sin embargo, por una ley superior, la propiedad, año tras año, escribirá todos los estatutos respecto a la propiedad. El que no es propietario será el escriba del propietario. Todo el poder de la propiedad hará lo que los propietarios desean hacer, mediante la ley o desafiándola. Por supuesto, hablo de toda la propiedad, no solo de las grandes propiedades. Cuando los ricos son superados en votos, como suele ocurrir, es el tesoro conjunto de los

pobres el que excede sus acumulaciones. Todo hombre posee algo, aunque solo sea una vaca, una carretilla o sus brazos y, por tanto, dispone de esa propiedad.

La misma necesidad que asegura los derechos de la persona y la propiedad contra la malignidad o locura del magistrado determina la forma y métodos de gobierno, que son propios de cada nación y de su hábito de pensamiento, en modo alguno transferibles a otros estados de la sociedad. En este país estamos muy orgullosos de nuestras instituciones políticas, cuya singularidad radica en que han surgido, dentro de la memoria de los hombres vivos, del carácter y condición del pueblo, que aún expresan con suficiente fidelidad; de manera ostensible, las preferimos a cualquier otra en la historia. No son mejores, sino solo más adecuadas para nosotros. Sabemos lo que decimos al afirmar la ventaja en los tiempos modernos de la forma democrática, pero esta no resultaba conveniente para otros estados de la sociedad en que la religión consagraba lo monárquico. La democracia es mejor para nosotros porque el sentimiento religioso del presente concuerda mejor con ella. Demócratas natos, no estamos cualificados en absoluto para juzgar la monarquía, que era relativamente correcta para nuestros padres, que vivieron con la idea monárquica. Sin embargo, nuestras instituciones, aunque coincidan con el espíritu de la época, no están exentas de los defectos prácticos que han desacreditado a otras formas. Todo estado actual es corrupto. Los hombres buenos no deben obedecer las leyes demasiado bien. ¿Qué sátira del gobierno puede igualar la severidad de la censura transmitida en la palabra *político*, que durante siglos ha significado *astuto*, sugiriendo que el Estado es un truco?

La misma benigna necesidad y el mismo abuso práctico aparecen en los partidos en que se divide todo estado, de opositores y defensores de la administración del gobierno. Los partidos también se fundan en los instintos y tienen mejores guías para sus humildes objetivos que la sagacidad de sus líderes. No tienen nada perverso en su origen, pero marcan rudamente una relación real y duradera. Podríamos con igual motivo formular reproches al viento del este o la escarcha que a un partido político, cuyos miembros, en su mayor parte, no explican su posición, sino que representan la defensa de los intereses en que se encuentran. Disputamos con ellos cuando abandonan este profundo terreno natural por orden de un líder y, obedeciendo a consideraciones personales, le lanzan a mantener y defender cuestiones que

en modo alguno pertenecen a su sistema. Un partido se corrompe perpetuamente por la personalidad. Aunque absolvamos a la asociación de deshonestidad, no podemos ser igualmente caritativos con sus líderes, que acumulan las recompensas de la docilidad y celo de las masas que dirigen. Por lo general, nuestros partidos son partidos de la circunstancia, no de principios, como el interés agricultor en conflicto con el comercial, el partido de los capitalistas y el de los obreros: partidos idénticos en su carácter moral que fácilmente pueden cambiar al terreno de cualquier otro en apoyo de muchas medidas suyas. Los partidos por principio, como las sectas religiosas o el partido del libre comercio o del sufragio universal, de la abolición de la esclavitud, de la abolición de la pena capital, degeneran en personalidades o inspiran entusiasmo. El vicio de nuestros principales partidos en este país (que pueden citarse como un justo espécimen de estas sociedades en que rige la opinión) es que no se plantan en terrenos profundos y necesarios a los que respectivamente tienen derecho, sino que se dejan llevar por la furia al defender alguna medida local y transitoria, en modo alguno útil a la república. De los dos grandes partidos que en este momento casi se dividen la nación, debo decir que uno tiene la mejor causa y el otro contiene a los mejores hombres. El filósofo, el poeta o el religioso, desde luego, quieren votar con los demócratas por el libre comercio, por un amplio sufragio, por la abolición de las crueldades legales en el código penal y por facilitar de todas las maneras el acceso de los jóvenes y los pobres a las fuentes de la riqueza y el poder, pero raramente podrán aceptar las personas que el llamado partido popular les propone como representantes de estas liberalidades, pues no tienen en el corazón los fines que dan al nombre de la democracia la esperanza y virtud que contiene. El espíritu del radicalismo americano es destructivo y sin objeto; no es afectuoso, no tiene fines ulteriores y divinos, sino que es destructivo solo por odio y egoísmo. Por otro lado, el partido conservador, compuesto por la parte más moderada, capaz y culta de la población, es tímido y solo defensor de la propiedad. No reivindica derecho alguno ni aspira a ningún bien real, no estigmatiza el crimen ni propone una política generosa, no construye, no escribe ni cuida las artes, no fomenta la religión ni funda escuelas, no anima a la ciencia ni emancipa al esclavo ni ayuda al pobre, el indio o el inmigrante. De ningún partido, cuando está en el poder, puede esperar el mundo beneficio alguno, en ciencia, arte o humanidad, conmensurable con los recursos de la nación.

Por estos defectos no desespero de nuestra república. No estamos a merced de las olas del azar. En la disputa feroz entre partidos siempre se cuida la naturaleza humana, tal como se ve que los hijos de los convictos en Botany Bay tienen un sentido moral tan saludable como otros niños. Los ciudadanos de los estados feudales se alarman al ver que las instituciones democráticas caen en la anarquía, y los mayores y más cautos entre nosotros aprenden de los europeos a mirar con cierto terror nuestra libertad turbulenta. Se dice que no tenemos ancla en nuestra licencia de interpretar la Constitución y en el despotismo de la opinión pública; un observador extranjero cree haber descubierto la salvaguarda en la santidad del matrimonio entre nosotros, y otro en nuestro calvinismo. Fisher Ames expresaba la garantía popular de manera más sagaz al comparar la monarquía y la república diciendo «que una monarquía es un mercante, que navega bien, pero que, si choca con un escollo, se va a pique, mientras que una república es una balsa, que nunca se hunde, pero en la que siempre tienes los pies mojados». Ninguna forma será realmente peligrosa mientras nos ayuden las leyes de las cosas. No importa cuántas toneladas de atmósfera presionen nuestra cabeza mientras los pulmones resistan la misma presión. Aunque la masa aumente mil veces, no podrá aplastarnos, mientras la reacción sea igual a la acción. El hecho de los dos polos, de las dos fuerzas, centrípeta y centrífuga, es universal, y cada fuerza por su propia actividad desarrolla la otra. La libertad salvaje desarrolla una conciencia de hierro. La falta de libertad, al fortalecer la ley y el decoro, deja estupefacta a la conciencia. La «ley de Lynch» prevalece solo donde hay mayor dureza y autosuficiencia en los líderes. Una turba no puede permanecer: el interés de todos requiere que no exista, y solo la justicia satisface a todos.

Debemos confiar infinitamente en la necesidad benefactora que brilla a través de todas las leyes. La naturaleza humana se expresa en ellas de manera tan característica como en las estatuas o canciones o el ferrocarril, y un resumen de los códigos de las naciones sería una transcripción de la conciencia común. Los gobiernos tienen su origen en la identidad moral de los hombres. La razón para uno se ve como la razón para otro y para cualquier otro. Hay una medida media que satisface a todos los partidos, por muchos que sean o resueltos que estén. Todo hombre encuentra una sanción para sus más sencillas exigencias y hechos en decisiones de su propia mente, llamadas por él verdad y santidad. En estas decisiones todos los ciudadanos coinciden

perfectamente, y solo en ellas; no en lo bueno para comer, para vestir, en el buen uso del tiempo o en la cantidad de tierra o ayuda pública que cada uno tiene derecho a exigir. Los hombres se esfuerzan entonces por aplicar esta verdad y justicia a la medida de la tierra, el reparto del servicio, la protección de la vida y la propiedad. Sus primeros esfuerzos, sin duda, son muy torpes. Sin embargo, el derecho absoluto es el primer gobernador, o todo gobierno es una teocracia impura. La idea conforme a la cual toda comunidad pretende hacer y enmendar su ley es la voluntad del sabio. El sabio no puede descubrirla en la naturaleza y realiza esfuerzos torpes, pero sinceros, para asegurar su gobierno por inventos como dar voz a todo el pueblo para tomar cualquier medida, o con una doble elección para lograr la representación del conjunto, o por una selección de los mejores ciudadanos, o confiando el gobierno a uno que pueda elegir a sus agentes para asegurar las ventajas de la eficacia y paz interior. Todas las formas de gobierno simbolizan un gobierno inmortal, común a todas las dinastías e independiente de los números, perfecto donde existen dos hombres, perfecto donde hay solo un hombre.

La naturaleza de todo hombre es un anuncio suficiente del carácter de sus semejantes. Lo correcto e incorrecto para mí lo es para los otros. Mientras haga lo que es conveniente para mí y me abstenga de lo inconveniente, mi vecino y yo coincidiremos a menudo en nuestros medios y trabajaremos juntos por un tiempo con un fin; pero si creo que el dominio sobre mí mismo no es suficiente y me encargo de dirigirle también a él, sobrepaso la verdad y mi relación con él se vuelve falsa. Puedo tener mucha más destreza o fuerza que él, sin que él pueda expresar su agravio adecuadamente, pero se trata de una mentira y nos hiere a ambos como una mentira. El amor y la naturaleza no pueden asumirlo: debe ejecutarse con una mentira práctica, es decir, por la fuerza. Encargarse de otro es el error que resulta colosalmente feo en los gobiernos del mundo. Ocurre lo mismo con grandes números que con el par, aunque no resulte tan inteligible. Puedo ver bastante bien una gran diferencia entre someterme a mi propio control y hacer que otro actúe según mis ideas, pero cuando una cuarta parte de la raza humana asume decirme lo que debo hacer, puedo estar demasiado molesto por las circunstancias para ver con claridad lo absurdo de su orden. Por tanto, todos los fines públicos parecen vagos y quijotescos al lado de los privados. Todas las leyes, salvo las que los hombres hacen para sí mismos, son risibles. Si me pongo en el lugar de mi hijo y pensamos en las cosas juntos y vemos que son así o así, esa percepción

es ley para él y para mí. Ambos estamos allí, ambos actuamos; pero si, sin pensar como él, reviso su plan y, suponiendo su parte, ordeno esto o aquello, nunca me obedecerá. Esta es la historia de los gobiernos: un hombre hace algo que obliga a otro. Un hombre que no quiere conocerme me grava; mirándome de lejos, ordena que una parte de mi trabajo se dedique a este o aquel fin caprichoso, según se le ocurre a él, no a mí. Contemplad la consecuencia. Los impuestos son las deudas que menos quieren pagar los hombres. ¡Qué sátira del gobierno! En todas partes creen que obtienen el valor de su dinero salvo en esa.

De ahí que, cuanto menos gobierno tengamos, mejor, y menos leyes y menos poder confiado. El antídoto para este abuso de gobierno formal es la influencia del carácter privado, el crecimiento del individuo; la aparición del principal para sustituir al apoderado; la aparición del sabio, de quien el gobierno existente es, reconozcámoslo, una pobre imitación. El carácter es aquello que todas las formas tienden a deducir, que la libertad, la cultura, el trato, las revoluciones pretenden formar y liberar; ese es el fin de la naturaleza, alcanzar esta coronación de su rey. El Estado existe para educar al sabio, y con la aparición del sabio expira el Estado. La aparición del carácter hace innecesario el Estado. El sabio es el Estado. No necesita ejército, fuertes o armada, ama demasiado bien a los hombres; no necesita sobornos, fiestas o palacios para atraer a los amigos, ni terreno ventajoso ni circunstancia favorable. No necesita biblioteca, porque no ha hecho pensamientos, ni Iglesia, porque es un profeta, ni libro de estatutos, porque tiene al legislador, ni dinero, porque es el valor, ni camino, porque está en casa donde esté, ni experiencia, porque la vida del creador dispara a través de él y mira desde sus ojos. No tiene amigos personales, porque el que atrae al rezo y la piedad de todos los hombres no necesita esposo y educa a unos pocos que comparten con él una vida selecta y poética. Su relación con los hombres es angélica, su memoria es mirra para ellos; su presencia, incienso y flores.

Creemos que nuestra civilización está cerca de su meridiano, pero solo estamos en el canto del gallo y la estrella de la mañana. En nuestra sociedad bárbara la influencia del carácter está en su infancia. Como poder político, como el recto señor que ha de destronar a todos los gobernantes, apenas se sospecha su presencia. Malthus y Ricardo la omiten por completo; el Registro Anual guarda silencio; no ha sido anotada en el Léxico de Conversaciones; no la mencionan el mensaje del presidente ni el discurso de la reina; sin

embargo, nunca es nada. Todo pensamiento que el genio y la piedad lanzan al mundo altera el mundo. Los gladiadores en las listas del poder sienten, a través de todas sus corazas de fuerza y disimulo, la presencia del valor. Creo que la disputa misma del comercio y la ambición son confesiones de esta divinidad; y los éxitos en esos campos son pobres reparaciones, la hoja de higuera con que el alma avergonzada intenta ocultar su desnudez. Descubro el mismo homenaje involuntario en todas partes. Como sabemos lo mucho que se nos debe, no soportamos mostrar un talento insignificante como sustituto del valor. Nos persigue la conciencia de este derecho a la grandeza del carácter, y somos falsos con ella. Cada uno de nosotros tiene cierto talento, puede hacer algo útil o gracioso o formidable o entretenido o lucrativo. Lo hacemos como una disculpa ante los otros y ante nosotros mismos por no alcanzar la marca de una vida buena y equitativa; pero no nos satisface a *nosotros*, aunque lo ofrecemos a la atención de nuestros compañeros. Puede enturbiar su mirada, pero no suaviza nuestro ceño o nos da la tranquilidad de los fuertes cuando marchamos al extranjero. Hacemos penitencia sobre la marcha. Nuestro talento es una especie de expiación, y estamos obligados a reflexionar sobre nuestro momento espléndido con cierta humillación, como algo demasiado bueno, y no como uno entre muchos otros actos, una hermosa expresión de nuestra permanente energía. La mayoría de las personas hábiles se relaciona socialmente con una especie de apelación tácita. Cada una parece decir: «No estoy del todo aquí». Los senadores y presidentes han sufrido bastante para llegar tan alto no porque crean que el lugar es especialmente grato, sino como una disculpa del valor real y para reivindicar su hombría ante nuestros ojos. Este asiento conspicuo les sirve ante sí mismos de compensación por su naturaleza pobre, fría, dura. Deben hacer lo que puedan. Como cierta clase de animales arbóreos, no tienen sino una cola prensil: deben trepar, o reptar. Si un hombre se considerara tan bien dotado como para establecer relaciones estrechas con las mejores personas y hacer la vida serena a su alrededor por la dulzura y dignidad de su comportamiento, ¿podría permitirse cortejar el favor de la reunión electoral y la prensa y codiciar relaciones tan vacuas y pomposas como las de un político? Seguramente nadie sería un charlatán si pudiera permitirse ser sincero.

Las tendencias de los tiempos favorecen la idea del autogobierno y exponen al individuo, por todo código, a las recompensas y castigos de su

propia constitución, que trabaja con más energía de lo que creemos, aunque dependamos de restricciones artificiales. El movimiento en esta dirección ha sido muy marcado en la historia moderna. Ha habido mucha ceguera y descrédito, pero la naturaleza de la revolución no se ve afectada por los vicios de los sublevados, porque es una fuerza puramente moral. Nunca ha sido adoptada por partido alguno en la historia, ni puede serlo. Separa al individuo de todo partido y le une, al mismo tiempo, a la raza. Promete un reconocimiento de derechos superiores a la libertad personal o la seguridad de la propiedad. El hombre tiene derecho a ser contratado, a que se confíe en él, a ser amado, reverenciado. No se ha probado el poder del amor como base del Estado. No debemos imaginar que las cosas resulten confusas si no se obliga a todo sensible protestante a participar en ciertas convenciones sociales; sin duda, los caminos pueden ser construidos, las cartas llevadas y el fruto del trabajo asegurado cuando el gobierno de la fuerza llega a su fin. ¿Son ahora nuestros métodos tan excelentes como para desesperar de toda competición? ¿Acaso no podría una nación de amigos concebir mejores maneras? Por otro lado, que los más conservadores y tímidos no teman nada de una prematura rendición de la bayoneta y el sistema de la fuerza. Según el orden de la naturaleza, que es superior a nuestra voluntad, así están las cosas; siempre habrá un gobierno de la fuerza donde los hombres son egoístas, y si son lo bastante puros para abjurar del código de la fuerza, serán lo bastante sabios para saber cómo puede responderse a estos fines públicos del correo postal, la vía pública, el comercio y el cambio de propiedades, de los museos y bibliotecas, de las instituciones del arte y la ciencia.

Vivimos en un ínfimo estado del mundo y rendimos involuntario tributo a los gobiernos fundados en la fuerza. Ni siquiera los hombres más instruidos y religiosos de las naciones más religiosas y civiles confían en el sentimiento moral ni creen lo bastante en la unidad de las cosas para persuadirse de que la sociedad puede mantenerse sin restricciones artificiales, tan bien como el sistema solar; o de que el ciudadano privado podría ser razonable, y un buen vecino, sin la insinuación de la cárcel o de una confiscación. También es extraño que nunca haya habido en el hombre suficiente fe en el poder de la rectitud para inspirarle el liberal proyecto de renovar el Estado sobre el principio del derecho y el amor. Cuantos han pretendido este proyecto han sido reformadores parciales y han admitido de alguna manera la supremacía del mal Estado. No recuerdo un solo ser humano que haya negado con

firmeza la autoridad de las leyes por el simple motivo de su propia naturaleza moral. Nadie abriga tales proyectos, llenos de genio y llenos de hado, como lo están, salvo, de manera confesa, como castillos en el aire. Si el individuo que los muestra se atreve a pensar que son practicables, disgusta a los escolares y eclesiásticos; y los hombres de talento y las mujeres de sentimientos superiores no pueden ocultar su desprecio. Sin embargo, la naturaleza sigue llenando el corazón del joven con tales sugerencias entusiastas, y ahora hay hombres —si puedo hablar en plural— o, más exactamente, diré que he estado conversando con un hombre para el que ninguna autoridad de experiencia adversa hará parecer imposible por un momento que miles de seres humanos puedan ejercitar mutuamente los sentimientos más grandes y sencillos tan bien como un grupo de amigos o una pareja de amantes.

NOMINALISTAS Y REALISTAS

En incontables olas ascendentes
lucha la marea que arrastra la luna;
en miles de injertos trasplantados
el fruto padre sobrevive;
Así, en los millones de recién nacidos
vive el perfecto Adán.
No menos queridas son las mañanas
de verano para el niño al que despiertan,
y cada uno con vida nueva su esfera
llena por su propio bien.

ENSAYO VIII

NOMINALISTAS Y REALISTAS

No puedo decir lo bastante a menudo que el hombre es solo una naturaleza relativa y representativa. Cada uno es una insinuación de la verdad, pero está lejos de ser esa verdad que, sin embargo, nos sugiere de manera nueva e inevitable. No la descubriré en él aunque la busque. ¡Ojalá pudiera un hombre conducir a mi interior la pura corriente de lo que pretende ser! Mucho después descubro en todas partes esa cualidad que me ha prometido. El genio de los platónicos es embriagador para los estudiantes y, sin embargo, ¡qué pocos detalles suyos puedo aislar de todos sus libros! El hombre representa momentáneamente el pensamiento, pero no soporta el examen; una sociedad representará bastante bien cierta cualidad y cultura, por ejemplo, la caballeridad o la belleza de los modales, pero si separáis a sus miembros no habrá caballero ni dama en el grupo. El mínimo indicio nos pone sobre la pista de un carácter que ningún hombre hace realidad. Nuestra mirada es tan exorbitante que, al ver el menor arco, completamos la curva y, cuando se levanta el velo del diagrama que parecía ocultar, nos ofende no hallar dibujado nada más que el fragmento del arco que habíamos contemplado. Somos demasiado liberales al interpretar la facultad y promesa de cada uno. Las partes harán de nuevo exactamente aquello que ya han hecho, pero no lo que inferimos de su naturaleza y comienzo, que está en la naturaleza, pero no en ellas. En el mundo ocurre lo que presenciamos a menudo en un debate público. Los oradores se expresan de manera imperfecta: ninguno oye demasiado lo que el otro dice, tal es la preocupación de la mente de cada uno, y el público, que solo tiene que oír y no hablar, juzga con sabiduría y superioridad lo equivocado y torpe que resulta cada polemista respecto a su propio tema. Descubriréis fácilmente hombres grandes u hombres con grandes dones, pero nunca hombres simétricos.

Cuando encuentro una pura fuerza intelectual o un afecto generoso, creo que aquí está el hombre, y me mortifica de pronto descubrir que este individuo no está más disponible que sus compañeros respecto a sus propios fines o a los fines generales, porque el poder que se ha ganado mi respeto no está apoyado por la sinfonía total de sus talentos. Todas las personas existen para la sociedad por cierto rasgo brillante de belleza o utilidad que poseen. Tomamos prestadas las proporciones del hombre por ese hermoso aspecto y acabamos el retrato de manera simétrica, lo que resulta falso, porque el resto de su cuerpo es pequeño o deforme. Observo a una persona que ha tenido una buena aparición pública y deduzco de ahí la perfección de su carácter privado, sobre el que se basa, pero no tiene carácter privado. Es una graciosa capa o maniquí para las vacaciones. Ninguno de nuestros poetas, héroes y santos satisface nuestra idea en una o muchas partes, ni atrae espontáneamente nuestro interés, por lo que nos deja sin esperanza alguna de realización salvo en nuestro propio futuro. Nuestra exageración de los caracteres excelentes surge del hecho de identificarlos por turno con el alma. No existen los hombres que fabulamos, no existen Jesús, Pericles, César, Miguel Ángel, Washington, como los hemos hecho. Consagramos muchos sinsentidos porque los grandes hombres lo han permitido. No hay ninguno sin su debilidad. Creo de veras que si un ángel viniera a entonar el coro de la ley moral comería demasiado pan de jengibre o se tomaría libertades con las cartas privadas o haría alguna linda atrocidad. Es bastante malo que nuestros genios no puedan hacer algo útil, pero es peor que ningún hombre con rasgos hermosos resulte apropiado para la sociedad. Se le admira de lejos, pero no puede acercarse sin parecer un lisiado. Los hombres bien compuestos se protegen con la soledad o la cortesía o la sátira o ácidos modales mundanos. Cada uno oculta lo mejor que puede su incapacidad para la asociación útil, pero necesitan amor o confianza en sí mismos.

Nuestro amor nativo a la realidad se une a esta experiencia para enseñarnos a ser un poco reservados y nos disuade de rendirnos demasiado repentinamente a las cualidades brillantes de las personas. Los jóvenes admiran los talentos o las excelencias particulares; al envejecer, valoramos poderes y efectos totales, como la impresión, la cualidad, el espíritu de los hombres y las cosas. El genio es todo. El hombre es su sistema: no probamos una palabra o acto solitario, sino su hábito. No alabo los actos que vosotros alabáis, ya que son desvíos de su fe, mera conformidad. Solo hay que respetar

el magnetismo que fija en un polo tribus y razas; los hombres son limaduras de hierro. Sin embargo, seleccionamos injustamente una partícula y decimos: «¡Oh, limadura de acero número uno, qué atracción cordial siento por ti! ¡Qué prodigiosas virtudes las tuyas, qué constitutivas e incommunicables!». Mientras hablamos, se retira el imán; nuestra limadura cae en un montón con el resto y continuamos la mascarada con la desgraciada viruta. Vayamos por los universales, por el magnetismo, no por las agujas. La vida humana y sus personas son pobres pretensiones empíricas. La influencia personal es un *ignis fatuus*. Si dicen que es grande, es grande; si dicen que es pequeña, es pequeña; la veis y no la veis, por turno. Toma prestado todo su tamaño de la estimación momentánea de los hablantes: el fuego fatuo se desvanece si os acercáis; si os alejáis, solo brilla en un ángulo. ¿Quién puede decir si Washington es o no un gran hombre, o si lo es Franklin, o cualquiera de los doce o seis o tres grandes dioses de la fama? También ellos aparecen y desaparecen ante lo eterno.

Somos criaturas anfibias, armadas para dos elementos, con dos tipos de facultades, las particulares y las católicas. Ajustamos nuestro instrumento a la observación general y barremos el cielo con tanta facilidad como distinguimos una figura en el paisaje terrestre. Tenemos la habilidad práctica de detectar elementos que no tienen lugar ni nombre en nuestra teoría. Nos damos cuenta de una influencia atmosférica en hombres y grupos de hombres que no explica la suma aritmética de todas sus propiedades mensurables. Hay un genio en la nación que no se descubre en los ciudadanos numéricos, sino que caracteriza a la sociedad. No encontraría a Inglaterra, la fuerte, puntual, práctica, bien hablada Inglaterra, si fuera a la isla en su busca. En el Parlamento, en el teatro, en los banquetes podría ver un buen número de hombres ricos, ignorantes, leídos, convencionales, orgullosos, muchas mujeres mayores, pero en ninguna parte al inglés que hace buenos discursos, combina la maquinaria precisa y lleva a cabo hechos osados y vigorosos. Es aun peor en América, donde, por la rapidez intelectual de la raza, el genio del país es más espléndido en su promesa, más pobre en su actuación. Webster no puede hacer el trabajo de Webster. Concebimos de manera bastante distinta el genio francés, el español, el alemán, y no es menos cierto que tal vez no conozcamos en ninguna de esas naciones un solo individuo que se corresponda con el tipo. Inferimos el espíritu de la nación en gran medida del lenguaje, que es una especie de monumento al que cada individuo ha

contribuido forzosamente en el curso de muchos cientos de años con una piedra. Universalmente, un buen ejemplo de esta fuerza social es la veracidad de lenguaje, que no puede ser corrompido. En cualquier controversia moral podemos apelar con seguridad a los sentimientos que expresa el lenguaje de la gente. Los proverbios, las palabras y las inflexiones gramaticales transmiten con más pureza y precisión el sentido público que el individuo más sabio.

En la famosa disputa con los nominalistas, los realistas tenían buena parte de la razón. Las ideas generales son esencias. Son nuestros dioses: rodean y ennoblecen la manera de vivir más parcial y sórdida. Nuestra inclinación a los detalles no puede degradar nuestra vida y privarla de poesía. Se considera que el jornalero está al pie de la escala social y, sin embargo, está saturado de las leyes del mundo. Sus medidas son las horas; la mañana y la noche, el solsticio y el equinoccio, la geometría, la astronomía y todos los encantadores accidentes de la naturaleza juegan en su mente. El dinero, que representa la prosa de la vida, y del que no se habla sin disculpa en los salones, es, en sus efectos y leyes, tan hermoso como las rosas. La propiedad mantiene las cuentas del mundo y es siempre moral. Se encontrará la propiedad donde el trabajo, la sabiduría y la virtud se han dado en las naciones, en las clases y (considerado el tiempo de la vida, con las compensaciones) también en el individuo. ¡Qué sabio parece el mundo cuando se detallan las leyes y costumbres de las naciones por extenso y se considera la índole completa del sistema municipal! Nada queda fuera. Si entráis en los mercados y en las aduanas, en las oficinas de seguros y de notarios, de verificadores de pesos y medidas, de proveedores, parecerá que un hombre lo haya hecho todo. Dondequiera que vayáis, un ingenio como el vuestro ha estado ante vosotros y hecho realidad su pensamiento. Los misterios eleusinos, la arquitectura egipcia, la astronomía india, la escultura griega muestran que siempre ha habido en el planeta hombres que ven y conocen. El mundo está lleno de vínculos masónicos, de gremios, de legiones de honor secretas y públicas, como la de los escolares, por ejemplo, y la de los caballeros, que fraternizan con la clase superior de todo país y de toda cultura.

Me sorprende mucho en la literatura la especie de que una persona ha escrito todos los libros; como si el editor de un diario plantara su cuerpo de reporteros en diferentes partes del campo de acción y los sustituyera de vez en cuando por otros, pero con tal igualdad e identidad tanto en el juicio como

en el punto de vista de la narración que resultaría claramente la obra de un caballero que todo lo viera y oyera. Ayer ojeé la *Odisea* de Pope, tan correcta y elegante según el canon actual como si acabara de escribirse. Lo moderno de todos los buenos libros parece darme una existencia tan amplia como el hombre. Creo haber hecho lo que está bien hecho; lo que está mal hecho no me preocupa. Los pasajes de pasión de Shakespeare (por ejemplo, en *Lear* y *Hamlet*) están escritos en el mismo dialecto del año actual. Soy fiel de nuevo al todo sobre los miembros en mi uso de los libros. Descubro el mayor placer al leer un libro de la manera menos halagadora para el autor. Leo a Proclo, y a veces a Platón, como podría leer un diccionario, por ser una ayuda mecánica para la fantasía y la imaginación. Leo por los lustres, como si usáramos un hermoso cuadro en un experimento cromático, por sus ricos colores. Lo que exploro no es Proclo, sino una pieza de naturaleza y hado. Es un gozo mayor ver al autor del autor que a él mismo. He experimentado un placer superior del mismo tipo recientemente en un concierto al oír el *Mesías* de Händel. Así como el director dominaba la pequeñez e incapacidad de los intérpretes y los volvía conductores de su electricidad, era fácil observar los esfuerzos que la naturaleza realizaba a través de tantas personas roncadas, rígidas e imperfectas para producir voces hermosas, hombres y mujeres fluidos y guiados por el alma. El genio de la naturaleza sobresalía en el oratorio.

Esta preferencia del genio por las partes es el secreto de esa deificación del arte que se encuentra en todas las mentes superiores. El arte, en el artista, es la proporción o un respeto habitual por el todo mediante una mirada que ama la belleza en los detalles. Su maravilla y encanto es la sensatez en la insensatez que denota. La proporción es casi imposible para los seres humanos. No hay nadie que no exagere. A los hombres, cuando conversan, les estorba la personalidad, y hablan demasiado. En la escultura, pintura y poesía moderna la belleza es miscelánea; el artista trabaja aquí y allí, y en todos los puntos, añadiendo una y otra vez, en lugar de desplegar la unidad de su pensamiento. Debemos tener hermosos detalles, o no habrá artista, pero deben ser medios y nunca otra cosa. El ojo no debe perder de vista ni un instante el propósito. Los muchachos vivaces escriben para el oído y el ojo, y el frío lector no ve en ello más que un dulce tintineo. Cuando crecen, respetan el argumento.

Obedecemos a la misma integridad intelectual cuando estudiamos en las

excepciones la ley del mundo. Los hechos anómalos, como los rumores nunca del todo obsoletos de la magia y demonología, y las nuevas alegaciones de frenólogos y neurólogos, tienen un uso ideal. Son buenas indicaciones. La homeopatía es insignificante como arte curativo, pero tiene gran valor como crítica de Higía o la práctica médica de la época. Así ocurre con el mesmerismo, la doctrina de Swedenborg, el furierismo y la Iglesia Milenaria; son pretensiones bastante pobres, pero buena crítica de la ciencia, la filosofía y los sermones del día. Estas visiones anormales de los adeptos deberían ser normales, y cosas claras.

Todas las cosas nos muestran que en todos lados estamos muy cerca de lo mejor. No parece que valga la pena ejecutar con demasiadas molestias una hazaña intelectual o estética o civil, porque, de pronto, el sueño se desvanecerá y nosotros estallaremos en el poder universal. La razón de la ociosidad y el crimen es el retraso de nuestras esperanzas. Mientras esperamos, nos entretenemos con bromas, con el sueño, con la comida, con los crímenes.

Así lo acordamos en nuestras frías bibliotecas: todos los agentes con los que tratamos son subalternos, podemos permitirnos dejarlos pasar, y la vida será más sencilla si vivimos en el centro y nos burlamos de las superficies. Quiero hablar con todo respeto de las personas, pero a veces debo pellizcarme para mantenerme despierto y conservar el debido decoro. Se funden tan rápido que son como hierba y árboles, y es necesario esforzarse para tratarlas como individuos. Aunque el hombre no inspirado ve que las personas, por cierto, son convenientes para los asuntos de la casa, el hombre divino no las respeta: las ve como una hilera de nubes o una flota de ondas que el viento conduce sobre la superficie del agua. Pero esto es patente rebelión. La naturaleza no será budista: le ofenden las generalizaciones e insulta al filósofo a cada momento con un millón de nuevos detalles. Todo es charla ociosa: el hombre es tanto un todo como una parte, y sería parcial no verlo. Lo que decís con vuestra pomposa distribución solo os distribuye en vuestra clase y sección. No os libráis de las partes al negarlas, sino que sois más parciales. Sois una cosa, pero la naturaleza es *una cosa y la otra* en el mismo momento. No permanece en el orbe de un pensamiento, sino que se precipita a las personas; y cuando cada una, inflamada por la furia de la personalidad, quiere conquistarlo todo por su pobre manía, la enfrenta a otra

persona, y encarna con muchas de nuevo una especie de todo. Lo tendrá todo. Lanzadera no puede interpretar todos los papeles, comoquiera que lo haga: habrá alguien más y el mundo girará⁵⁸. Todo debe florecer o fructificar, según su género, en lo bello, basto o fino. Unos y otros se alivian y aconsejan, y la sensatez de la sociedad es el equilibrio de la insensatez de mil. Castiga a los dados a la abstracción y solo perdona una inducción que sea rara y casual. Nos gusta llegar a una cumbre y ver el paisaje, tal como valoramos una observación general en la conversación, pero la naturaleza no intenta que vivamos por visiones generales. Buscamos fuego y agua, andamos todo el día entre tiendas y mercados, para conseguir y arreglar ropa y zapatos, y somos víctimas de estos detalles, y quizá una vez cada quince días lleguemos a un momento racional. Si no fuéramos víctimas del capricho, si viéramos lo real de cada hora, no estaríamos aquí para escribir y leer, sino que habríamos perecido quemados o congelados hace tiempo. La naturaleza nunca haría nada si tolerase a los admirables Crichton y a los genios universales. Prefiere al carretero que sueña toda la noche con ruedas y al mozo de cuadra que es parte de su caballo, porque tiene mucho trabajo y estas son sus manos. Así como el frugal granjero se cuida de que el ganado se coma los serbales y los cerdos los desechos de la casa, y de que las aves de corral picoteen las migajas, nuestra económica madre dispone un nuevo genio y hábito de la mente en todo distrito y condición de la existencia, planta un ojo donde puede caer un nuevo rayo de luz y, reuniendo en un hombre toda propiedad del universo, establece mil ocultas atracciones mutuas entre su prole para que pueda impartirse e intercambiarse todo este lavado y gasto de poder.

Grandes peligros se derivan sin duda de esta encarnación y distribución de lo divino, y de ahí que la naturaleza tenga seres que malignan, como si fuera Circe. Alfonso de Castilla supuso que podría haberla aconsejado bien, pero a ella no le faltan recursos; tiene eléboro en el fondo de la copa. La soledad haría madurar una abundante cosecha de déspotas. El solitario piensa que los hombres obran como él, o que no obran como él, o por grados, más y menos, pero cuando entra en una asamblea pública ve que los hombres tienen modales muy diferentes a los suyos, admirables a su manera. En su infancia y juventud ha conocido muchos frenos y censuras y piensa con bastante modestia en sus propias dotes. Cuando las despliega después en

circunstancias propicias, parece el único talento: le encanta su éxito y ya se considera uno más entre los grandes; pero en medio de una turba, en un banco, en un taller, en un molino, en un laboratorio, en un barco, en un campamento, en lugares nuevos no es mejor que un idiota: otros talentos ocupan el sitio y gobiernan la hora. La rotación que hace girar cada hoja y guijarro hasta el meridiano alcanza todo don del hombre, de modo que alcanzamos la cima por turno.

La naturaleza, que aborrece todo manierismo, se ha propuesto acabar con todos los estilos y trucos; es más fácil hacer lo que se ha hecho antes que hacer algo nuevo, pues tendemos siempre a seguir un modo fijo. En toda conversación, incluso en la más elevada, hay cierto truco que pronto puede aprender una persona aguda, de modo que ese estilo particular continúa indefinidamente. Todo hombre es también un tirano de la tendencia, porque impondría su idea a los otros, cuyo truco es su defensa natural. Jesús absorbería a la raza, pero Tom Paine o el blasfemo más basto ayuda a la humanidad al resistir este poder exuberante. De ahí el inmenso provecho del partido en la política, pues revela defectos de carácter en el jefe que la fuerza intelectual de las personas, en la oportunidad ordinaria, y no lanzada al afelio por odio, no podría haber visto. Como somos todos tan estúpidos, ¡qué provecho que haya dos estupideces! Es como esa ventaja bruta tan esencial para la astronomía de tomar el diámetro de la órbita terrestre como base de sus triángulos. La democracia es morosa y corre a la anarquía, pero en el Estado y en las escuelas es indispensable resistir la consolidación de todos los hombres en unos pocos. Si John era perfecto, ¿por qué estamos vivos tú y yo? Mientras el hombre exista hay cierta necesidad de él, que luche por lo suyo. Ha aparecido un nuevo poeta, hemos conocido un carácter nuevo, ¿por qué deberíamos negarnos a comer pan hasta haber encontrado su regimiento y sección en las filas de nuestro viejo ejército? ¿Por qué no un hombre nuevo? He aquí la nueva empresa de Brook Farm, de Skeneateles, de Northampton, ¿por qué apresurarse a bautizarlos como esenios u hombres de Port-Royal, o tembladores, o con cualquier otro nombre trillado y sabido? Que haya una nueva manera de vivir. ¿Por qué tener solo dos o tres modos de vida, y no miles? Se necesita a todo hombre y no se necesita demasiado a ninguno. Hemos venido esta vez por condimentos, no por grano. Necesitamos al gran genio para gozar, como una estrella más en nuestra constelación, un árbol más en nuestro bosque. Él cree que queremos pertenecerle, tal como quiere

ocuparnos. Está muy equivocado con nosotros. Creo haber hecho bien si he adquirido una palabra nueva de un buen autor; trato con él para encontrar la mía propia, aunque tenga que fundirlo en un epíteto o una imagen de uso diario:

¡En pintura he de molerte, mi desposada!

Para aumentar la confusión y hacer imposible alcanzar una afirmación general, cuando hemos insistido en la imperfección de los individuos, nuestros afectos y experiencia insisten en que todo individuo tiene derecho al honor, y un trato muy generoso ha de ser recompensado. El solitario ve una o dos personas y les cede todo su espacio; ellas se expanden con libertad. El estadista mira a muchos y compara a unos pocos habitualmente con otros, y estos parecen menos. Sin embargo, ¿no tienen derecho a una recepción generosa?, ¿y no es la munificencia el medio de la perspicacia? Aunque los jugadores digan que las cartas vencen a todos, aunque nunca han sido tan habilidosos, sin embargo, en la contienda que ahora consideramos, los jugadores son también el juego y comparten el poder de las cartas. Si criticáis a un genio excelente es probable que estéis fuera del cálculo y que, en lugar del poeta, censuréis su caricatura. Hay algo esférico e infinito en todo hombre, en especial en todo genio, que, en caso de que no podáis aproximarnos mucho a él, juguetea con vuestras limitaciones. Justamente, todo hombre es un canal por el que florece el cielo y, aunque creyera que le criticaba, estaba censurando o llevando a su término mi propia alma. Tras tachar a Goethe de cortesano, artificial, incrédulo, mundano, he cogido el libro de Helena y me ha parecido un indio salvaje, una pieza de naturaleza pura como una manzana o un roble, amplio como la mañana o la noche y virtuoso como un rosal.

Se toman medidas para que suene toda la melodía. Si no nos atrapan las superficies todo sería grande y universal. Ahora los atributos excluidos estallan en nosotros con más brillantez por haber sido excluidos. La regla del juego es: «Ahora tu turno, luego el mío». Si se ha impedido la universalidad en su primera forma, llega en la forma secundaria de *todos los lados*: los puntos llegan sucesivamente al meridiano y, por la fuerza de la rotación, se forma un nuevo todo. La naturaleza se mantiene como un todo, con su representación completa en la experiencia de cada mente. No tolera que

queden plazas vacantes en su universidad. El secreto del mundo es que todas las cosas subsisten y no mueren, solo se apartan un poco de la vista y después regresan de nuevo. Se nos oculta lo que no nos concierne. Tan pronto como una persona no se relaciona con nuestro presente bienestar, se oculta o, como decimos, *muere*. En realidad todas las cosas o personas se relacionan con nosotros, pero, conforme a nuestra naturaleza, no actúan en nosotros a la vez, sino de manera sucesiva, y somos conscientes de que cada una se presenta en un momento. Todas las personas, todas las cosas que hemos conocido están aquí presentes, y muchas más de las que vemos; el mundo está lleno. Como los antiguos decían, el mundo es un *plenum* o sólido; si viéramos todas las cosas que realmente nos rodean, estaríamos aprisionados y no podríamos movernos. Aunque todas las cosas pueden pasar por el alma y son transitables para ella, como vías públicas, sin embargo, esto es así mientras el alma no las ve. Tan pronto como el alma ve un objeto, se detiene ante él. Por tanto, la divina Providencia, que mantiene el universo abierto en todas direcciones para el alma, oculta todos los accesorios y las personas que no conciernen a un alma en concreto de los sentidos de ese individuo. A través de las cosas eternas más sólidas, el hombre descubre su camino, como si no subsistieran, y no sospecha su ser ni por un momento. Tan pronto como necesita un objeto nuevo, lo contempla y ya no intenta atravesarlo, sino que toma otro camino. Cuando ha agotado por el momento el alimento que extraía de una persona o cosa, deja de observar ese objeto y, aunque sigue en las inmediaciones, no sospecha su presencia.

Nada ha muerto: los hombres se fingen muertos y soportan funerales simulados y tristes obituarios, y ahí están mirando por la ventana, sanos y bien, con un nuevo y extraño disfraz. Jesús no ha muerto, está muy vivo; ni Juan, ni Pablo, ni Mahoma, ni Aristóteles. A veces creemos haberlos visto a todos y podríamos fácilmente decir los nombres con los que van.

Si no podemos dar pasos voluntarios y conscientes en la ciencia de los universales, veamos sabiamente las partes e infiramos el genio de la naturaleza de los mejores particulares con una caridad apropiada. Lo mejor de cada tipo es un indicio de lo que debería ser la media. El amor me muestra la opulencia de la naturaleza al descubrir en mi amigo una riqueza oculta, de modo que infiero una profundidad igual en toda otra dirección. Los granjeros suelen decir que no cuesta más tiempo o esfuerzo cultivar una pera o manzana buena que una mala; así, no quisiera tener obra de arte, discurso,

acción, pensamiento o amigo que no sea el mejor.

El medio y los fines, el jugador y el juego: la vida se compone de la mezcla y reacción de estos dos amigables poderes, cuyo matrimonio parece de antemano monstruoso, pues cada uno niega y tiende a abolir el otro. Debemos reconciliar las contradicciones como podamos, pero su discordia y su concordia introducen tremendos absurdos en nuestro pensamiento y discurso. Ninguna sentencia sostendrá toda la verdad, y la única manera en que podemos ser justos es dándonos a la mentira. El discurso es mejor que el silencio, el silencio es mejor que el discurso; todas las cosas están en contacto, todo átomo tiene una esfera de repulsión. Las cosas son, y no son, al mismo tiempo, y otras más. En todo el universo solo hay una cosa, este viejo de dos caras, creador-criatura, mente-materia, correcto-incorreto, del que puede afirmarse o negarse cualquier proposición. Con propiedad, por tanto, afirmo que todo hombre es parcial, que la naturaleza le asegura como un instrumento por la vanidad, evitando las tendencias a la religión y la ciencia; y ahora afirmo además que, al explorar de cerca y con afecto el genio de cada hombre, está justificado en su individualidad, pues su naturaleza resulta inmensa, y entonces añado que todo hombre es también universal y que, así como nuestra tierra, al girar en torno a su eje, gira todo el tiempo en torno al sol por los espacios celestes, el menor de sus hijos racionales, el más dedicado a sus propios asuntos, resuelve, aunque bajo un disfraz, el problema universal. Pensamos que los hombres son individuos; también lo son las calabazas, pero toda calabaza en el campo pasa por todos los puntos de la historia de las calabazas. El rabioso demócrata, tan pronto como se convierte en senador y se hace rico, ha madurado más allá de toda posibilidad de sincero radicalismo y, a menos que pueda resistirse al sol, debe ser un conservador el resto de sus días. Lord Eldon dijo en su vejez «que, si fuera a vivir de nuevo, aunque le condenaran, comenzaría como agitador».

Ocultamos esta universalidad, si podemos, pero aparece por todas partes. Somos tan ingratos como niños. Aquello que hemos querido y llevado con nosotros, llegado el momento, nos volvemos y lo desgarramos. Mantenemos vivo el fuego del sarcasmo por la ignorancia y la vida de los sentidos; entonces aparece por casualidad una hermosa joven, alguien vivo, alegre y feliz, que vuelve bellas las tareas más corrientes por la energía y ánimo con que las hace y, al ver esto, la admiramos y amamos, y decimos: «¡Mirad, una genuina criatura de la hermosa tierra que no se ha disipado, a la que los

libros, la filosofía, la religión, la sociedad o la preocupación no han hecho madurar demasiado pronto!»; e insinuamos la traición y desprecio por todo lo que tanto tiempo hemos amado y forjado en nosotros y en otros.

¡Si pudiéramos tener seguridad alguna contra los humores! ¡Si pudiera sujetarse al más profundo profeta a sus palabras y el oyente que está dispuesto a venderlo todo y unirse a la cruzada pudiera tener un certificado de que mañana su profeta no se desdecirá de su testimonio! La verdad se sienta velada en el estrado y nunca pronuncia una sílaba diamantina, y la doctrina más sincera y revolucionaria, formulada como si se transportara algunos estadios el arca de Dios y se la plantara allí para socorrer al mundo, en unas pocas semanas será apartada con frialdad por el mismo orador, por mórbida: «Creía que tenía razón, pero no». Y se exigirá la misma inmensurable credulidad para nuevas audacias. ¡Si no tuviéramos todas las opiniones! ¡Si no cambiáramos en cualquier momento la plataforma en la que estamos para mirar y hablar desde otra! ¡Si pudiera haber una regulación, una «regla de una hora» por la que un hombre no abandonara su punto de vista sin sonido de trompetas! Siempre soy insincero, sabiendo siempre que hay otros humores.

¡Qué sinceros y confidenciales podemos ser diciendo que todo está en la mente, aunque nos separemos sintiendo que todo está aún por decir, por la incapacidad de las partes de conocerse mutuamente, aunque usen las mismas palabras! Mi compañero asume conocer mi humor y manera de pensar y vamos de una explicación a otra, hasta que todo queda dicho con palabras y, a causa de aquella viciosa asunción, dejamos las cosas donde estaban al principio. ¿Será que todo hombre cree que los otros son parciales de manera incurable y él universal? Ayer hablaba con una pareja de filósofos: intenté mostrarles a mis buenos amigos que amo todas las cosas por turno y nada mucho tiempo; que amaba el centro, pero adoraba las superficies; que amaba al hombre, cuando los hombres me parecían ratones y ratas; que reverenciaba a los santos, pero despertaba alegre porque el viejo mundo pagano se resiste a morir; que me alegraban los hombres dotados y nobles, pero no viviría en sus brazos. Sería una gran satisfacción si pudieran comprender de pronto que me encantaba saber que existían y de corazón les deseaba buena suerte, pero que, por la pobreza de mi vida y pensamiento, no tenía palabras o bienvenida para ellos cuando venían a verme y que, en lo que a mí respecta, podían irse a vivir a Oregón.

[58](#) Lanzadera (Nick Bottom) es el tejedor de *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare.

Título original: *Essays: First and Second Series*

Edición en formato digital: 2014

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.)
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3289-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com